

**Hacia una
Antropología Urbana
en Cuba**

Hacia una Antropología Urbana en Cuba



AVELINO COUCEIRO RODRÍGUEZ

© Avelino Víctor Couceiro Rodríguez, 2009
© Sobre la presente edición:
Fundación Fernando Ortiz, 2009

ISBN 978-959-7091-68-4

Edición: MARÍA LUISA GARCÍA MORENO
Diseño: LÁZARO PRADA SEOANE
Composición electrónica: BEATRIZ PÉREZ RODRÍGUEZ

Fundación Fernando Ortiz
Calle 27 no. 160 esq. a L, El Vedado,
Ciudad de La Habana
E-mail: ffortiz@cubarte.cult.cu
www.fundacionfernandoortiz.org

Prólogo

Este libro dedicado a la antropología urbana cubana abre un nuevo campo de reflexión sobre la situación histórica, actual y perspectiva del municipio Plaza de la Revolución, una parte significativa de la provincia Ciudad de La Habana, conocido habitualmente como “la capital de la capital”, con toda la polisemia que envuelve la frase.

Desde la plataforma metodológica de la antropología urbana, en tanto antropología de ciudad, el autor se adentra en dos dimensiones operativas de este espacio de la urbe capitalina: la dimensión diacrónica, que le hace posible transitar en el tiempo acerca de la formación y el desarrollo urbano de lo que hoy es el territorio del municipio objeto de estudio, en interacción permanente con los espacios circundantes. Esto le permite constatar la inoperatividad de cualquier división político-administrativa cuando se pasa por alto a los seres humanos con sus peculiaridades culturales y se les considera solo masa estadística (dato demográfico global) y no como portadores y trasmisores de diversos rasgos culturales.

La otra dimensión operativa es la sincrónica contemporánea y ahí elige tres aspectos fundamentales que aborda de manera crítica y sinceramente constructiva: la dinámica poblacional comunitaria actual; la problemática de identidad en estas comunidades y los espacios urbanos. Todo ello basado en más de dos décadas de trabajo investigativo,

comunitario y promocional de los propios resultados alcanzados.

Es cierto que ahondar en “el Vedado profundo”, por ejemplo, donde coexisten altos funcionarios y marginales, no concuerda con el discurso reiteradamente consignatario y propagandístico del triunfalismo a ultranza, pero sí contribuye a identificar toda una gama de problemas urbanos, socioculturales, económicos y medioambientales, que es necesario sacar a la luz para facilitar su solución, mediante las posibilidades participativas de las propias comunidades involucradas. Por lo general, en el ámbito de las ciencias se señala de forma común que identificar de modo adecuado un problema ya incluye vías para su solución. Siempre resultará mejor identificar abiertamente los problemas que tenerlos delante y que pasen inadvertidos o mal identificados.

En la madeja humana del cosmopolitismo capitalino, por ejemplo —lejos de constituir una de las debilidades, matizadas por flujos migratorios internos, especialmente durante la profunda crisis de los años noventa del siglo pasado—, este estudio descubre una gran fortaleza en cuanto a la necesidad de abordar los problemas de la sociedad con un enfoque complejo, que rebase las autolimitaciones impuestas por los resabios feudales de la modernidad eurocéntrica en el ámbito del conocimiento compartimentado por falsas fronteras.

No cabe duda de que varios temas abordados por Avelino Víctor Couceiro podrán generar rubor, rasgar susceptibilidades no externalizadas y herir enfoques constreñidos —o mejor dicho estreñidos—, pero la actual situación nacional e internacional nos conduce a enfrentar situaciones de todo tipo que van desde el combate a la homofobia hasta tratar de revertir, si fuera posible, el calentamiento global, donde está en juego la preservación de la especie humana.

Si hoy se habla de “batalla de ideas”, cual paráfrasis contextualizada de las “trincheras de ideas” proclamadas por José Martí, ahondar en la red de cuestiones que confluyen, conviven, sobreviven y malviven en el municipio habanero Plaza de la Revolución, a la luz de la cotidianidad ciudadana, signada por una tenaz resistencia a los bloqueos, representa una propuesta a favor de la gobernabilidad sostenible, para aprovechar al máximo el sistemático nivel de instrucción alcanzado por la mayoría de la población —uno de los más preciados frutos de la Revolución Cubana—, para convertir el monólogo en diálogo y este en polílogo.

De manera reiterada, el autor insiste en que este tipo de estudio no puede ser extrapolable a otro contexto urbano ni rural, sino contextualizable según las particularidades culturales de la población estudiada; de ahí el valor metodológico de la dimensión diacrónica que emplea como plataforma inicial y que sirve de sostén al enfoque sincrónico.

Por ello, la estructura de contenido está condicionada por la propia realidad observada y estudiada, y no por la capacidad o habilidad electiva o el deseo del autor; aunque, sin duda, la representatividad de los indicadores incluidos ha sido resultado del análisis crítico de muy variadas fuentes, especialmente las entrevistas a profundidad y las historias de vida; es decir, el empleo de métodos cualitativos. Por esta razón es que para valorar la dinámica de la población comunitaria actual en el municipio incluye la crítica situación del transporte urbano, no solo en el traslado mismo, sino en los millones de horas-vida que se pierden en la espera, horas-vida que se le quitan al desarrollo —trabajo, estudio, descanso...— y que marcan desfavorablemente los estados de ánimo; los espacios dedicados a los servicios que asumen el Estado y quienes laboran por cuenta propia, lo

que se relaciona con el desafío que representa organizar los servicios para quienes los reciben y no para quienes los prestan, como es todavía lo habitual; el impacto negativo de la doble moneda en el orden social y en el deterioro de la autoestima ciudadana; la situación de los sectores sociales más vulnerables; la convivencia no siempre armónica con tradiciones culturales importadas de contextos rurales y sus conflictos con las normas de urbanidad; las relaciones familiares quebradas por causas diversas; la percepción social de la supuesta “raza”, cual construcción cultural que señala las diferencias socioeconómicas y la etnicidad múltiple de los habitantes con ancestros endógenos y de otras latitudes; la diversidad de los sectores sociales que coexisten en un mismo espacio; los vínculos interpersonales y el deterioro de los valores morales; los piropos cual mensajes de halago o expresión soez entre las personas del mismo y de ambos sexos; la vida cotidiana fuera del hogar y la de los sin hogar; la imagen de los propios espacios urbanos en relación con la preservación o el deterioro del medio ambiente, entre otras cuestiones fundamentales.

Este estudio ya ha servido de instrumento de trabajo al propio autor y a las direcciones municipal de Plaza de la Revolución y provincial de cultura de Ciudad de La Habana para facilitar programas de acción que rebasen la constreñida visión artístico-literaria de la cultura, aún anclada en el iluminismo del siglo XVIII —como se evidencia todavía en la denominada sección de “culturales” de la TV cubana—, para acercarla a los desafíos del siglo XXI. Es precisamente el enfoque antropológico de la cultura, en este caso desde el ámbito urbano, lo que hace posible una visión holística de la actividad humana, con todas sus bondades y peligros.

Si la tendencia al crecimiento urbano frente a la disminución de la ruralidad ya es un hecho y no una posibilidad,

los estudios de las ciudades en su complejidad, que centren su punto de mira en los seres humanos, como medio y fin del desarrollo, representan un desafío permanente para la investigación científica a la vez que contribuyen a una toma de decisiones cada vez más certera y no dan cabida a la improvisación.

De igual manera, el mejoramiento sistemático de las condiciones de vida rural no puede derivarse de la imposición extrapolada del modo de vida urbano, pues se pierde el derecho a la diferencia; es algo así como rechazar por decreto el iglú de los innuit (esquimales) e imponer en el polo invernal una cabaña de paja sin calefacción. De ese modo también se deteriora la propia diversidad cultural de los pobladores en cuanto a las adaptaciones y transformaciones del medio.

Las diferencias entre la ciudad y el campo no pueden estar signadas por la implantación de criterios estrictamente ciudadanos sin contar con la amplia sabiduría del poblador rural, cuyo acervo cultural no es ni mejor ni peor que el habitante urbano, sino por fortuna diferente; es sencillamente respetar la diversidad de los ecosistemas naturales en que las personas se han asentado y adaptado a sus condiciones de vida.

Este libro es, sobre todo, una nueva invitación a la reflexión colectiva, al papel movilizador de las ciencias sociales en el propio mejoramiento humano.

DR. JESÚS GUANCHE

Amiciudad...

Agradecimientos

A mi familia, por el amor y apoyo de mi madre, por todo lo que aprendí de mi padre, por mi hermano Rolando y su familia, y en la deuda, a Lola y todos los demás; a Jorge Manuel Perera Fernández por los ecos aún vivos de su apoyo de quince años; a Lino Fernández García por sus momentos de estímulo, para mí vitales. A Maikel Arista-Salado, Anicely Mederos, Diana Rodríguez, Ángel Peña Fernández, Vladimir Hernández Hernández y Carlos Méndez Bisbal, por sus años siempre. A Sergio Luis Infante Hernández, a Ismel, a mis sueños hoy.

A mis colegas de aula y al colectivo de profesores en la maestría; a Rosa María de Lahaye, que me salvó lo mejor de las academias; al doctor Sergio Valdés Bernal, por su sabia y gentil atención sin reparos, y al impulso inicial de mi profesora Amparo López. Muy en particular, a mi tutor, el doctor Jesús Guanche, que ha sabido ser profesor más allá de las academias, y de quien me considero fiel discípulo por más de veinte años. Al apoyo del Departamento de Investigaciones de la Dirección Provincial de Cultura de Ciudad de La Habana, en especial a Mayté Guerra, Teresita Domínguez y Elisa del Oso, por la constancia de sus atenciones.

A mis compañeros y discípulos de Cultura y de las Universidades que, en mayor o menor medida y más allá de instituciones y niveles, sectores y áreas de atención, me han estimulado en mi labor profesional, artística y científica,

por el apoyo incondicional que siempre he recibido de Elda Villalón Puig y a Amado Fernández Mosquera, por derribar el elitismo “desde arriba”, a quienes favorecieron este libro durante años en la Fundación “Fernando Ortiz”, muy especialmente a su vicepresidenta Trinidad Pérez por su interés en publicarlo, y más recientemente en el Centro Cultural “Juan Marinello”. A mi editora María Luisa, por su dulce paciencia, atenciones, ética y rigor profesional; a Lázaro, el diseñador; a Beatriz, la realizadora, y a Michael Cobiella.

A los que siempre me han ayudado en la vida, y en especial, con este libro, de las más diversas formas. Saben que aquí está también una parte de su obra.

Introducción

Surge este ensayo como urgencia del desarrollo durante el llamado “período especial” en Cuba,¹ cuando, en medio de la crisis desencadenada y gracias a ella (aunque resulte paradójico), se reconoció el protagonismo de las comunidades en su acción cultural y la necesidad consecuente del trabajo comunitario con una promoción cultural sobre bases científicas, a partir del nuevo Sistema de Programas y Proyectos Culturales asumido por el Ministerio de Cultura para solucionar problemas locales que, sin duda, interesan, mucho más allá de las comunidades objeto de estudio, al resto de la capital cubana, a otras ciudades del país (y no ciudades en su interacción) y como experiencia, al mundo e, incluso, al actual devenir epistemológico de las ciencias en su interconexión.

Tal sistema, que se mantiene con plena vigencia y amplias perspectivas, comenzó a aplicarse en Ciudad de La Habana en 1989, bajo la dirección de Juan Mesa y José Baltar (entre otros) no por casualidad, a la par que se introducían los Estudios Culturales en Cuba desde el Ministerio de Cultura. La insoslayable relación

¹ En la última década del siglo xx se evidencia como urgencia impostergable, pues en realidad su necesidad se manifestaba desde mucho antes.

entre ambos deriva de la base científica que requiere dicho sistema, a su vez, el instrumento para la aplicación de los resultados investigativos de los Estudios Culturales, a diferencia del Plan de Trabajo previo.²

Por su parte, estos Estudios Culturales emanan de los *Cultural Studies* que despuntan en los círculos universitarios de Birmingham, Inglaterra, entre las décadas del cincuenta y el sesenta del pasado siglo xx, y que, en la evolución histórica y epistemológica de la Teoría de la Cultura a la Antropología Cultural y la Culturología, aportan la urgencia de contextualización e integralidad, al son de lo más avanzado de la postmodernidad.

Ante las polémicas de los diversos expertos y de las distintas disciplinas, y a fin de contextualizar el presente estudio, como posmodernidad asumo todo ese vasto período desde las primeras décadas del siglo xix (al margen de que el término se incorpore desde la arquitectura en la década del sesenta del siglo xx, y que no comparto del todo... ¿qué dejamos para el futuro?), cuando se cuestiona la modernidad burguesa que, a su vez, había respondido contra la Edad Media europea en una cultura occidental que se proyecta universal en esta evolución (Couceiro, 2007a).

Ha sido este el camino que ha conducido a definir en estas páginas la Antropología Urbana como “antropología de ciudad”, en la cual los espacios adque-

² Los estudios culturales en tanto investigación-acción fueron introducidos como resultado de los cursos de posgrado impartidos en Cuba en 1985 por los profesores Ezequiel Ander-Egg (argentino) y Jorge Cáceres (venezolano) para la promoción cultural.

ren su propia personalidad como entes vivos y dinámicos en toda su complejidad integral, con sus problemáticas particulares y sus propios nexos, más allá de una “antropología en la ciudad” en la que el contexto urbano no trasciende el mero escenario, y no aparece sino desconectado del objeto de estudio e incluso entre sí. El trabajo comunitario y la comunidad, como protagonista cada vez más reconocida a nivel mundial, privilegian la urgencia de estudios como este para toda Cuba y para muchos otros países.

Diversos estudios habían permitido diagnosticar las distintas comunidades que hoy integran el municipio Plaza de la Revolución;³ y su importancia de modelos metropolitanos y cosmopolitas, para delinearlas y diferenciarlas una de otra, en cada una de ellas y en cada uno de los variados campos de la cultura... Sin embargo, tal panorama resultaba insuficiente y lastrado por la carencia de una Antropología Urbana en Cuba, imprescindible para entender la dinámica de la ciudad como ente vivo que es, pues nace y evoluciona en la interacción del devenir de sus diversas comunidades urbanas con sus propias regularidades e identidad. Toda acción de este tipo que se acometiera urgía de una disciplina que la avalara y sostuviera y que, científicamente, orientara el proceso experimental.

Ya Martín Barbero (1991), profesor de la Universidad del Valle, Colombia, había analizado las dinámicas urbanas a partir de estudios concretos en Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México; las bandas juveniles

³ Uno de los quince municipios en que se divide Ciudad de La Habana según la División Político-Administrativa vigente desde 1976.

en Medellín; los chicanos, y estableció la dinámica entre la cultura urbana y la popular, así como la interrelación histórica con los medios de difusión masiva y el imaginario popular; para ello cita a Castells con la resistencia desde las culturas regionales y desde el barrio (“[...] ambos igualmente precarios, sometidos al proceso de fragmentación y dispersión, pero desde ellos los movimientos sociales ligan profundamente la lucha por una vida digna a la lucha por la identidad, por la descentralización y por la autogestión” (Martín Barbero, 1991: 6-7)), al ser desapropiados no solo del trabajo sino incluso del sentido de la vida, y patenta la oralidad, la hibridación y la desterritorialización como las dinámicas urbanas de la cultura, de todo lo cual deriva que, en efecto, existe una dinámica particular en las comunidades urbanas, de interés como objeto de estudio del antropólogo urbano. Ello introdujo algunos de los fundamentos teóricos y metodológicos que ahora me permiten cualificar las bases para una Antropología Urbana cubana, con sus propias características.

¿Cómo se insertaría la Antropología Urbana en Cuba? El objetivo general era validar una primera experiencia de aplicación en función del trabajo comunitario capitalino, estudio de caso susceptible de ser generalizado casuísticamente. Pero ello incluía objetivos específicos delineados como tareas de la investigación: a) determinar el instrumental con que trabaja la Antropología Urbana; b) evaluar los resultados obtenidos al aplicar dicho instrumental en las comunidades estudiadas, y c) valorar las potencialidades de tal estudio para su aplicación (siempre casuística) en el resto de la capital y de las demás ciudades cubanas, así como su impacto e interés para otras comunidades no urbanas.

Desde el inicio ya se preveía que la Antropología Urbana no podía seguir obviada al desplegar el trabajo comunitario que trataba de promoverse en Cuba, “antropología de ciudad” que estudia también la interacción de los espacios urbanos, para prevenir y trazar estrategias en que las propias comunidades fueran las protagonistas en la solución de sus problemas, en interrelación con otras disciplinas; sus resultados abrieron el camino para otro texto especializado en el trabajo comunitario (Couceiro, 2007a).

Se resume así la labor investigativa del Grupo Municipal de Estudios Culturales en Plaza de la Revolución desde su fundación en 1988 —y aun antes, desde sus antecedentes aportados desde 1976 por los rastreos en el *Atlas de la Cultura Popular Tradicional* del municipio por una parte, y el Museo Histórico Municipal por otra—,⁴ así como los aportes de otros estudiosos, incluso desde tiempos muy anteriores a la Plaza Cívica “José Martí”, hoy Plaza de la Revolución que da nombre al municipio.⁵

⁴ Inaugurado oficialmente el 11 de noviembre de 1982 con una primera *Reseña Histórica del Municipio Plaza de la Revolución* realizada en coordinación con la Comisión de Historia del Comité Municipal del Partido Comunista de Cuba, reseña que ha evolucionado hasta la actualidad con diferentes trabajos entre las fuentes y citados según cada momento del texto, tanto de especialistas del propio Museo Histórico Municipal como del Grupo Municipal de Estudios Culturales y sus colaboradores así como del *Atlas de la Cultura Popular Tradicional* (González Delgado, 1976-1988).

⁵ Entre otros, los intentos de Renée Méndez Capote en el Lyceum del Vedado, por una historia del Vedado, y las crónicas y memorias de instituciones y asociaciones concretas, como el *Libro de Oro por el Cincuentenario del Vedado Yatch Tennis Club*, valiosa y muy detallada monografía (Gutiérrez Cuervo, 1952).

Pero también son sumamente valiosas para el análisis de la dimensión diacrónica del fenómeno fuentes documentales como cartas, audiovisuales, fotos, memorias y otras huellas recogidas como auténticas historias de vida de los moradores de antaño, de cada instante o período, que, sin el objetivo expreso de legarnos su impronta, contienen un alto valor testimonial; así como aquellos estudios paralelos, obras de particulares interesados por instituciones y sectores específicos —u otros motivos—, que arrojan luz en áreas concretas de la cultura que, sin duda, aportan para un ulterior análisis sincrónico e integral de cada momento histórico y, sobre todo, del panorama actual que presenta el objeto de investigación.

De aquí que se aporte una rica bibliografía variada en sus objetivos, en la que un juicio crítico devela francos desniveles de rigor científico, pues algunos de los textos son puramente empíricos o con una visión historicista muy estrecha y parcializada de la cultura de estas comunidades, sin ánimo para explicaciones ni análisis causales. Solo en su evolución, ha ganado en integralidad y aportes más profundamente renovadores desde el primer Programa de Desarrollo Cultural (Couceiro, 1989) con textos que, tras una hábil reinterpretación de los antecedentes, emergen como fruto de la labor sistémica, sistemática e integral del Grupo Municipal de Estudios Culturales (Couceiro González y Perera, 1992a), todo lo cual exige un enjuiciamiento crítico más pormenorizado de tal bibliografía.

Hay títulos sin valor histórico ni metodológico, ni siquiera para la identidad objetiva de alguna comunidad; pero que indican las diversas relaciones entre la identidad interior o subjetiva de los autores con la

objetiva del entorno comunitario (Aguilera y col., 1999); algunos trabajan con la comunidad, aunque no siempre desde ella (Guilarte, 1997);⁶ con una práctica cotidiana que requiere más retroalimentación con la teoría que refieren (Cruz y col., 1999; García Ramos y col., 1999) y otros que integran mejor la identidad objetiva de la comunidad con la identidad interior subjetiva, tanto en la teoría como en la práctica de acuerdo con las necesidades contemporáneas (Jané y col., 1999; López, 1999; Paz Barada, 1999). Todo ello enfatiza la trascendencia y papel del promotor cultural y su objeto.

No obstante sus aportes, los propios trabajos del Equipo Municipal de Estudios Culturales carecían de una conciencia antropológica, al menos con el rigor de su instrumental y metodología científicos, aun cuando se reconocen en ellos valores etnológicos; tal ausencia limita casi toda la bibliografía por lógica insuficiencia inicial de proyección en esta disciplina concreta, aun cuando a menudo subyacía, de manera casi intuitiva y hasta autodidacta. El año 1996 anuncia el necesario vuelco,⁷ cuando estos estudios

⁶ No están recogidos en ninguna bibliografía, pero algunos hechos, por insólitos, merecen quedar como muestra de los peligros: me refiero, por ejemplo, a aquel promotor con poder que en los años noventa, insistía de todas formas, en “cerrar la calle Línea para *rescatar* las ferias agropecuarias, que es lo que el pueblo quiere y *necesita*”; nativo populista, demuestra que no siempre son los nativos los que mejor defienden su propio patrimonio; o la comparsa con que se quiso dotar a Nuevo Vedado de “cultura popular”, con individuos de otros municipios.

⁷ Fue entonces el primer contacto de los investigadores del municipio (Couceiro y Perera) para formarse en la Maestría en Antropología de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad

comenzaron a fortalecerse y a reinterpretar los anteriores desde la ciencia que nos ocupa; desde entonces la bibliografía ha elevado el alcance antropológico, lo que se verifica en los títulos más recientes.

Otra dificultad ha sido específicamente con respecto a la Antropología Urbana: esta investigación ha logrado reunir y actualizar hasta el año 2008, una bibliografía respetable en cuanto a cantidad y calidad en lo que a esta ciencia se refiere, además de la actualización imprescindible y muy aportadora al incluir la valoración comparativa de la dinámica que identifica a estas comunidades en los últimos años, mucho más intensa, ágil y cambiante en estas que en otras, dado su carácter cosmopolita y metropolitano; sin embargo, en sus inicios, hace una década, apenas disponíamos de antecedentes para adentrarnos en el complejo, polémico, novedoso y apenas valorado mundo de la Antropología Urbana. La que resultaría tesis de maestría (Couceiro, 1996-2001) fue, pues, novedad y aporte hasta ahora muy insuficientemente promovidos al servicio del resto de los investigadores.

El objeto de estudio de la Antropología Urbana se debe a la complejidad cada vez mayor de las ciudades, cuya historia se remonta a las antiguas ciudades lacustres suizas (10 000 a.n.e); desde entonces se podría y

de La Habana y la Fundación “Fernando Ortiz”. A pesar de haberse podido actualizar (siempre relativamente), la intensa agilidad en la dinámica local es un reto a considerar entre la última versión antes y el texto ya publicado, lo que no resta el valor metodológico y análisis contextual, de donde derivará inevitablemente, toda futura y potencial realidad.

debería estudiar su dinámica propia con respecto a los restantes contextos, al menos de forma retrospectiva; pero está claro que también las ciudades se diferencian cualitativamente en el tiempo y en culturas concretas, lo cual explica que la Antropología, ya conformada como ciencia y con la evolución del instrumental científico pertinente (siglo xx), comience a satisfacer la necesidad ahora impostergable de estudiar estos contextos y comunidades urbanas, con una visión acorde a la complejidad cada vez mayor de su objeto de estudio.

En la Europa medieval, por ejemplo, tales núcleos urbanos eran diezmados por la peste, y desde mucho antes se distinguían las culturas precolombinas entre sí y de las vastas y tan diversas regiones asiáticas, y entre Roma y las previas polis o ciudades-estado griegas, por solo citar estas entre las ciudades premodernas. En el origen de los cambios urbanísticos (Renacimiento urbano vs Medioevo rural) se suele diferenciar entre urbanismo primario y secundario: el primero tomaría lo que se llama la *literatis* (clases intelectuales que formarían parte de la pequeña tradición) y el hecho de ser o no letrado, era un punto de división entre las capas de la sociedad; el acceso a la cultura letrada no era fácil y se concentraba en los sectores privilegiados. El urbanismo secundario surge tras la Revolución Industrial y en él enfatiza este estudio por su contemporaneidad.

Este urbanismo es más complejo por el desarrollo del capitalismo industrial y luego el monopolista, que imprimen un sello distintivo a estas ciudades de la modernidad burguesa en su avance hacia la actualidad, las cuales demuestran su papel rector y definitorio para cada sociedad y para toda la Humanidad

inmediata, con problemáticas que exigen cada vez más de especializaciones como la Antropología Urbana.

A pesar de que su objeto de estudio es tan antiguo, la Antropología Urbana no llena aún una centuria: se permea de dilemas y solo hacia el final del siglo xx se despoja poco a poco de la marginación dentro de la propia Antropología. Entre estos textos pioneros se destaca el contexto iberoamericano con obras como las de González Alcantud, 1983; Martín Barbero, 1991; González Medina, 2001; García Canclini, 2001; entre otros.⁸ Las escasas referencias detectadas llegan a ser contradictorias y evidencian múltiples polémicas y la subvaloración a que la han marginado otras áreas antropológicas, por no remitirnos a un mayor espectro científico.

Todos los aspectos anteriores que emanan del análisis crítico de la bibliografía y de los antecedentes en general fueron retos a vencer con los métodos de esta ciencia y otras técnicas, entre los que primaron las historias de vida, la observación antropológica, la comparación, el análisis de las dimensiones diacrónica y sincrónica, la observación participante, las entrevistas grupales (en ocasiones con tormentas de ideas), para una relectura de los antecedentes que nos permita develar nuevas conclusiones, las cuales hasta entonces dormían entre líneas, prácticamente obviadas.

⁸ Baste detenernos en Gravano y la Güber por la afinidad contextual y conceptual, metodológica y de instrumental general en cuanto a Antropología Urbana, en el cono suramericano, cuando las urgencias del nuevo milenio con respecto a las comunidades urbanas desde el ángulo antropológico se acentuaban también en las inquietudes latinoamericanas. Los mismos autores consultados ratifican que no son los únicos y sería impensable pretender agotar este universo, pero al menos los textos citados se erigen como sólido aval concertante para estudios como este.

La importancia de esta investigación se fundamenta en la urgencia que asume el tema que nos ocupa para el trabajo comunitario, que ha devenido feliz consecuencia del llamado “período especial” para nuestro país, y en los peligros de sancionar sus avances sin la científicidad requerida, sin la cual, los más loables objetivos corren el riesgo de perderse y hasta desviarse de su cauce inicial, con daños insospechados a menudo irreparables; tales daños ya en la práctica cotidiana han sido detectados entre los antecedentes por improvisaciones ajenas a la política inicialmente concebida y se habrían evitado de haber considerado el enfoque complejo de la Antropología Urbana.

El conjunto de disciplinas (lamentablemente aún sin un enfoque de sistema), que aborda cada una desde su propio instrumental los diversos ángulos de la unidad, precisa de un trabajo sistémico, incluso, en su devenir epistemológico y transdisciplinario para lograr entenderla y entenderse, razón por la cual se elabora este texto. Entre ellas, la antropología (sobre todo la urbana) aporta sus herramientas etnográficas para trabajar la ciudad, aplicadas como observación-participación de una realidad que suele incumbir tanto al observado como al observador, aun cuando pertenezcan o no al mismo espacio urbano, en lo que se tensa aun más la relación etic/emic⁹ y se exige de un

⁹ EMIC: A partir del empleo de conceptos y distinciones que la propia comunidad, sus miembros, consideran significativos y apropiados (análisis fonémico); ETIC: a partir de conceptos significativos para los observadores, o sea, de la realidad percibida desde el exterior (análisis fonético). Lo ético y lo émico tienen una interacción dialéctica para observadores y observados, según contexto y ámbito de enfoque. Véase Gustavo Bueno: *Nosotros y Ellos*. Editorial *Pentalfa*, Oviedo, 1990.

mejor equilibrio mismidad/otredad/alteridad. Como resultado de este estudio, la Antropología Urbana trasciende la propia ciudad.

Como Antropología Urbana hemos de ir redefiniendo una especialización antropológica relativamente joven, que surge de la necesidad de conocer a profundidad las “sociedades complejas” o “industriales”, cada vez más abundantes y determinantes en el mundo contemporáneo, caracterizadas por su heterogeneidad; esta subdisciplina se dedica a estudiar la vida en la ciudad, a describir y analizar a los actores y comunidades que la componen, enmarcando todo esto en un ámbito cultural, social y económico determinado; ya no se estudia al otro “exótico”, sino con respecto a nosotros mismos: otro social, cultural, económico, étnico, sexual, y al otro íntimo, pues la representación del individuo es una construcción social que le interesa a la Antropología y es necesariamente, representación del vínculo social que le es consustancial.

También la Antropología Urbana puede ayudar (o por lo menos lo intenta) a identificar y resolver los diferentes problemas sociales que se presentan en la urbe: teniendo en cuenta el bagaje teórico y metodológico de la disciplina, se pueden promover procesos de desarrollo participativos según las características y necesidades sociales, culturales y económicas de las comunidades y los individuos que las conforman. Un antropólogo urbano debe ser protagonista en la formulación, ejecución y evaluación de políticas encaminadas al ordenamiento del territorio, la participación ciudadana en los procesos administrativos de la ciudad, el mejoramiento de las condiciones de vida

de los más pobres, la justicia social contra la marginación y la promoción de un positivo reconocimiento de la diversidad étnica, cultural y social. El estudio de la ciudad ha de ser interdisciplinario para entender y estructurar los diferentes aspectos étnicos, haciendo comprensible determinada realidad urbana. En todo ello no es posible obviar, por supuesto, los antecedentes de la Antropología Urbana en el resto del mundo y en el propio contexto iberoamericano.

La ciudad, como objeto de estudio, ofrece múltiples temas para trabajar desde esta ciencia; entre los de mayor demanda en Iberoamérica han estado los estudios sobre:

- “tribus urbanas” (barras bravas, pandillas, *skin heads*, etcétera);
- el sector informal de la economía urbana;
- cultura de la empresa y de la industria;
- la ley y el orden;
- violencia urbana;
- criminalística;
- territorios de miedo en la ciudad;
- clases sociales;
- clase y estilo de vida;
- minorías en la ciudad (inmigrantes, desplazados, negros, indígenas);
- construcción de identidad e inserción;
- religión en la ciudad;
- prácticas religiosas;
- la “iglesia electrónica”;
- redes de solidaridad;
- papeles de géneros;
- territorialidad;
- espacios;

- definición de lugares;
- espacios públicos y privados;
- construcción de ciudad, comuna, barrio;
- diseño, ejecución y evaluación de proyectos sociales urbanos en áreas como salud, educación, vivienda, participación comunitaria, mejoramiento del entorno, medio ambiente, drogadicción, familia, derechos humanos;
- grupos sociales vulnerables como prostitutas, recuperadores de desechos, indigentes, delincuentes y grupos generacionales también vulnerables como niños, jóvenes y ancianos;
- intercambio y redes de intercambio;
- la familia en la ciudad (cómo es, cómo es su filiación, parentesco, residencia);
- el niño en la ciudad (cómo la construye y cómo se identifica con ella);
- producción y reproducción de sistemas culturales;
- recuperación de la memoria colectiva;
- etnografía de los lugares y “no lugares” urbanos (centro comercial, burdel, bar, plaza mayor, estación del metro, transporte público, iglesias, parques, playa, etcétera);
- el folclore urbano;
- diseño de políticas sociales y culturales acordes con la realidad...

La Antropología Urbana es una de las subdisciplinas sociales que permite un sistémico e integral entendimiento de la ciudad y de las comunidades en general, pues va más allá de una simple descripción de los comportamientos que se dan en ella; permite reconstruir la lógica de sus pobladores desde ellos

mismos, registrando costumbres, concepciones y la interpretación que estos hacen de sus propios actos y su vida; asimismo, las soluciones que los habitantes de la urbe dan (o pueden o deben dar) a los problemas que esta les impone.

Ante ello, el presente estudio aporta una herramienta científica para el trabajo comunitario, el cual cuenta con ricos e importantes antecedentes seculares en Cuba y en el mundo (Couceiro, 2007a), pero por el que solo ahora se interesan las ciencias con su sistematización o generalización, y con este nuevo instrumental en su desarrollo, ha de adecuarse a todas y cada una de las comunidades urbanas del país, también de interés para las no urbanas en su interrelación tanto diacrónica como sincrónica.

Medidas y planes han derivado de este texto para la formación de los futuros profesionales de la cultura y del trabajo social y comunitario en cualquier sector, la preparación científica de los promotores en su sentido más abarcador, incluidos los medios de comunicación masiva en su función educativa y, en general, todos aquellos que generan imágenes (para que se acerquen lo más posible a cada identidad objetiva), y cuya acción aumenta (o lastra) el sentido de pertenencia para con nuestras respectivas comunidades urbanas, de modo que permitan prevenir y restaurar el patrimonio ya deteriorado, con el protagonismo de la comunidad bajo los auspicios de expertos calificados para cada caso.

Su novedad científica radica, por tanto, en el estudio y readecuación del instrumental científico propio de la Antropología Urbana con un alcance sistémico e integral que distinguiría el caso cubano a partir de

todos los antecedentes posibles, y de este estudio de caso en comunidades metropolitanas por excelencia dentro del contexto cubano, lo cual, por supuesto, ha de servir como experiencia para el trabajo comunitario en el resto de la capital y de nuestras ciudades, al extenderse casuísticamente a todas y cada una de ellas, con valor metodológico (además) en su impacto y retroalimentación con otras comunidades urbanas y no urbanas, y con otras áreas científicas y culturales en general.

En la literatura extranjera tampoco se han detectado antecedentes que hayan centrado el espacio urbano como fenómeno vivo en tanto objeto de estudio en su integralidad, aporte aquí muy orgánico puesto que ya era un método explícito en el primer Programa de Desarrollo Cultural (Couceiro, 1989), por lo que tal equipo fue precursor de la política de “cultura general integral” que hoy es campaña nacional, previniendo que la auténtica integralidad, lejos de oponerse a las especializaciones, las estimula para su retroalimentación, y toda cultura integral es general, aunque no siempre a la inversa, pues lo integral implica lo sistémico, y no necesariamente lo general.

Entre los resultados, se validó una primera experiencia de Antropología Urbana desde nuestra identidad en un estudio de caso concreto, para luego generalizarse al resto de la capital y de las ciudades cubanas, siempre de manera casuística y no mecánica, lo que hasta el presente se ha logrado, sobre todo, mediante cursos y asesorías. En las comunidades metropolitanas seleccionadas, reenfocadas en tanto sistemas vivientes con sus nexos internos identitarios entre los diversos espacios urbanos y las otras

comunidades que con ellos interactúan, se ha comenzado a revalidar sus valores.

El primer capítulo profundizará en la implementación metodológica de la Antropología Urbana desde esta nueva visión para el caso cubano; luego, se asumirá un estudio de caso concreto en las comunidades probablemente más metropolitanas de toda Cuba, para analizar en ellas primero diacrónica y luego sincrónicamente los resultados, y al final, las perspectivas que abre al país para su generalización, siempre casuística, con vistas a una Antropología Urbana cubana.

Del método de la Antropología Urbana

La Antropología Urbana, especializada dentro del amplio espectro que comprende la Antropología Cultural mediante la Antropología Aplicada, y dada la integralidad que exige su mayor rigor científico, se caracteriza por una interrelación indispensable entre sus más diversas áreas implícitas en la ciudad y, sobre todo, en cada espacio citadino (así como con la Historia y particularmente la Etnohistoria, la Psicología, la Sociología y otras disciplinas) mediante su sistema de barrios, repartos y otras comunidades (residenciales o no), que integran unidades identificadas desde sus propios ecosistemas (Couceiro, 2001a y b), siempre en mutua conformación. Condiciones particulares de vida y de convivencia asumen los descendientes de los distintos grupos raciales y étnicos, o las familias, y según las relaciones de género y sexualidad, de credos y costumbres; interesan entonces las implicaciones y explicaciones consecuentes de las áreas especializadas.

Se generan así nuevos contextos de interacción con la Antropología económica, ambiental y ecológica, de la religión, del arte, del deporte, de la comunicación, del turismo, estética, política, jurídica, médica, visual, laboral, culinaria y otras... De alguna manera, si nos interesa obtener una “antropología de ciudad” más allá de una “antropología en la ciudad”, es menester

estudiar la dinámica de interconexión que todas estas variantes y otras sostienen entre sí para devenir nuevo contexto cualitativamente diferenciado y condicionado por la ciudad en la que, a su vez, inciden, del mismo modo que todas ellas, al centrar un estudio de caso en un ámbito urbano, no pueden obviar las condicionantes de cada entramado peculiar que entretejen las ciudades y que solo cualifica la Antropología Urbana.

Según Amalia Signorelli, la Antropología en la ciudad propone la recuperación de las tradiciones en el contexto urbano: familia, parentesco, vecindarios, tradiciones y rituales, lo que le permite al especialista continuar utilizando sus instrumentos metodológicos. En cambio, la Antropología Urbana tiene otra tarea: ocuparse de las concepciones del mundo y de la vida, de sistemas cognitivos y valorativos elaborados en y por contextos urbanos, industriales, capitalistas y otros.

Esta es la “antropología de la ciudad” que ha dominado durante muchos años estos estudios, aunque debo manifestar mis objeciones a seguir hablando de “la ciudad” como su objeto de estudio, y también a limitarla a contextos “capitalistas” pues la complejidad de tales entornos urbanos trasciende el capitalismo, ni a reducirla a contextos “industriales”, pues aunque definen ciudades, estas no se limitan a la industria y abundan otras culturas económicas y laborales sin excluir la ruralidad.

La antropología urbana, además, tampoco se limita en exclusiva a lo puramente económico ni laboral e incluye, asimismo, la recreación, prejuicios de todo tipo, imaginario, relaciones de género y sexua-

les, raciales y étnicas, de credo, etc. Su objeto no es “la ciudad” en sí (objeto de estudio de los urbanistas), sino develar la esencia de las relaciones de los seres vivos en y con ella y, por supuesto, en espacios urbanos concretos (¿de qué otra forma, si no?) dada la alta complejidad de los contextos ciudadanos, a valorar además en su interrelación, por todo lo cual asumo el concepto “antropología de ciudad”, y no “de la ciudad”, porque es muy difícil que un estudio de estos llegue a ser “de toda la ciudad”, a menos que sean ciudades muy pequeñas y que se combinen (como sería lo más atinado, puesto que se implican y requieren mutuamente) la antropología en la ciudad con la de ciudad; pero ni aun así se fundamentaría una “antropología de la ciudad” que, probablemente, se deba a una poco feliz traducción.

La antropología de ciudad personaliza el espacio urbano como protagonista de su objeto de estudio y en su integralidad, en tanto para la antropología en la ciudad, el entorno urbano no trasciende más allá de ser el escenario del tema concreto que aborda. Por supuesto, con el advenimiento de la Antropología Urbana (que requiere de todos los aportes realizados previamente por la antropología en la ciudad) se gana un peldaño cualitativo que sustenta análisis más profundos y básicos para todo estudio que desde entonces se pretenda en ese espacio urbano concreto, por lo que es también absolutamente desacertado asumirlos por separado con una independencia que es muy relativa, pues, por el contrario, solo en la interconexión entre ambas gana cada una de ellas en rigor científico. El aporte de la antropología de ciudad, lejos de implicar la desaparición de la antropología en

la ciudad, la reverencia y la potencia endeudada para su propio desarrollo ulterior, a la par que la sostiene y la solidifica.

El devenir epistemológico de la Antropología Urbana deriva del desarrollo lógico de la Antropología al inicio pro colonialista, según se conformó en la segunda mitad del siglo XIX y a menudo peyorativa contra “el otro” objeto de estudio, centrada exclusivamente en las etnias colonizadas, que se ampliaría a los pueblos de las metrópolis, primero “lo rural” y en última instancia, “lo suburbano”. De esta escala de “acercamientos” nace la Antropología Urbana, no por casualidad, durante la tercera década del siglo XX en la ciudad norteamericana de Chicago, con los sociólogos de la reconocida Escuela de Chicago.

Esta fue la ciudad que creció de forma desmesurada desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, hasta convertirse en una gran metrópoli, por la espectacular inmigración desde muchas regiones de Estados Unidos, pero en especial del este del propio país, y de múltiples etnias, sobre todo europeas, atraídas entre otras razones, por los grandes movimientos comerciales de trigo y la implantación de amplias industrias; no por casualidad, es la ciudad que, tras el célebre “incendio de Chicago”, en vez de continuar creciendo horizontal, lo hizo verticalmente y durante la recuperación, tras la Guerra de Secesión, justo desde la década del setenta del siglo XIX, aportó los primeros rascacielos al mundo: representa una revolución arquitectónica y urbanística, social y cultural integral, mucho más allá del paisaje citadino en la propia urbanidad.

Otras condiciones de aquel Chicago explican por qué aquí (y no en otro lugar) germina la Antropología

Urbana: tal es, por ejemplo, el ya entonces tradicionalmente fuerte movimiento sindical del proletariado urbano en esta ciudad, que desde finales del siglo XIX fue cuna de importantes acciones de las masas trabajadoras y de los sindicatos y grupos que buscaron la reivindicación de los derechos laborales; el 1.º de mayo de 1886, tuvo lugar por la Avenida Michigan, probablemente la primera marcha en favor de la jornada de ocho horas, escenario nada casual del incidente de los “Mártires de Chicago”, raíz del actual 1.º de Mayo, Día Internacional de los Trabajadores.

Agreguemos la impronta particular que aquí alcanzan en este primer tercio del pasado siglo, fruto de la inmigración indiscriminada, diversos grupos que no podrían obviarse de ninguna manera, tales como la mafia, con toda su compleja madeja peculiar y casuística de sistemas bien establecidos, y su dominio en el entramado urbano, plagado de luchas por el poder, desde los pequeños negocios y el consumo alcohólico hasta la “trata de blancas” y la droga.

La Universidad de Chicago abrió sus puertas en 1892 y poco tiempo después tuvo el primer Departamento de Sociología creado en las universidades norteamericanas. Para el año 1924, la Antropología se impartía en dicho departamento, lo que explica la gran influencia que han tenido sus sociólogos en el desarrollo de esta ciencia; esta Escuela de Chicago ha sido una de las más influyentes a su vez en el estudio de las ciudades, pionera en estudios urbanos no solo desde el punto de vista social, sino también de la arquitectura, lo que se relaciona con las confusiones y desdibujamientos tradicionales de los límites entre la

Antropología y la Sociología, en especial porque los primeros estudios que se hicieron sobre las problemáticas urbanas fueron hechos por sociólogos. Esta es una de las razones por las que la Antropología Urbana se ha desarrollado con mayor ímpetu en Estados Unidos de América.

La obra más importante durante los primeros veinte años de la Universidad de Chicago (1892-1912) fueron los argumentos teóricos de William Isaac Thomas, quien sustentó la importancia de la investigación empírica sistemática, al resaltar la necesidad de entender el punto de vista del participante y obtener valiosa información de campo llamada “documentos personales”: diarios, cartas, autobiografías y otros materiales escritos, los cuales abarcaban abundante material recogido por psiquiatras, trabajadores sociales y otros profesionales de las Ciencias Sociales. Thomas realizó destacadas investigaciones sobre grupos de inmigrantes europeos, sobre todo su estudio acerca de los polacos en colaboración con el filósofo social de esta nacionalidad Florian Znaniecki: los cinco volúmenes de *El campesino polaco en Europa y América* publicados entre 1918 y 1920, constituyen un hito de la sociología estadounidense.

Entre 1921 y 1930, la Escuela de Chicago era precursora de la Etnografía Urbana, y de 1931 a 1940, no solo de la ciudad, sino también del urbanismo en general (Lara, 2004). Sus sociólogos cimentaron sus investigaciones en la propia ciudad, estudios que han sido reconocidos ampliamente como el inicio de las modernas disertaciones urbanas y también como el equipo de investigación social más sobresaliente acerca del tema en el mundo contemporáneo. Entre los prin-

cipales autores de la Escuela de Chicago hay que citar a Robert E. Park, Nels Anderson, Frederic Thraser y Ernest Burgess, quien en 1925 trató de establecer una teoría sobre las formas de crecimiento urbano, la cual sostenía que las urbes crecían según determinadas pautas, de modo que las funciones se distribuían a partir de cuatro círculos o coronas concéntricas:

- la central estaría ocupada por la zona comercial y financiera, constituida por los terrenos más valiosos;
- una zona de transición, invadida por la industria ligera, recién llegados, barrios de inmigrantes;
- el tercer anillo estaría formado por la clase trabajadora, y
- en la cuarta zona residiría la clase alta.

De tal suerte, la ciudad quedaba definida en criterios geográficos espaciales, de lo cual emana una larga trayectoria: Wirth la definía como la localización permanente, relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos; más adelante se le criticaría que no daba cuenta de los procesos históricos y sociales que engendraron la dimensión, la heterogeneidad, etc. A esta Escuela de Chicago se remonta el enfoque de “antropología de ciudad” que considera a la ciudad como una variante independiente, compleja realidad de grandes dimensiones, densidad de población y heterogeneidad de comportamientos y competencias, concebida “ecológicamente” como una realidad que incorpora a quien la vive, integrándolo en un sistema que se autocondiciona.

A la sazón, el importante sociólogo Robert Ezra Park marcaba en esencia los estudios urbanos de la

Escuela de Chicago: periodista de formación —profesión que después dejó para estudiar filosofía en Alemania, donde recibió una fuerte influencia de las corrientes intelectuales europeas— Park, teniendo en cuenta su amplia experiencia en las investigaciones relacionadas con los problemas raciales de Estados Unidos y con la inmigración a este país, se dedicó al estudio de las minorías y el urbanismo: dos factores íntimamente ligados. Señaló las variadas características de los barrios: pequeños núcleos que aglomeran grupos de inmigrantes, con pocos vínculos con la sociedad local, y así también pudo clasificar otros lugares que albergaban grandes flujos de individuos en movimiento y sin vínculos con un grupo determinado.

La ubicación de las diferentes zonas y su descripción le permitió considerar el urbanismo tanto a gran escala como en sus más pequeños detalles; este sobresaliente representante del pensamiento de esta escuela aún dudaba acerca de si era acertado o no, ignorar los datos cualitativos. Se le considera precursor de la primera propuesta de construcción del objeto de estudio de la Sociología Urbana.

El yerno de Park, Robert Redfield (1897-1958), con el *folk-urbano* y las comunidades artificialmente aisladas, sería reconocido como Padre de la Antropología Urbana (Lara, 2004), al plantear varias interrogantes sobre la causalidad de los diferentes comportamientos que coexisten en la ciudad, como escenario de encuentro y de contraste entre lo urbano y lo rural. Doctorado entre la tercera y cuarta década del siglo xx, llevó las preocupaciones de la Escuela de Chicago al corazón de la antropología.

Todo ello alcanzó gran impacto alrededor de 1930, cuando lo que se llamaba Sociología Urbana comenzó a separarse de la Etnografía en la Universidad de Chicago y en otros sitios (Lara, 2004): en este sentido, tanto el método de estudio que utilizaban como el objetivo perseguido por los investigadores de esta escuela empezó a sembrar el camino que posteriormente separaría estas dos disciplinas. Se crearon entonces dos tipos de estudios urbanos, uno de carácter sociológico y el otro de carácter antropológico: aún no se habían divorciado la Antropología y la Sociología en la Universidad de Chicago. En 1929 se creó un Departamento de Antropología, donde Leslie A. White (1900-1975), reconocido luego como el Padre de la Culturología, aparecía como resultado de esta división, y su Antropología Evolutiva (1948) se diferenció más del pensamiento de los urbanistas.

A esta Escuela de Chicago se le atribuye el mérito de haber fundado la Antropología Urbana y la Sociología Urbana; su contribución más importante es haber tematizado la ciudad como tal. Fue también la primera en ensayar la incorporación de métodos cualitativos y comparativos típicamente antropológicos, y pionera en tratar toda una serie de temas como los procesos de inmigración y exclusión sociocultural, la pobreza urbana, los marginados, las patologías sociales... Hay que distinguir en la Escuela de Chicago la contribución teórica de personalidades como Park, Burgess y Mckenzie, que en un principio estudiaron las relaciones entre el individuo y el medio ambiente social y físico, particularmente el medio urbano (conocido como “escuela ecológica”) y en segundo lugar, la contribución empírica, con las famosas “etnografías de Chicago”.

Más adelante, estos sociólogos de Chicago han recibido críticas muy fuertes sobre el método de estudio, pero especialmente por “el objeto” de las investigaciones: el hecho de limitar el campo de investigación a lo cuantitativo, sin tener en cuenta elementos de mayor peso como las redes sociales, las alternativas de adaptación y demás aspectos que exige una investigación cualitativa, hizo que muchos de estos trabajos reflejaran con el tiempo, el vacío que dejaron, en especial, porque este fue más evidente cuando se empezaron a confrontar desde otra perspectiva los métodos utilizados hasta el momento. A mi juicio, son posiciones a rectificar si articulamos una metodología cuantitativa y cualitativa al mismo tiempo.

Se hizo necesario entonces una configuración metodológica que permitiera entender la complejidad contenida en las dinámicas sociales que se empezaban a gestar en las metrópolis. Autores como Hannerz critican la posición de Park y la de los demás sociólogos que le sucedieron: Park y sus colegas tendían a dejar tras sí asuntos inacabados, más que a no desarrollar una interpretación de la vida urbana; así pues, al concentrarse en los datos de conjunto y desatender la visión interior, se había tomado un camino distinto del que atrae más al antropólogo; nada de lo cual, por supuesto, limita sus aportes pioneros.

Hitos importantes en el devenir epistemológico hacia una Antropología Urbana, se hallan también en Lynd y los sucesores de la Escuela de Manchester, el modelo bipolar comunidad-sociedad de Tönnies y la obra de Max Gluckman. Otra corriente de estudios de la Antropología Urbana proviene del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Manchester,

entre cuyos principales aportes metodológicos se reconoce la irrupción de los antropólogos en las ciudades. En Gran Bretaña nace, por las situaciones que se dan en las colonias, el tema más estudiado: la inmigración, examinada como traslado del pueblo a la ciudad, con énfasis en la documentación y análisis del proceso de urbanización, entendido como la dialéctica y la tensión de valores y prácticas sociales identificadas como “tribales” que iban siendo progresivamente sustituidas, junto a la aparición de distintas formas de identidad individual y social.

Pero en su propia evolución, veremos a la Antropología Urbana profundizar aún más, hasta llegar a estudios como este, en la esencia misma de una cada vez más difícil y comprometedora (pero ineludible) confrontación mismidad/otredad/alteridad: en la segunda mitad de siglo crece la producción científica al respecto, al mismo ritmo en que la ciudad se impone en la vida de cada nación.

Ya en 1968 aparecen libros con títulos como *Antropología urbana* y descuellan autores como R. Ledrut (*El espacio social de la ciudad*); en 1972 se empieza a publicar la revista *Urban Anthropology*.¹

¹ En 1973 se publicó *La Ciudad en Discusión* (E. Banfield); *La Cuestión Urbana* (M. Castells) y *De lo Rural a lo Urbano* (H. Lefebvre); en 1977, *Urban Anthropology, cities in their cultural settings* (R. Fox); en 1979, *El Marxismo, el Estado y la Cuestión Urbana*, (J. Lojkin); en 1983, *Temas de Antropología Urbana* (González Alcantud); en 1986, *Exploración de la Ciudad* (Hannerz) y *Ensayos Antropológicos* (O. Lewis); en 1988, *Cities of the U.S.: studies of Urban Anthropology* (L. Mullings); en 1992, *Estudios de Antropología Urbana* (Vv Aa, UBA-Escuela de Altos Estudios de París) y en 1994, *Antropología: una exploración de la diversidad humana* (Kotttak). Los aportes latinoamericanos despuntan en

En el 2001, Néstor García Canclini aporta *Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica* (Universidad Autónoma Metropolitana, México) y González Medina, *Antropología Urbana* (Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia); ya Cuba contaba con la experiencia que conduce directamente al presente ensayo. En particular el contexto latinoamericano desde su propia tradición urbana,² y por la

1986 con *La Ciudad como Objeto Antropológico*, de C. Herrán, del Instituto Histórico de Buenos Aires; en 1991 y 1995: compilación de diez estudios de antropología urbana en el sur americano (Gravano y Güber); de diciembre de 1991 data *Dinámicas Urbanas de la Cultura*, de Jesús Martín Barbero, Instituto Colombiano de Cultura; de 1992, Eunice Durham en Brasil: *La investigación antropológica con las poblaciones urbanas: problemas y perspectivas*, y Patricia Safa: *Vida urbana, heterogeneidad cultural y desigualdades sociales: el estudio en México de los sectores populares urbanos*; de 1993, *Los Imaginarios Urbanos en América Latina*, de S. Téllez (Caracas), y de 1998, *Teoría Social, Espacio y Ciudad*, de J. L. Lezarra (Colegio de México).

² La tradición urbana en América Latina data del período clásico, en el que surgen las más importantes ciudades del hemisferio: Teotihuacán (la más antigua en el continente, importante centro religioso y cultural con su apogeo entre los años 300 y 650 d.n.e., llegó a tener 200 000 habitantes, numerosos templos como el de Quetzalcóatl y pirámides como las de la Luna y el Sol, todo un imperio luego invadido por los toltecas desde el norte; Tenochtitlán, fundada en el 1325 sobre un islote del lago, hoy Ciudad de México; y Cuzco, fundada en el siglo xi por Manco Cápac, capital del imperio incaico a la llegada de los españoles al Perú meridional, inició su vida moderna en 1534. Todas se caracterizaron por planteamientos urbanísticos definidos y por una gran concentración de población. Sin embargo, otras culturas desarrollaron algunos centros urbanos más pequeños: los mayas (Tikal, Copán, Quiriguá, Uxmal, Palenque), toltecas (Tula), zapotecas (Monte Albán), pipiles (Tazumal, San Andrés, Joya del Cerén), chimúes (Chan Chan), etc., algunas con amplias funciones religiosas.

magnitud actual de sus ciudades,³ ofrece problemáticas de estudio bien peculiares.

Así, por ejemplo, la concentración humana en el contexto social y económico de las ciudades latinoamericanas ha traído serios problemas a las estructuras social y ambiental de las urbes, pues el incremento constante en la población precisa de mayores recursos (en algunos casos no renovables), mayor disposición de tierras para viviendas, más fuentes de empleo, más equipamiento, etc., necesidades que aún en varias ciudades latinoamericanas no han sido satisfechas, y en los mejores casos, se les han dado soluciones a medias, informales y que benefician a los pobladores de ingresos medios y altos, con lo que acentúan la marginación física y social. A esto se le suma la llamada “primacía urbana”, cuando una ciudad más

³ Actualmente, en Latinoamérica cerca del 70% de sus habitantes viven en ciudades, por lo que no es de extrañar que varias de las más grandes del mundo se encuentren en esta región: así por ejemplo, un total de 52 300 000 personas viven en cinco ciudades brasileñas, 35 300 000 en tres mexicanas y diez millones en dos colombianas, para un total de 97 600 000 habitantes entre estas diez ciudades de estos tres países. Pero si entre las dos ciudades colombianas hay diez millones de personas, esa es la misma cifra que habita en Lima (Perú) e, incluso, Buenos Aires (Argentina) cuenta con 13 000 000 de personas. La ciudad más poblada del continente es México D. F. con 27 000 000 de personas, y luego Sao Paulo, Brasil, con 25 000 000 de habitantes. En total hay 133 600 000 personas que habitan 16 ciudades de nueve países latinoamericanos; entre ellos, el número 15 lo ocupa La Habana (única de toda Centroamérica y el Caribe, la más poblada de toda esta región con 2 300 000 habitantes), seguida por Montevideo (Uruguay) con 2 100 000 pobladores. Los otros países implicados entre estos nueve son Chile y Venezuela.

grande establece relaciones de control sobre otras y se concentra en ella la mayor población, pues ahí está la mayor y mejor oferta de empleo, vivienda, poder, innovación social y cultural, recreación y generación de riqueza.

Sin embargo, en América Latina se puede hablar de dos excepciones, países en donde se desarrollaron varios centros regionales con economías propias funcionales y crecimiento equilibrado: Brasil (São Paulo, Río de Janeiro, Porto Alegre, Recife, Curitiba, etc.) y Colombia (Medellín, Cali, Cartagena, Barranquilla, Pereira, Bucaramanga). Este fenómeno es uno de los que ha contribuido a empeorar la situación social de las urbes, pues poco a poco ha llenado las periferias de personas que llegan buscando un bienestar que no es tan probable conseguir. De igual forma, la falta de incentivos en el campo (pésimos precios de las cosechas, falta de infraestructura, escasez de empleo) o la situación de orden público obligan a que muchas familias migren a las ciudades, aumentando los llamados “cordones de miseria” que rodean las urbes.

Todo esto convierte la ciudad latinoamericana en un cercado de problemas, pero también, de riqueza cultural y étnica, pues Ciudad México, Lima o Santiago de Chile son una pequeña muestra de lo que es cada país e, incluso, otros países. Por esto, la vida en la ciudad es uno de los objetos de estudio más interesantes e importantes para la antropología, pues es un espacio en el que más se reconoce la diversidad y se complica la convivencia.

Sin embargo, la antropología urbana ha quedado a la zaga y mal interpretada hasta el simplismo, al impostársele peyorativa y mecánicamente una antro-

pología en la ciudad, que solo se supera al avanzar el siglo con las interpretaciones, por ejemplo, de Amalia Signorelli y Manuel Delgado, en torno a lo cual cabría la polémica entre urbanismo y urbanización, urbano y urbanidad (Anexo 1).

Según la Signorelli, se puede entender la Antropología de la ciudad de dos formas: por el enfoque que se remonta a la Escuela de Chicago, y por otra propuesta más reciente según la cual, la ciudad está en el centro de la escena, como realidad que condiciona actitudes y comportamientos, o bien como una realidad que se constituye e identifica.

Para Delgado, lo primero es esclarecer las diferencias entre urbano y ciudad para definir lo que “tendría” que ser la Antropología Urbana; a la segunda la concibe como un gran asentamiento de construcciones estables, habitada por una población numerosa y densa, mientras aborda el concepto “urbanidad” como un tipo de sociedad que puede darse en una ciudad o no: la movilidad, los equilibrios precarios en las relaciones humanas, la agitación como fuente de vertebración social, originan la constante formación de sociedades coyunturales e inopinadas, cuyo destino es disolverse al poco tiempo de haberse generado. Para Delgado, la Antropología Urbana sería una “antropología de lo inestable”, “de lo no estructurado”, y propone que la Antropología Urbana asuma la urbanidad como una forma de vida. Su objeto serían estructuras líquidas, ejes que organizan la vida social en torno a ellos, pero que rara vez son instituciones estables, sino una pauta de fluctuaciones, ondas, intermitencias, cadencias irregulares y otras.

En estas polémicas, no pocas veces ha de acudir a los conceptos propios (pero nunca exclusivos en función de estudios como el que nos compete) de arquitectos urbanistas. Como urbanización podemos entender el proceso (siempre gradual) por el que se alcanzan los diversos grados de urbanismo, entendido este como el resultado constructivo que se refleja en los disímiles niveles de la ciudad en formación: recuérdese que no siempre “la ciudad” ni los “centros urbanos” fueron, por ejemplo, pavimentados, ni con el sistema de alcantarillado y drenaje con que hoy los identificamos, lo que, por una parte, cualifica a la ciudad moderna, pero no retira la categoría de “ciudad” ni de “urbano” a sus predecesoras, y por otra nos presenta la ciudad y concretamente cada espacio urbano como entes vivos que nacen y evolucionan en interacciones internas y externas cada una con su propia dinámica e identidad en proceso, todo lo cual sienta pautas que veremos trascender al desarrollar la Antropología Urbana en estudios de caso concretos. Por urbano podemos asumir entonces el adjetivo de tales contextos.

Sin embargo, “urbanidad” es todo un comportamiento gradual (no toda la cultura integral, que siempre se recontextualizaría), que emana de haber logrado adecuar de forma relativamente satisfactoria relaciones sociales complejas típicas de las ciudades y que se suele portar a contextos de otra complejidad, incluso a los no urbanos en lo absoluto.

El reto que se impone la auténtica Antropología Urbana entiende la vida propia de cada comunidad urbana, con todas las complicaciones que las identifican entre sí (siempre relativamente en el proceso gradual de su dialéctica entre la diferencia y la igualdad,

ambas inclusive y contextualmente complementarias) y de las comunidades rurales y otras no urbanas de manera inclusiva y hasta raigal en su etnogénesis y en sus propios niveles de continua interacción, incluido el movimiento migratorio y su impacto urbano (Anexo 1). Trasciende los aportes de sociólogos y estudiosos de otras ciencias a los que sigue convocando, sin facilismos ni discriminaciones, a estudiar a un otro que siempre había sido visto exóticamente hasta el tipicismo dogmático: primero en las colonias, luego en sus propios campos, después en espacios suburbanos... y ahora, en sus mismos contextos urbanos, invita a la alteridad.

Se ha justificado la Antropología exclusivamente para las áreas rurales, con el pretexto de que la Sociología estudia las zonas urbanas; pero no es el “espacio” (urbano o rural) la frontera entre Sociología y Antropología: ambas con su propio instrumental son aplicables a uno y otro espacio y susceptibles de interactuar.

En oposición a la Antropología rural, la urbana, desde su nacimiento, ha contado con muchos detractores,⁴ desde quienes la consideran fruto del facilismo

⁴ A lo largo de la presente monografía, se niega la posibilidad de absolutizar la oposición supuestamente antagónica y hasta excluyente entre ciudad y campo, pues se demuestra que las interrelaciones históricas entre ambos implican que tal oposición no sea más que relativa y retroalimentaria por ambas partes. En cuanto a esta diatriba entre Antropología rural y Antropología urbana, pudiéramos explicarla, desde el contexto del presente trabajo, por la contradicción al menos aparente e intrínseca al dilema entre otredad y mismidad que, históricamente, ha marcado a la Antropología.

por no haber otras opciones,⁵ en vez de asimilar que con ello, se estaba abriendo una nueva era mucho más rica e integradora (teórica, conceptual y metodológica, incluso, en sus funciones sociales y demás) para la propia Antropología: este era el aporte de los más preclaros, revolucionarios y valientes, que en realidad avistaban de manera cada vez más diáfana y crítica los problemas con los que históricamente habían convivido en sus mismas comunidades urbanas de residencia, trabajo y formación académica, familiar y personalmente, por lo que se tensaba la relación mismidad/otredad.

Recordemos que, en efecto, el estudio de la ciudad es aún muy reciente dentro de la Antropología: hace poco más de tres décadas se empezó a valorar la metrópoli como objeto de estudio, lo que ha despertado un mayor interés desde las diferentes disciplinas de las ciencias sociales. La preocupación por el “nuevo” urbanismo fue la respuesta al progresivo crecimiento de las ciudades, y a la cantidad y cualidades de los problemas gestados en el interior de las grandes capitales.

⁵ Esto no es sino un prejuicio relativa y lamentablemente generalizado (aún persiste) y muy peyorativo contra la Antropología Urbana, y en rigor, facilista en sí mismo y bien exotista de la Antropología en general, que consciente o inconscientemente, se ataba así a una nueva modalidad de los antiguos cánones de una Antropología por fuerza colonizadora y discriminatoria tanto contra los pueblos colonizados, como contra sus propios pueblos por omisión de los problemas y necesidades a atender en estos, con los que muchos de sus antropólogos, desde sus posturas clasistas, ni siquiera se identificaban. Acusaban al antropólogo urbano de no hacer “trabajo de campo”, sino de buró, por ser realizado en ciudades, y de ser una solución facilista a la disminución del financiamiento para viajar.

El debate llega hasta análisis más profundos y respetuosos, como el de Hannerz, según el cual, la tendencia de los antropólogos a estudiar las ciudades se produjo debido a que en los países “exóticos”, cada vez más, las personas dejaban los pueblos para trasladarse a los nuevos centros urbanos, y los investigadores extranjeros no eran tan cordialmente recibidos; investigadores que, a su vez, tienen mayores dificultades de financiación. Agrega que en EE.UU., en los años sesenta, se redescubre la etnicidad y la pobreza; en Europa la migración internacional del trabajo y los refugiados políticos cambian el carácter de muchas ciudades. Los antropólogos comprenden que “el otro”, lo diferente, estaba en su misma ciudad. Claro, tén-gase en cuenta la calificación de “exóticos” con que aquí se define al “otro país”, esencial en la relación con la otredad, básico para todo enfoque antropológico; tales detractores, en general, han obviado los profundos cambios que en los años sesenta hacían redescubrir conceptos como el de “pobreza” y “etnicidad”, que, a la sazón, se definieron como “problemas urbanos”.

En análisis más profundo y contemporáneo, hoy reconocemos que pobreza y etnicidad son problemas no exclusivos de las urbes, aunque en las urbes se cualifican de manera particular. Pero hubo cuestionamientos sobre el papel de los antropólogos en este nuevo orden; se abrió así un espacio de discusión en el ámbito académico y, por ello, se empezaron a buscar nuevas respuestas acordes con los cambios que se estaban presentando en las urbes. La Antropología se había especializado en las “otras culturas” en tierras lejanas y por fuera del perímetro de esas mismas

ciudades occidentales, pero esas “otras culturas” comenzaron a ocupar cada vez más visiblemente los barrios más deprimidos y marginales de las grandes capitales.

Agreguemos que el aumento progresivo de grandes masas migratorias procedentes de pequeños pueblos y de zonas rurales hizo crecer aceleradamente las capitales sin ningún tipo de planificación, potenciando sus problemas transculturados con cada nuevo contexto. Los nuevos residentes de la ciudad comenzaban a integrar “otras” dinámicas urbanas en los estratos más bajos, caracterizados por la marginación y la pobreza. La convivencia y el encuentro con otras reglas de juego generaron contrastes, confrontaciones y estilos de vida nuevos, en una dura competencia mediada en la mayoría de los casos, por el trabajo. Se evidenciaba la necesidad de investigar problemáticas históricas, por momentos más agudas y complejas, dentro de sus propias comunidades urbanas, cada vez más inmediatas.

Hay que añadir los cambios que tales comunidades urbanas sufrieron desde el punto de vista económico y político, en tanto que Estados Unidos y algunos países de Europa empezaron a ver crecer y cambiar el carácter de sus ciudades (más, mientras más importantes fueran) por fenómenos ligados a la inmigración por trabajo y asilo político. La Antropología Urbana ganaba terreno en universidades y círculos académicos y se creaban especialidades dentro de las facultades.

Según Néstor García Canclini (2001), tres tendencias definen a las ciudades: primera, como núcleo de la modernidad ciudad/rural, lo que significa considerarla como núcleo de la modernidad, el lugar donde

desprenderse de los contactos intensos tanto familiares como de barrios y pasar al anonimato; segunda, la ciudad definida en criterios geográficos espaciales, con lo que nos remontamos nuevamente a Wirth en la Escuela de Chicago, y tercera, criterios específicamente económicos para definirla como resultado del desarrollo industrial. Agrega que la ciudad ha propiciado la reproducción de la fuerza de trabajo al concentrar la producción y el consumo masivo. Se le critica dejar fuera los aspectos culturales, las experiencias cotidianas, etc., lo cual, por supuesto, sería inadmisibile y franco retroceso. A lo largo de todo este trabajo y en el glosario se proponen otras visiones de la ciudad, si bien es el espacio urbano el que, a mi juicio, adquiere mayor protagonismo para la Antropología Urbana y que en su macroespacio citadino tiende a disolverse, por lo cual insisto en una “antropología de ciudad” mejor que una “antropología de la ciudad”, puesto que no es “toda la ciudad” ni “la ciudad” en sí misma el objeto de estudio de la Antropología Urbana, que no debe confundirse con el de los urbanistas.

No se trata de cercenar en subgéneros la Antropología, sino de contextualizarla con las especificidades que distinguen a cada comunidad, en una época en que se evidencia de modo cada vez más determinante el papel de las ciudades en el mundo, con toda la diversidad, integralidad de relaciones internas y externas, y complejidad que las identifica en sus replanteamientos, en la evolución del propio urbanismo y sus problemáticas implícitas y a menudo explícitas. Pero de la misma recontextualización constante de las problemáticas urbanas, debido a la peculiar dinámica que identifica estas culturas, han

derivado nuevas formulaciones como la conceptualización en torno a la “cultura de la pobreza”.

Oscar Lewis (1914-1970) desarrolló la idea de que los pobres viven inmersos en una subcultura de pobreza, que no solo los mantiene separados de la sociedad sino atrapados en la pobreza, cultura que se perpetúa a través del proceso de enculturación (transmisión de generación en generación). Bajo el término “cultura de la pobreza”, Lewis reafirmó que esta puede convertirse en un modo de vida y un sistema de valores y modelos de comportamiento que se autoperpetúan. Segregado por la sociedad, el pobre se adapta a sus problemas y aislamientos, y desarrolla su propio modelo de vida en una sociedad desigual. Esta subcultura se caracteriza por la desorganización social y por su propia autoperpetuación a todos los niveles: individual, económico, familiar, etc., y constituye un círculo vicioso sin solución.

Lewis señala una serie de condiciones para que se produzca y reproduzca la cultura de la pobreza: se desarrolla dentro del sistema capitalista (bolsa permanente de pobreza); la sociedad no es capaz de establecer servicios sociales; el sistema familiar no es de clan o linaje, que crearía círculos de solidaridad, y la cultura es individualista y consumista. Esta “cultura” aparece en países capitalistas como Estados Unidos de América y también en Latinoamérica, cuya cultura y sociedad han sido destruidas. Tal desintegración se produce a todos los niveles: no se integran los pobres en las instituciones y se desorganiza la comunidad o barrios a escala familiar e individual.

Pobreza y cultura de la pobreza no es lo mismo; la primera no siempre implica la segunda: se ha señala-

do que los pobres en Cuba no sufren con tanta fuerza la desintegración social y no los incluyen dentro de esta cultura, aunque también hay quienes recrean la desgracia (incluida la pobreza) mucho más allá y la perpetúan en masoquista fatalismo. Otra distinción es la pobreza absoluta (comida, ropa y alojamiento) en la relativa perspectiva y aspiraciones que la sociedad crea en los individuos y después no solventa.

Más recientemente, una suerte de neoestructuralismo (Sally Engel Marry, Susser y D. Harvey) clasifica los modelos de vida social urbana, compara los diferentes contextos históricos y culturales, y estudia las áreas de necesidad y unidades territoriales, las tramas sociales, las redes de relaciones en los asentamientos limítrofes y los conflictos de signo negativo (criminalidad, delincuencia, alcoholismo, prostitución, vagabundeo, violencia), con enfoques interdisciplinarios y nuevos métodos como el etnopsicoanálisis, la estadística demográfica, teoría de los impactos, planificación y ordenamiento urbano (Magaz, 2006). A estas alturas es obvio que la Antropología Urbana ha superado ampliamente la fase descriptiva que la caracterizó en un inicio.

Ha sido necesario, por tanto, fundamentar al máximo los criterios científicos con respecto a esta disciplina, para dilucidar lo que pudiera implicar una auténtica Antropología Urbana cubana desde su mismo devenir epistemológico y el estado actual de tal área a nivel internacional, sobre lo cual, aún resta mucho por analizar. En tales circunstancias se inserta este texto, con el ánimo de aportar experiencias y puntos de vista desde el contexto cubano. La bibliografía especializada soporta la tesis esencial de una

antropología de ciudad en vez de una antropología en la ciudad. No se trata de cómo la gente “vive en el barrio”, sino de cómo “viven el barrio” (Gravano, 1995).

También ha sido preciso escarbar en los elementos que se presentan confusos dentro de la bibliografía y que, en ocasiones, equivocan ciencias como la Sociología y la Antropología, o se limitan a un estudio histórico o identitario de la ciudad, de sus calles o arquitectura, o en el mejor de los casos, de alguna comunidad urbana; pero sin el concepto y todo el marco referencial que brinda el punto de vista antropológico, por demás, con escasa creatividad en este sentido.

En cuanto a la metodología utilizada, las imprescindibles historias de vida realizadas durante los veinte años de trabajo de campo, cada vez mejor perfiladas técnicamente al emprender el estudio académico particular de la Antropología, fueron la base fundamental para lo que algunos antropólogos urbanos reconocen como recuperación de la memoria colectiva, y la historia urbana desde lo emic.

Según González Medina (2001:3-4), la ciudad, como objeto de estudio, ofrece múltiples temas para trabajar desde la Antropología, y el aspecto señalado está entre los de mayor demanda en Iberoamérica, aunque hay otros temas que también aborda la presente investigación como acercamiento que pretende hacia una Antropología Urbana cubana, y que emanan asimismo de dichas historias de vida, tales como la religiosidad, la sexualidad, la identidad, los espacios, el medio ambiente, la familia, las generaciones, la racialidad, que solo en su sistema integral permi-

ten el “diseño de políticas sociales y culturales acordes con la realidad” y solo así, la antropología urbana puede cumplir su papel de lograr “un mejor entendimiento de la ciudad, pues va más allá de una simple descripción de los comportamientos que se dan en ella, ya que permite reconstruir la lógica de los pobladores desde ellos mismos, registrando costumbres, concepciones, y la interpretación que estos hacen de sus propios actos y su vida, igualmente, las soluciones que los habitantes de la urbe dan a los problemas que esta les plantea”.

Todo ello, por supuesto, se logra en este estudio a partir de la imbricación entre las diversas historias de vida obtenidas en tantos años, de las que solo se citan algunas de las más representativas —por la variedad que implican para el abanico de intereses de este acercamiento pionero a una Antropología Urbana cubana, que transite de la antropología en la ciudad (antecedente más directo) con los aportes que nos legara, a una antropología de ciudad—, y apuntan a la gran diversidad que identifica a las comunidades en estudio, dentro de un mismo contexto comunitario, lo cual debe considerarse para evitar confusión en cuanto al ente urbano vivo y complejo conformado desde estas historias de vida que, sin embargo, implican a la postre una comunidad con personalidad propia, incluso, para el imaginario popular.

Así pues, el objetivo de estas historias de vida como método antropológico se encamina a pulsar el corazón mismo de cada comunidad urbana desde ella, al exponer la diversidad en cada unidad no más que

relativa pues integra espacios urbanos cualitativamente identificados desde, con, para y por esa comunidad, en su esencia eminentemente antrópica, constructiva y destructiva, su sentimiento y su sentido de pertenencia (Anexo 1), su identificación con tal entorno. Se aporta, pues, un nuevo concepto: la historia de vida de cada comunidad, definida como un ente vivo, con todo el alcance metodológico que ello implica y explicita (Couceiro, 2007a).

Desde estos presupuestos, no puede decirse que a finales del siglo xx se contara con una Antropología Urbana cubana, propósito que persigue incentivar el presente estudio; pero sus antecedentes nos permiten avanzar desde el surgimiento y etnogénesis de las diversas ciudades cubanas, sus identidades y otros componentes que bien por su carácter científico —sociológico, histórico, psicosocial, etnohistórico y etnográfico, etc.—, o por su valor documental, aportan aspectos variados que, cuando más, competen a una antropología en la ciudad.

Por ende, es posible salvar entre tales antecedentes, los valores que puedan interesar para conocer cómo en las ciudades viven y se desarrollan en disímiles aspectos los diversos grupos, lo cual no es el objeto de estudio concreto de la Antropología Urbana en tanto antropología de ciudad, pero suministra un instrumental válido para ir cimentando una Antropología Urbana cubana. Así, por ejemplo, está la obra de Fernando Ortiz acerca del comportamiento de los sectores marginados en distintas ciudades en torno a la criminología, la etnicidad y la religiosidad, entre otras aristas. Otros autores han trillado este sendero, cada uno desde su propio ángulo.

Un nuevo horizonte se abre a esta investigación al estimularse, desde 1976 y con la División Político-Administrativa vigente, los estudios para el *Atlas de la Cultura Popular Tradicional*, cuyo alcance al cualificar varios de sus valores en todos los municipios cubanos, con vistas a su promoción casuística,⁶ es justo reconocer que constituye el necesario antecedente de los Estudios Culturales⁷ que, a la par que las historias locales realizadas por los museos municipales —desde su constitución en 1981— y otras instituciones, arrojan toda una bibliografía por lo regular inédita, pero muy valiosa y regularmente avallada según cada momento, que permite al presente trabajo enjuiciar los diversos espacios urbanos en un discurso más profundo a propósito de la confluencia de generaciones o la sexualidad, raíces étnicas y de

⁶ Al margen de cualquier insuficiencia, sobre todo por carecer de cientificidad, pues a menudo no trascendía la recopilación de información, aunque sus aportes priman. Eran cinco rubros: danza, música, literatura oral, artesanía y fiestas. Los Estudios Culturales los continuaron pero con mayor rigor científico, que con su actualización, profesionalismo integral e interdisciplinariedad con la Antropología fue el antecedente directo de este ensayo.

⁷ Ya desde 1988, con uno o dos especialistas en cada municipio. En el seleccionado como estudio de caso por su mayor complejidad, el grupo municipal de Estudios Culturales contaba con los mejores expertos de las instituciones y colaboradores, y con un cuerpo asesor de alto rigor científico, y promovió eventos científicos (bienales desde 1989 y anuales desde 1997) en torno a la identidad y problemáticas de estas comunidades urbanas particularizadas y del entorno urbano en sí mismo, con lo que comenzaron a aportar resultados con enfoque transdisciplinario sobre las comunidades concretas que constituyen el objeto de estudio de este trabajo (Couceiro, 2007a).

nacionalidades, y demás elementos de interés antropológico. Como toda fuente, la bibliografía debe ser críticamente analizada.

Para el actual estudio ya no importa la ciudad como una gran comunidad desde los confines internos, visibles y rígidos, impersonales incluso, aun cuando previamente se haya reconocido su heterogeneidad cultural, sino que se centra este estudio de caso en comunidades metropolitanas concretas para lo cual, devienen paradigmáticas aquellas que se ubican hacia las costas noroccidentales de Ciudad de La Habana al este del río Almendares, comunidades que se inscriben desde 1976 en el municipio Plaza de la Revolución, en las que la dialéctica tradición-contemporaneidad ha adquirido matices bien peculiares y de sumo interés para comprender la configuración urbana en sus valores identitarios históricamente dados y su sentido de pertenencia (Anexo 1).

De igual manera, se estudió el deterioro y reconfiguración para salvar los mejores valores que tradicionalmente las identifican en el complejo proceso migratorio que disfrutan y sufren a un tiempo estas comunidades que, sin dejar de ser emblema metropolitano en Cuba —más bien todo lo contrario— logran alimentar el sentido de pertenencia sobre sus más elevados valores de identidad, como el mejor medio para proyectarlos al futuro, escudriñar sus problemáticas particulares en tanto antropología de ciudad y servir como puente para otros estudios particulares en el resto de la capital cubana, de otras ciudades del país y demás comunidades.

Al delimitar las comunidades concretas a estudiar,⁸ fueron definidas previamente a partir del análisis integral de todas y cada una de ellas en su relativa homogeneidad y en los elementos distintivos entre unas y otras, estudio crítico con respecto a la división político-administrativa que, como aporte metodológico para acercarse mucho más a la identidad objetiva que las define, contempló los siguientes aspectos indisolublemente concatenados entre sí:

1. Identidad integral del entorno ecológico (suelos, hidrosfera y todo accidente geográfico, atmósfera, clima, contaminación tanto de suelos como de aguas o vientos y sonora, salinidad, fauna y flora silvestre y doméstica, etc.) y la cultura ambiental (y la ecológica con su impronta científica) con respecto a dicho entorno, ambos desde su devenir histórico.
2. Población humana: también estudiada históricamente desde sus raíces étnicas y vivencias por regiones del mundo, del país y del resto de la ciudad o de otras comunidades dentro del mismo municipio; residente y flotante en todas las circunstancias, incluida la estudiantil o laboral por sectores ocupacionales; movimiento migratorio, composición social, familia, grupos de edades y relaciones intra e intergeneracionales, racialidad, relación de géneros y sexualidad, grupos poblacionales por sectores como artistas e intelectuales, áreas insalubres

⁸ Enfocamos como comunidad ese conjunto (ni siquiera es necesario que sea un sistema) de personas con elementos de alguna manera comunes (pueden ser intereses, raíces, área de residencia, de visita, etc.) sin más dogmas que minimicen, aten ni laceren tan básico y universal concepto (Couceiro, 2007a).

otrora marginadas, etc., todo ello con sus criterios, sentimientos, sentido de pertenencia y relaciones mismidad/otredad/alteridad en la propia comunidad y con otras inmediatas o no, cubanas o de otras culturas del mundo.

3. Economía: pormenorizada la base económica en cada comunidad y la cultura económica consecuente, también históricamente entendidas: renglones económicos fundamentales, medios de vida y cultura en torno a ello, solvencia, etcétera.
4. Historia: concebida en sí misma como elemento de identidad de cada comunidad y en toda la integralidad de cada uno de sus valores a estudiar, hasta la etnohistoria y, por supuesto, como método de investigación científica que explica el devenir de sus problemas actuales.
5. Cultura: en su acepción más integral de toda la obra, pensamiento y sentimiento humano: la cultura ambiental y la ecológica, la económica, la artística en todas las manifestaciones del arte y en todas sus especificidades tanto populares como de la elite y las academias (incluida literatura tanto escrita como oral hasta topónimos, antropónimos y otros), la cultura política, de religiosidad, científica en su más amplio espectro, medios de comunicación masiva o no, hasta la cultura del derecho y el deber o el sistema filosófico, medicina popular, etc., la cultura estética y la ética con todo el sistema de hábitos y costumbres implícitos, la lúdica de cada grupo generacional, la física o deportiva, la funeraria y de nacimientos (en general sobre el ciclo vital), la cultura sexual, la culinaria en su sentido más completo y otras.

Como resultado de la aplicación de esta metodología, la selección de las comunidades propuestas obedece no solo a sus características tan metropolitanas dentro del contexto cubano, en lo que devienen paradigmas de “sociedad compleja” en Cuba con todo el imaginario y prejuicios a vencer que de ello emana, sino también a que han sido los territorios en que más se había logrado avanzar en tales investigaciones en el país y que mejor coyuntura ofrecían para el presente estudio, lo cual ha sido debidamente avalado durante más de veinte años de trabajo por los más diversos y rigurosos parámetros y que, por otra parte, siempre han incluido la interrelación de estas comunidades tanto diacrónica como sincrónicamente, con el resto de la ciudad y de Cuba (así como de otras culturas del orbe), no solo con sus barrios colindantes.

Las barriadas que así resultaron delimitadas y sirvieron como objeto de estudio están dadas por método comparativo en su interacción hacia el carácter más metropolitano a partir de su mayor cosmopolitismo, esto es: de El Carmelo y el Vedado hacia la Rampa, así como su interrelación con Nuevo Vedado y la barriada de La Plaza, que de tal suerte quedarían no más que introducidas. Ni siquiera así puede juzgarse homogeneidad en cada una de estas barriadas: los estudios previos han caracterizado dentro de El Carmelo, al menos, unos once barrios y repartos internos, entre ellos, el barrio de La Chorrera, el del Cementerio o de Colón, el barrio liminal del Sagrado Corazón con todas sus interinfluencias, el de las Canteras en los otros terrenos de Flores y el de Chullima en torno a los astilleros homónimos y sus tradiciones laborales y ambientales; el reparto Rebollo y el del Trotcha, la

Estancia de El Carmelo y su casco histórico, su extensión o barrio de los Carmelitas, la comunidad de 12 y 23, y entre los insalubres, el barrio de El Fanguito, la zona de Alturas del Fanguito, y el foco de 13 y 28, pues todos y cada uno de ellos han sido subdivididos a su vez en zonas y focos comunitarios (pasaje Kohly, en Colón; pasaje Junco, en Las Canteras; Montero Sánchez y Crecherie, en 12 y 23; solares como el del “Blúmer Caliente” y el de Sopena en 15 entre 22 y 24, en la estancia de El Carmelo; o el de las Tres Palmas en 17 y 18, en Rebollo; el del “Bifsteck”, en el Trotcha; edificios como los bloques de 13 y 24 y el Naroca, en Línea y Paseo; o el otrora Govea, en 13 y 20; la comunidad pentecostal, en 17 y 26; la episcopal y la anglófona, en 13 y 6; la hinduista yoga, en 15 y 2; la francesa en 17 y 6; los carmelitas, en Línea y 16; y con las teresianas, en 13 y 20, etc.), que conforman múltiples especificidades dentro de la homogeneidad no más que relativa que es la barriada de El Carmelo, y en todos han sido detectados sus respectivos cascos históricos e, incluso, fechas locales de interés, festividades y otras celebraciones, mitos y leyendas propias y, en general, es la barriada matriz del área, antecedida como foco por la barriada de La Chorrera y esta, a su vez, entre sus antecedentes históricos, por el otrora Pueblo Viejo primero (siglo xvi), y por Bongo y Gavilán y el caserío de la Playa después (siglo xix), entre otros. El río ha sido determinante para el origen y desarrollo ulterior de esta barriada de El Carmelo (Anexo 2).

Algo similar ocurre con los siete barrios y reparos en que se subdivide la barriada del Vedado, continuidad oriental y herencia directa de El Carmelo en

indisoluble interrelación; entre estos podemos especificar el casco histórico del Vedado y los Baños del Vedado, los repartos Medina (a ambos lados de 23, al sur con las catalinas y al este, actual barrio del Coppelia) y Príncipe, que desde el Castillo y la cadena hospitalaria miraba al pujante Medina al norte inmediato, incluido el barrio del Calixto al este noreste (27 y 25). Otros barrios serían, al menos hipotéticamente, el del Martí y el de los hebreos. Internamente abundan también zonas y focos, como la Comunidad Hebrea de Cuba (asquenazi) en Línea e I; los hebreos sefarditas en 17 y E; los bautistas William Carey en 25 y J y los metodistas en 25 y K, los dominicos en Línea y C, o el Ballet Nacional en Calzada y D; edificios como el Retiro Radial en 9 y F o el Tavel en 21 y D, “El Hormiguero” (insalubre) en 21 y E, El Arcos en F entre 19 y 21 y otras.

Y desde los barrios del Vedado al este, Medina y Príncipe, así como por Línea, luego 17 y definitivamente 23, se originó la barriada de la Rampa con tres barrios concretos: la Rampa costera, la Rampa (central) y la barriada de la Universidad, donde se hallan los antecedentes de toda la Rampa entendida por su población flotante desde el barrio de la Quinta (de los Molinos) y la propia Universidad. Es la de mayor cosmopolitismo y consecuente complejidad en Cuba, pues se proyecta desde y hacia todo el país, con su identidad histórica.

Finalmente, no más que en su interrelación histórica, cultural y social en general con las antes citadas y en su derivación de ellas, será incluida la barriada de Nuevo Vedado con sus ocho barrios previamente definidos: el de El Framboyán o del Parque al Puente,

el del Cementerio Chino al parque Acapulco con otros focos comunitarios locales como Herradura y Norte; El Bosque del Nuevo Vedado o barrio de La Isla o de La Josefina, por la isla Josefina en el río; el del Zoológico y el de Conill, así como los repartos Kohly de Nuevo Vedado, Las Torres y el Nuevo Vedado al río; y el barrio insalubre de La Dionisia, interconectado con el cementerio bautista por la calle de los Protestantes; y la barriada de La Plaza, que podemos considerar comprendida por el reparto Hidalgo o Ensanche del Vedado, Factor y la Raspadura hasta el triángulo del Teatro Nacional; la Feria de la Juventud, donde otrora radicó el barrio marginado La Pelusa; La Portuguesa o La Julia con su casco histórico Julia Borges; La Pera; Peñalver o Tulipán; Pan con Timba con el Pentágono, Casilda, El Capricho o San Nicolás, y su extensión por el reparto San Antonio Chiquito con su casco histórico, y zonas insalubres como el callejón de Colón; todos en interinfluencia y, a su vez, subdivididos en múltiples zonas y focos (solar La Mierdita y el del 44 en La Timba, por ejemplo), que al igual que en El Carmelo, el Vedado, la Rampa y Nuevo Vedado, puntualizan la enorme diversidad cultural de territorios relativamente pequeños, pues ninguno llega a dos kilómetros cuadrados.

Así, un total de menos de nueve kilómetros cuadrados, a la luz de la Antropología Urbana, multiplica sus aristas por su carácter metropolitano y cosmopolita. Solo como comparación en el balance se escogió Aldecoa (incluido su extremo sur y La Ciénaga) y Puentes Grandes, al sur municipal, aledañas pero con distinciones muy representativas y válidas. Aun solo en el Puentes Grandes del municipio Plaza de la Revolución

(pues otras áreas de la misma barriada están cercenadas actualmente en otros tres municipios: Playa, Marianao y Cerro) resaltan el casco histórico central de Puentes Grandes, Jardines de la Tropical, Mordazo como casco histórico y el Forestal de Puentes Grandes hacia La Gomera y El Husillo, ya en el Puentes Grandes del Cerro, que comienza con La Polar, mientras la división político-administrativa de 1976, vigente, conserva también La Ceiba de Puentes Grandes en el municipio Playa e, incluso, en el municipio Marianao, el Puentes Grandes hacia Pogolotti (Anexo 2).

Fue menester estudiar la población que en cada una de estas comunidades residía según su permanencia en ella (en la misma casa o en otra residencia de la comunidad relativamente homogénea, lo cual también se consideraba por zonas y focos) al menos como punto de partida para el análisis de sus respuestas y puntos de vista, y como aporte instrumental para la metodología se estableció el siguiente código:

1. Nativos de familias tradicionales en la comunidad, subclasificados según tradicionalidad por número de generaciones, dato cruzado con las raíces de sus ancestros.
2. Nativos hijos de inmigrantes, según los lugares de inmigración y de vivencias de sus progenitores.
3. Inmigrantes desde pequeños con sus mayores, subclasificados según grado de crianza en la comunidad y con las comunidades de sus mayores.
4. Inmigrantes, subclasificados según comunidades de donde proceden y de otras vivencias, tiempo y tipo (motivaciones) de inmigración en la comunidad, y grados de transculturación con esta.

Por supuesto, todo ello siempre se triangulaba con las vivencias (según tipo, período y transculturación con cada vivencia) en otras comunidades, provincias o países, y se incluía la región del país y comunidad concreta de vivencia y de donde inmigraban tanto ellos como sus ancestros hasta lo más remoto que conocieran, así como las raíces étnicas foráneas en los casos en que fuera posible.

Aún más se complica esta madeja al potenciar este análisis con el de otras comunidades de todo tipo que también se insertan entre los residentes, y dadas sus mutuas incidencias, no es posible obviarlas si a la realidad práctica cotidiana se pretende un acercamiento, porque son protagonistas al evaluar el carácter cosmopolita de la cultura local: tal es el caso de la población flotante, previamente estudiada en sus identidades locales según los más diversos intereses.

No pueden subestimarse estos grupos, en ocasiones definitorios, al evaluar la antropología urbana en áreas tan metropolitanas como las que nos ocupan ahora,⁹ ni tampoco aquellos otros lazos que definen ciertas comunidades más allá de la residencia y que aún en mayor medida, apuntan al carácter cosmopolita de las barriadas en estudio: las conformadas por credo religioso o raíz étnica o por otros intereses adquieren en el territorio que se investiga un protagonismo que matiza comunidades concretas, las identifica y son de especial interés desde el instrumental de la Antropología Cultural más que de la Antropología

⁹ En primer lugar la Rampa, luego 12 y 23 y Malecón, así como otras vías rápidas de comunicación local entre otros puntos locales, aunque no debe obviarse en ninguna.

Física, pues solo en su integralidad logramos captar el pulso de estas comunidades metropolitanas y cosmopolitas.

Obviar cualquiera de dichas comunidades hubiera constituido una abstracción que impediría esclarecer la dinámica de interés para la Antropología Urbana en estas áreas, por lo que desde el punto de vista metodológico resulta indispensable para determinar los valores y nexos que las han cualificado históricamente hasta la actualidad y de donde ha de emanar también la estrategia necesaria para el trabajo comunitario.

El difícil estudio de esta población flotante potenció aún más la complejidad intrínseca del análisis, al aplicársele la misma triangulación que a los residentes: sus vivencias en otras comunidades y países; sus raíces y las de sus ancestros; a falta de su lugar de inmigración se consideraba al menos el lugar de residencia, así como el nivel de conocimiento, percepciones, imágenes, sentimientos y motivaciones que tenían sobre la comunidad en cuestión y las aledañas, y sus resultados fueron triangulados con los de los residentes.

Se profundizó además en distintos cortes sincrónicos de su dimensión diacrónica, esto es: individuos y familias enteras (y hasta grupos sociales) que aquí han residido (o integrado la población flotante) en algún momento durante estos siglos, por lo que han quedado en la memoria histórica local o mediante otros impactos y huellas más o menos evidentes o implícitos, o se han proyectado con esta perspectiva. Todo lo anterior desde sus disímiles identidades se incluye en el instrumento aportado como propuesta metodológica para un estudio siempre complejo, mediante la

siguiente clasificación, enriquecida con la frecuencia e intereses de visita a la comunidad concreta:

1. Motivos laborales (si es trabajador permanente en esta comunidad o acude a ella por motivos laborales, pero solo ocasionalmente se consideró su especialidad). En población estudiantil, laboral femenina y general, este municipio es la primera fuerza nacional; en la laboral masculina solo lo supera La Habana Vieja por los trabajadores del puerto y ferrocarriles. El estudio se realizó por sectores, dentro de los cuales los servicios y la administración se destacan.
2. Motivos estudiantiles (similar al anterior). Cuentan la Rampa y el Vedado con el más importante centro de estudios de nivel superior del país (todo el complejo de facultades e instituciones de la Universidad de La Habana) y todo el sistema docente de estas comunidades, según su tradicionalidad local.
3. Intereses puramente recreativos y culturales en general, desde los turistas, tanto nacionales como extranjeros, en el complejo hotelero local y sobre todo rampero, hasta quienes acuden por los atractivos culturales que la zona ofrece en todo sentido, en ambos renglones tan interconectados para devenir comunidades protagonistas para toda Cuba. Téngase en cuenta la concentración tradicional de cines, teatros, salas de exposiciones y de conciertos, restaurantes, cafeterías y otros centros gastronómicos y nocturnos de la más variada índole; diversidad tipológica de iglesias, y otros núcleos religiosos y étnicos; y específicamente la recreación y el esparcimiento desde su propia concep-

ción local de parques y avenidas céntricas asumidas tradicionalmente como áreas de paseos, relaciones públicas o sociales en general. No deben obviarse tampoco quienes visitan celebraciones locales privadas o populares...

4. Intereses comerciales de cualquier tipo, incluido el comercio clandestino, para el que la misma población flotante constituye otro atractivo.
5. Intereses por la red hospitalaria y la cementerial (incluidas funerarias), redes tradicionales protagonistas en toda Cuba.
6. Intereses de visita a algún residente permanente o temporal, incluso en hoteles y embajadas.
7. Solo como tránsito entre otras comunidades de donde viene y hacia donde se dirige (cuáles, y por qué vías, motivos y frecuencia) incluidos chofer y quienes con ellos viajan en los llamados “no lugares” (Augé, 2000).

En la relación mismidad-otredad-alteridad, asumimos la otredad cuando se reconoce y se respeta al “otro”, y en su grado más avanzado en su relación con la mismidad, cuando nos reconocemos un “otro” para todo “otro”; y la alteridad más allá, cuando ya no existe temor, escrúpulo o recelo de ser confundido con ese “otro”, que en determinado nivel y contexto puede llegar a ser su *alter ego* e, incluso, en efecto, “el otro” mismo en fusión; esto, por supuesto, siempre de modo casuístico, en dependencia del objeto de estudio concreto y del sistema de principios (o los dogmas y prejuicios, según el caso) de la mismidad, en una adecuada relación etic/emic. Como consecuencia y tras el grado de aprehensión e interrelación, según

el caso, a la mismidad puede serle evolutivo, involutivo o simplemente, ser, siempre de forma casuística, según el sujeto investigador, el sujeto objeto de estudio y el aspecto concreto investigado.

Esta relación, con sus peligros y ventajas, no puede ser obviada en un estudio como este ni tampoco en su exposición, tanto en su alcance como en su valor metodológico, pues el propio autor e incluso el auditorio, por lo común están implícitos directa o indirectamente en el objeto de estudio con toda la carga de compromisos subjetivos (a favor y en contra) que podrían afectar, sin un manejo adecuado. Sin embargo, esto no puede ser el pretexto para desechar tan importante objeto de estudio, sino que exige aprovechar las potencialidades tanto de la otredad como de la mismidad, incluso de la historia de vida propia y de la polémica con el auditorio, y sin perder la pasión que requiere la dedicación a toda gran obra humana (dinámica etic/emic), fundamentarla sobre la razón intrínseca en las ciencias, que no han de subestimar la intuición.

Así, la presente investigación enfrenta y trata de vencer ese enfoque antropológico de estudiar la otredad, a menudo con cierto carácter peyorativo, paternalista y exotista, que ha obviado lo diverso en lo uno y la otredad que reconocemos y con la que convivimos o más allá, la alteridad que se integra con nosotros en comunidades urbanas, protagonistas para la imagen y desarrollo de la cultura nacional y de renglones sustanciales de la popular en sus diversos grados de transculturación con la oficial y las Academias; a propósito incluimos la opción de alteridad, que no solo reconoce al “otro” (con los diversos grados de respeto o no que ello implique) sino que es susceptible y capaz de

integrarlo, con los distintos niveles de aceptación implícitos.

Por otra parte, tampoco ha obviado el difícil abordaje de la mismidad, reconocido por muchos como uno de los niveles más complejos del conocimiento, con toda la dosis de autocrítica que implica, no siempre grata al paladar de los estudiosos (que prefieren concentrarse en aquel “otro”), pero no menos imprescindible, por la impronta decisiva del sujeto investigador.

Otros aspectos que complican el presente estudio son los esquemas simplistas heredados, entremezclados a menudo con la ignorancia y raíces regionalistas, y la falta de una promoción y educación científica al respecto, que solo ahora parece perfilarse mediante el trabajo en y desde las mismas comunidades a partir de las investigaciones y lo que se ha definido en el sistema escolar como “Historia de la Localidad”.

He aquí todo un potencial subvalorado y desaprovechado: infantes que copian año tras año la misma historia de los mismos lugares y no se les encamina a descubrir con los ancianos y otros informantes clave de su misma cuadra, la historia y el devenir de la bodega de la esquina, de la farmacia, de la escuela o del policlínico, de algún personaje célebre en la comunidad, etc. Todo ello depende de la valoración o subvaloración que profesores y promotores, a menudo con una mismidad bien ajena del “otro” de cada localidad (más allá incluso de cada comunidad), tengan de “lo cotidiano local” en sí (a lo que enfrento un nuevo concepto: “la trascendencia de lo cotidiano”) y lo que se valora que debe ser importante como objeto de estudio.

El grupo que atiende en Aldecoa la promotora natural Eva María García Salazar se encaminó en el 2004 hacia las biografías de deportistas y mártires de la zona, y en el 2006 presentó las biografías de animales célebres del vecino Jardín Zoológico de La Habana, lo cual no solo desarrolla la originalidad y creatividad de los infantes y su inclinación por una investigación histórica que en verdad sea su obra, sino que también aporta sustancialmente a una verdadera historia de la localidad cada vez más genuina. Al margen de los resultados que aún tenga este grupo, son escasos los ejemplos aportados desde este potencial que, unido al del adulto mayor, sería un ejército que revolucionaría cada historia local, insistencia a la que aún hoy no se ha hallado una respuesta.

Otra complejidad para el estudio que nos ocupa es el hecho de que, a menudo, es una calle la que se ha de tomar para definir una comunidad de otra, por supuesto, siempre entrelazadas y enmarcadas en un espacio físico, incluida la mucho más dinámica y fluida, pero no menos importante población flotante, que confluye en lo que más adelante se denominará “espacio andante”, aunque no exclusiva ni mecánicamente.

Para lograr sus propósitos con un código de comunicación viable, esta investigación estableció una definición conceptual concretada en un glosario (Anexo 1) que, lógicamente, se adecuaría para su aplicación práctica como instrumento operacional.

Las historias de vida trascienden la mera biografía para hurgar en el modo de vida y pensamiento, sentimientos y sueños, ansias y fantasías, memorias y necesidades, la más subconsciente mismidad y el *alter ego* de cada sujeto con respecto a disímiles pro-

blemas que, solo en su integralidad, definían una comunidad urbana de otra, reconstruían la memoria histórica colectiva y perfilaban una historia de vida de la comunidad en sí misma, por lo que solo a partir de ellas pudieron obtenerse resultados.

De todo el universo de sujetos residentes y visitantes a estas comunidades (unos 200 000 diarios) la muestra refleja la diversidad en el banco de problemas municipal y de las comunidades en sí,¹⁰ con predominio del análisis cualitativo para el discurso antropológico, incluido el número en tanto cualidad no menos valiosa y significativa, y sin detenernos en los dogmas que, anticientíficamente, pretenden alejar lo cuantitativo de lo cualitativo, y por ende, alejarnos de la realidad práctica cotidiana.

Se combinó el método histórico-lógico para la dimensión diacrónica del objeto de estudio luego de la retrodicción¹¹ aplicada para escribir la historia nunca antes escrita de determinados procesos etnoculturales locales, con el método comparativo de la Antropología en la dimensión sincrónica, y con el método

¹⁰ Cada historia de vida hubiera podido constituir todo un informe de investigación o al menos, un capítulo. Pero más trascendente se consideró aportar la integralidad de los resultados de 20 años de trabajo de campo que impiden perder precisión y que aquí se expone, pues solo en este conjunto se puede apuntar a las primeras generalidades para una Antropología Urbana cubana, objeto de este libro. El hecho respetado de quienes optaron por el anonimato es también en sí mismo información para inferencias y deducciones.

¹¹ Método que consiste en escribir la historia del presente al pasado y que aprendí del doctor Rolando Zamora, del Centro de Investigación de la Cultura Cubana "Juan Marinello" en los años noventa.

analítico-sintético, la inferencia, la deducción, la inducción, la observación antropológica y, en particular, la observación participante y el método iconográfico para leer los íconos y símbolos en las obras de arte y otras donde fue necesario. Se aplicaron las técnicas del análisis bibliográfico, las guías de observación y las entrevistas durante no menos de veinte años de trabajo de campo, y entrevistas a profundidad para confrontar y enriquecer los resultados, base para desarrollar luego las consiguientes historias de vida con una muestra intencional, además de entrevistas grupales¹² y otros estudios paralelos en o sobre estas áreas.

Por esta metodología se obtuvieron en un estudio antropológico de caso concreto, los resultados que se analizan a continuación y que poseen un valor en la experiencia a generalizar, siempre casuísticamente, hacia las más diversas comunidades cubanas y otras al margen de sus grados (o no) de urbanización.

¹² En ocasiones con tormentas de ideas que promovieran la polémica.

Un paseo al interior

Para la mejor comprensión del alcance de los resultados obtenidos en el estudio de caso, y consecuente con la metodología propuesta, este capítulo ha sido estructurado primero con el examen diacrónico cruzado por cortes sincrónicos en algunos momentos históricos, y luego, se abordan los diversos aspectos emanados de la dimensión sincrónica contemporánea del objeto de estudio.

Dimensión diacrónica

El objeto de este análisis no es la historia en sí sino como identidad y el método histórico ha sido fundamental para demostrar las relaciones raigales implícitas en estas comunidades urbanas y cómo dichas relaciones evolucionan en su devenir hasta conformar y explicar, al menos, los elementos causales de su identidad y problemática contemporánea, en los más variados aspectos que luego aborda el examen sincrónico actual. Así, por ejemplo, una imagen generada de las comunidades en estudio es su carácter “actual”, “moderno”, sobredimensionado excluyentemente como carente de antigüedad,

de tradiciones y hasta de raíces e identidad, conceptos que así se desdibujan: no hace falta demasiada profundidad en el estudio para verificar la simplista y peligrosa tergiversación que tras estas aseveraciones se esconde.

Si bien en esta área concreta se detectan huellas circunstanciales de la cultura agroalfarera, esta no queda en los siglos de colonialismo sino en la memoria histórica local.¹ De un primer corte sincrónico resulta que el entorno ecológico como fuente de vida y escenario interactivo² ha trascendido más para las raíces e identidad de las comunidades urbanas en estudio que los vestigios precolombinos, sobre los que transculturó el conquistador para sobrevivir en este entorno y que también se evidencian en estas comunidades (hacha de piedra pulida perteneciente al paleolítico, descubierta en la desembocadura de La Chorrera, en 1884, por Montané), lo que indica culturas previas a los agroalfareros: cráneo deformado (donde hoy queda Paseo y Malecón) que apunta a los

¹ El río Almendares era llamado Casiguaguas por los precolombinos en alusión a la legendaria figura de la madre que prefirió ahogarse junto a sus hijos antes que ser esclavizada por los conquistadores españoles, valorada como la primera rebelde cubana. La cueva de Taganana ha llegado a la actualidad a través de la novela de ese nombre del pinareño Cecilio Villaverde, leyenda de descendientes locales de indocubanos (siglo XVIII) entremezclada con raíces homónimas de Islas Canarias.

² Esto es: Bosque de La Habana, río, costas y otros accidentes naturales, cuya trascendencia a la identidad y cultura local será más patente a lo largo del estudio de la dimensión diacrónica, pero también de la sincrónica.

agroalfareros aruacos que realizaban esta práctica en reconocimiento a la caguama que consideraban su tótem.³

Y más allá, se infiere que los primeros humanos que llegaron a Cuba desde La Florida hace diez o doce milenios entraron por la costa noroccidental cubana, que incluye el área objeto de estudio donde han aparecido restos de la foca tropical (*Monachus tropicalis*)

³ Ello emana, entre otros, de las historias de vida de María de los Ángeles Valdés Ovide y Rubén López Hernández, ceramistas de origen canario de la Asociación Cubana de Artesanos y Artistas tradicionales en el reparto Rebollo de El Carmelo, que se han remontado al menos a los siglos xv y xvi en busca de nuestras más genuinas raíces en estas y otras comunidades cubanas; del mismo reparto, la puesta en escena de *Una gota de río* (por el grupo de teatro comunitario *Los Ruandy's*, sobre la investigación *Trascendencia precolombina para la cultura ecológica cubana contemporánea*, [Couceiro y Perera, 1999]) obtuvo para la Dirección Municipal de Cultura del municipio Plaza de la Revolución el 1er. Premio del Festival de Identidad de la Ciudad de La Habana en octubre de 1999, al recrear la vigencia integral de los más diversos aspectos culturales precolombinos. García Molina en la Biblioteca Nacional “José Martí”, el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente, la Universidad de La Habana sobre todo con el Museo Antropológico “Montané” y la Fundación “Fernando Ortiz”, entre otras tantas instituciones en La Plaza, el Vedado o la Rampa, han incluido en sus intereses las culturas precolombinas cubanas, además de otros investigadores, artistas e interesados en el tema que no trabajan ni estudian en el territorio, pero sí residen (o han residido o proyectan residir) en él o por diversas razones lo frecuentan. No obstante, con todo ello, el entorno ambiental es más determinante en la identidad de estas comunidades objeto de estudio que estas raíces precolombinas.

tras la que aquellos venían; subyacen los aborígenes en el imaginario local, sobre todo por la activa y sistemática interrelación histórica con otras comunidades capitalinas y de toda Cuba, que también han aportado sus respectivas raíces e imaginarios precolombinos al patrimonio cultural local, así como por la importante imagen generada por artistas e intelectuales que tanto identifica a estas comunidades y que han asumido esta temática como motivo de inspiración e, incluso, técnicas a transmitir a las nuevas generaciones y otros aprendices, por lo que también es fuente no obvia de conformación e identidad cultural local.

El núcleo colonial que dio origen a las dos comunidades urbanas más antiguas en el municipio (Puentes Grandes y La Chorrera) antecedió incluso desde el bojeo de 1509 a 1511 al poblamiento en la bahía norteña de la villa de San Cristóbal de La Habana hoy La Habana Vieja, que como Pueblo Viejo reconocía desde 1519 este primer asentamiento a orillas del río llamado hoy Almendares.⁴ Un corte sincrónico en estos siglos XVI y XVII nos mostraría colonos oscuros y sin fortuna sobre todo del sur español: canarios, andaluces, criptojudíos y moriscos, pero también castellanos e, incluso, alguno que otro del norte español y negros del África subsahariana y del propio “curro” peninsular, de impronta innegable, pero nunca exclusiva.

⁴ Ya entonces comenzaron a denominar como Pueblo Viejo a esta primera comunidad colonial, mientras ellos en la bahía se llamaban a sí mismos Pueblo Nuevo, en rompimiento mismidad-otredad (que de alguna manera veremos adecuarse en el tiempo hasta la actualidad) que ya implicaba identidades comunitarias.

No olvidemos que en Puentes Grandes tuvo hacienda el mismo Diego Velázquez en 1518; se señala el paso del padre dominico sevillano Bartolomé de las Casas y existen noticias de que entre 1517 y 1519 de la desembocadura del río zarpó hacia México con 500 soldados, cien marineros y 16 caballos, el extremeño Hernán Cortés.

Entre 1551 y 1561 cobran identidad las cuevas de Oliver (luego Taganana, donde a finales del siglo XVIII se instaló la batería de Santa Clara, por la altura, y desde 1930, el hotel Nacional) para “conucos e aves”, cabras y puercos con una salina hacia La Chorrera, gérmenes de la calle Línea y de la actual Calzada (de los Arcabuceros). También obtienen estancia para hatos y conucos, aves, ganado menor y frutales hacia La Chorrera, Mani Congo, el negro horro Juan Gallego (1571) y el moreno horro Hernando Salazar (1578).

Ya en 1565 —a consecuencia del saqueo de La Habana por el pirata francés Jacques de Sores, que en 1555 había entrado ayudado por un portugués, quien antes había estado en la ciudad con los restantes peninsulares y conocía el terreno—, se evidencia la huella integrada de otras culturas europeas, así como la impronta del entorno ecológico, pues queda prohibido o vedado talar el bosque de La Habana para evitar que por ahí entraran corsarios y piratas y se interrelacionan la cultura popular y la oficial (nombre popular inspirado en la referida prohibición, promulgada por Real Ordenanza del Cabildo de La Habana) en solo seis letras tradicionales y harto representativas que llaman al monte Vedado. Agréguese la huella italiana en el torreón de La Chorrera (1638) y aun antes, en la

Zanja Real⁵ (1544-1592), de la que derivan no pocos topónimos, comunidades locales y otras identidades para toda La Habana hasta 1837, cuando la sustituye el acueducto de Fernando VII y a este, a su vez, en 1856, el acueducto de Albear, desde el Cerro, al sur inmediato.

He aquí embriones en la etnogénesis de estas comunidades a la actualidad, que continuarán enriqueciéndose: en 1598 por la Zanja Real, despegó la industria azucarera con esclavos facilitados por los portugueses,⁶ todo lo cual cimentaría aún más el alto valor de estas comunidades antaño.

Eran inevitables las raíces grecolatinas y el esqueleto judeocristiano de la cultura occidental que, a la sazón, se imponía en aquella Cuba, como base esencial para la ulterior conformación de la cultura cubana; y ya en el siglo XVII Puentes Grandes se reconocía situado en el valle que el pueblo llamaba de San Jerónimo,⁷

⁵ La Zanja Real ahorraba el transporte del agua potable por chalupas del río a la villa, y abastecía la guarnición, el vecindario, sembrados, animales y trapiches.

⁶ Desde antes que los españoles llegaran a América en 1492, ya Portugal hacía suyas las costas africanas. De finales del siglo XVI data la canaria Catalina con el ingenio San Diego en Puentes Grandes (justo por las inmediaciones del río) donde en 1726 serían famosos tres molinos de tabaco de polvo rapé (prácticamente exclusivos en Cuba junto a los de Matanzas), que desde 1796, se trasladarían por el río y la zanja, a donde entre 1834 y 1837, se construiría la quinta de recreo de los capitanes generales, a la que legaron el nombre popular de Quinta de los Molinos.

⁷ Nace en Stridon, Eslovenia, 347-420, patrono de Nápoles en Italia, uno de los "Doctores de la Ley", traductor de la Biblia al latín y considerado el más sabio de los padres latinos. Fue en su día cuando al obispo Armendáriz legó su imagen, que

quien devenía santo patrono puentegrandino hasta hoy, lo que se puede explicar por la gran riqueza de la flora local y la medicina verde (sin duda, rasgo de sabiduría, sobre todo en aquel contexto) que ya el médico sevillano Diego Álvarez Chanca, del brazo de Colón y por enseñanza precolombina, describía en nuestra flora.

La higiene y salubridad afaman al río desde 1610, al curar allí de gota el obispo de Armendáriz, y de nuevo se cruzan leyendas y mitos de la cultura popular para otro tradicional topónimo de identidad local: Almendares.⁸ La economía fundamentalmente agrícola⁹ y ganadera, tras agotar la búsqueda de metales preciosos, incluyó el comercio de flotas y el contrabando, primer comercio clandestino local; aquí florecía ya el vecindario de La Playa cuyo camino, dada la costa, heredó el nombre de Camino de la Playa (o Calzada de los Arcabuceros), hoy calle Calzada.

en verdad era de San Agustín, según testimonios de Mariluz Samper y Gadiel Fernando Hernández.

⁸ El nombre hispano popular dado al río desde inicios del siglo XVI, fue La Chorrera, al servir de regadío local y por sus saltos de agua, que fue sustituido más adelante por el de Almendares, sin embargo, quedó tradicionalmente por fuerza de la cultura popular para designar el caserío derivado del Pueblo Viejo hacia la desembocadura del río, y al mismo torreón de Santa Dorotea de la Luna (1638) que desde entonces se conocerían respectivamente como caserío (hoy comunidad o barrio) y torreón de La Chorrera, donde los personajes característicos serían respectivamente el pescador y el soldado, incluso, en un imaginario popular vigente, a pesar del desuso.

⁹ Sobre todo caña de azúcar (oriunda de la India llega a Cuba por La Española, hoy República Dominicana y Haití), tabaco y frutos menores.

Aún del siglo xvii es el Factor,¹⁰ y otras dos comunidades datan de mediados del siglo xviii en el actual centro territorial, absolutamente vigentes con sus grandes cambios en el tiempo: primero el reparto San Antonio Chiquito,¹¹ y luego, el reparto del Príncipe.¹² Ya para la primera mitad del siglo xix, durante el despegue económico de la colonia cubana y la formación de nuestra nacionalidad, el panorama comunitario en este territorio es complejo y diverso.

Los esclavos negros (de diversas culturas africanas) se implicaban en ingenios azucareros como los citados, aunque también en otras labores agrícolas, ganaderas y de extracción de maderas, así como domésticas y en los molinos de tabaco rapé, sobre todo en los Puentes, continuamente necesitados de reparación por las crecidas del río. Los cadáveres de los negros bozales inauguran el cementerio de El Pudriero hacia la costa entonces abandonada del actual parque Martí, donde también se refiere la presencia de chinos (tal vez filipinos y yucatecos), y el cambio

¹⁰ Medina, 2002. Inglés y al extremo sur central, donde con la ulterior Quinta de Jústiz de Santa Ana deja huellas en la toponimia local (calles Factor y Santa Ana), y anteceden al barrio de terrenos de Peñalver, donde en 1843 estaría el segundo cementerio del Cerro o cementerio colonial de Puentes Grandes.

¹¹ Derivado a mediados del siglo xviii, del ingenio azucarero homónimo que aquí aprovechaba las aguas de la Zanja Real.

¹² Se originó por el Castillo del Príncipe San Carlos (1779) que se ubicó sobre esta loma para buscar altura como resultado de la incidencia francesa tras la toma de La Habana por los ingleses en 1762. Entre sus hijos más universales, nació aquí en 1888 el ajedrecista José Raúl Capablanca, que mantuvo estrecha retroalimentación con estas comunidades donde el ajedrez fue y aún es tradicional identidad popular.

de su nombre a Cementerio de los Ingleses primero y de los Americanos después hasta 1847, indica el cambio étnico y en la correlación de fuerzas... todos ellos marginados en aquella colonia, unos más que otros.

Había otro barracón de colonos asiáticos hacia La Chorrera, y los antecedentes coloniales del barrio La Pera se dan por el cementerio de La Requena (1833), en tierras de Catalina Requena, y el ulterior club Almendares, frente a la Quinta de los Molinos (1837), que a su vez deviene primer punto de atracción para la población flotante (sobre todo con objetivos recreativos) en el territorio en cuestión, cuando el camino de San Antonio Chiquito —transformado en Camino Militar por el Castillo del Príncipe— era ahora el Paseo de Tacón o Alameda de Carlos III, con el Jardín Botánico más antiguo que queda en Cuba (1837, heredó plantas que desenraizó de su antecesor, el de la Sociedad Económica de Amigos del País, que desde 1817 radicaba en el actual Parque de La Fraternidad, hoy municipio Centro Habana). Además de esclavos, aquí trabajaron presos comunes y políticos del Castillo del Príncipe, a cuyas plantas se extendía; cimarrones del depósito, emancipados, y como capataces, oficiales del Cuerpo de Ingenieros.

Algo más al sur se desecaron terrenos afectados por la Zanja para el primer paradero del primer ferrocarril cubano (1837, influencia inglesa), pero popularmente conserva su nombre de Paradero Ferroviario de La Ciénaga. Habría aquí otro germen comunitario en torno a tal sector obrero, y no es casual que en su banda occidental hacia el floreciente Puentes Grandes, en 1865, el catalán Zoilo Aldecoa (apellido de ascendencia vasca) fundara el reparto que aún hoy

conserva su apellido y su casco histórico en las popularmente conocidas “casitas de los catalanes”, y donde al sur insalubre, poco después, se agregaría una breve comunidad china, de la que todavía quedan descendientes. La prensa reflejaba el apogeo del territorio con importantes nombres vinculados a la publicación *El Almendares* (1852-1853, y 1881-1883), río al que además, el músico Ignacio Cervantes dedicó una danza y Martí mencionó, iniciándose la bella tradición de reverenciarlo, que llega hasta la actualidad.

En 1858, en estas áreas se hallaban (Pezuela, 1866):

1. Las casitas de la estancia de Bongo y Gavilán, a orillas del río (pescadores y boteros) y a 600 metros de la desembocadura. El caserío de Gavilán no pasaba de 248 personas.
2. La Chorrera era entonces un pequeño pueblo o aldea marítima a la derecha de la desembocadura del río, con unas 30 viviendas, la mayoría de embarrado y guano, y las restantes, de tablas; entre ellas había algunos barracones para colonos asiáticos, quizás ya chinos y no necesariamente los filipinos ni yucatecos que les precedieron y con los que coexistieron en Cuba. Se impone al precedente caserío La Chorrera que contaba con tres viviendas de mampostería, al unirse con su población que pertenecía a la jurisdicción de La Habana.
3. El caserío de La Playa al norte de La Chorrera, donde al avanzar el siglo xx estuvo el Balneario Municipal (antecedió al actual Centro Deportivo-Recreativo “Camilo Cienfuegos”) y con La Chorrera sumaban 239 habitantes “de toda clase y sexo”, sin incluir el destacamento que guarnecía el torreón.

4. El Carmelo, a medio camino entre San Antonio Chiquito y La Chorrera, no llegaba a cien habitantes.
5. El Vedado era aún un caserío sobre la costa acantilada en el norte costero y sus alrededores, sin vecindario fijo, escaso, hasta entonces compuesto de chozas donde los peones de las canteras guardaban sus instrumentos y descansaban.
6. El reparto San Antonio Chiquito, cuyo este colindaba con el del Príncipe, parte del cual lo consideraba la división urbana de entonces, y contaba con 110 viviendas que no formaban calles regulares, pero sí tenía casas de excelente construcción como la quinta de recreo de los capitanes generales.¹³
7. La zona de la ciénaga había sido desecada con lo que se benefició el tráfico ferroviario que atravesaba el lugar; el caserío del paradero de La Ciénaga era de primera clase dentro del distrito de La Habana.
8. Al extremo sur, Puentes Grandes era distrito de segunda clase, incluía los pueblos de Mordazo y Puentes Grandes, se extendía por el norte hasta la costa e incluía los caseríos de El Carmelo, Vedado y San Antonio Chiquito, y la aldea de La Chorrera.

^B Lugar importante de comunicaciones por implicar uno de los principales caminos extramuros paralelo al sureño Cerro para finalizar al oeste en el Paso de la Madama (en los terrenos del marqués de Las Torres y de don Federico Kohly), que daba al río en el Nuevo Vedado actual. Un centenar de viviendas agrupadas en las laderas del Castillo del Príncipe poblaba San Antonio Chiquito.

Son estas las raíces de las comunidades urbanas objeto de estudio.¹⁴ Las viviendas y barracones aquí existentes abrían un abanico arquitectónico para la gran variedad de clases y sectores sociales de estos pobladores primitivos y primeros “criollos” del territorio,¹⁵ todos ellos de muy variada procedencia étnica y génesis indiscutible de tradiciones.¹⁶ Hasta entonces, el esplendor comunitario local irradiaba del sur al centro¹⁷ con excepción de La Chorrera en la de-

¹⁴ Estas comunidades, que entre los siglos XVI y XIX fueron categorizadas como “poblados” o “caseríos”, no tenían sino su propio interés económico, muy local, de autoconsumo, sin otra función relativa a la primitiva villa de San Cristóbal de La Habana que la de abastecerla de agua potable y recursos maderables (riquezas que, lamentablemente, fueron casi reducidas a lo que hoy resta del bosque de La Habana) y apoyar desde la estratégica desembocadura del río, la defensa militar de la boca de la bahía, sobre todo, desde 1642 con el torreón de Santa Dorotea de la Luna.

¹⁵ Dadas las funciones que hemos visto y la navegación por el río y la costa, proliferaban esclavos, vegueros, calafates, constructores de barcos y otros afines; buscadores de metales preciosos y aventureros, pescadores, leñadores, ganaderos, zapateros, albañiles, plateros, curtidores, escribanos, soldados, músicos...

¹⁶ Algunas de tales tradiciones, retomadas y transculturadas desde los precolombinos en su adaptación al entorno ecológico y en el desarrollo gradual de artes y oficios en el territorio, otras del medioevo europeo y de nuestras más encontradas raíces. Pasajeros y tripulantes de cuanta navegación llegara a las márgenes de La Chorrera, recibían el avituallamiento necesario y opciones de hospedaje. Todos ellos constituyen la base sobre la cual, durante estos siglos, se transculturaba aquí hacia la nacionalidad cubana.

¹⁷ Puentes Grandes, Aldecoa, San Antonio Chiquito, La Ciénaga, el Príncipe, la Quinta... Ya a la sazón, el Cerro inmediato hacia el sureste fructificaba como el primer barrio extramuros de la sacarocracia cubana en sus diversos estratos (1809-1850) y sus frutos precisamente buscaban estas costas para su más feliz reproducción.

sembocadura del río. Pero ya en la segunda mitad del siglo XIX dio un vuelco hacia la costa norteña al parcelarse El Carmelo (1859) y el Vedado (1860), en paulatino proceso de detrimento del sur.

Es preciso definir como un segundo momento conclusivo en este análisis diacrónico, el origen no urbano de estas comunidades, hoy tan típicas de la urbe cubana: raíces rurales¹⁸ pero también de pueblos pescadores,¹⁹ y en torno a instituciones de alta identidad urbana como puntos de referencia, clave en las comunicaciones,²⁰ que indican los cascos históricos de sus respectivas comunidades.

El Carmelo y el Vedado cambiaron las migraciones del sur al norte costero²¹ y aportan la jardinería con el sistema de parques y *parterries* al urbanismo cubano,²² cada vez más distantes de la hispanidad

¹⁸ A partir de ingenios azucareros, hatos y mercedes o haciendas como la de Peñalver, que aprovechaban la Zanja Real desde el río hacia la villa en la bahía, al este.

¹⁹ Primero el Pueblo Viejo, luego Bongo y Gavilán, La Playa y La Chorrera, debidos a la costa y el río.

²⁰ El torreón de La Chorrera y el Castillo del Príncipe, la Quinta de los Molinos y el paradero de La Ciénaga.

²¹ Hijos legítimos del Cerro, arquitectónica y socialmente, con el neoclasicismo de los revolucionarios franceses y las rejas, verjas y vitrales de la industria inglesa cada vez más finos y elaborados. Criollos pudientes e intelectuales como, por ejemplo, el conde de Pozos Dulces, fundador del Vedado, y el doctor Emilio Núñez Villavicencio, con el hospital Nuestra Señora de las Mercedes (hoy Fajardo, pero donde está la heladería Coppelia en L y 23), entre otros.

²² Tal era el racionalismo francés e inglés que incluso medía el ángulo de 45° de los vientos alisios sobre las nuevas barriadas mediante el tipo de árboles que las identificaban, para que la brisa costera barrera la suciedad; imperaban la cuadrícula regular perfecta y la nominación por números —desde el Prado hoy calle Paseo hacia el río al oeste en El Carmelo— y letras —en lo que resta para el ulterior Vedado hacia el este—, entre otros elementos racionalistas.

colonial para lo que bebían de otras culturas no hispanas, sobre todo las más florecientes en aquel mundo al que alcanzaba la cultura cubana aún colonial, pero ya por una nueva identidad nacional: las calles debían tener la amplitud necesaria, al menos 16 metros de ancho y para el caso de las avenidas, entre 36 y 56 metros; las aceras amplias, plantadas de césped y preparadas para el arbolado, delinearon parques y plazas que ofrecían la sensación de amplitud y belleza. Cada solar destinado a la fabricación, debía tener al menos 13,06 metros de frente y 50 de fondo, y en cada una de esas parcelas solo debía construirse una casa, la cual debía tener jardines al frente, costados y al fondo, o sea, “pulmones”.

Contaban con los materiales de construcción procedentes de sus propias y múltiples canteras, caleras y yeseras, que por siglos fueron fuente de materia prima para la construcción, y se planearon incluso atravesadas por los tranvías de antaño. Si La Habana se desarrolló urbanísticamente a partir de la plaza y con la Ilustración de finales del siglo XVIII continuó con la alameda, El Carmelo y el Vedado desde sus concepciones urbanísticas, combinaron parques y arterias de comunicación y alcanzarían fama mundial de higiene, salubridad y modernidad por la coherencia entre el entorno ecológico y la depredadora civilización, mientras París y Londres huían de la ciudad contaminada. Todo ello tendría un fuerte impacto no solo interno, sino también en las comunidades de las inmediaciones y mucho más allá.

Es el sistema que reproduce la necrópolis Cristóbal Colón (1871, antecedido en 1865 por el cementerio San Antonio Chiquito sobre tierras de La Julia o

La Portuguesa) al concebir sus puertas hacia el pujante Carmelo, cuyo desarrollo no previó la futura comunión y generó las diagonales y cuchillos que identifican la comunidad de 12 y 23 y la del cementerio de Colón. El apogeo económico inicial de El Carmelo se verifica a pesar de las guerras, cuando, durante su ausencia, a los Frías Jacott,²³ en 1873, el gobierno les embarga sus inmuebles y se inventarían 300 solares en el Vedado, y otros 1 139 en El Carmelo, además de fábricas, hornos, pozos... Por entonces el Cerro y Puentes Grandes quedaban desplazados y comenzaba a quedar atrás su prometedor futuro.

Al norte costero, por su inmediatez, casi se confundirían como extensiones unos de otros, el barrio de los Baños del Vedado a partir de los célebres baños de mar (1864) que se consolidaría hacia 1915 con el parque Villalón —también conocido como parque de Neptuno o Gonzalo de Quesada—; y sobre todo el reparto Medina (1883) al sur del Vedado, y el reparto Trotcha (1886) al norte de El Carmelo, cada uno con su propia sociedad cultural (la del reparto Príncipe llegaría a comulgar con la de Medina en 21 y G) y tal pujanza multiplicaba el florecimiento de antaño, sobre todo de El Carmelo, que había logrado su propia publicación: *El Porvenir del Carmelo* (1860-1861), asistida por altos intelectuales de aquella Cuba. En 1892 se completó el casco histórico del Vedado entre A y E, y de Línea a 15, con su sociedad cultural y su parroquia, y se fortaleció aún más en la siguiente década con los cines silentes Vedado, Trián y Olímpic.

²³ Familia del conde de Pozos Dulces.

Todo ello acunaba diversas raíces: así, por ejemplo, los catalanes y su gran influencia francesa identificaban el Trotcha al norte, pero también la Ermita de los Catalanes más al centro, entre 1888 y 1953, cuando fue trasladada hacia río Cristal (donde aún se conserva por Boyeros para ceder terreno aquí a la Plaza Cívica “José Martí”, actual Plaza de la Revolución) con las romerías a su santa patrona, la virgen de Montserrat (también conocida como la Rosa de Abril o la Moreneta, que explica más que en otras festividades hispanas, la inclusión de negros y mestizos) y cabalgatas en toda una comunidad que incluía el hotel Oriente de Montserrat, donde se comía la escudilla típica catalana. Entonces y hasta hoy, el paisaje y la vida local han inspirado a artistas de todas las esferas, como el pintor santaclareño Esteban Domenech, descendiente de catalanes, que pintó dicha ermita, tradición local que ya en el XIX impulsaba el matancero Esteban Chartrand al pintar el torreón de La Chorrera, y luego, en 1886, el santiaguero Guillermo Collazo con “La Siesta”, en casa costera local.

La calle Línea, cuyos ancestros vimos con La Chorrera, se estimaba en 1857 como segunda calle extramuros, para nuevas polémicas, aunque sí es innegable su trascendencia para toda la ciudad y desde entonces, su condición como vía rápida de comunicación.²⁴

²⁴ Primera arteria local de desarrollo urbano y vida social, era protagonista para toda La Habana al valorar los pujantes barrios de El Carmelo y el Vedado. No es casual que en 1901, Línea acogiera el primer tranvía eléctrico Vedado-San Juan de Dios, con una planta eléctrica en las inmediaciones. Sucede supuestamente a la avenida del Cerro, pero también habría que considerar otras como la calzada de Jesús del Monte (actual

El nombre “Carmelo” proviene del bíblico monte Carmelo, con la virgen del Carmen como santa patrona local.²⁵ En los censos de 1861 y 1865, se llamaba El Carmelo a un moderno caserío perteneciente al partido de Puentes Grandes con escaso vecindario de “toda edad, sexo y color”, aunque recién se había parcelado el proyecto urbanístico Estancia de El Carmelo (Izquierdo, 1972).

Desde la década del sesenta de siglo XIX se apreciaban señales de vida “social” en El Carmelo por su mayor proximidad al río y al bosque: se iniciaban y promovían actividades en los salones de una instalación llamada “El Carmelo” con bailes y juegos de salón y carreras de caballos en áreas abiertas; se alquilaban botes para pasear por el entonces limpio y bello río Almendares, con hermosos alrededores

Diez de Octubre) y en nuestro propio territorio municipal, la avenida de Carlos III, antes paseo de Tacón y antes, Camino Militar. Ciertos los ancestros de la calle Línea a inicios de la colonización en la comunicación con el río (en tal caso, antecedente a la calzada del Cerro), pero todo ello son aportes para la polémica.

²⁵ Carmen es nombre español de origen árabe que significa jardín al margen de otras acepciones como “viña”. En cuanto a la santa Biblia (Libro Primero de los Reyes: 8;19-46; Libro Segundo de los Reyes: 2;12, 25) el histórico monte Carmelo da al puerto de Haifa entre el llano de Sarón y el valle en aquella Philistea (Palestina), actual Israel, donde siglos después la virgen ayudaría a los cruzados, y en resumen, explica el nombre de esta barriada costera al río y la jardinería que aporta y reina en tal comunidad urbana. No por casualidad, sus procesiones locales eran marinas, a través de esta costa. Entre sus fiestas tradicionales se destacó el Santo Entierro en el siglo XX, atendido por los dominicos.

boscosos que ya depredaban al cazar aves, algunas de precioso canto, que enriquecían el lugar y que ellos mismos exterminaron, con lo que destruyeron uno de sus más valiosos atractivos. Disfrutaban además de excelentes comidas y frescos baños de mar, y cerca del tranvía, se celebraban misas dominicales.

Tal caserío inicial de El Carmelo, se situaba en la orilla derecha del río hacia el sur y no lejos del caserío La Chorrera; sus primeras construcciones fueron extendiéndose hacia el este y se levantaron en la zona “casas de segunda clase” prefabricadas para el campo o alrededores de las poblaciones con cubiertas de hierro corrugado y el interior de planchas o tablas fibrosas sin cimientos de piedras o ladrillos, que más tarde serían sustituidas por otras más duraderas, algunas de las cuales aún se conservan.

Por su parte, la finca del conde de Pozos Dulces en el Vedado contaba con 29 manzanas entre G y los antiguos terrenos de El Carmelo (o sea, la actual calle Paseo)²⁶ y entre la costa y la calle 15. Pero su urbanización y poblamiento no cobró fuerzas sino durante la Tregua Fecunda (1878-1895) en torno a Línea y sus paralelas inmediatas, retardados primero por la crisis económica que hizo quebrar el proyecto de venta de lotes, y después por la guerra independentista de 1895-1898.²⁷ Se sembraba mientras el

²⁶ Entonces avenida del Prado o paseo del Prado, luego avenida de los Alcaldes, a partir de la cual se había parcelado antes El Carmelo hacia el río, división histórica natural entre ambas barriadas.

²⁷ En la misma esquina de 11 y C, un edificio conserva, tal vez fortuita pero afortunadamente, el nombre de Pozos Dulces, extendido a otro en Línea y 4, a una calle de La Pera (a cuyo

germen para nuevas tradiciones y comunidades urbanas que continuarían su desarrollo en el siglo xx: la inflexibilidad de las vías férreas o “camino de hierro” como comunicación, provocaría la forma de cuña de varias manzanas en ligero detrimento de su cuadrícula regular perfecta.

En 1883 con el reparto Medina nació la avenida Medina (actual calle 23, al inicio solo entre D y G, con antecedentes en 1863) reforzada hasta 1954 y con antecedentes desde 1868, por el hospital Nuestra Señora de las Mercedes, conocido popularmente como “Reina Mercedes”, concebido para 300 camas, sustentado por capitales cubanos y con el fin de atender a los cubanos durante pleno colonialismo español, que marcó desde entonces y hacia aquí (hoy L y 23) la extensión de Medina, hoy barrio del Coppelia por la heladería homónima desde 1966 (entre 1954 y 1966 se sucedieron aquí un proyecto de hospital y otro de rascacielos, el Pabellón de Turismo y el centro recreativo “Nocturnal”, signos de identidad e imagen tradicional local) que ha retomado el bastión de identidad comunitaria.

En 1895 existía el hospital Aldecoa, al sur y con capacidad para 160 pacientes. También estaba la casa de salud “La Integridad” en el barrio de El Capricho, en las faldas del Castillo del Príncipe, y en la costa norte, un asilo para niños en Calzada no. 64, con capacidad para 60 pacientes. En 1896 un nuevo hospital se levantó hacia el centro, entre el Castillo del Príncipe

extremo sur se acerca la Logia Masónica también homónima en el Cerro limítrofe) y al parque que da la bienvenida al Veda-do, en Línea y K.

y la Pirotecnia Militar,²⁸ para satisfacer las necesidades del Ejército de Operaciones español frente a la guerra y las enfermedades: el “Alfonso XIII”, hoy “Calixto García”, para 2 000 pacientes, en torno al cual surgiría una comunidad urbana propia, como casco histórico local. Mientras tanto, Valeriano Weyler levantaba en 1896 unas casitas insalubres para los reconcentrados, en calle I entre 21 y 23, aledañas al “Reina Mercedes”, y tres baterías militares renovarían nuestra costa, sin mayor incidencia urbana actual.

Por su parte, los baños “El Progreso del Vedado” datan de 1864; dieron el nombre popular de Baños a la calle E (que en principio devino casco histórico para su propio barrio de los Baños del Vedado hacia Calzada y C, en 1915, con el parque; pero cuya fuerza determinaría naturalmente el límite oriental del casco histórico del Vedado al sur) y se extendieron de inmediato a Las Delicias, en calle D, para una cultura de playas que pulularía por toda la costa hasta la segunda mitad del siglo xx, cuando la contaminación forzó la asunción de nuevas actitudes. Diversas pocetas privadas hasta el Balneario Municipal con su espacio para negros en “El Océano”, identificaron, cada una con su propia cultura, estas costas durante el siglo xx.

La tradición de nobles (a menudo con títulos comprados en España) y los escudos de familias, de impacto urbano al exteriorizarse en sus mansiones, han

²⁸ El lugar donde hoy radica la escalinata de la Universidad de La Habana se conocía así, porque allí los militares realizaban las prácticas de tiro.

marcado la identidad urbana local, mientras muchas otras instalaciones no trascendían.²⁹ De aquellas comunidades urbanas han quedado casas quintas coloniales y republicanas de gran valor en muchos sentidos;³⁰ muchas han degenerado con el tiempo como casas de inquilinato, al son de sus respectivas comunidades.

De las luchas religiosas, étnicas y políticas, en la necrópolis Cristóbal Colón emerge el cementerio bautista (1887) en tierras del marqués Las Torres, y el cementerio chino (1893, continuidad de la calle Zapata), cada uno, microuniverso de identidad cultural integral con sus propios aportes y casco histórico de sus respectivas comunidades urbanas al ulterior Nuevo Vedado. También la necrópolis Cristóbal Colón definía la calle Zapata en el recorrido de los carros mortuorios, de donde nace en Zapata y A un barrio marginado emblemático, aún existente: Pan con Timba o La Timba —voz que, según la tradición local, lega la traba fonética norteamericana para decir “guayaba”, sustituida por “timba” debido a la marca Timber en los vagones ferroviarios ingleses que la transportaban.

A finales del siglo XIX la orden de los carmelitas, que entraría oficialmente en Cuba tras sus fieles, se ubicó en estas costas hacia La Chorrera, donde promovían su barriada de El Carmelo y colaboraron en

²⁹ No lo logró, sin dudas, por la competencia antecesora del hotel Trotcha, la casa de Arana, a orillas del río, excepto por uno de los platos originarios locales, el arroz con pollo *a la chorrera*.

³⁰ Tales como la casa jardín de la familia Loynaz del Castillo, de inicios del siglo XX, en Línea y 16.

los experimentos del doctor Carlos Juan Finlay acerca del mosquito *Aedes aegypti*.³¹

La Sociedad Anónima de Instrucción y Recreo del Vedado (1890-1907) languidecería finalmente ante los nuevos ricos, no sin aportar numerosos valores patrimoniales de todo tipo, como las primeras comparsas locales y otras festividades, prestigiosas personalidades, educación y progreso comunitarios, el “vedadismo” y el Lawn Tennis³² con gran aceptación femenina y fortaleció relaciones con otras sociedades en varios lugares del país. Toda nuestra cultura (artes, deportes, juegos, religiosidad...) se alejaba cada vez más de la hispanidad colonial y asimilaba rasgos no hispánicos, cuyos extremos peligrosos solo los divisaban los más preclaros, como José Martí.

³¹ He aquí otro ejemplo del rescate de la memoria histórica colectiva a partir de las historias de vida: la leyenda y el imaginario popular señalan otra supuesta casa del doctor Finlay en el reparto Rebollo, dato a verificar científicamente. No en balde, la iglesia del Carmen (1929), abre desde lo alto de Infanta sus brazos, por encima de la Rampa y del Vedado, hacia un Carmelo que, a la sazón, y a pesar de ser el primero, era devorado por el más promovido y tradicional nombre del Vedado.

³² En el actual municipio en estudio pero hacia el sur, en La Rosa, estuvo la primera cancha de tenis de Cuba, surgida por influencia alemana entre 1889 y 1890, allí donde los tulipanes florecían cultivados por holandeses (calle Tulipán); pero aún en el siglo XIX fue definitivamente sustituida por las canchas de tenis en esta costa norteña en Calzada y Paseo, y se promovió en 1912 la construcción del Vedado Tennis Club, en Calzada y 12. Al este, hacia H y 9na. (hoy hospital Maternidad de Línea), el Club Habana mostraba todavía el primer terreno de pelota en Cuba, bastión independentista desde la Tregua Fecunda. Ambos deportes venían de Estados Unidos junto con los múltiples cubanos que regresaban del exilio.

El vedadismo era, ante todo, la imagen del comportamiento con que entonces se comenzó a distinguir la comunidad, caracterizado por la elegancia, el buen gusto, la honestidad, la caballerosidad, el virtuosismo deportivo, el entusiasmo solidario, una inquieta e intensa vida cultural y una ética de orgulloso sentimiento de pertenencia local. Ciertamente, desde el Vedado Tennis Club, las mujeres vedadistas fueron determinantes en la conformación, impulso y promoción de esta imagen y este deporte en Cuba. Por ello, no es de extrañar la avanzada femenina ulterior en la cultura local. “Ser del Vedado” implicó, desde entonces, una imagen de distinción y elegancia, incluso para los más humildes y para todos los biotipos humanos, y “estudiar en el pre” (preuniversitario) del Vedado (antes Instituto de Segunda Enseñanza) significaba lo mismo entre los jóvenes, lo que transculturaría a una nueva identidad aún más “chic” en los chicos de Nuevo Vedado (su solo nombre indica su vocación de modernidad) en particular su escuela, hoy José Luis Arruñada, surgió con intenciones de ser convertida en universidad.

Concluida la gesta de 1898, regresaron los exiliados: oficiales mambises (aunque no solo ellos) de todo el país y extracción social generaron los clásicos “generales y doctores”, al levantar en esta atractiva costa sus residencias familiares, muchas de las cuales devinieron casas de inquilinato de otros sectores sociales menos favorecidos económica y socialmente al avanzar el siglo xx,³³ con sus correspondientes afectaciones

³³ En Línea y B, Calzada y B y por todo el Vedado (sobre todo, las de esta primera etapa de entre siglos, por Línea y sus paralelas inmediatas, fundamentalmente Calzada y 11, luego por 17 y sus inmediaciones) se detectan múltiples ejemplos.

arquitectónicas y ambientales, incluso a escala urbana, de una comunidad esencial y sensiblemente cambiante al convertirse en atracción nacional e internacional. También abundaban los solares desde finales del siglo XIX en el Vedado y, sobre todo, en El Carmelo,³⁴ siempre habitados por los más desfavorecidos de toda raza, lo cual, sin embargo, nunca fue incorporado a la imagen local difundida hasta la actualidad y, por ende, no minimizó el tradicional sueño de “vivir en el Vedado”, cuyo santo patrono es el Sagrado Corazón del Vedado, con la fiesta tradicional del Corpus Christi.

Mientras los más pudientes se ubicaban en la costa, los obreros, por lo general tabaqueros, importaron del exilio el nombre de Cayo Hueso para el barrio centrohabanero, que en 1898 se extendía allende Infanta en el pasaje H. Upmann como casco histórico local y donde la Universidad reinaría desde 1902 para identificarlo con sus casas estudiantiles y su población flotante consecuente, entre Infanta y la Universidad y desde San Lázaro a la Quinta de los Molinos.³⁵ Al sur inmediato se definía el barrio de La Pera en torno a un parque que, según la sabiduría

³⁴ El de Sopeña data de 1899 con mayoría de blancos, y el del Blúmer Caliente, de 1901, en el que priman negros y mestizos; ambos radican en 15 entre 22 y 24, Extensión de El Carmelo, entre otros muchos.

³⁵ El recinto universitario solo conservaría la Cátedra de Antropología y Ejercicios Antropométricos fundada en 1889 en la entonces Pirotecnia Militar, primer criterio museográfico en Cuba. Por su valor protagonista como punto referencial, el barrio empieza a conocerse como barrio de la Universidad, al que se abre la escalinata con el Alma Máter en la cima desde la tercera década del siglo XX.

popular, tenía la forma irregular de esta fruta europea, forma que, en efecto, copiaba a escala urbana, y que durante la Guerra de Corea (1950-1953) devendría almacén de películas hasta hoy, por lo que en el argot cinematográfico se le llama La Corea: otros dos ejemplos de identidad comunitaria desde imaginarios diversos a un mismo barrio, uno de ellos según el urbanismo.

El sur reforzó al obrero en Puentes Grandes, donde se ubicaron la Papelera Cubana, los talleres ferroviarios de La Ciénaga y las cervecerías La Polar y La Tropical, así como la fábrica de toallas Telva (hoy “Quintín Bandera”), la torrefactora de café Pí-lón, almacenes y, después del triunfo de la Revolución, unidades militares en el bosque local, donde tras las tradicionales romerías, tertulias de los Borrero y bailables de La Tropical, se dañó continuamente el río y dio pie a la definición de vías rápidas de comunicación hacia el oeste (hoy, municipios de Playa y Marianao) y hacia el sur y sureste al Cerro y la avenida de Rancho Boyeros, hasta el aeropuerto “José Martí”.

En la parroquia de San Jerónimo de Puentes Grandes, una de las primeras iglesias extramuros, desde 1918 subsiste la fiesta patronal más allá de la religión —lúdica, culinaria, deportiva (fútbol, incluso femenino y pionero nacional)—, a pesar de limitarse la procesión desde 1959; en este caso singular, si algún cura se negaba, los revolucionarios locales amantes de esta fiesta la sacaban “a punta de pistola” para festejar el triunfo; esta fiesta se ha revitalizado desde 1991.

El valor de estas comunidades como vía de comunicación allende el río y su consecuente población flotante³⁶ se refuerza con el puente que hasta aquí extiende 23, en 1909, y en menos de medio siglo, con los túneles de Línea y de Calzada, al ritmo del esplendor de Miramar. En la costa, el Vedado Yatch Tennis Club³⁷ continuaba reforzando el concepto de “veda-dismo” con digno y elegante sentido de pertenencia, más allá de sus aportes al deporte cubano y a otras esferas de la cultura y hasta comparsas de sus raíces rurales y étnicas o de su moderna universalidad,³⁸ y entre 1918 y 1922 “gana” o “roba”, rigurosamente ocupa, terrenos pertenecientes al mar.³⁹ En realidad requerían de la ampliación para un mayor desarrollo, pero propició que se convirtiera en una de las zonas más afectadas por las penetraciones con que el mar reclama sus antiguos dominios en el Malecón haba-nero.⁴⁰ Un ejemplo es el estado actual del señorial

³⁶ Desde la colonia, con los Puentes Grandes al sur, el Paso de la Madama desde el barrio de Las Torres del actual Nuevo Vedado al centro y El Pote (puente) de Ibáñez (1886) antecedente del actual puente de hierro, al norte.

³⁷ Al margen del exclusivismo autorreconocido, no desaprovechó talentos deportivos negros y mestizos como Carreras; Ramiro González, *el Gordo*; y G. Jorges.

³⁸ Los Guajiros (1921), Los Chinos, La Gitana, Campamento gitano, La gitana contrabandista, La múcura colombiana, etc., además de Los Vedadistas (1923).

³⁹ Fue un admirable trabajo de ingeniería de la Frederick Snare Corporation. En tal espacio pudieron construir el diamante de beisbol, una pista de *track* de 400 metros y una glorieta de madera para 2 500 espectadores, obras inauguradas con el Campeonato Nacional de Amateurs de 1925.

⁴⁰ No obstante, se han referido las mayores penetraciones entre Paseo y C, en zonas ocupadas en general. Hacia 1930, el Male-

inmueble que hoy ocupa el círculo social obrero “José Antonio Echeverría”, cuyo deterioro por las inundaciones, aunque recientemente restaurado, lo convirtió para el imaginario popular en un “elefante blanco dormido”.⁴¹

Mientras avanzaba el siglo xx, se arruinaban muchos opulentos y cada vez más sus mansiones no eran compradas por otros adinerados, sino que, al disminuir el encanto de lo “privativo” en el Vedado y El Carmelo según las exigencias de los “nuevos ricos”, comenzaban a ser arrendadas a sectores menos holgados, y determinadas áreas de estos barrios se concibieron arquitectónicamente para una clase media de todas las regiones del país, ansiosa de “vivir en el Vedado”, sueño tradicionalmente vigente a lo largo del siglo. Tal sector social aupó en estas comunidades, sobre todo en la Extensión del Carmelo, las llamadas “iglesias nuevas cristianas”.⁴² Muchas construcciones otrora lujosas devinieron casas de inquilinato y genuinas cuarterías, con toda su impronta económica y cultural.

cón era la avenida del Maine entre 23 y N, y la avenida Pi y Margall entre N y G, y solo en los cincuenta, se extendería hasta La Chorrera.

⁴¹ En virtud de ello, la Unión de Jóvenes Comunistas, al frente de El Castillito, le pidió al autor del presente ensayo una recreación escénica con vistas a la programación de verano del 1994 que partiera de la identidad local, lo cual escenificó el grupo de teatro comunitario Los Ruandy's, con el título de “El elefante blanco de lo vedado”.

⁴² Templo pentecostal en 26 y 17, evangelistas en 16 entre 17 y 19, sectas como los Testigos de Jehová, entre los más humildes, a manera de ejemplo.

Así se pierde hasta hoy patrimonio local⁴³ que no recibe a tiempo la necesaria atención; surgen supermercados,⁴⁴ que completan un sistema con las bodegas, puestos, fondas, ferreterías y comercios similares, situados en numerosas esquinas para satisfacer las necesidades elementales de los más humildes; pululan órdenes católicas con sus escuelas de disímiles impactos urbanos.⁴⁵

⁴³ El hotel Trotcha perdió su esplendor y comenzó a deteriorarse desde la tercera década del siglo xx en vísperas del *crack* bancario, devino casa de inquilinato y fue sumido en el abandono y el olvido; con la Revolución y las migraciones empeoró, así como con diversos fuegos accidentales. Otros inmuebles han sido felizmente salvados, pero ello resulta casi excepcional: por ejemplo, la mansión que en marzo de 1921, Manuel Campa construyó para su hija Angélica, en 23 no. 664 entre D y E, que en la actualidad se reconstruye como Casa del Vedado (entrevista con María Elena Roche, Isis Fernández y Sonia Real, respectivamente promotora cultural hoy directora; conservadora y administradora; enero 2006) y refleja la gestión estatal, en este caso de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Eusebio Leal; o particular, como ocurre con la casa situada en 14 no. 258 entre 17 y 19 que desde 1997 dos hermanas santaclareñas Maricela y Milagros Cruz Suárez, adquirieron y, hoy residentes en Europa, han reunido fondos para una adecuada reconstrucción que salva el patrimonio local; ejemplo feliz, aunque es inusual la confluencia entre finanzas y cultura, que en otros casos se han enfrentado de forma casi excluyente y hasta agresiva.

⁴⁴ Por ejemplo, 15 y 24, *Sumesa* en 16 entre 13 y 11, o el de 17 y K, donde antes estaba la residencia de la viuda de H. Upmann.

⁴⁵ Las teresianas en la esquina de las calles 17 y 12; los jesuitas en la de 13 y B —con los aportes del padre fray León a la pedagogía cubana—, los maristas en Peñalver al sur, donde también está el Centro Teosófico y más reciente, la capilla de Cristo Rey; las dominicas americanas y las francesas en Calzada y D, y en 13 y G, respectivamente; las Hermanas Católicas en 27 entre L y M; el Seminario Católico del Sagrado Corazón y la Iglesia de San José en La Pera; las catalinas en Hidalgo y en Medina sur, la Conjunción de religiosas en el barrio de la Universidad; Jesús Obrero en el Fanguito...

De 1918 data el último plano de urbanización, y uno de los de mayor extensión en el actual municipio, que ampliaba El Carmelo al oeste por el reparto (de Josefina) Rebollo, y Medina y el Vedado al este, hacia la futura Rampa. A la sazón, la calle 17 sustituía definitivamente a Línea como la principal arteria de vida social con su propio tranvía eléctrico, y la calle 12 contaba con el suyo para el auge que iba cobrando entre el Vedado Tennis Club, al norte, y la entrada del cementerio al sur, zona generadora a su vez de la comunidad en torno a 12 y 23, adonde se encaminaban seguidos por los chinos, los otrora elitistas de San Antonio Chiquito⁴⁶ (que no se resignaban a perder su distinción), para sacar partido de los negocios fúnebres y la vida comercial local. La calle 17 fue desplazada definitivamente por 23 desde 1947, cuando se construyó el complejo polifuncional Radiocentro en L y “rampear” hasta y desde la costa por 23, pasó a ser un verbo de moda, atraídos por el cabaré Montmartre, los hoteles, una singular concentración de atracciones de todo tipo y el fresco mar.⁴⁷

La población flotante no era del agrado de los más acaudalados, por lo que estos se extendieron primero

⁴⁶ Esta información fue obtenida de la historia de vida de María Olivia Valdés.

⁴⁷ De todas formas, ya la Rampa era antecedida con construcciones como la casa de Fausto Menocal (1921) en N y 25, adaptada originalmente sobre el promontorio rocoso; el edificio *Alaska* (1925) y al frente, la Funeraria Caballero; el hotel Nacional (1930); el primer “rascacielos cubano”: el López Serrano (1931) y al frente, el Obelisco dedicado a los chinos que lucharon por la independencia de Cuba (1931-1946), así como en las inmediaciones costeras, quizás el pionero de todos: el monumento al acorazado *Maine* (1915).

al este para originar la Rampa, y luego dejan en estas barriadas costeras y, sobre todo en la Rampa, sus intereses económicos en el turismo y el comercio, para apartarse al suroeste: hacia Nuevo Vedado.

La Pelusa era el barrio marginado más famoso de entonces, según ha quedado en la memoria histórica local; estaba ubicado entre el Castillo del Príncipe y la Ermita de los Catalanes, con gente de cualquier color de piel y una cultura popular muy propia, que se concretó en exponentes como la comparsa de Los embajadores, que emparentaría al oriente con Los mosqueteros del rey, de La Pera, y al occidente con Los payasos, de La Timba, para preceder a Los cocineros del Vedado, como genuina representación de lo más popular entre sus opulentos vecinos norteños, quienes desde 1939, cuando el primer Zoológico cubano limitó Aldecoa, conformaron a ambos lados de la avenida 26 el residencial Nuevo Vedado, donde conservarían distancia de los menos afortunados hasta que volvieran a emigrar allende el río y desde 1959, allende el mar.

Solo que este Nuevo Vedado pujante también nació con un barrio marginado sobre parte del cementerio bautista: La Dionisia (1939), generado a partir de las bodegas de hispanos, seguidos por anglocaribeños de quienes, como siempre, la elite vecina aprovecharía el servicio doméstico: lavandería, tintorería, limpiabotas y otros.⁴⁸

⁴⁸ Aunque Nuevo Vedado trazaba con todo esplendor su aspiración a una universidad y un cine *Acapulco* que era único en América, y es un reparto que se reconoce como “museo de arquitectura moderna”.

Al ser desalojados La Pelusa y la Ermita de los Catalanes, el barrio de La Timba se extendió sobre el hasta entonces exclusivo y elitista San Antonio Chiquito. Se construyó allí en 1953 la Plaza Cívica “José Martí”, añorado homenaje al Maestro en el centenario de su natalicio, que, en realidad, merecía mayor justicia. En 1961 adquirió el nombre de Plaza de la Revolución, nombre que junto con el de Príncipe, Rampa, Vedado y (parte del) Cerro, eran algunos de los regionales que se reorganizaron con la división político-administrativa de 1976 en el actual municipio Plaza de la Revolución. De la nomenclatura oficial, en 1963 desapareció el tradicional topónimo Medina (sin embargo, vigente en su comunidad), uno de los tres (los otros eran Vedado y Príncipe) reconocidos por la cultura oficial desde el siglo XIX y durante toda la República, de la tan rica diversidad comunitaria que hemos podido constatar en esta dimensión diacrónica, lo cual ha atentado contra tan vasto patrimonio local.

Paralelamente, a lo largo del siglo, el norte costero se multiplicaba como punto de interés para artistas e intelectuales y del movimiento asociativo cubano, con su gran diversidad implícita, atraídos por la acelerada concentración de centros de todo tipo, excepto de tiendas por departamentos, que mantenían su sede principal en Centro Habana.⁴⁹ Se destacaron sociedades

⁴⁹ Así se destaca una gran variedad de iglesias y cultos, la sede de la Comunidad Hebrea de Cuba con su sinagoga asquenazi, y también la sefardita y otras ya desaparecidas, el templo hinduista y los Ba'hai, la Unión Francesa de Cuba, un grupo municipal de canarios, y un largo etcétera que refleja la multietnicidad en transculturación más compleja que ni siquiera así abarca toda la riqueza étnica local, pues no siempre están reconocidos con sedes en este territorio.

culturales como Pro Arte Musical (la más tradicional) y Nuestro Tiempo, acusadas de elitistas, pero con aportes revolucionadores innegables a la cultura cubana. En estas comunidades al menos, las funciones de tal elite no daban abasto para el público de toda extracción social, que, de una u otra forma y en una u otra condición, admiraba ansioso estas funciones y, tal vez a mayor distancia, aplaudía las retretas en los parques.

Los cambios revolucionarios, más allá de la división político-administrativa, que tampoco todos los sectores reconocen igual, implicaron tal inmigración nacional (Guanche, 1996) que surgieron zonas insalubres como el callejón de Colón y se redefinió El Fanquito (de la marginación a una insalubridad atendida), además de producirse otras afectaciones de inmuebles y urbanas en general.⁵⁰

Así hemos descubierto, con cortes sincrónicos y combinando el método comparativo con el histórico-ló-

⁵⁰ El crecimiento mecánico exterior, antes creciente, fue deficitario con el tiempo, lo cual no ha eliminado las influencias internacionales típicas de nuestro cosmopolitismo no solo por los medios de comunicación masiva, con sede fundamental en estas comunidades, sino por los visitantes extranjeros más variados, a partir, sobre todo, de la importante concentración hotelera y otros atractivos para el turista más diverso. El crecimiento se debe al mecánico interior (incluye quienes asumen el área como trampolín al extranjero y, por tanto, son irregulares individualmente, aunque sistemáticas y tradicionales corrientes) sin crecimiento natural, por lo que suele primar el decrecimiento. La Plaza ya no es el eje rector habanero, pues la ciudad crece hacia la periferia y por la costa oriental; pero nos identifica ante todo el orbe, por su connotación política, aunque su nombre sea el topónimo menos tradicional y de menos identificación en tanto comunidad.

gico luego de la retrodicción, las raíces y el devenir de las comunidades urbanas objeto de estudio. Apreciamos como un tercer y último momento conclusivo derivado de este análisis diacrónico, que las raíces rurales, pesqueras y otras no urbanas, señaladas antes no han dejado de incidir en estas comunidades según cada momento y contexto, bien sea a través de los medios de comunicación masiva o por las constantes migraciones, así como en consecuencia, la universalidad y nacionalidad integral tradicional de la población local. Se puede, por tanto, establecer una dinámica rural-suburbano-urbana, que más que implicar gradientes, pulse la verdadera esencia de la cultura en una comunidad metropolitana, y prepare el camino para un análisis sincrónico contemporáneo de rigor.

Dimensión sincrónica contemporánea

Dada la complejidad de un riguroso análisis de la dimensión sincrónica del fenómeno en estudio, es menester subdividirlo en aspectos concretos que nos permitan dirigir la línea lógica de la exposición, a fin de no perder claridad para un momento tan importante como el que nos ocupa y que exige un profundo análisis crítico actual.

Dinámica poblacional comunitaria actual

Como se deriva del análisis de la dimensión diacrónica, la dinámica poblacional cuenta con varias aristas de alta complejidad en comunidades metropolitanas

como las que estamos estudiando a partir de los más elementales intereses e identidad económica. Como es usual, el análisis económico apunta a sus raíces y centra la esencia cultural: enfatizamos la condición histórica de este territorio como vía de tránsito (servicios, en general) y atracción recreativa. Por las diferencias económicas, de nivel social e imagen pública, se generan diferencias psicosociales (por ejemplo, por sectores), con su correspondiente impacto urbano, sobre todo, desde que tras el decreto ley de 1993 y de forma distintiva por momentos, la divisa, regularmente de difícil y escaso acceso, ha pasado a ser protagonista vital para el sostenimiento familiar.

A pesar de las regulaciones estatales, el acceso a trabajos codiciados —como el turismo, por el acceso a la divisa— o donde existen opciones para viajar a otros países se afecta por las relaciones personales y criterios de confiabilidad: en consecuencia, no siempre son los más preparados para tales funciones quienes las ejercen, y suelen ser quienes se proyectan más allá de la autoridad por el cargo, a partir fundamental (y en ocasiones, exclusivamente) de una mejor retribución económica... Así se ha generado una suerte de “nuevos ricos” que, por supuesto, en realidad no lo son, sino por la presencia de estos elementos psicológicos y determinada coyuntura ocasional, y en efecto, mayor acceso a determinados bienes materiales y de consumo siempre disímil y relativo, y diferentemente asumido: no todos los que por diversos motivos disfrutan de algunas de estas ventajas, asumen estas actitudes de menospreciar por ello al otro, intentando mantener aires de superioridad y dificultándole opciones de progreso y, por tanto, de supuesta igualdad;

es a estos últimos a quienes este estudio califica como “nuevos ricos”. Se da lo que la sabiduría popular local acuña como ley del embudo: lo ancho (todo lo mejor) para el ego, y lo estrecho (malo) para el otro, eterna tendencia de los “nuevos ricos”, vieja contradicción entre cultura y tenencia monetaria emergente.

Esta situación se distingue especialmente en el contexto de la propiedad social. Claro que no se limita esta problemática al sector del turismo, y la propiedad social, por un lado, hace que muchos trabajadores no se sientan responsables de los medios de trabajo, no los cuiden y, a menudo, hasta los maltraten y desgasten indolente y negligentemente: es el caso entre otros tantos, del informático que usa y abusa de la computadora, impresora, correo, internet y otros servicios y medios básicos de su centro de trabajo, para su uso personal y de sus afines e, incluso, clientes clandestinos, mientras que excluye al resto del colectivo laboral y, sobre todo, a aquellos con quienes no tiene empatía personal o que no pueden pagarle; por otro, y aunque parezca paradójico, una suerte de “complejo de propietario del no propietario” hace que algún trabajador (cual si fuera otro “nuevo rico”) no use, sino que abuse de su responsabilidad y en ocasiones la emplee como chantaje, la ostente de modo agresivo contra el derecho ajeno, simplemente como su sistema momentáneo de acción y reacción (a veces por acciones ajenas al contexto tanto de su vida profesional como íntima y en la imposición de prejuicios personales, reaccionan unos contra otros): es el caso del recepcionista o vigilante de una instalación que impide el paso bajo cualquier pretexto a menudo

burocrático o de cualquier autoridad que abusa y pretende imponer sus propias leyes.

La transportación urbana

Este problema se acrecienta en servicios de tanto impacto urbano y urgencia cotidiana como el transporte público, sobre todo en la capital, por la dinámica de la vida y de la mayor y más heterogénea población, sin obviar, por supuesto, las dificultades en el resto del país. Es el caso del chofer del ómnibus que, arbitrariamente, niega el paso a los usuarios sin el menor escrúpulo ni respeto o comienza la marcha mientras aún montan, sin medir el riesgo, y que también sufre la gran diversidad de acciones y reacciones de un público casi infinitamente variado y, a menudo, impredecible.

Su empeoramiento en la realidad económica y social cubana es pasto fácil para carteristas y roces personales impuestos e indeseados, intencionales o accidentales, hasta agresiones verbales y físicas dentro del ómnibus, que más que en otros contextos tiene perjuicios colectivos, y surgen nuevas problemáticas a partir de soluciones como la de los “amarillos” (hoy “azules”, según el color del uniforme de estos inspectores del transporte), de los cuales (con desiguales actitudes ante tan importante función social) muchos choferes pretenden burlarse de disímiles maneras y otros se rebelan, porque afirman que no deben ser reclamados por inspectores para “dar botella” a quien lo necesite pues si lo hacen es por propia voluntad, lo cual casi nunca es cierto.

Existen conductores de ómnibus que, supuestamente en busca de rapidez, de forma mecánica, en vez

de entregar los comprobantes de pago como se establece y ellos mismos deben exigir, los tiran (casi siempre al piso), mala educación contaminante e irrespetuosa, aprovechable (consciente o inconscientemente) para quedarse con una parte de la recaudación, mientras otros se esfuerzan por mantener el orden y viabilizar el viaje para todos, aunque, en general, hay mucha indiferencia, a veces por cobardía y “no buscarse problemas”, tanto entre conductores y choferes como dentro del propio público, que no siempre apoya y, como en muchos otros contextos, se dan malas respuestas, incluso agresivas contra las buenas formas, y llegan a degenerar en verdadero desagrado para todos, sobre todo, por quienes tratan de llamar la atención de cualquier forma y a cualquier precio, o por otras insatisfacciones personales diversas, molestos (¿envidiosos?) por la (al menos aparente) satisfacción ajena.

Rutas que se dejaron de esperar por su mal servicio, al mejorar, van vacías y suelen parar a quien les haga señas (nada común en el resto del transporte cubano actual) y al pasar por paradas afines se detienen y hasta tocan el claxon para quien desee subir, como es el caso de la ruta 27 al bajar por la avenida 26 y detenerse en el semáforo de 23. Cada parada de ómnibus tiene su identidad y, por ejemplo, en las más locales como 17 y 26, mientras esperan la guagua, se establece más comunicación que en aquellas de mayor tránsito, como la de 23 y 26. Mientras tanto, nuevos “tipos” sociales se incorporan a la palestra pública: el botero y el bicitaxista, cuentapropistas del transporte, con sus propias problemáticas e identidades.

Esto se vincula al resto del sistema, y en cuanto al traslado por la ciudad, aunque parezca paradójica, no es lo mismo que quien vive en una comunidad periférica viaje de su comunidad a los barrios más metropolitanos, acción frecuente por razones de trabajo, estudio y hasta paseo, y que, por tanto, resulta mejor conocedor de las diversas combinaciones de viaje, aunque no deja de hostigarse al regreso, por no perder la guagua con supuesto horario, no tan regular como se pretende; mientras que para quien vive en estas comunidades más metropolitanas acudir a aquellas periféricas es mucho menos frecuente cuando no es el recorrido acostumbrado y, por tanto, desconoce las combinaciones, con todas las agravantes psicológicas ante las dificultades del transporte. Ello suele malinterpretarse con localismos y alimentar una “vedadofobia” según la cual, el del Vedado (y las comunidades metropolitanas en general, donde el ritmo de vida por la dinámica cotidiana impuesta es mucho más acelerado, extensivo a Playa en relación con Lisa y Marianao, y dentro de Playa, a Miramar en relación con Buenavista, etc.) “se cree cosas”, o sea, se considera superior, lo que se agrava si el sujeto en cuestión cumple los dogmas de superioridad que impone el imaginario: blanco (sobre todo rubio), se desempeña en puestos profesionales y, sobre todo, intelectuales o de buena remuneración económica (que para nada coinciden) o no es particularmente feo ni sufre alguna otra supuesta desventaja. Es lamentable que por tales dogmas se le ignore como barrio o comunidad, en comparación a Guanabacoa o Regla, reducidos a una mítica negritud y santería, lejanas aún de su identidad.

Todo ello ignora que estas aseveraciones son incompatibles con la esencia cosmopolita de estas comunidades, y justo por su naturaleza tradicional en la localidad, donde las opciones no son tantas como en el imaginario y, sin embargo, conoce por las más diversas vías, mucho más allá de su barrio (donde no todos trabajan y estudian); el vedadense y otros locales legítimos gustan y necesitan viajar y conocer otros lugares tanto del resto de la capital como del país y de otros países, pero el transporte (y otras condiciones necesarias para ello, casi todo el contexto) se oponen.

Aun en las “botellas” (solicitud de transportación temporal gratis), los prejuicios y preferencias individualistas de muchos choferes de vehículos estatales se imponen de forma abrumadora, con unaseudocaballerosidad que, a menudo, carece de valores humanos más allá del propio interés personal, económico y, sobre todo, sexual, aun cuando este último no vaya más allá del momentáneo placer visual y erótico ante los atractivos de su pasajero, casi siempre pasajera, preferentemente joven y hermosa, ante la que exhiben un vehículo que no les pertenece.

Focos por servicios estatales y cuentapropistas

Los trabajadores desvinculados del Estado normalmente buscan una remuneración en divisas o, al menos, su equivalente aproximado en moneda nacional: entre ellos se cuentan los maestros de diferentes profesiones y oficios y algunos que improvisan exclusivamente en busca de mejoras económicas, y no siempre ofrecen la calidad necesaria a pesar de la carestía de sus servicios, lo que empeora ante las reclamaciones.

Algunos de estos servicios, que generaban auténticos focos comunitarios, como los limpiabotas, han desaparecido, con la consecuente insatisfacción de estas necesidades. No obstante, también se generan focos comunitarios por servicios sin la impronta humana directa, tales como las máquinas tragamonedas, también desaparecidas, y los teléfonos públicos que llegaron a ser casi inexistentes o estar rotos, al igual que los bebederos que no funcionaban en cines y otras instalaciones y ante las protestas por ello, en vez de ser arreglados, fueron retirados; los teléfonos públicos se han restablecido y en algunos casos, en cabinas como 23 y K, pero casi siempre funcionan con tarjetas y ello obliga a procedimientos previos menos viables que, además, no siempre logran resolverse y dificultan tan importante servicio, pues muy pocos se conservan funcionando por la tradicional moneda, aunque se evalúa como un servicio relativamente mejorado; otros focos se establecen por una nueva modalidad de servicios, que viabiliza el cobro de muchos trabajadores y jubilados, salvo alguna irregularidad: los cajeros automáticos para cobrar con tarjeta magnética, casi siempre en las inmediaciones de los bancos (23 y 8, Focsa, etc.), lo que también se ofrece en algunas “Casas de Cambio” (Cadeca) con la atención humana directa, pero donde el servicio exige conocer el saldo exacto, a diferencia del cajero automático que brinda esta información.

A nivel social se devalúan los estudios superiores a favor de los trabajos técnico-manuales —imprescindibles en tantos inmuebles amenazados por el deterioro paulatino, sin un mantenimiento y conservación sistemática por los consejos de vecinos, tan a menu-

do no funcionales—, que asumen tarifas impensables para los sueldos estatales de profesionales como médicos, abogados, profesores, y se construye “la pirámide invertida”; los costos de los materiales de servicios, mantenimiento, reparación y construcción se encarecen, a menudo por el carácter ilícito y el desvío y robo de los recursos estatales (además del individual, cotidiano y, en apariencia, insignificante cambio, que muchos, sobre todo estatales, no devuelven al cobrar el trabajo, a menudo pretextando no tener vuelto), y el servicio también, según la demanda y los impuestos: tal es el caso de las “paladares” (restaurantes y merenderos particulares regulados por el Estado, cuyo nombre popular se deriva de la telenovela brasileña *Vale todo*, los cuales surgieron en Cuba tras la despenalización del dólar); los taxis o el alquiler de viviendas. Encarece, incluso, según la comunidad concreta dentro del mismo territorio: más caro mientras más cercano a los hoteles y centros de extranjeros y, por tanto, de divisas; también en moneda nacional resulta más caro y a menudo de menor calidad sobre todo en el sector estatal, y aún más el clandestino.⁵¹ Mientras más metropolitanas y residenciales (menos industriales) son las comunidades y más se alejan de los campos agrícolas proveedores, el comercio y los otros servicios se encarecen, ante la imagen errada de que son más pudientes y tienen “de todo” con lo que en verdad, al menos en el contexto cubano

⁵¹ Al estudiar los fiambres estatales (frituras y otros, y sobre todo los refrescos gaseados) se reveló que estas comunidades, las más metropolitanas del país, sufren escasez en estos servicios y, además, peor calidad, en comparación, por ejemplo con Centro Habana, La Habana Vieja y algunas comunidades de Lisa.

contemporáneo, se les dificulta el acceso a todo y empeoran sus condiciones, pues el propio comercio clandestino es más difícil y retorcido por los vericuetos que tiene que hacer para sobrevivir y, además, la cultura oficial ha sido siempre más vigilante por la impronta nacional de estas comunidades.

La sabiduría popular reza que “el pobre de la ciudad siempre ha sido más pobre que el del campo”. Se infiere que se refiera, sobre todo, a la alimentación, aun cuando las cuotas estatales para otras provincias sean más restringidas, pero sus propios entornos conservan accesos que son más difíciles en la metrópoli capitalina, más beneficiada en cuanto a ropa y otros bienes de desgaste irregularmente distintivos, así como a opciones artísticas y recreativas, muchas de ellas perdidas, diezmadas o deterioradas, pero que subsisten en el imaginario del inmigrante y siempre, de más fácil y urgente revitalización desde sus identidades tradicionales locales.

La divisa y otros “nuevos ricos”: impacto en los valores, focos y “creyentes”

El público con divisas está integrado por extranjeros que visitan el país con diversos motivos y cubanos relacionados con ellos por sus funciones, relaciones de amistad o amor sinceros, o “simpatía al extranjero” por explícito comercio sexual, por lazos familiares —reciben ayuda económica de amigos y familiares personalmente o mediante envíos por instituciones especializadas o terceros que cobran o no por tal servicio, con relativa regularidad y cuantía—; y aquellos que viajan a otros países por asuntos de trabajo o por in-

vitaciones desde el exterior y han logrado una economía que los convierte en consumidores en divisa con disímil regularidad; así como quienes promueven tales relaciones personales para acceder a la divisa,⁵² dentro del complejo fenómeno denominado “pérdida de valores”.

Más adelante se retoma el tema; pero es importante destacar que los medios de comunicación masiva desempeñan un papel a menudo lamentable cuando los personajes negativos y los antivalores han sido adornados hasta el encanto, bajo el populista y seudopsicologista “no existe el malo malo ni el bueno bueno”, no menos (quizás más) absolutizador, dogmático y peligroso que los arquetipos “malo malo” y “bueno bueno”. Esto empeora cuando hay artistas que ostentan su preferencia por los personajes negativos, “más ricos”, “con más matices”, lo que en realidad

⁵² Es triste comprobar que hay familias que incentivan, piden y orientan a sus hijos y hermanos que se casen con extranjeros o personas en posición de viajar (si por prostitución entendemos el favor sexual en aras de prebendas económicas o materiales, hela aquí), o que “se queden” fuera del país, sin mayor preocupación por los trabajos y carestías que esta persona sufre lejos de los suyos, todo lo cual empeora si se trata de familias que mientras tanto, proclaman, con toda hipocresía (ya no cuestionada como antivalor, pues las virtudes tradicionales empiezan a parecer “aburridas”), una imagen política en favor del gobierno cubano, imagen de la que a menudo viven y adquieren posición social, sin resistir, tolerar ni enfrentar el menor cuestionamiento. A veces, esta constituye una infeliz salida para alejar a aquellos miembros de la familia que por diversos motivos y prejuicios no pueden ostentar en Cuba (caso típico cuando son homosexuales, por homofobia), y con los que desde el extranjero, de paso, esperan lucrar más cómodamente en nuestro país.

demuestra su incapacidad artística para llenar de matices y conflictos también a los personajes positivos sin denigrarlos, y llegan al extremo de ¿confesar? ¿inventar? sus maldades,⁵³ para hacerse simpáticos al gran público al que, como todo elitismo, ven lleno de tales antivalores, y, en franco populismo, utilizan esto como medio de identificación para su popularidad personal, en pose anárquica casi nihilista (*kitsch*) de burla a valores sociales en inmaduro y aparential “rebelde sin causa” al dejarse arrastrar por su imagen pública y conforman otros “creyentes” al “creerse cosas” para depender de lo que el imaginario ratifique o no.

La divisa o su equivalente en moneda nacional deviene principal y, a menudo, exclusiva motivación económica, que dista mucho del sueldo promedio. Al analizar las condiciones excepcionales del territorio para contactar con el extranjero y su moneda, se explica en parte el crecimiento de la migración tanto residencial como flotante hacia estas comunidades, a pesar de las regulaciones, no siempre felices ni cumplidas. Así los alquileres de viviendas “se disparan”, incluso los que rentan por horas según el comercio y el consumismo sexual y muchas veces, ¿por qué no?, el más válido consumo sexual, necesidad sin más opción de ser satisfecha, debido al problema de la vivienda y la falta de espacios, el difícil acceso a hoteles y similares instalaciones con alquileres bien caros y media el chantaje a menudo, sin condiciones adecuadas, así como el moralismo y la hipocresía sexual.

⁵³ A veces hasta plantean compartirlas con su personaje negativo, todo ello de gran interés también para una Antropología del Arte en interrelación con la Antropología Urbana.

Ello es peor cuando de sexualidades reprimidas se trata, como las relaciones homosexuales, a las que por tanto se les encarece más el servicio. Todo lo anterior se mueve entre las fronteras de legalidad e ilegalidad con los impuestos de por medio y su carestía consecuente.

Todo esto alcanza su identitario impacto urbano al generar focos de servicios en divisas que se identifican por los anuncios, autos en hileras, etc. La diversidad de anuncios en sus extremos de creatividad y pobreza (y a veces en burla más allá de lo legalmente autorizado), al igual que las concentraciones de autos en focos generados a partir de su celebridad merecida cada una, una monografía.

En ello incide que este sector se nutra con múltiples personas desestimuladas económicamente en sus plazas estatales, incluso profesionales de mérito y de todas las ramas especializadas, que cambian para estas labores de mejor retribución económica, lo que genera una seria inestabilidad y fluctuación laboral, con menos afectaciones en sectores como el turismo, por ejemplo, y en unos hoteles menos que en otros.

Algunas instituciones incentivaron la estabilidad laboral al sistematizar estímulos materiales que han generado la cultura de “la jabita” —con una psicología social mientras suple el déficit monetario—, no siempre con igual frecuencia ni con los mismos productos a veces solo “de aseo”, para garantizar la mejor presencia del empleado en la institución; algunos con uniformes, según el trabajo, lo que alivia relativamente la problemática de la ropa y, ocasionalmente, el calzado; más favorecidos aquellos que reciben “jabitas” con aceite que de pronto deviene “preciado

líquido”, u otros alimentos con el imaginario, celo y aspiraciones consecuentes entre individuos, sectores, instituciones, plazas laborales...

Sucede, sobre todo, con firmas vinculadas a empresarios extranjeros, que, a menudo, adaptan los inmuebles a sus nuevas necesidades y, sin el conocimiento suficiente, cubanos y no cubanos, modifican hasta lacerar totalmente la identidad y el patrimonio arquitectónico heredado, a menudo con pérdida sustancial de valores patrimoniales urbanos tradicionales de todo tipo, a pesar de las disposiciones legales, que son burladas de distintas maneras, incluida la corrupción, la cual en muchos casos y en muchos otros temas además, se propicia en buena medida por el exceso de restricciones, no siempre lógicas ni felizmente contextualizadas.

Esta complejidad impacta de diversa forma entre los “nuevos ricos” y hasta los sectores especialmente vulnerables en la (relativa, según el momento) crisis económica que refleja crisis moral; por ejemplo, en la proliferación de casas y apartamentos enrejados según cada nivel adquisitivo, que han originado el llamado “estilo macetón” derivado de “maceta”, como se denomina a muchos de estos “nuevos ricos”; discurso que desde lo privado (aunque también desde instituciones), se manifiesta públicamente y previene contra robos que han degenerado comunes. Particularmente importante es el estudio de estos “nuevos ricos”, que devienen tales por poder político cuando abusan de su cargo, o económico que casi nunca representa fruto del trabajo propio, como las remesas que se reciben del extranjero o especiales retribuciones que se receptan de acuerdo con el sector en que

se trabaja y sus características, sea el turismo u otros sectores: más allá de “la jabita” referida, los que no “roban” sino que “se llevan” (lo que suaviza y, en cierto grado, hasta legitima, la connotación de “robar”) cosas que necesitan para su uso personal.

Dadas estas distinciones, de todos y cada uno de estos grupos, según su identidad y contexto, emana una diversidad de “nuevos ricos” muy relativa y diferente de su antecedente tradicional republicano, pues la propiedad, en última instancia, sigue siendo estatal. Su psicología no se basa en tener, sino en que los demás no tengan lo que ellos tienen y, por ello, viven en permanente (enfermiza, destructora y destructiva) competencia; se distinguen, además, por el consumismo y están entre los llamados “creyentes”, pues se creen superiores por ello. Es, en definitiva, una forma de pobreza de espíritu.

Impacto en los sectores vulnerables

En el extremo contrario, entre los sectores más vulnerables no cabe duda de que está el adulto mayor (al margen de su vulnerabilidad “natural” en las colas, en el roce cotidiano con otros familiares y vecinos, o en la feroz competencia por el acceso a un ómnibus, por ejemplo) que, a veces, sin más amparo familiar, acude a vender clandestinamente los periódicos que se han hecho de difícil acceso a los demás, por los pocos ejemplares que llegan y lo temprano que se agotan en los estanquillos —que a su vez devienen genuinos focos comunitarios en torno a servicios de prensa, teléfono y pequeños comercios similares—; pero ellos invierten su tiempo libre en madrugar y

comprar al precio estatal (20 centavos cada uno, aunque a veces el vendedor estatal les vende el paquete a 50 centavos cada periódico para obtener su ganancia, en detrimento de la del ambulante) una cantidad que luego revenden a peso a quienes están interesados en la prensa plana⁵⁴ y no pueden madrugar para ello, por su propio trabajo, y que aquí encuentran una solución y prefieren (o al menos, les es más viable) pagar el peso; o venden, de la libreta de abastecimientos (la que les garantiza su canasta básica, la única a la que tienen acceso económico) su cuota de café o de cigarrillos, o la(s) de otra(s) persona(s) que así se la(s) cede(n), casi siempre con interés.

Otros salen a la calle a vender fiambres, para lo que de diversas formas (a veces ilegales) consiguen los ingredientes y preparan, o son simples vendedores de terceros; siempre tensionados por la vigilancia policial. Sobre todo las ancianas se prestan a cuidar enfermos u otros “viejitos” (no siempre más “viejitos” que ellas mismas, no siempre más necesitados... pero eso sí, invariablemente, con más poder económico, al menos familiar, que garantiza esta suerte de empleo) o, incluso, limpian casas y ejecutan otros servicios domésticos, en estos casos no solo ancianas sino mujeres de mediana edad y hasta relativamente jóvenes, labores que, en ocasiones, realiza también algún que otro varón de cualquier edad. Sus clientes suelen integrar el grupo que hemos definido como

⁵⁴ Más valorada por el papel para otras necesidades cotidianas, que por la lectura de noticias a menudo repetitivas en relación con la TV, la radio o consigo misma o, en última instancia, para ambas funciones.

“nuevos ricos”, con casas que alquilan (a veces, sin pagar impuestos) y con toda la hipocresía política que contradice su imagen social en su propio discurso oficial y desempeño, pero propician y pagan estos servicios clandestinos.

Para su atención se desarrollan (relativamente felices y acertados) los círculos del adulto mayor con sus distintas variantes, sobre todo, dirigidos a su bienestar psíquico y cultural, a incrementar sus relaciones y valoración social; desde el punto de vista material y económico, se han establecido algunos comedores populares, y sistemas de barberías y otros servicios mucho más asequibles, pero a veces cuestionables por su eficiencia y alcance; algunas iglesias han habilitado servicios de lavandería, aun más accesibles. También determinados servicios gerontológicos ofrecidos por el sistema de Salud Pública se afanan por ellos; pero siguen entre los más vulnerables sectores de la sociedad.

Sin embargo, no se pueden obviar otros sectores vulnerables: los niños sin familia o, a veces peor, con familias disfuncionales por razones de todo tipo (de los que carecen absolutamente de familia suele encargarse el Estado); las madres solteras; la difícil ubicación y reinserción de ex presidiarios o personas con cualquier otro tipo de conflicto social y personal, y otros.

La crisis económica puede ser difícil incluso para muchos “nuevos ricos” (para unos más que otros, en dependencia de la estabilidad de su situación y otros factores); para hombres jóvenes y de mediana edad en plena capacidad laboral y con trabajo garantizado, debido a todas las presiones de la vida cotidiana que

inciden en el alto nivel de estrés que cualifica a nuestra sociedad, a lo que se asocian las primeras causas de muerte: enfermedades cerebrovasculares y cardiovasculares vinculadas con la presión sanguínea, accidentes previsible, suicidios y otros por el estilo.

Los más vulnerables de todos son los que comparten (aunque no siempre reparamos en ellos) nuestros espacios urbanos, el “otro ecológico”: la flora, olvidada y en particular, la fauna, por el maltrato y el triste abandono a su suerte, casi siempre muy lamentable por el hambre, las enfermedades, los accidentes y el sadismo humanoide, pues no es un valor humano: recién nacidos de mascotas (que en su momento no fueron bien atendidas para la esterilización), las mascotas mismas y otras especies silvestres ex domésticas, que lo sufren todavía más y que, en los casos excepcionales de rebelión por la más elemental supervivencia, son demeritados casi siempre por las diversas variantes antropocentristas.

Lo no urbano en lo urbano: las migraciones y otras interacciones

Contrariamente a la imagen que muchos generan de estas comunidades metropolitanas, las manifestaciones de cultura rural (u otras como la pesquera, por ejemplo) no están reñidas en lo absoluto con ellas, sino que frecuentemente les son intrínsecas y hasta raigales, solo que en una nueva cualidad contextual, en la cual suelen presentarse (o no) choques de valores, de donde pueden degenerar antivalores (Anexo 1). La relativa (a veces solo aparente) contradicción entre cultura urbana y cultura rural no es necesariamente

antagónica ni excluyente al pervivir en el contexto urbano, al que debe adaptarse orgánica y casuísticamente en nueva identidad transculturada. Esto no invalida su definición como pareja de contrarios, más bien la refuerza en tanto complementos: tampoco ha de absolutizarse pues la diversidad de contextos es mucho más rica que definir entre urbano o rural.

Lo suburbano no es un punto conciliador entre lo urbano y lo rural, sino una comunidad (barrio, zona, foco) que no ha llegado a urbanizarse como el entorno del que se distingue, casi siempre por marginalidad o insalubridad, aunque no de modo exclusivo, pues también pueden incidir otros factores objetivos locales o, incluso, subjetivos del mismo morador, de acuerdo con sus intereses, proyección cultural y lo que Oscar Lewis definió “cultura de la pobreza”. Las diversas variables demográficas aportan multitud de aristas para el análisis del problema.

Otras contradicciones se dan dentro de cada comunidad urbana: por ejemplo, entre los inmigrantes desde otra comunidad también urbana (siempre relativamente diferenciada) y los nativos o más integrados o adaptados a esta, y entre los inmigrantes de diversas comunidades urbanas en una tercera, con sus disímiles niveles de transculturación. A menudo, estas contradicciones suelen ser más frontales que la supuestamente raigal entre urbano y rural, y que a la luz de esta Antropología Urbana, no es tan absoluta.

La familia y la vida doméstica en cada comunidad

Absolutizar que los nativos y las familias tradicionales son los que mejor representan los valores de identidad

de su propia comunidad urbana es un facilismo que tiende a la xenofobia y el regionalismo, y resulta antagónico a la esencia metropolitana y cosmopolita de las comunidades en estudio. El papel de la familia es básico; sin embargo, es hora también de apuntar como esta se ha deteriorado hasta la desunión, que comienza con la emigración al exterior del país —uno de los mayores dramas del cubano del último tercio del siglo xx e inicios del xxi, tanto para el que sale y se desarraiga como para el que se queda, al margen de sus convicciones, expectativas para emigrar, intereses y motivaciones para permanecer en Cuba; pero que, en todos los casos, va perdiendo a sus seres queridos— debido al concepto aún vigente de salida definitiva, que por fortuna cada vez tiembla más y se torna obsoleto.

Ello se agravó con la condena sostenida por décadas a mantener correspondencia con parientes y amigos en el extranjero y otras laceraciones en igual sentido que han provocado un trauma familiar durante generaciones y un verdadero shock en el reencuentro inevitable (temporal o definitivo; aquí, allá o en terceros espacios), y se relaciona igualmente con la pérdida de valores al derruirse así dogmas levantados por años, ciclo negativo en el que la familia se ha minado con intolerancias políticas y religiosas hasta llegar a la agresividad, además de los prejuicios racistas o de orientación sexual que hereda. La migración interna, en ocasiones, alivia alguna de estas tensiones y no se lastra del estigma “definitivo”, por lo que no es tan fuerte la ruptura.

Por otra parte, paralelo al enorme logro que, sin duda, ha representado la integración de la mujer en

todos los renglones de la vida social cubana, han incidido enormemente en esta desunión familiar los extensos períodos en que la pareja se separa por motivos laborales, aplicable a la faena cotidiana en que a menudo, el matrimonio ni siquiera coincide durante toda la semana y peor cuando están perjudicados por el serio problema de la vivienda en Cuba; pero más todavía, cuando son períodos más extensos fuera de la provincia o, incluso, misiones fuera del país, bien sean militares o de cualquier tipo, muchas veces riesgosas; lo mismo ocurre con los hijos que, para continuar estudios, no tienen más opción, aun cuando no lo deseen, que becarse por extensos períodos lejos de sus familiares y en entornos que no siempre son los mejores ni los más educativos, lo que degenera incluso en situaciones fraudulentas, por ejemplo, para evitarlo.

Todas estas tensiones repercuten en el maltrato, abandono, incomprensión o indiferencia con los adultos mayores de la familia; pero al concentrar la atención en ellos y en los niños y jóvenes, se corre el riesgo de desatender a la mediana edad, que es mayoría y protagonista en la sociedad. Hay incongruencias de origen cuando mucha gente concibe hijos para garantizar un soporte a su propio futuro, por lo que sigue prevaleciendo el ego, base de incomprensiones e intolerancias en la familia, con disímiles impactos a su comunidad; estas tensiones en el ámbito doméstico suelen descargarse contra las mascotas o la fauna y flora silvestres locales, para degenerar en un ciclo antieducativo dentro de la propia familia.

Nada puede ser excluido de la violencia doméstica, que ya hereda el abuso, la imposición absurda y la

intolerancia excluyente contra los más jóvenes y sus gustos y necesidades culturales naturales, o apela a la violencia de todo tipo (no solo física) en la supuesta educación de los niños y, más aún, de las mascotas, que, además, son confinadas a espacios y condiciones infraanimales y por tanto, violentadas, antivalor en el que se educa a los infantes. Por otra parte, mientras en unas viviendas se hacinan, abundan núcleos de una o dos personas, que, a menudo, lejos de constituir un buen síntoma, padecen soledad, abandono, incomunicación y otras necesidades a satisfacer.

Coincide y no coincide la familia por diversos horarios, y sin horarios, según días, temporadas y sistemas de vida individual, incluso, dentro de cada familia, con o sin altercados: predomina el horario irregular (casi tanto como individuos tiene la familia) a la mesa y para dormir, más regular según la televisión (sobre todo telenovelas y deportes) y para los que no conviven, algún almuerzo dominical.

Otra triste tradición estriba en los conflictos intrafamiliares según parentesco y generaciones, por ejemplo entre familias de cónyuges y la imagen arquetípica de la suegra, positiva solo de modo excepcional; del padre para ser temido en vez de amado; de la madre, que, en verdad, no puede ser buena cuando es mala suegra, sin descartar posturas de nueras y yernos en su adaptación o no al nuevo medio familiar, a veces hostil (de una o ambas partes) por prejuicios, celos patológicos y otras miserias humanoides —reflejan la vigencia del planteamiento de Marx de que aún vivimos la prehistoria de la Humanidad, que hemos de distinguir por sus valores, aunque aún

se lastren con estos antivalores— diversas, y otras veces, simplemente, no se adaptan en la convivencia con el entorno familiar o comunitario y ni siquiera, con la nueva pareja; los abuelos se muestran más cercanos por experiencias fallidas, que no desean repetir, o por sentirse al fin de sus vidas y querer dejar los mejores recuerdos... Todo ello subyace en el imaginario y en la realidad, y se agrava con el problema de la vivienda en Cuba y la convivencia forzada ante todas las dificultades para la independencia en otro hogar, pero nada puede ser absolutizado. A veces, los hijos, hermanos menores y hasta las mascotas (además de cualquier bien material mueble o inmueble) implican nuevo campo de batalla intrafamiliar por su custodia y, a menudo, posesión casi literal, peor si tienen que seguir viviendo juntos.

Es tiempo también de incorporar los conceptos que superan el tradicionalismo al estudiar la familia e incluir como tal las parejas no legalizadas (del mismo sexo o de sexos distintos), así como las mascotas y extender más allá, el concepto de familiaridad que, a menudo, excluye lazos sanguíneos, pero sí incluye, como reza la sabiduría popular, “al vecino más cercano” o “el hermano que seleccionamos, no el que nos impone la naturaleza”. Finalmente, recordemos que incluso el grado de tradicionalidad de una familia en una comunidad es siempre relativo, sobre todo en nuestro continente americano; no se puede inferir mecánicamente como grado de conocimiento y respeto a dicha comunidad ni de su sentido de pertenencia, pues no es común que rebase la empiria y

subjetividad de cada cual.⁵⁵ Ello no excluye, por supuesto, los buenos ejemplos de tradición familiar local, que en todas y cada una de estas comunidades abundan mucho más de lo que el imaginario ha difundido, y han sido pilar para este estudio.

En este análisis de la familia en su comunidad, habría que considerar sincrónicamente y en su devenir, hasta qué punto muchas tradiciones familiares son válidas para el contexto comunitario en que se han desarrollado y hasta puede darse la contradicción entre una tradición familiar y una comunitaria (como también puede darse entre tradición y cultura comunitaria, con tradición y cultura popular)⁵⁶ así como el papel que desempeñan en tal interrelación y depuración de valores la escuela (más bien, cada escuela), los medios de comunicación masiva, los amigos y las parejas, otros entornos comunitarios como pueden

⁵⁵ En contraposición, hay descendientes de inmigrantes e, incluso, inmigrantes con un determinado nivel de adaptación al nuevo contexto, que se interesan o integran y defienden mejor los valores de su propia comunidad urbana que muchos nativos, quienes ignoran la trascendencia de la cotidianidad y, precisamente por ello, no valoran ni se interesan por su entorno, como también hay nativos fervientes defensores de su “pequeña patria”. De aquí la importancia del sujeto en cuanto al tema que nos ocupa, en el cual la sensibilidad desempeña un papel protagónico.

⁵⁶ Esto no excluye la dialéctica entre cultura familiar y comunitaria, y entre cultura comunitaria y popular cuando se enriquecen mutuamente, sino que matiza el hecho de que esto no ocurre mecánicamente ni forzosamente y, a veces, lejos de enriquecerse, se empobrece en la interacción. Las historias de vida vuelven a ser fuente para estos análisis, aunque en este particular también fue importante la observación participante en todos y cada uno de los casos.

ser los centros de trabajo, movimientos asociativos de diverso carácter (étnico, religioso, profesional, ecológico, etc.) e, incluso, el resto de la familia (concepto de “familia ampliada”), a menudo vinculada a otros contextos comunitarios urbanos bien diferentes en la misma ciudad u otras ciudades y a otros contextos no urbanos hasta de otros países.

También hay que valorar al individuo entre la familia, la comunidad y la sociedad en general, permeado por todos estos factores en sus relaciones, y el nivel de comunicación o incomunicación intrafamiliar condicionado y condicionante. La familia ha demostrado reflejar también la identidad comunitaria, sin llegar al dogma inviolable: más conservadora y tradicional al sur menos moderno del municipio en estudio, de donde los más jóvenes suelen huir, pero sus familias los motivan más; más abierta al centro residencial, con intercambio entre la vida familiar y social, donde impera una cultura doméstica con el callado orgullo raigal y algo añejo (pero legítimo y de alta identidad y sentido de pertenencia tradicional) de Nuevo Vedado; y más cosmopolita y dinámica al norte, donde los círculos elegidos como amigos suelen influir de modo más determinante, y a fuerza de costumbre, se acepta con un grado de recelo o confianza que depende de la conformación cultural de cada familia.⁵⁷ No podríamos obviar el papel en estas

⁵⁷ Couceiro y Perera: *Estudio comparativo sobre las principales problemáticas familiares en el occidente cubano*, 1993. Tal estudio incluyó las diferencias existentes en cuanto a familia entre las diversas barriadas del municipio Plaza de la Revolución, en tanto valor de identidad local y su comparación con el central España Republicana en el matancero municipio de Perico.

familias, de los medios de comunicación que no en todas las comunidades inciden de igual forma.⁵⁸

Racialidad y raíces étnicas en cada comunidad

De una manera u otra, toda la intensa problemática nacional se refleja en el diario convivir de estas comunidades metropolitanas. Por supuesto, la rica racialidad, que como pueblo nos caracteriza, y toda la potencialidad que ello brinda, así como los prejuicios implícitos en cuanto a color, han salido a relucir en este estudio de caso: la clásica “china” que ignora el porqué de sus rasgos, pues en realidad es descendiente de... polacos, y el blanco con algún ancestro negro que ostenta o esconde —en ambos casos, por supuesto, evidencia de prejuicios—, aunque también es obvio quien reconoce tenerlo o no sin prejuicio alguno; el “blanquista” (blanco, negro u otros) antinegro (y el anti todo no blanco) y el “negrista” (negro, blanco y a veces otros) antiblanco (y el anti todo no negro, incluso —o no— antimestizos, a pesar de lo comunes que son los mestizos en sus familias) que potencian su marginación “al otro” hasta la violencia más diversa, incluida la agresión física.

También este estudio evidenció manifestaciones racistas no tan clásicas, como aquel evidente mulato que no quiso reconocerse como tal y prefiere decirse negro, pues “el negro es una raza y el mulato ni raza

⁵⁸ Es inevitable el tema de los medios de comunicación masiva en cualquier estudio contemporáneo, más si de Antropología urbana se trata. Como dijera Alfredo Guevara, es una época en que se piensa según los medios... o casi.

es” en claro conflicto de identidad; o sobre todo negros y mulatos que miden el grado de antirracismo por la cantidad de relaciones sexuales interraciales; o de negros, incluidos o no los mestizos, que hay en una candidatura o selección cualquiera; aunque también es cierto que hay selectores por dogmas racistas, contra negros o contra blancos, según los terrenos culturales y sociales en general; o en especial entre blancos, hay quien todavía rechaza una pareja interracial, que a veces, es también criticada por negros y mestizos e, incluso, más allá de la multidireccionalidad del racismo, aquellos blancos que, por mostrarse antirracistas o por puro esnobismo, de alguna manera se pretenden negros o, al menos, mulatos; así como aquellos negros y sobre todo mestizos que con mayor riesgo de ridículo, se pretenden blancos por complejo racista incluso contra sí mismos.

Todo lo anterior se entremezcla con tradiciones incubadoras de racismo, por ejemplo, por sectores: en la colonia, las artes y los trabajos físicos (base de numerosos deportes) eran subvalorados y un blanco que se respetara debía ser médico o abogado (siempre que económicamente pudiera, claro está... lo que retaba a la gran mayoría) por lo que el blanco tenía que ser doblemente revolucionario (sobre todo la mujer) para desarrollar sus talentos artísticos (lo que denomino “marginador marginado”), fenómeno que en la República se acrecentó con los prejuicios sexistas; la vida intelectual era inconcebible en el negro y sus descendientes, a pesar de ejemplos cimeros, todo lo cual ha (de)generado dogmas de todo tipo de racismo que, lamentablemente, sustentan áreas culturales

privativas de unos u otros. El marginador marginado se extiende a todas las marginaciones, exigiendo mucho más a quienes, supuestamente, son beneficiados por algún motivo (no siempre tan así) y compensa con menos exigencias a los, supuestamente, más desfavorecidos. Ello alcanza al plano estético inclusivo, de donde deriva “la rubia tonta”, símbolo de belleza, que no siempre es tal belleza, y aun siéndolo no implica escasa inteligencia; la belleza (siempre relativa y gradual) alcanza todos los colores de piel, cabellos y ojos desde su propia naturaleza; solo hay que saberla apreciar, y el negro no requiere de ojos claros ni cabello “bueno” para ser bello, de la misma forma que abundan los cubanos (y otros latinos) rubios, a los que penosamente, desde el imaginario se les ha negado su propia identidad nacional. A los menos agraciados es más fácil concederles talento, decencia o moral, tal vez con paternalismo por no ser tan valorados en el plano sexual: hagan lo que hagan, deben aprovechar las pocas posibilidades que se les presenten. Se obvia que hay entre estos últimos quienes incuban cargas negativas, como suerte de venganza contra los que no comparten un destino que ven triste y que no saben embellecer. También es cierto que hay quien conoce su propia belleza (o la cree conocer o se la imagina) y se acomoda en ella sin desarrollar otros talentos; pero esto tampoco se puede absolutizar en la identidad.

En este estudio de caso, las historias de vida han sido esenciales para intimar con respecto a la tan compleja y variada (en apariencia hasta contradictoria) actitud y forma de pensar en cuanto a racialidad entre los integrantes de una misma comunidad urbana, de

la que aquí solo se abre el más pequeño de los abanicos posibles y que ha llegado a detectar niveles de agresividad (gestual, oral y hasta física, en ocasiones de alta violencia y peligrosidad, con resultados fatales que trascienden la franca delincuencia) contenida o explícita, sobre todo, entre algunos negros y mulatos con prejuicios contra los blancos, a quienes insultan como “desaguacatados” mientras más rubios son, como si el sabor (aluden al aguacate) acompañara exclusivamente a los colores de piel más oscuros.

Tan espinoso tema, sin embargo, no se preocupa por el anonimato y llega a verse como “orgullo de raza” incluso, y a sufrirse en algunas parejas interraciales (más o menos encubierto) en que la posesión sexual (extensible más allá) asume una psicología con estereotipos de género (apenas sin diferencias entre parejas hetero u homosexuales, pero interraciales) de relaciones entre poseedor-poseído, esclavo-esclavista, venganza-redención (en otras ocasiones, la curiosidad a veces simple, a veces morbosa y hasta racista, por “el otro racial”, y hasta la racista necesidad de demostrar que no se es racista) que, por fortuna, en otras muchas parejas interraciales (o no) no asoman y parecen mantenerse en el sano y puro cobijo del amor. Es una de las líneas que la presente investigación devela para futuros estudios más profundos en estas y otras comunidades, y que sobrepasen lo epidérmico de algunos enfoques ya obsoletos y simplistas sobre la racialidad, aquí contextualizados.

En un país donde por ley la raza no puede ser obstáculo para nada, se limita el impacto urbano que puedan tener las diversas manifestaciones del racismo, al haber desaparecido legalmente las asociaciones

por razas. Por ello, afortunadamente, mayor trascendencia que la miseria moral racista, tiene a escala urbana nuestra riqueza racial vista como color de la piel y otros rasgos raciales para evadir como sugería Ortiz, “el engaño de las razas”. En las comunidades en estudio predominan blancos hacia el centro y el sur excepto en La Dionisia, La Casilda y La Timba, donde abundan mestizos y blancos al igual que en el norte, seguidos por negros y en mucha menor escala, “chinos” (casi siempre descendientes mestizos) y otros,⁵⁹ pues típica del carácter metropolitano y cosmopolita es esta riqueza racial que identifica a Cuba, y que se evidencia en sus habitantes y en los visitantes cotidianos que inundan sus calles.

De la misma manera, también se han dado algunos proyectos comunitarios que acuden a determinadas raíces, pero de otras regiones cubanas y no de estas comunidades concretas que así tergiversan, a menudo de forma exotista, al adulterar la verdadera raíz de esta comunidad e imposter raíces individuales a escala urbana, lo que se interrelaciona con el análisis de los conflictos de identidad de cada sujeto.

En este estudio afloraron quienes insisten (aun de forma inconfesa) en ganar espacios para el negro

⁵⁹ Couceiro y Perera: *Introducción a la demografía para los estudios de identidad comunitaria en el municipio Plaza de la Revolución*, 1998. Única monografía integral especializada sobre el tema, para la cual se contó con el concurso del Centro de Estudios Demográficos de la Universidad de La Habana, los Comités Municipal y Provincial de Estadísticas, Recursos Laborales, Educación, etc. Metodológicamente se imponen reservas (margen de error) por las insuficiencias y, a veces, prejuicios en las mismas fuentes informantes y encuestadores.

por el mero hecho de ser negro y no por sus valores humanos y sociales como individuo, o fundamentan su color de piel para desmanes personales (y acusan de racista a todo el que no se los permite) en detrimento de la imagen social de dicha raza, o pretenden vivir de la raza exóticamente, aliados al eurocentrismo como opción supuestamente turística y hasta antirracista, cuando en verdad devela un profundo racismo contra blancos y negros distintivamente. Destáquense aquellas influencias aún más negativas del virulento racismo norteamericano por las vertientes de la *nègritude* caribeña más que del Rastafari en sí, culturas de difícil inserción en la historia del racismo cubano.⁶⁰

No toda la hispanidad pasó a la cultura cubana, como tampoco toda la africanía, y en ambos y otros casos la transculturación marcó las pautas necesarias, lo cual se identifica por regiones del país y resulta de particular interés en un estudio como este. Las hispanidades recontextualizaron aquí distintivamente sus tierras natales más “españoles” que en la propia España (a menudo, todos llamados gallegos sin las otras tantas culturas hispanas, salvo alguna excepción, sobre todo, de los isleños o canarios, y luego el vasco, catalán, y otras muy definidas), y otro tanto ocurrió con las africanías (en este caso, por la imposición no del todo lograda, del desarraigo de sus

⁶⁰ Samuel Furé Davis: *Una visión de la juventud y la cultura popular en Cuba contemporánea*, 1999. Absolutizan el color de piel sobre la cultura y humanidad del sujeto; siempre enfatizo las diferencias entre el racismo cubano y el estadounidense, menos traumático el caso de Cuba donde, por fortuna y lógicamente, su importación no promete perspectivas.

diversas etnias de origen), al margen de su paralela transculturación intranacional, intracontinental e “intercontinental”. Ambas son raíces potentes pero nunca exclusivas, y solo las imágenes reduccionistas, facilistas y dogmáticas han excluido el resto de las raíces, que tanto enriquecen y determinan en disímiles grados y aristas la cultura cubana en su universalidad singular, y que las historias de vida explicitan.

Es un error determinar tales raíces solo por los parámetros de la Antropología física, cuando la cultura va mucho más allá de la sangre y del biotipo, y hay que evaluar factores que van desde la convivencia hasta los medios de difusión masiva. El mestizaje cultural, al menos en comunidades como las que nos ocupan, justamente por su esencia cosmopolita y metropolitana, es mucho mayor y más complejo y rico que el mestizaje étnico, y este mucho mayor, complejo y rico que el racial, que ya es mucho decir. De aquí que estas comunidades resuman magistralmente la nueva identidad que aporta el *ethnos* cubano, definido por Jesús Guancho (1996). Es cierto que en Cuba como se dice popularmente, “quien no tiene de congo tiene de carabalí”; pero falta agregar que quien no tiene de canario tiene de gallego, o de chino, o de precolombino, árabe, hebreo, francés...

Rasgos de intolerancia se evidencian dentro de las comunidades cuando supuestos promotores pretenden realizar actividades “africanas” más que cubanas en detrimento de otras, donde esta herencia no alcanzó tales dimensiones e, incluso, se molestan con los vecinos que no acuden a ellas, a los que llaman “ingleses” y pretenden excluir de la cubanía. A menudo rechazan la tradicional y mucho más raigal (en

esta comunidad) romería por considerarla “blanca”; por otra parte, lo mismo blancos que mestizos y hasta negros participan en proyectos dedicados a las raíces hispanas, aunque raramente rebasen el exotismo folclorista, diversidad que también se aprecia en exponentes de raíces africanas nunca exclusivos, aunque algunos se muestran racistamente exclusivistas.

Más allá de la racialidad que se observa a simple vista, la etnicidad requiere de estudios más profundos y de potenciar mucho más el cosmopolitismo local. A los aportes de otras culturas, que en plena calle se muestran casi inadvertidos⁶¹ por cotidianos y cuya trascendencia no se valora, hay que agregar el cosmopolitismo de la necrópolis Cristóbal Colón, que incluye la impronta japonesa, entre otras, y en el resto del entorno, la huella italiana, estadounidense, francesa, alemana y eslava, con las raíces grecolatinas que se muestran en parques y otros ejemplos escultóricos y arquitectónicos, y muchas más, que no se evidencian tanto en la Antropología física, como en la cultural.

El grado de interrelación personal dentro de estas comunidades con la población flotante, en particular la no nacional, ha cobrado nuevos matices durante los últimos años a partir de los cuentapropistas y el comercio y arrendamiento, tanto oficial como

⁶¹ Por solo citar algunos que se evidencian en las comunidades en estudio: los adoquines belgas, los tulipanes holandeses, lo portugués, lo hinduista, lo iraní, lo francés, lo italiano y lo norteamericano ya referido en el análisis de la dimensión diacrónica, y por supuesto, lo hebreo tanto asquenazi como sefardí, lo chino, lo árabe y toda la diversidad implícita tanto en las hispanidades como en las africanías.

clandestino regular o irregular, o mediante relaciones familiares y personales, así como en paladares, taxis y otros muchos servicios,⁶² todo lo cual potencia los efectos, tanto negativos⁶³ como positivos, de las más diversas culturas del mundo, sobre todo, en comunidades como estas donde la cadena hotelera es fundamental entre las ventanas que el país necesita, económica y culturalmente, para desarrollarse en interacción con el resto del orbe.

Algunos sectores sociales en cada comunidad

En Puentes Grandes son seculares las raíces rurales proletarizadas como peculiar caso urbano entre comunidades metropolitanas en diversos grados; en Aldecoa y La Ciénaga predomina el obrero y al penetrar hacia el norte y de oeste a este, los sectores sociales son más complejos y entremezclados: su cocina transita de lo criollo a lo internacional (con fuerte ascendencia europea o estadounidense) y se va de los cines de barrio a los grandes cines nacionales.

Sobre todo, el Vedado y Nuevo Vedado tuvieron la imagen de barrios elite, para muchos ni siquiera barrios, lo cual hace fluctuar prejuicios entre el des-

⁶² Por supuesto, aquí las historias de vida solían reclamar el anonimato y la guía de observación llegó a ser instrumento rector, sobre todo, cuando no estaban legalizados, con todo el abanico de casos que entonces se devela. Sus intereses casi siempre son personales o de familiares muy allegados, materiales y económicos, así como salidas del país y sistematización de contactos con el exterior.

⁶³ Afectaciones constructivas en inmuebles y su entorno incluida propaganda que, a menudo, destruye valores y patrimonio local, por ejemplo, entre los efectos negativos.

precio aberrado, la admiración elitista y la nostalgia; imágenes no absolutizables, y menos en la actualidad, donde la llamada “flor y nata” no predomina, y según esta investigación es polemizable si, en realidad, alguna vez predominó, a pesar de la imagen. No obstante, las diferencias socioeconómicas se evidencian de una casa a otra, lo que complica la definición de “elite”, y otro tipo de “nuevos ricos” vuelve a la palestra.⁶⁴

Se encuentran entre las comunidades cubanas con población más envejecida, sin correspondencia con el nivel de desarrollo económico alcanzado y es necesario luchar por una mayor calidad de vida. Impera el nivel académico medio, seguido por el nivel superior, incluido el casi analfabeto y todas las especialidades, todo ello multiplicado por la alta migración, si bien esta diversidad ya estaba desde sus raíces tradicionales identitarias.⁶⁵ La población artística e intelectual alcanza casi el 5% de la residente para ser la primera potencia nacional en ese sentido: casi la mitad de la

⁶⁴ Es relativa la homogeneidad de la barriada que se subdivide (y, en consecuencia, multiplica su identidad) en zonas y focos que, a su vez, tampoco son del todo homogéneos, como demuestran las historias de vida y que a la luz de la Antropología Urbana, se potencian aún más con el imaginario popular en una dinámica muy propia entre imagen e identidad, que permite por otra parte, rescatar la memoria colectiva transmitida de generación a generación, a menudo contra el imaginario impuesto desde el exterior de cada comunidad o, a veces, en interacción con él.

⁶⁵ Esta misma información se analiza con más profundidad en: Couceiro y Perera: *Introducción a la demografía para los estudios de identidad comunitaria en el municipio Plaza de la Revolución*, 1998.

capital, y esta a su vez, la mitad del país. Unos 6 000 nombres descuellan por todo el municipio, pero el 84% reside en las barriadas costeras norteñas y más de la mitad de ellos, en El Carmelo. En las barriadas sureñas no reside siquiera el 0,02% de este total de artistas e intelectuales radicados en el municipio y es menos tradicional y ni siquiera sistemático; no se compensa esta desproporción local con respecto al norte municipal, pues también hay menos población en cifras absolutas, pero no en proporción tan desventajosa (Couceiro, González y Perera, 1992b).

Al menos como resultado parcial, concluyamos que la comunidad de artistas y científicos en las barriadas norteñas, sobre todo, y centrales después, es identidad tradicional, aunque con una enorme movilidad debido a intereses muy personales que hacen que a escala individual e, incluso, familiar (aunque hay tradiciones familiares artísticas en la misma u otras artes) carezcan de tradición local y en no pocos casos generen conflictos de identidad subjetiva muy delicados, pues el sector genera imágenes que, a menudo, se basan en dogmas, prejuicios y una empiria que atenta contra la verdadera y raigal identidad de cada comunidad.⁶⁶

Esto propició otros estudios similares en el menos complejo sector de los dirigentes de disímiles sectores y niveles, muchos de ellos migrantes inter-

⁶⁶ Couceiro: “No todo libro es amigo”. En: *Boletín Cultural El Almendares*, julio-agosto 2007, Dirección Municipal de Cultura Plaza de la Revolución. Análisis crítico del libro *El Vedado 1850-1940: de monte a reparto*, del chileno Jorge Pávez Ojeda, ejemplo cimero de esta problemática para estas comunidades objeto de estudio.

nos, que muy raramente asumen el territorio por otro parámetro que no sea el político-administrativo con todas las insuficiencias derivadas por haberse concebido al margen de los estudios culturales de cada comunidad, y que ellos perpetúan y acuñan como ley para la construcción de nuevas identidades de espaldas a estas investigaciones, por lo que también generan imágenes, aunque no artísticas, y a pesar de que pudiera parecer paradójico por su misión social, a veces engendran o desarrollan de forma letal, peligros contra los valores locales que debieran preservar, lo que empeora en comunidades tan susceptibles como estas, por la intensidad de la migración y la falta de educación organizada sobre dichos valores; por supuesto, hay loables excepciones de migrantes internos y nativos, que trascienden positivamente.

Son sectores tradicionales que identifican parcialmente (absolutizados en el imaginario popular) estas comunidades, lo que se debe a la tradicional atracción que sobre ellos ha ejercido durante todo el siglo xx la alta concentración de espacios de todo tipo (sobre todo artísticos, más bien en la Rampa) y a que otrora, los mecenas de la elite se ubicaban a residir cerca, en el Vedado, pero no demasiado cerca (El Carmelo), sin la menor comunicación con la cultura más cerrada de las comunidades sureñas, de más difícil acceso. Solo en la última década ha habido un ligero éxodo hacia La Habana Vieja por el encanto de su remozamiento inspirador y el dólar turístico, aunque ello no merma la potencia artística local, seguida por el municipio Playa; y este último, con los también aledaños Cerro y Centro Habana, así como con el más poblado de todos: Diez de Octubre, son los que se retroalimentan

fundamentalmente estas comunidades en su migración residente y flotante, sin limitar su multiplicidad de raíces, pues la mayoría, a su vez, han transculturado con unas u otras vivencias por otros municipios capitalinos y provincias cubanas, y en algunos casos, países diversos.

La dinámica elite-cultura popular (y también entre esta última y la de cada comunidad) demostrada desde la dimensión diacrónica, se ratifica al comprobar que aquellos “nuevos ricos” mostraban consciente o inconscientemente su extracción popular y el cosmopolitismo local (Couceiro y Perera, 1999b), como por ejemplo indican las Noches Campesinas y algunas comparsas como Los guajiros (1921), La gitana y Campamento gitano (1944); Los gitanos contrabandistas y La múcura colombiana (1950), y Los chinos (fecha indefinida), además de Los Vedadistas (1923), todas en el selecto Vedado Tennis Yatch Club.

Mientras, entre los más humildes se han detectado perfectos degustadores, incluso tradicionales, de la música de concierto o del ballet, por solo citar ejemplos de supuesta inaccesibilidad para el pueblo. Esta identidad de muchos humildes en comunidades cubanas obvia valores como estos en función de la imagen (de)generada tanto de la cultura popular absolutizada sin distinguir comunidades, como de tales manifestaciones, supuestamente privativas de una elite. Las historias de vida demuestran lo anti-científico de esta absolutización, aun, cuando carecían de acceso a los medios de difusión masiva. En las costas norteñas, al menos, una auténtica tradición popular respaldó siempre lo más avanzado de la intelectualidad y el arte local, a la vez que estuvieron siem-

pre abiertas a la actualidad mundial. Convivir con personalidades, instituciones y centros de tamaño magnitud, aun a relativa distancia, ha legado su impronta al vecindario.

Relaciones de respeto: la llamada “pérdida de valores”

Muchas relaciones de convivencia evidencian en lo cotidiano el choque cultural y los diversos grados de transculturación que aquí se manifiestan. La piedra angular serían las relaciones de respeto, que se modifican en y desde la familia hacia la comunidad y la sociedad toda y viceversa mediante las distintas vías,⁶⁷ frente a una avalancha inmigrante sin una adecuada defensa de los valores locales, asumidos a menudo con prejuicio por seudopromotores que los estiman representativos de la burguesía o fuera de moda. Se ha resquebrajado el trato de “usted”, tras la coyuntura política de 1959, por la extensión abusada (casi impuesta) del vocablo “compañero(a)” que hizo obsoleto el trato de “señor(a)” y más aún, el de “señorita” (con o sin razón), términos mal mirados, casi considerados como problemas ideológicos (y que se han retomado al calor de las campañas turísticas), a lo que el humor popular, en ocasiones, respondía entre la disidencia y el genuino respeto a la ética tradicional, “compañeros son los bueyes”. En el trato entre vecinos, proliferan las múltiples maneras de molestar,

⁶⁷ Coincido con el doctor Orlando Tajonera al cuestionarse la clasificación en vías formales y no formales: toda vía tiene forma y contenido, extensivo a otros abusos del adjetivo formal, y de otros.

por un abuso del derecho propio en detrimento del derecho del vecino, sobre todo, si la sola existencia de este le recuerda una mayor autenticidad en dicha comunidad, entre otras miserias humanoides.

A pesar de la gran variedad de puntos de vista sobre estos aspectos entre los testimoniantes, casi todos anónimos pero representativos de la máxima diversidad de todo tipo en todas y cada una de estas comunidades, tales contradicciones se observan actualmente, sobre todo, en Nuevo Vedado, que, por diversas causas (históricas, sociales, económicas, ecológicas incluso), conservó más pura (relativamente) la homogeneidad y cultura de los sectores que la habitaban y frecuentaban hasta vísperas de la década finisecular, a pesar de las migraciones y cambios en el tiempo, de lo cual podemos hipotetizar que a ello se debe el mayor contraste y choque consecuente entre los nuevos y viejos vecinos (herencia dejada a sus descendientes) que, por suerte, rara vez llega a la agresión, quizás en inconsciente homenaje a la propia estirpe local.

Uno de los aspectos que más llama la atención y explicita tal involución son las “malas palabras” no por la palabra en sí, sino por el abuso que se hace de ellas, fenómeno en el que no podemos descartar la gran influencia (lamentable) recibida de los medios de comunicación nacionales que han confundido la vulgaridad con la gracia, y del audiovisual más populista de Estados Unidos, España e Italia, sobre todo, entremezclado con la concepción peyorativa de que “así es el pueblo”. Sin embargo, no hace 25 años, en estas mismas comunidades, los varones más marginales eran los primeros que impedían el empleo de

“malas palabras” delante del sexo opuesto sin distinción social, sin importar cuán lejos estuviera o que se conociera o no a la fémina; ahora, niñas, sin la menor distinción de condición social, las gritan sin recato ni motivo ni sentido alguno, y son celebradas y hasta estimuladas por la familia y el entorno, por lo que dejan de ser expresiones extraordinarias para degenerar en ordinarias, ya incapacitadas de su función, contra la digna tradición de que el humilde local (y pudiéramos extender: el humilde cubano) de toda condición, poseía altos extremos de educación y hospitalidad y se vanagloriaba de ser “pobre, pero honrado”, como su más legítimo orgullo e identidad nacional y de clase social.

Todo ello (de)genera una ética que va desde la intimidad del teléfono, la pareja y la familia, hasta el maltrato al público, entre vecinos y colegas, en el transporte público y surge una necesaria y saludable cultura de colas que, a pesar de las décadas transcurridas, muchos ignoran, pero también una seudocultura o *kitsch* de colas cuando produce vicio y hasta placer morboso, al no respetar el orden, etc., todo ello con su mayor o menor impacto urbano, incluido el daño a teléfonos públicos y ómnibus.

En este sentido, las historias de vida han demostrado una gran diversidad de criterios; no suelen explicitar como problemática el daño a propiedades estatales ni a otras que no sean las suyas personales, salvo cuando en consecuencia, la calidad del servicio se deteriora. La coexistencia no es siempre pacífica y la agresividad verbal y hasta física se imponen en una cultura de violencia, porque lamentablemente esta triunfa, con una gesticulación recontextualizada y un

tono de voz “natural” cada vez más alto, para un nuevo y más agresivo ambiente sonoro. En el caso de algunos “no lugares” (Augé, 2000), como los ómnibus, se destaca, por ejemplo, la indolencia de aquellos que una vez que han subido al vehículo, luego de haber sufrido su tardanza y otros inconvenientes, no les importa y hasta rechazan e impiden que otros puedan acceder, no ceden espacio a quienes necesitan bajarse o molestan innecesariamente. “Coja un taxi”, “Cómprase un carro” son respuestas que avalan “la ley del más fuerte”, no solo expresiones carentes de solidaridad, sino del más elemental respeto, en una convivencia herida de muerte por el egocentrismo más atroz. Las raras veces que una mujer es priorizada para sentarse, casi nunca lo agradece, con lo que mal educa a los niños que carga, y aún peor, al desocuparse otro asiento lo copa agresiva para su compañero y no para quien le cedió el que ella ocupa; los asientos que se les destinan a las embarazadas y limitados físicos ayudan y entorpecen a un tiempo, pues muchas veces son exigidos en mala forma y sin agradecerse, y quien no los ocupa se desentiende.

Las normas más elementales de educación formal como el saludo, las gracias, las disculpas, el permiso desaparecen o son relegadas y en la cadena evolutiva o involutiva, ya casi no se hacen ver a escala urbana ante el deterioro general de las relaciones de respeto (entre distintas edades y entre contemporáneos), y en la agresividad o intolerancia en escuelas y otros centros y comunidades, sobre todo, al abusar e imponer la violencia al otro, en lo que otro tema se devela: la crueldad que puede mostrar la infancia. En la memoria histórica se recuerda con posturas muy diversas:

la agresividad entre centros y comunidades, o cuando menos, la identidad local devenida como un otro del que se recela; y, por supuesto, el abuso y la violencia por la violencia, alentada por la familia, la comunidad y, a menudo, hasta por algunos maestros, como arcaica enseñanza de supervivencia que aún subsiste y que, a veces, se disfruta con sadismo.

Por cierto que entre los cambios de valores no se pueden entender como involución todos los casos, pues la aceptación de una pareja interracial u homosexual, solo molesta hoy a los más retrógrados, que a ello remiten la “pérdida de valores” (Anexo 1). En el complejo ético urbano y los choques de valores, la polémica se matiza.

Hay más preocupación por la imagen que por la identidad. El “qué dirán” llega a regir la imagen pública y, por tanto, la vida social e individual, canalizadas mediante la familia; un viejo refrán popular lo sentencia: “Más vale ser que parecer”. Un reciente estudio (Valdés Pi y col., 2005) concluyó que el 48% de los homosexuales aún se siente discriminado, el 31% no más que tolerado, el 21% rechazado y ninguno se siente aceptado por la sociedad, lo cual adjudican en el 45% de los casos a la falta de espacios y en el 34% a la incomprensión y el rechazo social; en menor cuantía se explica por las agresiones homofóbicas tanto verbales como de acción, la incomprensión familiar, el acoso policial, la situación de la vivienda y la falta de reconocimiento legal a las parejas homosexuales.

No muy distinta es la opinión heterosexual: el 58% siente que los homosexuales en Cuba no son más que tolerados, el 22% rechazados, el 15% discriminados y solo el 8%, aceptados. Casi por unanimidad se reconoce que hay mayor visibilidad homosexual

en Cuba y en el 10% que no reconoce que haya aumentado la homosexualidad, hay quienes especifican que siempre la ha habido, que lo que ha aumentado es su visibilidad, situación comparable a la de la religión.⁶⁸ Llama la atención que la lesbiana es casi tres veces más tolerada que el varón homosexual, lo que en muchos casos se explica por el machismo y el ambiente militar y sus afines.

El piropo y la relación entre géneros

En la relación más halagadora entre géneros, por ejemplo, el piropo del hombre a la mujer conserva la gracia y el ingenio; pero también ha alcanzado la vulgaridad y hasta la agresividad, tal vez en inconforme respuesta ante los derechos conquistados por el sexo femenino, que a su vez ha incorporado el piropo explícito de la mujer al hombre, también con diversidad de valores y antivalores, todo lo cual matiza determinadas escenas en la vía pública. Menos impacto —por los peligros de la agresividad heterosexualista, la censura y de-

⁶⁸ En cuanto a por qué ha aumentado su visibilidad el 20% lo adjudica a la existencia de menos tabúes sociales; el 19% a una mayor aceptación; el 15% a condiciones económicas; el 13% a problemas de educación, corrupción y pérdida de valores; el 10% a influencias extranjeras y el turismo; el 8% a la pérdida del miedo a la discriminación; el 6% al aumento de la libertad sexual; el 5% a que es una moda, y el 4% a los medios de difusión masiva. Dentro del 12% de las opiniones más negativas y anti-científicas, no faltaron jóvenes universitarios, lo que demuestra que estas polémicas no están limitadas por generaciones ni nivel escolar. Vale agregar que el protagonismo entre las áreas objeto de esta investigación fueron la Rampa y el Vedado... esto es, justo las comunidades que ahora nos ocupan.

pender de códigos secretos— alcanza el piropo homosexual, que siempre se obvia por homofobia y resulta menos explícito pero que, al igual que el de la mujer al hombre, merece ser estudiado.

Que el piropo homosexual se evidencie es muy difícil si no es mediante alguna historia de vida, previa solicitud de anonimato, o en observación participante, siempre determinada por el imprevisto y sin expectativas, y se recogen como entre los demás, curiosos, osados y creativos ejemplos. Los restantes piropos pueden apreciarse también y más fácilmente por simple observación y observación participante, y develan las más diversas actitudes: desde la mujer que rechaza el piropo grosero con otra grosería o con toda dignidad (incluida la indiferencia silente) hasta la que lo disfruta y mayor elegancia la ofendería, o la que arremete contra el hombre que no contesta su piropo (grosero o no) y llega a acusarlo públicamente de “pájaro” o “maricón”, pues no cumple su papel de “hombre”; aunque nadie dudaría de la femineidad de una mujer que no conteste el piropo de un hombre.

En conclusión, el derecho de la mujer a piropoear se legitima, pero no así el del hombre a escoger una opción de respuesta, en lo que se aprecia que la igualdad de géneros no es sino relativa y parcializada, en este caso, en detrimento del supuesto marginador, lo que refuerza mi teoría del “marginador marginado”, sostenida asimismo cuando no se tolera al varón trasgredir cualquier convencionalismo al vestir. Mientras se lucha con justicia por la presencia de mujeres en todos los puestos, hay plazas que aún se conciben exclusivamente femeninas. La justa igualdad se confunde con el igualitarismo y con la mujer vulgarizada, según otro dogma que tampoco favorece la imagen masculina.

Deambulantes

Ejemplos de antivalores se detectan frente a personas que pierden el juicio y se dedican a deambular por las calles; son, lamentablemente, objeto de burlas de niños, jóvenes y, también de adultos, fenómeno en el cual la observación participante desempeña un papel fundamental, puesto que las historias de vida suelen evadir el tema, enmascararlo o tergiversarlo cuando se aborda, tanto por parte de los victimarios como de los dolientes e, incluso, de los simples testigos, excepto tal vez aquellos que con orgullo recuerdan cómo se opusieron a tales vejámenes.⁶⁹

⁶⁹ Hay casos en el municipio tan históricos y representativos como el del Caballero de París, que provocaba las más diversas actitudes; pero hubo una “marquesa” en los Baños del Vedado y otra en el barrio liminal del Sagrado Corazón a San Antonio Chiquito, revividos por la memoria histórica colectiva, y en la Extensión del Carmelo, en los años sesenta y setenta, el de “Raulito, el guaguero” o “Raulito, el chofer” (desde 17 entre 20 y 22 por todos los alrededores, hijo del barbero local, “isleño” —canario—), y en la última década del siglo xx el triste caso del anciano Sergio Betancourt, quien tras enviudar era vilipendiado, no obstante haber sido siempre un buen vecino. Una figura pública de tanto valor y respeto como la mezzosoprano de trascendencia internacional Alba Marina fue también agredida por ciertas supuestas incoherencias al igual que otras figuras cimera de la intelectualidad, cuando llegan a tal estado. En estos primeros años del siglo xxi hallamos “el médico militar” en la esquina de las avenidas G y 23, y Manolito en 12 y 23, entre otros más dispersos por el territorio, incluidos los llamados “buzos” de los latones de basura. En estas burlas y agresiones no faltan los apodos y nombres, frecuentemente despectivos, los cuales trascienden estos ejemplos a muchos otros contextos sociales como seudocultura contra el prójimo, bajo los más diversos pretextos y en aras del egocentris-

Otros antivalores se detectan en las disímiles actitudes desde y frente a la mendicidad, resurgida, sobre todo, y no por casualidad, allí donde se supone que frecuenten los de mayores recursos económicos, como por ejemplo, la Rampa turística y otras vías rápidas de comunicación. Son casos muy similares a los de quienes pierden la razón, solo que si aquellos se encuentran en cualquier comunidad, los mendigos se circunscriben a las áreas señaladas, por motivos más que evidentes, por lo que podemos hablar de “mendigos área dólar”. No faltan quienes se ofenden si no reciben lo esperado, a veces con actitudes agresivas, quienes declaran razones religiosas como el que mendiga para pagar “promesas” y los que hacen de la mendicidad, un negocio.

mo patológico del ofensor, más triste aún cuando se generaliza entre niños con sus correspondientes riñas callejeras en las esquinas (también entre adultos), y en el propio seno familiar. Casos similares se han dado por el alcoholismo (en mucho menor grado de visibilidad la droga, con repercusión más discreta por lo prohibido) que el entorno comunitario no solo repele, sino que hay ejemplos de incomprensión ante esta enfermedad, y franco abuso. Lo peor del alcoholismo, además de todos los problemas que ocasiona en su entorno familiar y comunitario, es la inducción e iniciación de los más jóvenes, incluso niños, en tan dañino y conflictivo vicio. En el caso del tabaquismo, mucho más generalizado y aceptado por los demás, produce, sin embargo, justo conflicto por algunos obligados a devenir fumadores pasivos, sobre todo, en determinados espacios cerrados, a partir fundamentalmente de las leyes dictadas para proteger a la sociedad de los perjuicios de la nicotina ajena y del tabaquismo, en general, en el que lamentablemente, también se induce e inician jóvenes y niños, sobre la base de equívocos dogmas y prejuicios sociales, como una falsa elegancia o sexualidad, o relajación, por ejemplo.

He aquí otra arista peliaguda para la Antropología Urbana, con todos los ángulos de la mendicidad, desde las necesidades económicas y las afectaciones psíquicas hasta el uso y abuso de menores, sin excluir los hijos propios, como medio facilista de vivir, tanto en la mendicidad como en la prostitución y de otras maneras.

Se acercan a extranjeros y a nacionales que por esquema racial confunden con tales, en prejuicio que limita nuestra riquísima nacionalidad, como suele acontecer, sobre todo, con blancos que son confundidos con europeos por un reduccionismo racista que llega a privarlos de su cubanía por el color de la piel, cabellos y ojos claros: el imaginario popular cercena vastas áreas no menos imprescindibles de la riqueza étnica de nuestro pueblo. Al reconocerlos como cubanos, quedan devalorados, tanto por los nacionales que los creyeron extranjeros, como por múltiples extranjeros que simplifican el trópico a los más oscuros de piel y consideran los tonos claros de su exclusividad; todo ello como consecuencia de un imaginario estereotipado en las últimas décadas, contra una Cuba conocida tradicionalmente como “la más blanca de las Antillas”, lo que tampoco excluye los restantes colores de la piel y sus mezclas.

Vivir la calle y vivir en la calle

El sistema de vivir a puertas cerradas, necesario ante la gran migración interna, tanto para población residente como flotante (casi siempre nacionales desde otras provincias cubanas, municipios capitalinos o comunidades del mismo municipio) y la gran canti-

dad de desconocidos, en ocasiones peligrosos, distingue el carácter metropolitano en estas barriadas norteñas, salvo excepciones en zonas y focos menos públicos; esta es una necesidad que injustamente se ha tergiversado como falta de hospitalidad, lo que es antagónico en comunidades conformadas tradicionalmente y hasta la actualidad, por las inmigraciones y la población flotante; por supuesto que en su propia identidad, y a pesar de la avalancha de desconocidos de todo tipo, la hospitalidad continúa en la identidad local asimilándolos a todos más allá de su diversidad, lo que se observa en la atención tanto en las calles como en las viviendas, disímil lógicamente según sujetos y contextos; a menudo el inhospitalario en la capital, no es capitalino, aunque no sea esta la imagen generada. En tanto máxima atención nacional y concentración de servicios es más asimilable venir que salir del municipio, sobre todo, por las dificultades del transporte, lo que algunos tergiversan con aires de superioridad; pero el genuino local, por su misma formación cosmopolita, vive ávido de conocer toda Cuba y el mundo. Lo anterior se evidencia con la observación y el método comparativo entre familias con diversos grados de adaptación local según su procedencia, lo que se corrobora en las historias de vida y por comparación con el sistema de vida de otras comunidades capitalinas: “vivir la calle” o “en la calle” en Centro Habana o, en menor grado, La Habana Vieja (que no por casualidad se ha inundado también de población flotante), y es más distinto aún en la periferia capitalina y en otras provincias cubanas, a hacerlo dentro del municipio en estudio en algunas comunidades como Aldecoa o Puentes Grandes,

diferente a su vez de cómo se hace en los solares, casas de inquilinato y otras áreas insalubres con escasa población flotante de El Carmelo o incluso, el Vedado. “Vivir la calle” en las áreas metropolitanas del Vedado y la Rampa se ha relacionado históricamente con la vida nocturna y, en particular, con la prostitución.

Ya sea “vivir a puertas cerradas” o “en la calle”, este tema, si no se induce de las historias de vida y la observación participante, no se comenta. Hay una relativa conciencia de los motivos: el calor para quienes “viven en la calle” o la intención de proteger su privacidad, para los que lo hacen “a puertas cerradas”, lo cual es perfectamente legítimo frente a una heterogeneidad a veces demasiado diversa, atolondrada y hasta peligrosa, por lo que tipifica mejor las calles más céntricas, donde, además, obstaculizan más a los continuos peatones, hay más peligros con el tránsito y los desconocidos, y es mucho más difícil orientarse por ellos en la comunidad. Así y todo, hay quien confiesa que su mejor entretenimiento es chequear a través de las persianas lo que sucede en las casas de los vecinos: el chisme y el brete hacen que, a veces, cada cuadra se convierta en “pueblo chiquito infierno grande”, lo que incide en las relaciones entre vecinos y ocasiona problemas en la comunidad. La sabiduría popular, a través de su literatura oral (refranes y otros), eleva a la categoría de juicios su concientización de estas problemáticas; así, estas comunidades no quedan exentas de las culturas pueblerinas en franco choque local y mutuo. No falta quien justifica que el chisme es bueno porque libera tensiones, en franco egocentrismo que obvia las tensiones que provoca en los demás.

No obstante, hay quienes insisten en lo que consideran más popular y atentan contra la privacidad del hogar, la familia y hasta del individuo. Es la intolerancia de comunidades dentro de comunidades, pues al acercarnos a la práctica diaria como criterio de verdad, se detectan solares en los que se vive “a puertas cerradas”, y edificios convertidos en auténticos “solares verticales”, donde se arrojan desechos y se escupe al exterior, invaden la privacidad del vecino en franca intromisión sin tacto ni educación alguna o en explícita agresión o le imponen su privacidad mediante sus escándalos al importar hábitos de hablar a gritos con puertas abiertas a cualquier hora, en este nuevo contexto de viviendas más inmediatas y relacionado con un movimiento migratorio continuo y todo el resto del sistema de prejuicios y de la cultura generada, por lo que su privacidad es falsa y agreden el espacio sonoro del vecindario: lejos de popular, “la puerta abierta” aquí es populista, barrioteria y folclorista; se crean conflictos de convivencia con diversos grados de peligrosidad, bien sea por el motor del agua o por los pagos colectivos, y los usos y abusos de espacios colectivos, por molestia o intolerancia con las mascotas o los niños o visitantes de los vecinos o por los vecinos mismos, sus costumbres, gustos (a veces en la decoración de exteriores o por preferencias más íntimas, depende de lo que se pueda escuchar de una vivienda a la otra, según cada contexto), apariencia personal, pensamiento y, en general, las más diversas razones; personas retorcidas más que complicadas, que enredan a los demás en sus disímiles miserias humanoides.

El “solar vertical” llega a ser expresión popular local para ciertos edificios invadidos por otros sistemas de vida, por lo que chocan valores. La conciencia de ello se explicita y muestra las relaciones entre vecinos y con la diversidad de la población flotante característica. Todo ello incuba prejuicios y hasta complejos, no siempre bien intencionados, trata de imponer y excluir, incluso agresiva y despectivamente, por parte de supuestos promotores de la comunidad, unas normas de conducta sobre otras, muy discutibles, y en contra de la diversidad que tanto nos enriquece y que muchos ignoran, incluidos los estudiosos que se asombran de la escasa cultura general (siempre relativa y casuística) que tienen no pocos moradores y visitantes del Vedado.

Que tales imágenes a menudo son degeneradas por dogmas, incluso en estudiosos, se evidenció en una tormenta de ideas que debatía cómo eran posibles determinados atavismos en cuanto a cultura sexual y anticonceptivos (entre otros) en una moradora, pues “por ser del Vedado” no debía tenerlos, lo que implica un imaginario que absolutiza la cultura local, además de no profundizar en el grado en que esa habitante del Vedado, “es del Vedado”. En cuanto a los excluidos, suelen ser justo los nativos más tradicionales, cuyas vivencias relacionadas con sus raíces locales son raramente oídas y, menos, atendidas (más bien silenciadas y hasta tergiversadas) frente a la avalancha inmigrante, que incluye promotores, artistas, dirigentes y otros generadores de imágenes impuestas, y la falta de una política de protección del patrimonio local.

Imagen visual y ambiental

En dependencia de las condiciones físicas de cada vivienda, y de la cultura familiar y comunitaria, las ropas tendidas hacia la vía pública diferencian estas de otras comunidades habaneras metropolitanas, mucho más homogéneas en este sentido; aunque hay quien lo impone y genera un micropaisaje urbano desde sus propias raíces o en su devenir según las migraciones internas.

Paralelamente, además, esta investigación indujo el símbolo rojo y la sábana blanca de lucha contra el sida varios 1ro. de diciembre, con su correspondiente explicación local al ser demandada; sin embargo apenas ha logrado alcance, al carecerse de orientaciones, suficiente divulgación y una política de promoción dirigida a ello en los medios de comunicación masiva.

Todo es extensible al arreglo y ornamentación, a menudo de muy dudosa estética y hasta con peligro de deterioro en disímiles grados y aspectos, de cuerdas e instituciones, ya sea permanente o temporal, y que en ocasiones llega a irrespetar los símbolos nacionales. Cabe agregar la propaganda con los más diversos objetivos, más movilizativa que educativa y sin mayor adaptación local, donde las áreas de mayor concentración de público son las más codiciadas y, por tanto, las más afectadas.

La dinámica entre la obra humana, constructiva y destructiva, y el entorno ecológico es básica en la Antropología Urbana y nos coloca frente al antiguo dilema de civilización vs. naturaleza. Este tema abre todo un universo, fundamentalmente si consideramos al ser humano y su obra como parte de tal entorno

y la generación o degeneración de ecosistemas urbanos. González Alcantud ofrece precedentes bibliográficos sobre los bares que hoy es posible relacionar en las ciudades, mas también con el tema del sida, en tanto patología de implicación ambiental a vencer en la cultura, con todo su impacto, según cada momento histórico, pudieron haber sido la lepra, la peste o la tuberculosis; quedan de la mano otros aspectos de no menor importancia como la urgencia en cuanto a la protección de la fauna y la flora, tanto silvestre como doméstica, del patrimonio tanto cultural como natural en nuestras ciudades, entre muchos otros.

Por ejemplo, incluso los animales del Zoológico son víctimas de fechorías con vistas a negociar sus carnes o por simple miseria humanoide (además de la contaminación sonora y de otros tipos en la propia institución), las cuales casi siempre quedan impunes, sin el menor respeto a las inversiones económicas que representan y lo que es aún peor: a sus vidas, salud y bienestar.

Llaman la atención las múltiples formas de ensuciar la ciudad: desde los comprobantes del cobro del transporte hasta los más disímiles envoltorios de alimentos, y el maltrato (y a veces robo) de los tanques de basura con los focos insalubres consecuentes. De modo que “el habanero” —obvian inmigrantes y población flotante, simplismo en que incurren también los medios de difusión masiva— paga siempre con la mala imagen de su ciudad, además de sufrir el afeamiento y la creciente insalubridad de un entorno añorado siempre, con nostalgia de “los viejos tiempos” cuando estos paisajes urbanos eran más limpios y

hermosos, sin duda, y otrora célebres por ello en todo el continente, y más allá.

La época actual y la Antropología Urbana nos proponen un concepto de civilización superior y mucho más humano, orgánicamente compatible con el medio natural, de cuyo bienestar, incluso, depende el ser humano. Ya en el análisis diacrónico, vimos al Vedado y El Carmelo brindar desde sus orígenes una solución; pero choques de valores que equivocaron el amor al entorno como elitismo antihumano, la involución populista ajena a las más auténticas e intrínsecas necesidades de la comunidad y la ignorancia de su propio patrimonio natural e irrespeto antropocentrista contra la otredad ecológica, deterioraron el entorno natural a tal grado, que solo en Nuevo Vedado predominan aún las condiciones ambientales favorables (Gil y González, 1991).

No es casual la distinción hecha con Nuevo Vedado, si tenemos en cuenta que esta barriada se abre a ambos lados de una sola vía rápida de comunicación (la avenida 26) de la que no se abusa tanto como de otras, además de sus propias raíces e identidad cultural y su urbanización más moderna. El río al oeste (al avanzar el siglo xx) y la huella humana en sus aguas han devenido principal foco contaminante que origina comunidades insalubres, como ocurre con el fondo siempre marginado del cementerio, y en el caso de las céntricas barriadas norteñas, por la contaminación sonora (motores, abuso de decibeles, etc.) y ambiental (expulsión de gases por tantas vías rápidas de comunicación, chimeneas sin tratamiento y otras), así como por las inundaciones y salinidad de una costa afectada desde la oriental bahía.

No es posible desligar de lo anterior el deterioro de la cultura lúdica, cuyos mejores valores tradicionales se pierden por el choque y las insuficiencias con que crecen las nuevas generaciones de padres y educadores, en virtud del juego agresivo contra los diversos componentes del entorno, a menudo degenerante hasta el más auténtico, morboso y peligroso sadismo, de urgente atención y re-educación por todos, y fundamentalmente, por Prevención (López Pujol, 1999);⁷⁰ así como el uso inadecuado de los uniformes (no solo escolares) y problemas en las relaciones entre adultos, y de estos con los infantes, tanto hijos propios como ajenos;⁷¹ y en las normas, incluso, con respecto a los símbolos nacionales (Arista-Salado, 2006a).⁷²

Dinámica de la población flotante: vida nocturna y vida bohemia

Finalmente debemos remitirnos a la dinámica entre población flotante y residente, y el equilibrio que las comunidades buscan en ambas. Así pues, donde la

⁷⁰ También se ha ratificado con otras técnicas antropológicas como la observación participante y comprobado estos juegos de agresión al entorno y en particular contra las diversas especies de animales en la formación de personalidades delictivas y otras patologías sociales.

⁷¹ Solo excepcionalmente se asume el tema en las historias de vida, tal vez, por alguna antigua víctima de estas relaciones.

⁷² Este estudio ha detectado el manejo incorrecto de la bandera nacional, incluso en instituciones de representatividad gubernamental y en la misma vía pública, entre otras irregularidades que violan la ley. Otro tanto ocurre con el escudo y el himno, y con otros símbolos, también locales.

primera identifica, la segunda llega a sentirse abrumada y poco simpatizante de tanto visitante, al margen de sus motivos (la Rampa y las vías rápidas de comunicación), en lo cual, por supuesto, habría que estudiar casuísticamente la conformación cultural y motivaciones del residente que, a menudo, inmigra a la zona conociendo sus características y hasta atraído por ellas (con frecuencia, antiguo visitante), aunque luego las rechaza en franco conflicto de intereses y de identidad interior subjetiva; mientras que los pobladores de las áreas insalubres se quejan del abandono, por la ausencia casi total de población flotante. En el resto de las barriadas existe mayor equilibrio, aunque también se identifican entre sí y no falta la indiferencia, la compenetración y diversas tensiones, desde una o ambas partes, pero casi nunca en la totalidad de ninguna de ellas producto de tanta diversidad.

Los más disímiles prejuicios se levantan contra el “otro” visitante, a menudo más identificado con las raíces de la comunidad que el quejoso residente, con frecuencia inmigrante, incluso, relativamente reciente. Sin embargo, en las quejas también suelen encontrarse razones de peso que protegen la comunidad, como aquellos que se niegan a las actividades seudoculturales que deterioran el patrimonio comunitario o contaminan el medio en cualquiera de sus formas; por ejemplo, la agresión sonora de particulares e instituciones o los visitantes que asumen el entorno como urinario, a veces por la incomprensible falta de baños públicos para necesidades impostergables, pero no siempre. Por ello, no puede entenderse toda queja de un vecino (ni siquiera del delegado) como de la comunidad, pues a menudo reflejan conflictos

personales de identidad subjetiva y se pronuncian contra los valores más auténticos, ni tampoco como falta de sentido de pertenencia, cuando otras veces, es todo lo contrario.

Así se han recogido quejas de marginadores porque el Centro Nacional de Prevención de ITS/VIH-sida sea visitado por enfermos de sida y homosexuales; contra determinados hoteles porque tienen música y propician la vida nocturna; contra la moral de los cabarés y hasta de los teatros, las más diversas peñas que satisfacen necesidades de distintos sectores, etc. Ello solo demuestra la intolerancia agresiva de los quejosos (a menudo, inmigrantes inadaptados), no de las comunidades.

La vida nocturna y la bohemia que tanto enriquecieron la Rampa y otras comunidades,⁷³ en su esencia de modernidad revolucionadora, han sido víctimas de convencionalismos moralistas e individualistas que han coadyuvado a su lamentable degeneración y casi exterminio; similares prejuicios se han manifestado contra el turismo tanto nacional como extranjero, aunque a este último, entre siglos, se le ha llegado a valorar mejor por el atractivo económico que les brinda personalmente.

Son prejuicios que, a veces, con muy dañina repercusión, cobran cuerpo institucional en el apoyo de algunos policías, funcionarios indiferentes al entorno y hasta de medios masivos no siempre identificados con esta tradicional y rica identidad de comunidades cuya dinámica, dada su esencia metropolitana y cosmopolita, es singularmente ágil y cambiante en

⁷³ Malecón, 12 y 23, y las vías rápidas de comunicación.

cuanto a tradiciones que perviven de las más insospechadas maneras en una constante actualidad, lo que cualifica su identidad en una esplendorosa diversidad que potencia hasta el infinito sus valores patrimoniales, y que sin una política científica oficial de preservación y ante la avalancha inmigrante vive y pervive, pero en constante amenaza de toda índole... lo cual nos introduce al escabroso tema de la identidad local dentro de la cual, por supuesto, queda incluida la dinámica poblacional analizada.

Problemática de identidad en estas comunidades

La dinámica poblacional y las historias locales ya referidas multiplican con tal complejidad la identidad de estas comunidades, que ha sido preciso estratificar los barrios detectados por zonas, y estas a su vez, por focos (Anexo 1), por lo que aun cuando nos concentremos solo en las comunidades por residencia, hemos de referirnos a cientos de ellas, más pequeñas, que viven dentro de otras mayores en constante interacción, con una identidad relativa, y que se interrelacionan constantemente con otras comunidades que no se definen por su residencia. Así, por ejemplo, en una misma cuadra suele haber diversos focos, cada uno con su propia identidad.⁷⁴

⁷⁴ Tal es el caso, a menos de diez metros entre sí, del solar de los Chala o de Guillermina en 15 no. 1307 y el de Sopeña, en 15 no. 1311, acera donde es posible referirse a otras identidades. Estos solares se conocen por los nombres de las familias tradicionales que más los han distinguido, mulata y negra la primera, blanca la segunda, pero la diversidad racial está presente en ambos. En el solar de los Chala, conocido más

Marginalidad e insalubridad en comunidades por residencia

Al comparar los dos barrios insalubres del municipio: El Fanguito y La Dionisia, resalta que la drogadicción ha afectado ambas comunidades y sus respectivas escuelas. Famoso por la violencia —robo, hurto y agresión—, al iniciar el siglo *xxi*, a El Fanguito (apenas una cuadra: solo la acera que da al río y ambos laterales que avanzan a él a través del fango, en 32 entre 19 y 21) se le calculaban unos 800 habitantes, a los que se les ha estado gestionando vivienda en las inmediaciones pues rechazan alejarse, como resultado de lo cual puede disminuir esta población. En cuanto a La Dionisia, mayor que El Fanguito, se identifica por el vago habitual y el alcoholismo; al iniciar el siglo *xxi* se estimaban en más de 1 200 sus habitantes: son escasas manzanas irregulares a través de su calle principal (Protestantes), 1ra. y 2da., al extremo suroeste de la necrópolis Cristóbal Colón.

En ambos barrios abunda todo el polimorfismo humano, aunque el imaginario popular los limita al

recientemente como del Blúmer Caliente, escasean los blancos, pero siempre los ha habido, aunque han sido los que menos se han hecho notar en la imagen conflictiva que ha generado en las últimas décadas tal solar, que solo ahora está mejorando sus condiciones de salubridad. También ha aportado buenos ciudadanos y profesionales negros, mestizos y blancos, al igual que el otro, en cuya historia la familia más conflictiva fue la de Silvia, despectivamente llamada por algunos vecinos “la cochina”, blanca (cabellos y ojos oscuros), de ascendencia rural, con numerosa prole, que abandonó el país en 1980, pero aún vive en la memoria histórica de la comunidad a pesar de la indiscriminada migración en tal zona de la Extensión del Carmelo.

negro: las dos familias líderes de El Fanguito eran una blanca y otra negra. Llama la atención que el barrio “en guerra” con El Fanguito eran las casitas de 15 y 20, donde también abunda toda la racialidad en un entorno humilde pero no valorado de marginal ni insalubre ni delictivo, aunque sí con su propia identidad, como ocurre en los bloques de 13 y 24, 17 y 18 y las casas de 13 y 10, por no citar más allá del Carmelo. No es posible subvalorar los elementos de cultura delictiva incubados en estos barrios, no exclusivos, aunque sí los identifican en el imaginario, así como a zonas y focos de la otrora Timba y su extensión a San Antonio Chiquito.

A propósito de lo marginal y lo marginado, es preciso un alto para distinguir este último en tanto condición impuesta por el entorno social y los más disímiles prejuicios, en tanto el primero es la actitud asumida de enfrentamiento al contexto social, del cual trata de diferenciarse, a menudo, en busca de una identidad propia, otras veces en tanto cultura (¿seudocultura?) francamente delincuencial o en reproducción (consciente o no) de la reversión de valores.

Concretamente entre La Timba (al este de Paseo) y San Antonio Chiquito (al oeste) se ha (de)generado uno de los más graves conflictos de identidad interior en todo el territorio, a partir de su inmediatez a los más metropolitanos y representativos circuitos locales, que ya es mucho decir en Cuba: barrios muy distintos uno del otro en sus raíces, devenir e identidad social y cultural de todo tipo, cada uno, a su vez, con una infinita y compleja riqueza comunitaria.

Desde que algunos habitantes de La Timba (entre otros barrios como La Pelusa, por supuesto menos

conocedores entonces de los pormenores de esta identidad local y a quienes sonaba mejor el topónimo Timba a su propia condición marginada, que el más elitista de San Antonio Chiquito) comenzaron a emigrar al otro lado de Paseo y siguieron autoproclamándose Timba según su raíz, germinó la semilla que ya hacia el último quinto del siglo xx devino fruta alimentada por las propias instituciones y no pocos inmigrantes que, sin mayor investigación científica, preferían asumir de forma acrítica y populista ese topónimo, imagen de humildad muy conveniente para su contexto político, frente a un San Antonio Chiquito de imagen religiosa y mucho menos promovido, aunque genuino patrimonio local y que, por cierto, no pocos pobladores no solo reconocen, sino que se siguen sintiendo tales, con todas sus diferencias, (mal)interpretadas elitistas por “el otro timbero”: solo que estos últimos son los que más lo pregonan.

La promoción de La Timba sin el menor sustrato científico por las instituciones en aras de un trabajo comunitario, allí donde supuestamente era más urgente, así como por dirigentes locales improvisados en la cultura local, y su impacto en las nuevas generaciones han sido, simplemente, fatales para el patrimonio local de ambos barrios. En consecuencia, no pocos (tampoco todos, por fortuna se conserva la memoria histórica local y sus raíces a pesar de la severa agresión sufrida) pobladores de San Antonio Chiquito dicen sentirse de la Timba, pese a las diferencias palpables a ojos vistas entre uno y otro barrio, y aún cuando vivan en su propio casco histórico local, pasaje que, por fortuna, sigue llamándose San Antonio.

En cambio, en el auténtico Pan con Timba, se ha sobredimensionado una de sus zonas (La Casilda) como si fuera todo el barrio, al que otros promotores llaman La Timbita, para diferenciarlo del allende Paseo extendido como Timba sobre San Antonio. Más escandaloso resulta que ante la migración ignorante, de pronto en plena Timba (Zapata y A), hay quien empieza a llamarla Nuevo Vedado, en franco, peligroso y contradictorio antagonismo, y nuevos vecinos de 19 y 20 (Rebollo, en pleno Carmelo, allende 12 y 23) se están diciendo Timba. Una acción encaminada a esclarecer y reafirmar estas identidades locales lo constituyó el IX Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura, efectuado el jueves 16 de marzo del 2006, en el mismo casco histórico de Pan con Timba (A entre Zapata y 31) revitalizado con las flores de La Casilda y el pan con timba (guayaba) de identidad raigal local, y el X Fórum y Simposio Municipal de Estudios Culturales, el jueves 15 de marzo del 2007 en su mismo casco histórico, el pasaje San Antonio, con la inducción del método comparativo entre ambas comunidades, para todos los participantes.

Los barrios antes marginados ahora suelen ser objeto central de atención estatal, no siempre bien encaminada e, incluso, en detrimento, a veces hasta la marginación por oposición de valores, de las restantes comunidades. Sin un programa racional orgánico, tal esmero ha valorado como actividades culturales, la pipa de cerveza (puntos de *laque*)⁷⁵ y ron que muchos rechazan por alentar el alcoholismo, broncas callejeras, etc. Estas áreas no se pueden

⁷⁵ Término castellanizado de la cerveza tipo *Laquer*.

homogeneizar al son del imaginario popular por sectores no privativos, ni mucho menos absolutos en ellas; no es aquí donde delinquen y se extienden por las áreas vecinas. La ilegalidad en entidades con divisas trasciende el delito económico, que aún se concibe limitado al casi incontrolable comercio clandestino, aunque va mucho más allá.

No por ello se puede obviar la atención que necesitan otros focos insalubres como el de A y 15 y otros muchos de interés en edificios como el Hormiguero en 21 y E, el Tavel en 21 y D o el Arcos en 19 y F, tal y como antes la necesitaron el Trotcha en Calzada y 2, el Govea en 13 y 18 o el Alaska en 23 y M, patrimonios locales, ya lamentablemente perdidos. Sin embargo, solares como La Mierdita en A y 33 o el mismo de Sopeña e, incluso, mucho más recientemente (ya en el 2005) su vecino inmediato, el del Blúmer Caliente, en 15 entre 22 y 24, han mejorado notablemente sus condiciones de vida y sociales, aunque quedan otros focos insalubres como el del 40 (o 44) en B y 35 o el del Beefsteack (Bifté) en 3ra. y 10.

Y en consecuencia, por supuesto, habría que incluir la cultura de respuesta a tal cultura delictiva que el imaginario limita erróneamente a estas áreas insalubres, aquella de vigilancia y protección que igualmente trasciende a los conocidos popularmente como CVP⁷⁶ (devenido tipo de la cultura popular, incluso del humor), cultura que va más allá de sus propios uniformes, medios y técnicas de seguridad, y llega al estímulo económico y mejores condiciones materiales de trabajo que garanticen la imprescindible seguridad del personal involucrado contra el delito.

⁷⁶ Cuerpo de Vigilancia y Protección.

Otras áreas en comparación: la liminalidad

No obstante estos detalles detectados en focos muy concretos, las comunidades en estudio se hallan macroidentificadas desde el mismo urbanismo, incluso con micromundos urbanos que devienen verdaderos hitos urbanos y culturales locales. De ellos, los que más se destacan son la necrópolis Cristóbal Colón (1871), el hospital Calixto García (1896), la Universidad de La Habana (1902), el Parque Zoológico de La Habana (1939) y la Plaza de la Revolución (1952-1960).⁷⁷ En una menor escala se pueden detectar otros muchos, aunque de alcance más local.⁷⁸

De La Pera a Peñalver, los ecos del Cerro aumentan hacia el sur sureste, en la medida en que los del Vedado pierden frescor, mientras Nuevo Vedado ha sido identificado como “un verdadero museo de arquitectura moderna” (Martín Zequeira, 1997), y la Rampa como el más significativo conjunto de arquitectura racionalista cubana; la Plaza, concebida como eje urbano rector de La Habana del futuro, en vez de casco

⁷⁷ Nótese la trascendencia que alcanzan, incluso como cascos históricos locales, y la definición que logran entre barriadas (Anexo 2).

⁷⁸ Zonas generadas por el pasaje Kohly en el barrio del cementerio o de Colón; Julia Borges, en La Portuguesa; Crecherie y Montero Sánchez, en la comunidad de 12 y 23; el pasaje San Antonio Chiquito, en el reparto homónimo; el pasaje H. Upmann, en el barrio de la Universidad; Arcos en Medina; el Hueco, en Rebollo; el pasaje de A y B a 30, en las alturas de El Fanguito; Herradura, en Nuevo Vedado, etcétera. No pocos de ellos son o están en el casco histórico local: Julia Borges, el pasaje San Antonio, el H. Upmann, Arcos...; no por casualidad, pues, felizmente, quedan como remanentes de los orígenes y raíces locales.

histórico local, marcó nueva identidad para el área inmediata, cuyos valores previos (no menos seculares que en las otras comunidades) recontextualiza al heredarlos majestuosa (aunque popularmente reconocida como “raspadura” por su similitud con la forma del dulce popularmente así llamado) e impone su identidad desde la altura: alcanza el mirador más alto de la ciudad en competencia con la vecina Rampa y expande carácter estratégico a las viviendas que le siguen al oeste y el sur para definir nuevas oleadas migratorias, que ignoran los antecedentes locales del otrora reparto Hidalgo y deriva todo un sistema de “áreas congeladas” y “semicongeladas” de interés gubernamental.

No menos identidad local presentan las casas de inquilinato, los solares, las edificaciones para clase media, la genuina arquitectura vernácula urbana y hasta remanentes de sus raíces rurales locales,⁷⁹ y otros ejemplos que desmitifican el Vedado como un todo elitista y aristocrático, los parques con glorietas para retretas, y múltiples monumentos y bustos dedicados a diversas figuras sobre todo de la cultura política, científica y artística de Cuba y del mundo, conmemorativos o vinculados a nuestra historia y patrimonio local, a la masonería y al complejo étnico y la religión.⁸⁰

⁷⁹ Como demuestran áreas inmediatas a la propia Plaza o Puentes Grandes en su urbanismo a partir de la Calzada Real de Puentes Grandes y numerosos focos en el Vedado y la Rampa.

⁸⁰ Tal es el caso del dominico español Reginaldo Sánchez del Carmelo, que pervive en la memoria histórica local más allá del busto que varios entre las nuevas generaciones y, sobre todo los inmigrantes, desconocen, pero que ha devenido leyenda tradicional local del imaginario popular junto a la que llaman

En cuanto a la vivienda en estas áreas de tanto atractivo residente y flotante, la Ley de Reforma Urbana (1960) enfrenta alquileres, compras de casas o mudanzas (permutas) que también se identifican por comunidades, ante las nuevas realidades de inicios de siglo y toda una cultura popular generada, legal e ilegal.

Mientras, la identidad se multiplica de matices en esta diversidad de comunidades; sin embargo, no parece haber diferencias y coquetea en liminalidad con la confusión y las indecisiones, hasta abrumar vastas áreas cuyos nombres solo es posible hipotetizar a partir de puntos referenciales que suelen legitimarse en topónimos populares. Como liminalidad reconozco⁸¹ esa identidad entre identidades, que presta confusión por ello, a menudo sin siquiera un topónimo propio más que por algún punto de referencia. Podríamos pensar entre las comunidades objeto de estudio, en el extremo sur municipal entre 26, Boyeros y Calzada de Puentes Grandes, donde reina la Fuente Luminosa o bidet de Paulina (en cuyo extremo se levanta la Ciudad Deportiva al Cerro) o barrio (con una zona insalubre) de los chinos de Aldecoa; entre 17 y Zapata, y de Paseo hacia 12, dentro del Carmelo, donde quizás impera el otrora hospital Sagrado Corazón (hoy “González Coro”), con diferentes zonas y focos; entre G y

iglesia del Derrumbe que proyectaba como la mayor de Cuba y, en realidad, nunca se derrumbó, sino que no se concluyó a pesar de los esfuerzos de este fraile, reconocido por todos como un buen hombre.

⁸¹ Me adscribo al criterio del profesor Sudah Yehuda Shaheb, de la Universidad Brusel de Londres, 1999.

L, y de Línea a 17 en el Vedado, es la comunidad hebrea con su sinagoga, tal vez la más distinguida; y de 23 a 29 y de 26 al río, en Nuevo Vedado, área del parque llamado popularmente del BRAC⁸² o del Framboyán, entrada al Nuevo Vedado.

De todas formas es precisa una visión muy dialéctica para identificar sus límites sin dogmas, como exige el entorno, y no faltan los topónimos metaestables, como es el caso de 12 y 23, comunidad que desde esta esquina se impone por sí sola y alcanza hasta 6 y 16 al menos, y del cementerio hacia 17. Confluye por tanto, con áreas de Colón, el reparto Rebollo y el que hemos considerado del Sagrado Corazón, cuya liminalidad sin embargo, es muy superior a la que 12 y 23 puede tener en sus límites, que fluctúan entrambas. Este nombre popular local se proyecta metaestable con respecto al de 23 y 12, debido a la influencia de instituciones con personal no tan identificado con dicha comunidad en sí y que ignora que desde sus orígenes, la calle 12 tuvo más fuerza en esta comunidad que la avenida 23, aunque a nivel macro se considera 23 más trascendente. Así, en comunidades tan cosmopolitas, el foráneo aplasta una vez más la cultura local, para la que sigue siendo 12 y 23.

La identidad peligra entre la liminalidad y la construcción que obvia sus raíces, y es precisa la acción oportuna para evitar el daño, para lo que la experiencia de El Carmelo descuella entre las primeras. Este barrio llevaba ese camino y, como golpe de gracia, la

⁸² Antes de 1959, Buró de Represión de Actividades Comunistas, que realmente no era este.

división en Consejos Populares⁸³ pretendía imponer el nombre de Chullima incluso hasta Nuevo Vedado (topónimo también ignorado entonces), cuando las acciones de investigación que a este texto han conducido pudieron salvarlo desde el III Simposio Territorial celebrado el 5 de mayo de 1993, con todos los valores que identifican e irradiaron de la iglesia de El Carmelo (hasta entonces una sombra sobre el parque, desde entonces un ente participativo en la comunidad) incluso al Vedado, como el sistema de denominación de calles, los escudos o blasones, el mobiliario y su red de servicios y decoración al exterior con fuentes y jardines privados.

En dicho simposio, por primera vez se logró un rincón hebreo y otro haitiano y se debatió un trabajo sobre homosexualidad en un evento cultural integral, tan equidistante del elitismo cientificista como del populismo, tan científico como popular y, sobre todo, tan de esta comunidad, que sin orientación ni dirección ni más promoción que ella misma se incorporó inesperada y activamente al evento, y desde entonces quedaron en este su casco histórico local cada 5 de mayo “las verbenas de El Carmelo”, los bienales

⁸³ Los términos consejo y concejo son homófonos e, incluso, tienen acepciones similares, pues el primero se usa para nombrar diferentes órganos colegiados con la función de informar al gobierno o a la administración sobre determinadas materias y también como el órgano superior de gobierno que asistía al rey en la administración del reino y para impartir justicia, mientras que el segundo equivale a ayuntamiento o municipio. Aunque durante la República Mediatizada fue común en Cuba el uso de las palabras concejo y concejal —al igual que en España y algunos países hispanoamericanos— hoy se ha generalizado consejo, término que se emplea en este texto.

“Encuentros de historia y tradición de mi barrio El Carmelo” y otras acciones.

La rumba del solar transcultura al edificio, sobre todo durante lo que denomino “cultura de apagón” al ser retirado el servicio eléctrico, con más impacto en horarios nocturnos, cuando los espacios devienen más sonoros que visuales, mientras la seudocultura hace gala de chismes y agresiones; todo ello ocurre entre impostaciones rurales casi siempre mucho menos orgánicas, como una fauna granjera para aliviar el transporte local y otras necesidades, pero sin condiciones para ella.

Mientras tanto, se olvidan y deterioran la casa jardín de los Loynaz, el cine Carmelo, la Sociedad Cultural del Carmelo, su Academia de Bailes y el edificio Carmelo frente a la iglesia, el restaurante y cafetería homónimos, el convento de las carmelitas (casco histórico de la Extensión del Carmelo) y el de las teresianas, hoy escuela en 12 y 17.

El patrimonio se pierde por deterioro⁸⁴ o transformaciones ulteriores con otros fines⁸⁵ y se pretextan dificultades económicas para rescatar comidas y bebidas no menos patrimoniales en su lugar de origen, cuando las mismas empresas las venden en institucio-

⁸⁴ La capilla Santa Rosa de Lima, representativa del reparto San Antonio Chiquito, ha sido recientemente rescatada por la Iglesia católica.

⁸⁵ La iglesia greco-rusa ortodoxa en La Portuguesa se rescató como sede del grupo de teatro infantil y juvenil Buendía; otras instituciones religiosas total o parcialmente han sido adaptadas para escuelas, como La Salle (13 y B), las teresianas (12 y 17), las carmelitas (20 y 13), las catalinas (A y 23), los maristas hoy politécnico “Osvaldo Herrera” en el barrio de Peñalver (Boyeros hacia Ayestarán) y algunos otros.

nes de otras comunidades (Couceiro y Perera, 1996). La parcelación institucionalista y sectorialista llega a ser lamentable identidad en áreas tan complejas, donde el movimiento migratorio que caracteriza a las zonas centrales (aunque menor que en las costeras) no permite rigidez alguna: dentro del mismo centro municipal, la barriada de La Plaza se distingue cualitativamente del Nuevo Vedado, su vecino occidental. Tanta riqueza cobra muy caro a estas comunidades con el arma terrible de la liminalidad y las identidades construidas, con todo un crisol de conflictos locales de identidad y extremos tan graves como la amenaza que se cierne sobre Aldecoa, ahogado entre Nuevo Vedado y Puentes Grandes, a su vez cercenado en cuatro municipios por la división político-administrativa vigente desde 1976.⁸⁶

⁸⁶ Plaza de la Revolución, Playa, Cerro y Mariana. Se tuvo que salvar el patrimonio de Puentes Grandes apenas iniciados los Estudios Culturales en el municipio, con un hito logrado en marzo de 1997 al sesionar aquí el V Simposio Territorial de Estudios Culturales Plaza de la Revolución para el que convocamos justamente a los restantes municipios aludidos, con disímiles respuestas: el consejo popular implícito de Playa es el que mejor ha respondido siempre, incluso, cuando revitalizamos la fiesta patronal de San Jerónimo de Puentes Grandes al iniciar la última década del siglo xx; ya hoy es por todos reconocido el topónimo Puentes Grandes, y es el nombre del consejo. Sin embargo, ahora (por la mala división entre consejos y la improvisación y uso inadecuado de los topónimos) es el que se abusa por todo el sur municipal y parte del centro de Nuevo Vedado e, incluso, Aldecoa, que solo reconocen sus propios pobladores, amenazados en su identidad por el entorno aplastante y los “promotores” ajenos a ella. En marzo del 2004, el VII Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura de Plaza de la Revolución, sesionó en Aldecoa, justo para promover la identidad local de esta comunidad tan amenazada.

De manera similar, el nombre de El Fanguito ha cubierto todas Las Canteras y terrenos de la familia Flores, Chullima y el oeste del Carmelo;⁸⁷ el de la Timba (que ahora se pierde en el consejo Vedado), todo San Antonio Chiquito a La Portuguesa o La Julia e, incluso, buena parte de la zona oriental de Nuevo Vedado; el del Nuevo Vedado (que había desaparecido y ahora se divide en dos),⁸⁸ todo el reparto Hidalgo hasta la Plaza y amenaza Aldecoa. La Estancia del Carmelo y el reparto Trotcha se dividen con un nuevo nombre absolutamente impuesto: Vedado-Malecón, cuando Malecón es una artería también para El Carmelo y la Rampa, y para otros dos municipios (Centro Habana y La Habana Vieja) mientras el tradicional Medina se mantiene silenciado ante los inmigrantes y solo el XI Simposio y Fórum realizado el jueves 20 de marzo del 2008, logró celebrar por primera vez, un ani-

⁸⁷ Una acción para revalidar estas identidades patrimoniales comunitarias fue el IX Simposio Territorial de Estudios Culturales y VIII Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura, celebrado aquí el jueves de la Semana de la Cultura, en marzo del 2005.

⁸⁸ Los prejuicios contra el sector social que aupó inicialmente Nuevo Vedado lo han hecho devenir zona de silencio, como tal en ocasiones más marginada al sobredimensionarse la atención a los otrora marginados. Con vistas al reconocimiento y promoción de su valioso patrimonio local, se celebró en su mismo corazón (cine y parque Acapulco) en marzo del 2003, el VIII Simposio Territorial de Estudios Culturales y VI Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura. Se venció el populista intento de “dotar a Nuevo Vedado de cultura popular” mediante una comparsa absolutamente impostada y ajena, con elementos todos foráneos, que ignoraba y subvaloraba la cultura doméstica no menos importante, tradicional, patrimonial y popular que lo ha identificado históricamente desde sus raíces.

versario (el 125) de la extensión de la avenida Medina, hoy patrimonial calle 23, con vistas a su revitalización.

El lujo y ostentación del hotel Meliá Cohiba se erigen frente a la autenticidad del Habana Riviera; las modificaciones del Habana Libre Tryp rescataron el mural de Amelia Peláez para toda la ciudad, aunque en la piscina propiciaron perenne ruido ambiental contra el entorno inmediato; en las microbrigadas, la tipología en altura del edificio de viviendas de 17 y 24, con unos 20 pisos, para trabajadores del Instituto Cubano de Radio y Televisión (destino siempre cambiante por el intenso movimiento migratorio local) rompe con la identidad local de El Carmelo, cuyas edificaciones no sobrepasan los tres pisos. Se han perdido salas cinematográficas en El Carmelo y el Vedado, donde todavía en las décadas del setenta y el ochenta, no daban abasto a todos los interesados, mientras que hoy predomina una “inexplicable” falta de público en las escasas y metamorfoseadas instalaciones que restan, ejemplo típico el Trianón, cuyo lunetario se redujo para devenir una más entre varias salas teatrales en la comunidad, aun cuando en este caso, al menos, sea a favor de un colectivo teatral ya antológico y cimero en la escena cubana, como El Público.

Se genera pues, una dinámica de lucha por la subsistencia de identidad entre una comunidad que se autorreconoce y perpetúa a sí misma, y un entorno aplastante que la penetra ignorándola y arrasa con la riquísima diversidad que identifica áreas tan cosmopolitas y metropolitanas, aun sin una política científica de educación sobre el patrimonio local; todo ello condena a diluirse en sus entornos y perder la riqueza de su diversidad a comunidades como Medina, Rebollo, Trotcha, La Chorrera, Las Torres, Kohly...

Sentimientos de pertenencia y sentidos de pertenencia

No obstante, el sentido de pertenencia local ha sido la clave del éxito al inducir la revitalización local, por ejemplo, en los Baños del Vedado o en la Rampa. El primero, barrio costero del Vedado, identificado y promovido por los baños de mar que desde 1864 y hasta el tercer cuarto del siglo xx lo signaron (aún la calle E se recuerda como Baños), está igualmente amenazado por nombres institucionales absolutamente ajenos a la comunidad y por una supuesta cultura dirigida al turismo, a menudo *kitsch* por efectista, nada genuina ni estable, o impuesta (y, por ende, inauténtica) exigencia de representatividad nacional en tanto comunidades capitalinas, a las que muchos no locales niegan su propia identidad, que ignoran o subvaloran, a veces con poder para decidir; baste citar nombres como Mi Conuco y la Empresa Escambray, entre otros.

Sin embargo, en este mismo barrio, la retirada estatua de Neptuno a su asiento colonial fue felizmente sustituida por otra de Afrodita, marco que demostró el arraigado sentimiento de pertenencia local allí, donde nacieron y se formaron personalidades tan relevantes como los hermanos Fernando y Alberto Alonso, padres del ballet cubano; mientras el tradicional y patrimonial Olokkú sucumbe ante lo más *kitsch* de la modernidad, todo lo cual a partir de este estudio se trató de revalidar con el VII Simposio Municipal, el 22 de marzo del 2001 que, entre otros valores de identidad local, rescató para el almuerzo el Elena Ruth, entre las comidas oriundas de esta comunidad, en particular, de El Carmelo de Calzada.

Similar pero distinto a la vez, es el caso de la Rampa, más a la deriva de las improvisaciones que, supuestamente, en función de una genuina identidad tradicional local (el turismo), degeneran otras raíces: aquí un Yara, absolutamente ajeno a ella, ha construido identidad en el raigal Radiocentro (altamente sensible y susceptible de revitalizarse por su autenticidad y pervivir en la memoria histórica local) entre otros desaciertos, pese a los cuales no puede evitar (por fortuna) ser una Rampa que se sigue imponiendo, aunque haya perdido cabarés patrimoniales (Montmartre, o aquellos otros tan singulares como el Caribe del Habana Libre y el Capri) que los ecos del Carnaval son incapaces de sustituir para la cotidiana, tradicional y rica vida nocturna local, ni siquiera en La Piragua.

En este caso, mediante el V Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura realizado en marzo del 2002 con sede en esta barriada (sobre todo en los hoteles Habana Libre, entonces en el consejo Príncipe, y el Victoria, en el consejo Rampa), esta investigación evitó similares peligros a los hoteles St. John's y Vedado, el Ministerio de Comercio Exterior y hasta el cine La Rampa, cuando se logró que en el 2003 fueran (¡por fin!) oficialmente reconocidos como ramperos y no del Príncipe, donde hasta entonces se habían incluido arbitrariamente, contra todo sentido y sentimiento de pertenencia local. No obstante el parque Martí con su mayor identidad con las costas del Vedado, aún reza como Rampa, y en el nuevo consejo Príncipe... no está incluido el Castillo del Príncipe que, aunque le da nombre quedó en el consejo Vedado.

De la Rampa irradian, con ejemplos cada vez más aislados del rascacielos cubano, las vías de comunicación que, por las dificultades del transporte, la población no reconoce como rápidas sino directas, con baños públicos mal atendidos (excepto para hostigar cualquier intento homosexual) y tan escasos, casi inexistentes a pesar de su urgencia, que se (de)genera para los transeúntes la costumbre de satisfacer sus necesidades fisiológicas en la vía pública, cada vez con menos pudor, con las correspondientes afectaciones higiénicas y de salud, ambientales, éticas y estéticas.

Artistas, dirigentes locales y hasta promotores suelen generar sus imágenes personales, sin tener en cuenta los estudios científicos de identidad local.⁸⁹

⁸⁹ Las investigaciones han definido Peñalver, Hidalgo y Factor; pero ajenos todavía al surgir la Peña de (Rigoberto) Mitjans, este prefiere el nombre bantú Munanzo Munanzo (“casa sobre casa”), aunque tuviera que importar de Lawton o de Camagüey, y los palenques con ópera se abren al turismo donde nunca los hubo, en tanto las romerías (en este caso, de los catalanes) raigales e identitarias y las retretas de los parques siguen ignoradas por quienes debieran ser sus promotores, salvo loables excepciones como la retreta en los jardines del teatro Mella en octubre de 1999, por el investigador autor de este trabajo junto a Luz Milián y Amparo Bello (especialistas del teatro), Patricia González (promotora del consejo Vedado-Malecón) y Xiomara Leyva, presidenta de dicho consejo, para revitalizar el Día del Árbol, allí donde en 1904, comenzó en Cuba; y la de mayo del 2000, por el mismo equipo, para revalidar la Fiesta de las Flores; así como el 19 de agosto del 2007 en el parque de El Carmelo por la Asociación de Combatientes, en homenaje al natalicio de José Ramón Rodríguez López, reconocido como patriota insigne del municipio, retreta que tuvo lugar en el parque de El Carmelo (13 y 16) frente a su casa natal y que, al igual que las anteriores, obtuvieron muy felices resultados en la revalidación de las mejores tradiciones locales.

Aun con la comparsa de la FEU y otras nuevas improvisadas como la infantil Los Meñiques, en detrimento de otras más raigales como Los Payasos, se trata de resolver la animación indistintamente en cualesquiera de estas comunidades; pero la gran riqueza de fiestas de todo tipo, distintivas de cada comunidad solo se ha revitalizado parcialmente en el San Jerónimo de Puentes Grandes,⁹⁰ así como el San Juan de Casilda y el de Aldecoa, menos reconocido oficialmente por no nacer como iniciativa de los promotores institucionales.

Ya en el penúltimo lustro del siglo, mientras el carnaval desaparecía ahogado por el llamado período especial, espectáculos como Plaza para un Premio y los intentos por el carnaval han retomado la riqueza local de comparsas, pero estas siguen sin estimularse en sus comunidades de origen. Quienes crean imágenes, como artistas, intelectuales y promotores, funcionarios y dirigentes suelen desvirtuar tanta riqueza de identidad y de raíces cuando marchan ajenos a la investigación científica y, con todas sus consecuencias, generan sus muy personales imágenes, pues son sectores tradicionales, pero familiar y personalmente inestables en estas comunidades, por lo que suelen reflejar serios conflictos de identificación con ellas; incluso en los medios de comunicación masiva y otras tribunas públicas, han manifestado que se dedican a

⁹⁰ En vez de revitalizar su añorada procesión como fiesta patronal famosa en toda La Habana o alentar al vecindario que ama el fútbol, incluso el femenino, a integrar sus propios equipos que en esa misma fiesta los identificó pioneros en Cuba, se les ha enviado la comparsa de la FEU o se les invita a ver los juegos de fútbol del Inder municipal, soluciones más fáciles aunque ajenas a la comunidad.

la capital, pero con su corazón en otras regiones del país... lo que explica conflictos de sus identidades interiores subjetivas que, sin duda alguna, repercuten de modo negativo en su obra para con estas áreas, necesitadas del amor de todos, pero, sobre todo, de quienes a ellas tributan con sus funciones sociales, incluidos estos que demuestran así una cultura afectiva muy limitada, cuyo amor obviamente, no ha crecido para más, incapaces de amar a un tiempo su comunidad de procedencia, y aquella donde viven y trabajan en la actualidad.

Así, estas comunidades devienen verdaderos campos de batalla entre las identidades interiores de cada sujeto y con la identidad exterior de la comunidad en sí. Sobre todo, los dirigentes, funcionarios y promotores, salvo loables excepciones, funcionan con psicología administrativa: prefieren las orientaciones y no todos están dispuestos a una mayor profundidad, capaz de establecer nuevos criterios generados científicamente desde las mismas comunidades, cuyas características como la particular dialéctica entre la tradición y la contemporaneidad, y el indiscriminado movimiento migratorio,⁹¹ sin planes de educación científica sobre cada comunidad, generan nuevas y más peligrosas imágenes como la falta de sentido de pertenencia, fácilmente descartable. Sin embargo, son los sectores llamados a introducir estos resultados de investigación, en beneficio de tales comunidades y las experiencias felices ya analizadas, así lo demuestran.

⁹¹ González Alcantud y otros antropólogos urbanos enfatizan también, paralelamente, en estos aspectos, imposibles de obviar.

Toda imagen identifica, al menos subjetivamente; pero no toda identidad deviene imagen, lo cual depende de la promoción que se haga de ella. De aquí el papel de las ciencias, al brindar al promotor (incluimos artistas y dirigentes) verdades más profundas de la identidad para que generen imágenes más veraces. En esta dialéctica entre la imagen con el imaginario popular y la identidad objetiva de cada comunidad, el estudio del sentido de pertenencia ocupa un papel preponderante, más difícil sin la suficiente cultura científica al respecto. Pero ya a principios del siglo xx, la imagen de elegancia y dignidad de los vedadistas en la costa norte se agregaba al orgullo tradicional del puentegrandino al sur con su evidente e histórico sentimiento de pertenencia local, y otro tanto podemos decir del aldecoense y del carmelense, entre otros locales.

Ha sido inevitable identidad que la interrelación histórica y cultural entre comunidades con tales características llevara a que los vedadistas proliferaran desde El Carmelo, mientras con este último nombre, dos célebres restaurantes (el de Calzada y el de 23), hitos de la cultura culinaria local, nacional e, incluso, internacional, hallaran sede en pleno Vedado. Esto, desde inicios del siglo xx, apuntaba a los muchos otros ejemplos legados hacia el tercer milenio, como establecimientos con el nombre Nuevo Vedado en el reparto Hidalgo, o el intento, felizmente rectificado, de El Sol de Chullima en El Carmelo, hoy El Sol del Carmelo. Nada de ello, sin embargo, mengua el sentimiento de pertenencia local, a pesar de las afectaciones (relativamente lógicas por la falta de promoción científica de estos valores locales) en el

sentido de pertenencia local, el cual ha emanado de la memoria histórica de las familias tradicionales de cada comunidad hacia el resto de ella y su memoria histórica colectiva se enriquece y redimensiona a partir del sentimiento de pertenencia, en tanto cultura afectiva, y la mejor comprensión acerca de la comunidad, y a pesar de los grandes desniveles y desconocimiento, se detecta en todas las áreas en estudio desde el saber puramente empírico y gradualmente científico según cada caso del imaginario popular e, incluso, desde la población flotante y otras comunidades cubanas (no solo capitalinas) hacia estas. Las áreas insalubres, por ejemplo, se niegan a desvincularse de sus respectivos entornos y de sus mejores tradiciones locales, aunque sí anhelan que se les mejoren las condiciones de vida. Los inmigrantes tienen diversos niveles de transculturación y en sus incidencias se retroalimentan con los nativos y otros inmigrantes, desde los inadaptados recalcitrantes hasta los totalmente integrados que mejor aportan sus propias y más disímiles raíces, interesados en su nueva comunidad, y a veces entre ellos, se detectan algunos de sus mejores promotores.

Las escuelas en el estudio de la pertenencia comunitaria y la no Habana en La Habana

Como todo exceso implica antivalores, el sentimiento de pertenencia alcanzó un auge tal sin la necesaria educación científica al respecto, que todavía no hace tres o cuatro décadas, había degenerado en guerras declaradas entre escuelas de distintos barrios que dañaban los mejores valores del sentido de perte-

nencia y de la cultura ética no menos distintiva en estas comunidades, como herencia del pandillerismo y las bandas juveniles que al avanzar la república (1902-1958) habían conocido centros del territorio o sus inmediaciones, como la Universidad. Así, por ejemplo, recordemos las broncas entre las secundarias “Carlos J. Finlay”, en pleno Vedado, y la “Antonio Guiteras”, en El Carmelo, lo mismo en un encuentro deportivo que en las escuelas al campo, sin distinción de sexo. El profesorado y las familias trataban de apaciguar, pero a menudo acababan protagonizando las peleas, además de las problemáticas particulares que identificaban los primeros años de enseñanza en la educación media elemental y la media superior.

Sin embargo, desde el 2004, los graduados del preuniversitario del Vedado en 1976 (estudiaron aquí, aunque algunos residían en el Cerro y otros territorios más bien cercanos) se reorganizaron para celebrar su 30 aniversario que, en verdad llega más allá de una simple celebración, si bien la sola celebración no es tan simple tampoco, pues demuestra, consciente o inconscientemente, un hermoso sentimiento de pertenencia hacia su pre y sus escuelas previas (básicamente la “Antonio Guiteras” en 12 y 17 y luego, 23 y A, pero también la “Guido Fuentes” en Paseo y 21, y otras), hacia aquellos años y recuerdos, hacia los que por los más diversos motivos ya no están, y para compartir las penas y alegrías de los que aún están...

Para ello precisan diversos encuentros en distintos contextos en torno al “alma de la generación” (Felipe Ángel Salazar Torres) y otros de sus entusiastas

promotores naturales como Nilia Ana Dalmendray Gómez, relativamente organizados (sin formalismo alguno) en un “Éramos tan jóvenes” que incluye a los que hoy residen fuera del país y sus profesores de antaño, sus familiares, parejas y nuevas relaciones diversas de hoy y de estos años, otros allegados de la época, etc., sin que medien cumplimiento de planes de trabajo ni orientaciones institucionales ni más metas que las nacidas de sus propias necesidades de las que devienen protagonistas, y sin proponérselo, cada encuentro constituye un acontecimiento cultural, con todo el carácter sistémico que ello implica.

Todo ello demuestra, entre otros valores, la genuina cultura comunitaria (indisoluble de la cultura popular) que los unifica desde sus vivencias y afectos, portada incluso en variados sectores hoy profesionales y dispersos como sectores, instituciones y hasta en otras comunidades y países, y con notables divergencias en múltiples aspectos, ya evidenciadas o insinuadas 30 años antes o que, por el contrario, han emergido en estas décadas; el sólido sentimiento de pertenencia al margen (al menos relativamente) de diferencias e indiferencias de entonces (sin embargo, otros muy allegados en aquel momento, no lo son tanto en la actualidad), valor de los promotores no profesionalizados en la promoción y su papel decisivo en la más auténtica cultura, la visión y sensación dialéctica en el tiempo, la cultura afectiva a través de la memoria histórica aun empírica y otros valores.

Internamente, en las escuelas, también había lamentables escenas, desde el maltrato, la agresión (físi-

ca o verbal) y el abuso⁹² de unos niños con otros, incluso, por parte de algunos profesores y cuidadores de niños, sobre todo, en círculos infantiles y primarias, que ya apenas se vinculan al sentido de pertenencia y son cada vez menos, dada la lucha cerrada contra ellos y las severas sanciones; otro tipo de maltrato, el psicológico, es más difícil de comprobar y evitar.

Ya en la secundaria, en determinadas aulas, dada la competencia entre unos estudiantes y otros, a veces deportiva, académica o seudointelectual, sobre todo, en los grupos o escuelas con los académicamente mejores estudiantes (en un grado de una escuela, en primer lugar, el grupo A; luego el B y así sucesivamente), preguntar dudas devenía síntoma de limitación intelectual y objeto de burlas, a lo que se enfrentaban solo los más transgresores, avanzados y de mejores valores humanos; nefasta y *kitsch* competencia que, en alguna medida, ha trasmigrado a determinados colectivos intelectuales, profesionales y otros círculos sociales.

En los preuniversitarios, un testimoniante recuerda en los años setenta rasgos del antiguo pandillerismo estudiantil, por ejemplo, en los “planes piña” durante la escuela al campo, que trataban de implantar “su disciplina” y, en realidad, su poder personal, a

⁹² Abuso dado no solo por diferencias de sexo, edad, tamaño, fortaleza o cuantía entre contrincantes sino también por la formación, perspectivas y motivaciones de cada uno, los que provocan la pelea y obligan a ella, incluso, por imagen social y falso concepto de la hombría que degenera guapería (siempre abusadora y cobarde) y ocultación de la verdad en detrimento de la justicia, a quienes tienen otros intereses y, por tanto, son así abusados.

golpes —piñazos— contra y sobre los demás, a veces, incluso, en franco abuso nominal y oportunista de las organizaciones estudiantiles, por supuesto, con los peores daños contra la imagen y prestigio de ellas.

Llama la atención, en consecuencia, la connotación adquirida por la piña, fruta nacional,⁹³ en diversos contextos sociales: hoy designa popularmente a quienes en cualquier asociación humana, estatal o no, conforman internamente grupos, en los que se privilegian entre sí de manera excluyente contra quienes no sean sus favoritos, condición que se gana por cualquier razón absolutamente ajena a los aportes o valores profesionales, laborales, humanos o de cualquier otra índole: pura simpatía o afinidad excluyente y marginadora.

Por su parte, la “Arruñada”, en Nuevo Vedado, era la escuela de los chicos *chic*, aunque los cambios en la comunidad y de los profesores la llevaran en 20 años a ser más temida que la “Vicente Ponce”, de El Fanguito, mientras que ser del pre del Vedado tenía, por cierto, un toque de distinción, legítimo heredero del vedadismo con todo el orgullo local que le compete.

En resumen, todo lo anterior llama a la reflexión contra las imágenes que se han promovido falseando

⁹³ La piña, fruta enarbolada por los poetas neoclásicos en la época de la conformación de nuestra nacionalidad desde principios del siglo XIX —Manuel de Zequeira, Manuel Justo de Rubalcava—, pero también en nuestra cultura visual engalana las columnas del Templete, construido en 1828 para conmemorar la fundación de La Habana, y desde mucho antes, recordemos *Espejo de Paciencia* a inicios del siglo XVII, por solo citar algunos ejemplos. Un refrán popular sella esta denotación que muchos reconocen como el gobierno del socio o sociolismo: “Más vale caer en gracia que ser gracioso”.

la identidad local: por una parte, evita que se siga confundiendo la identidad que sí existe con la falta de identificación de (algunos) habitantes, a extenderse en su aplicación según cada estudio de caso y nivel de análisis.

Por otra parte, se precisa asumir el sentimiento de pertenencia que por estas comunidades, al igual que ocurre en otras culturas metropolitanas y cosmopolitas del mundo, llega a ser nacional y, a veces, internacional, a pesar de las irregularidades con que el desconocimiento y la falta de promoción científica lo lastran.

A nivel más general, aún hoy es usual que desde estas comunidades se diga “ir a La Habana”, entendida tradicionalmente como los actuales municipios La Habana Vieja y Centro Habana, aun cuando se sabe que lógicamente, estas también pertenecen a Ciudad de La Habana, incluso metropolitana.

En cuanto a la marginación al que no es habanero, y aunque como marginador vuelva a acusarse al habanero, suele darse justo por numerosos no habaneros o de raíces no habaneras... Téngase en cuenta entonces la distinción que puede o no hacerse con la provincia de La Habana, herida en su identificación —no absolutizar su identidad (Couceiro, 2007b)— por su inmediatez con la capital, producto no de los habaneros que aquí habitan, entendidos ahora como capitalinos al margen de que lo sean o no, sino de la división político-administrativa. Con frecuencia se marginan entre provincias: ora contra los orientales (inmigrantes llamados popularmente palestinos, incluidos los de ascendencia hebrea), los camagüeyanos o los pinañeros... y contra el campesinado (y, a menudo, contra

ciudadinos del resto de Cuba subvalorados aquí como “campesinos” o “guajiros”) por rurales y suburbanos capitalinos, frecuentemente no tan capitalinos tampoco, a la par que el habanero, sobre todo mientras más metropolitano sea, por estos y otros simplismos regionalistas, llega a ser menospreciado en algunos lugares del país y en sus propias comunidades, al quedar subvalorado entre los antes referidos “creyentes”; en otros lugares es, sin embargo, sobrevalorado.

Espacios urbanos

La relación entre imagen e identidad también ha generado imágenes de los espacios urbanos, por definición antrópicos, y en su dialéctica con los espacios públicos y los no públicos, a partir de las más cotidianas relaciones humanas en ellos y con ellos, como pueden ser, por ejemplo, las de género, la sexualidad y el erotismo, la racialidad, la religiosidad y otras...

Si por definición todo lo urbano es obra humana, todos sus espacios pero también muchos rurales (campesinos o con otras improntas humanas), costeros, playeros, desérticos, polares, llaneros, montañeses, etc., son en mayor o menor medida, antrópicos, aunque sin discusión, los espacios urbanos suelen serlo mucho más que el resto: téngase en cuenta al definir un paisaje natural que supuestamente no ha conocido la acción humana, ni siquiera por la contaminación de centrales cercanos, pero al menos es captado tal cual es por el artista, y por el sujeto humano en general; lejos de excluir los ecosistemas que identifican cada espacio antrópico, los incorpora con la propia naturaleza humana (no menos “natural”), de

donde deriva como caso particular la naturaleza urbana (entre otras) mucho más compleja que un ecosistema no antrópico, por la acción definitoria humana.

No nos detenemos más por ahora en las especificidades entre los espacios públicos y los privados, pues ambos están implícitos en este análisis y, en ocasiones, dominan el discurso al referir, por ejemplo, la cultura doméstica o la relatividad de los espacios institucionales. Dados los objetivos que persigue este texto, abordo fundamental (aunque no exclusivamente) los espacios urbanos públicos, sobre todo, al considerar lo urbano como hecho eminentemente hacia el exterior de las arquitecturas (en este caso, viviendas) y, por ende, de alguna manera, lo urbano es público; no obstante, existen espacios privados de impacto urbano, como puede ser el jardín de una vivienda, su portal, su terraza, su patio y similares. En todos los casos, no es posible desprender lo público de lo privado y del interior de cada vivienda, ni siquiera del interior de cada sujeto por sus disímiles maneras de exteriorización y por explicar, en su sistema, los fenómenos públicos y la familia (que en tanto cultura doméstica tiende más a lo privado que a lo público) sí ha sido explicitada como punto básico de interés.

Como espacios de sociabilidad se entenderán aquellos que se emplean para establecer relaciones sociales, que a menudo son espacios institucionales o públicos (aunque no excluyen la opción doméstica y privada, como algunas tertulias caseras) y asumo cultura doméstica o familiar o individual en continuo proceso, en vez de privatización de hábitos culturales ni privatización de cultura, pues la dialéctica entre lo

individual y lo social es implícita a la cultura. Por lo tanto, la Antropología Urbana debe estudiar los espacios públicos sin obviar los privados, los urbanos pero también los rurales y otros, los llamados de sociabilidad o no, recordando que los estudios de caso funcionan como una primera experiencia (la práctica es criterio de verdad, base esencial para toda teoría consecuentemente científica) a aplicar luego según cada caso.

Comunidades en el imaginario

El imaginario popular, en general, espera de El Fanguito la agresiva masculinidad de un maduro negro palero y de La Dionisia, el sonriente y apacible rostro de una gruesa y algo abandonada negra cocinera; de La Timba, la peligrosa sensualidad de una mestiza santera, y de San Antonio Chiquito, el rostro duro y antiguo de un anciano español que ha perdido su pequeña propiedad.

Algunos más explícitos que otros en el imaginario popular, Puentes Grandes se pretende como el hospitalario y delgado campesino cubano ahora urbanizado, y Aldecoa, a pesar de la inmediatez de los masculinos ferroviarios de La Ciénaga, como una obrera gastada, tal vez por la sobria feminidad moderna que emana del vecino Nuevo Vedado, a su vez distinto del reparto Hidalgo, cuya virilidad militar no se ha dejado afectar y levanta esos edificios, cual falos (cuyo erotismo se reprime a golpe de concreto) que se yerguen como guardias. Añadamos la masculinidad del rústico callejón de Colón, y en contraposición, la feminidad de La Julia o La Portuguesa, donde impera el color rosado en el paisaje local, una más refinada elegancia

con los edificios de Pastorita⁹⁴ y cierta sinuosidad en sus construcciones, calles, sobre todo, en la herradura que conforma su casco histórico local, que se llama (no por gusto) Julia Borges.

Peñalver refleja la olvidada masculinidad de un anciano muy confuso, mientras su vecina La Pera, queda como la servicial ama de casa. El Vedado es aquel elegante caballero intelectual, vestido de blanco con faja y cinta azul, aún joven y capaz, imagen legada desde los vedadistas de 1902, en tanto que El Carmelo ha heredado una imagen andrógina en el tiempo, aunque en su revitalización contemporánea puede quedar como una dama algo mayor y cansada, devota católica que, silenciosa, cifra en el mar sus esperanzas. Y muy especial es la Rampa, donde el erotismo alcanza niveles singulares en la sensual cultura cubana,⁹⁵ con esa calle que se desenfrena a retozar con las brisas y salpicaduras marinas, nos revuelve los cabellos, levanta travieso las faldas y nos besa de sal labios y cuerpos, desde y hasta el desconocido que, entre sombras, atraviesa la esquina.

Los altos edificios de la Rampa costera y central propician cualquier momento de locura y abandono

⁹⁴ Nombre popular dado a determinados edificios en alusión a Pastorita Núñez, presidenta del Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda, y responsable de numerosas construcciones de este tipo, de reconocida y adecuada calidad fabricados en los primeros años de la Revolución.

⁹⁵ Tradicionalmente el “tipo” con que se reconoce el área fluctúa con el erotismo de ambos sexos, entre la farándula bohemia y la pareja que disfruta la noche, el pepillo de cada momento histórico, la chica liberada y moderna y, ya entre siglos, la sensualidad prefabricada, cuestionada y aún escandalizante del travesti.

en una comunidad tan cosmopolita, con el protagonismo anónimo de la población flotante, que libera en diversos grados las represiones de cada cual, sin dejar margen al mediocre escándalo de los prejuicios: por aquí entran la moda y la actualidad en Cuba, que coquetas, se insertan en nuestra tradición de erotismo y sensualidad. Y como todo valor tiene su antivalor, estas características que han reunido los más modernos hoteles de cada momento a esta comunidad desde hace más de medio siglo, acunaron en ella los llamados “turismo de masas” y “trata de blancas”: la prostitución, el extremo en que los valores referidos pasaron a ser objeto ya no del comercio, sino del comercialismo. No alcanza el espacio, y el erotismo de la Rampa se extiende por el romanticismo del Malecón y parques cercanos, no siempre tan platónicos.

La prostitución: diversidad, clientela y ambientación

No es casual, por tanto, que jineteras⁹⁶ y pingueros⁹⁷ constituyan tipos populares de esta Rampa actual. Pero

⁹⁶ Ya a principios de la década del noventa, con el denominado período especial y el país que se abría al turismo y, en particular, a la comunidad cubana de Miami, se le comenzó a llamar jinetero a todo aquel que intentaba relacionarse con el visitante extranjero para obtener regalías de todo tipo y por todos los medios; el vocablo derivaba de que “cabalgaban” a los extranjeros. Solo al avanzar hacia el nuevo milenio es que se reduce el jineterismo a la prostitución sexual y, por supuesto, dado el machismo que nos caracteriza, a la mujer, por lo que jinetera nos llega como prostituta para extranjeros.

⁹⁷ La prostitución masculina, por supuesto, siempre ha existido, encubierta o no, tanto homo como heterosexual, aunque el machismo históricamente solo reconoce la femenina, excluye

la antropología no ha de prestarse para dogmatizar anticientíficamente ningún “tipo”, y tanto en unas como en otros, la diversidad de todo orden se impone.

En ellas, por ejemplo, las intenciones difieren,⁹⁸ al margen de una supuesta identidad generalizada: se han llegado a caracterizar por su indumentaria provocativa, a veces algo excéntrica y, ocasionalmente, cueros que recuerdan el sexo, algunas con tatuajes diversos y *piercing* en la lengua, ombligo, pechos... supuestamente provocativos; un interés relativo (a menudo no más que impostado y por ende sin más ramaje) por aprender idiomas (según la lengua del

a la mujer como consumidora de sexo y de la homosexualidad no se habla siquiera, hasta la última década del siglo xx. Pero ya con el tercer milenio es que, prácticamente, se institucionaliza la prostitución masculina homosexual en este nuevo tipo popular, cuyo nombre proviene del sustantivo pinga, que en la cultura popular cubana se considera una palabra obscena usada para designar al pene (Couceiro, 2006).

⁹⁸ Muchas veces (como suele acontecer con toda prostitución) está el ánimo de casarse con un buen partido, esto es: un extranjero de buena posición económica que la saque del país, lo que algunas logran y al llegar afuera corren las más disímiles suertes; sin embargo, muchas mujeres buscan y logran esto sin hacerse jineteras, al menos, no de este tipo que ahora estudiamos, y entre las cuales, muchas otras solo pretenden lograr un dinero al que destinan diversos fines sin que ello implique la salida del país, incluidas las necesidades familiares (no puede obviarse el papel que la familia desempeña, para mal o para bien, consciente o inconscientemente) en ocasiones hasta el chantaje a veces sentimental, o un buen nivel de vida personal, para vestirse, comer y visitar lugares, de otra forma inaccesibles a ellas. No falta la competencia con amigas y el embullo, una supuesta posición económica en su entorno, curiosidad por los extranjeros, gusto por lo prohibido y otros factores.

país al que piensan que podrán viajar: fundamentalmente italiano e inglés, en menor medida, francés y alemán); un tipo físico que tiende a la delgadez mediante dietas, y casi absolutamente son jóvenes, pero con toda la gama racial cubana. Como también es tradicional, suelen hacerse acompañar por un proxeneta —ocasionalmente, su esposo— que suele ser un pingüero, con el que pueden (o no) compartir la cama, bien en su intimidad bisexual (bisexualidad que ignoran o pretenden ignorar, pero que en ocasiones hasta disfrutan) o también, cómo no, según el gusto y solicitud de cada cliente, para el sexo grupal, en este caso “pastel”, que es como el ingenio popular denomina al sexo grupal en que intervienen ambos géneros, por el postre homónimo con capas de diversa naturaleza (panetela y crema, panetela y merengue, etc.) en tanto al sexo de más de dos personas del mismo género le llaman “cuadro”. Como es usual en la prostitución femenina, el lesbianismo no es descartable.

Algo similar sucede en ellos, entre quienes el análisis de la sexualidad es más complejo y diverso por la ambigüedad explícita: al igual que con las jinetas, abunda toda la gama racial cubana y los jóvenes, aunque es más frecuente encontrar algunos que entran en la mediana edad (por esquema social la edad se resiente más en la mujer y se la cobra más caro, sobre todo por sus atractivos); usan ropa que les distingue por su “elegancia”, los más conservadores, casi siempre, provenientes de las regiones más rurales del país y que aquí muestran sus mejores galas, aunque quizás no las más propias por el clima y el contexto social, natural y específicamente, cultural urbano, en esta área de tradicional actualidad y, en otros casos, cueros y ropa juvenil que resalte sus atractivos cor-

porales, algunos con *piercing* y supuestas perlas (casi siempre sustituidas por presillas y similares) en el pene para lo que estiman que proporciona mayor disfrute sexual, y varios con más tatuajes que las féminas y en diversas partes de sus cuerpos; predominan los delgados o atléticos que, a veces, se preparan en los gimnasios donde en ocasiones generan espacios de poses para una masculinidad realmente ambigua en sus motivaciones sexuales.

En el caso concreto de los pingüeros, más que en las mujeres, abundan los inmigrantes temporales de otras provincias. El solo nombre denota la homofobia implícita y el grado de retorcimiento de los prejuicios ante tan complejo tema: explicitan que son pingüeros, su trabajo sexual es exclusivamente con su miembro viril (pinga, en el lenguaje vulgar) y al margen de todo coqueteo, por regla general, sientan las bases de que no harán otra cosa, imagen que tiende casi exclusivamente a ser estrecha y resultan esencialmente “activos” —“machos”— en la cama; algunos llegan a negar hasta el beso y otras caricias sexuales, tratan de reprimir su placer para no sentirse homosexuales, y lo que más rechazan o cobran más caro es ser penetrados, otro reflejo heterosexualista impuesto a las relaciones homosexuales sobre todo masculinas, al sobrevalorar la penetración, que lógicamente, entre mujeres se manifiesta y resuelve con otros códigos... lo que en el transcurso de la relación masculina es, claro está, bien polemizable y hasta negociable.

Por otra parte, suele despertar entre los potenciales clientes más morbo o, al menos, curiosidad sexual, por los retos a vencer o porque, a menudo, se valore más escaso (y, por ende, deseable) el papel “activo” en la relación homosexual, que con el desarrollo y la

lucha contra los prejuicios y la marginación, sin embargo, tiende a dejar atrás los heterosexualistas roles de “activo” y “pasivo”, por el más consecuentemente homosexual de “completo”, sin dudas mucho más integral y amplio en la cama; en buena lid, y como compete a toda relación homosexual masculina y parafraseando su propio vocabulario, no solo se entregan a la prostitución también los “culeros” (porque, por el contrario, ofrecen el ano o culo, en el lenguaje vulgar y suelen mostrarse más amanerados, pero tampoco necesariamente; por lo general son menos exitosos dada la estética masculina que, por lógica, predomina para esta homosexualidad), sino que muchos de estos pingüeros devienen (y hasta ansían devenir) culeros, más explícitamente subyugados también (confesos o no) por la estética masculina.

Todo ello incide en los regateos según el cliente y el autorreconocimiento,⁹⁹ al margen de otras iden-

⁹⁹ Al llegar al punto del atractivo entre cliente y pingüero, vale aclarar que, incluso, cuando le resulte bien atrayente física y sexualmente un cubano sin más posibilidades económicas, el pingüero le pide algo, al menos 30 pesos cubanos, incluida alguna invitación a fiambres y una caja de cigarros, pues así nadie puede acusarlos de haber ido a la cama (que no siempre tiene que ser una cama, y ni siquiera necesariamente acostados) por puro placer, y pueden insistir en que son pingüeros, no homosexuales, aunque también hay quienes lo hacen gratis, lo disfrutan y luego muestran confusión o arrepentimiento, pues dicen no saber por qué lo hicieron porque “no les gustan los hombres”, y hay pingüeros que se reconocen gays (prevalece más el rechazo a la palabra homosexual que a gay, por la imagen anglo o de libre posmodernidad con que se asume esta última) sin más prejuicio, al margen de que la cama que hagan sea más completa o no, y algunos hasta acuden a lugares de encuentro sexual gay, gratis casi por definición.

tidades de ambos tipos de prostitución,¹⁰⁰ combatidos en campañas como la que se amparó bajo el Decreto no. 217 del Consejo de Ministros, del 22 de abril de 1997 para la capital, publicado en la página 3 de la Gaceta Oficial Extraordinaria no. 2, del 28 de abril de 1997, que ante la inmigración indiscriminada, establecía entre sus contravenciones, en el artículo 8 del capítulo II, multar con “300 pesos y la obligación de retornar de inmediato al lugar de origen” para el no capitalino que conviva permanente sin ese derecho reconocido y, de forma similar, sin la inscripción correspondiente en la Oficina del Carné de Identidad, o para quien permanezca domiciliado tras el término fijado. Pero la interpretación de la ley decide su aplicación, con todos los equívocos y el margen que ofrece a la subjetividad (incluidos los prejuicios), ante la difícil demostración de ser visitante temporal, y dado que muchos de estos prosti-tutos vienen del resto del país, irregularmente se han detenido, multado y hasta devuelto a sus provincias como contravención al decreto, con todas sus consecuencias negativas, incluso, contra el feliz eslogan del momento: “La Habana, capital de todos los cubanos”, y contra la imagen de la hospitalidad

¹⁰⁰ Ni pingüeros ni jineteras se identifican por ser, salvo excepciones, “bellezas” a rentar —al margen de lo polémico, subjetivo y casuístico que puede resultar definir “belleza” y el estudio del gusto y de la cultura estética— ni por sus habilidades sexuales, sino por la osadía para estas relaciones y su capacidad para convencer y enamorar para el negocio en cuestión, con niveles muy variables de escrúpulos. Pueden tener nivel cultural entre lo aceptable y lo alto, pero tampoco esto es absoluto en su identidad como grupo social.

capitalina, aunque eran cuestionados casi siempre por no capitalinos.

Son términos que pueden generar imágenes tan equívocas como el de “turismo de masas” y el de “trata de blancas”.¹⁰¹ A la postre, los pingueros no resultan siempre tan pingueros como se autoproclaman, y tras una necesidad económica suelen esconder formas “aceptables” de realizar instintos autorreprimidos en sus respectivas comunidades de origen y desarrollo, producto de la dogmática intolerancia heterosexualista que, por supuesto, afecta tanto a homo como a heterosexuales en su misma intimidad y, lo más importante: ante sí mismos.¹⁰²

En buena lid, en una sociedad donde ya se enfrenta sin tantos atavismos la relación de géneros y la educación sexual, si la jinetera es la prostituta para el extranjero, el pinguero es un jinetero que suele acep-

¹⁰¹ No solo se “trataban” blancas, sino toda la gama racial cubana de ambos sexos dispuestos a alquilarse en relaciones hetero u homosexuales. Lo mismo sucede actualmente con las jineteras y los pingueros, a menudo sin la menor distinción: solo que desde el inicio de la Revolución, es ahora que, por primera vez, casi se institucionalizan (por sí mismos, a pesar de la no aprobación y hasta persecución oficial) a la luz pública, y su impacto urbano en la localidad se relaciona mucho con el vestuario y determinadas poses y gestos, hasta el extremo del esquema social que genera lamentables equívocos. La observación antropológica sobre todo ha sido muy útil para estos resultados, así como las historias de vida en menor medida, que suelen reclamar el anonimato y hay que penetrar en su subconsciente para lograr estos enunciados que aquí solo se esbozan.

¹⁰² He aquí la dialéctica que reconozco entre el marginador y el marginado, pues los prejuicios empobrecen y laceran la propia heterosexualidad, tanto en la intimidad sexual como en su vida social.

tar la moneda nacional u otras regalías materiales a cambio de favores sexuales; por ende, no hay que llevar al género femenino el vocablo jinetero, como tampoco habría que hacerlo con el de prostituta que, al insistir en la sexista imagen de que la prostitución lleva saya (Eva fue la que ofreció la manzana), obvia al prostituto, tanto homo como heterosexual, sobre todo el homosexual, al ser dogmática y erróneamente emparentado con Eva (el “pecado sexual” es femenino) y por extensión con las prostitutas, como las mujeres más sexual y pecadoramente mujeres; suerte de “traidor” entre los hombres, en vez de valorar la diversidad en la masculinidad.

Otra causa de que se obvие la prostitución masculina heterosexual es que no se asume la mujer como consumidora de sexo, aunque históricamente el prostituto heterosexual ha existido y existe, también en estas comunidades objeto de estudio, aun con otros códigos de todo tipo y un amplio abanico de versiones que van desde el chulo y el *gigoló* hasta los más diversos “busca fortunas”, casi siempre enmascarados, y no solo para las extranjeras. Asimismo, al no verse a la mujer como consumidora de sexo, queda excluida también la prostitución lesbiana, a pesar de las evidencias. Claro está, que dado lo complejo del fenómeno de la sexualidad, estos límites suelen transgredirse y hasta confundirse entre sí, aun cuando no suela reconocerse o, más frecuente, se fundamente en razones económicas. Su análisis ha de expandirse en sus redes a otros espacios urbanos.

Se establece una suerte de redes entre los pinqueros, como escalafones de la acera del cine Payret (en el aldeaño municipio de Centro Habana hacia el de La Habana Vieja) a la Rampa, que nos enlaza (como

en tantos otros fenómenos) a estas con otras comunidades capitalinas, como otrora fueron en el proceso de restauración, las instituciones y la culinaria que de La Habana (hoy Vieja) vinieron al Vedado (Couceiro y Perera, 1997). En este caso, los pingüeros, en buena mayoría provenientes (temporales) de otras provincias, entran a la capital con preferencia en torno a las áreas centrohabaneras y de La Habana Vieja, donde radica la Terminal de Trenes, sobre todo, las aceras del Payret y del Capitolio al Parque de la Fraternidad, tradicionales puntos de referencia nacionales donde los precios suelen ser más módicos (cinco dólares) y es, digamos, su fase de entrenamiento y formación.

Ya con más experiencia (y quizás mayor autoestima, superados ciertos prejuicios iniciales) van al entorno del cine Yara y la Rampa, al Malecón donde se exhiben con atuendos más ajustados a sus cuerpos y doblan sus precios; algunos piden hasta 25 dólares o CUC (Cuban Unit Convertible), y algunos extranjeros llegan a cotizarlos más. Pero otros, por supuesto, en dependencia de su necesidad económica ante “malas rachas” o simplemente, ante el deseo y la necesidad sexual y según los atractivos (físicos, económicos, psicológicos, etc.) que descubra o no en su potencial cliente, suelen hacer rebajas sustanciales con lo que aumenta su clientela y podrían ganar más, tanto los del Payret como los de la Rampa.

No menos interesantes son los clientes, tanto cubanos como extranjeros, entre los que también se suele establecer una competencia de “luchas de poder” y ostentación de la conquista, a menudo sobre la base del poder adquisitivo de cada cual, pero también sobre la popularidad que alcance o no entre los pingüeros por su propia gracia y atractivo, tal y como

acontece en todo rito de cortejo. La casi institucionalización de una prostitución (clandestina y perseguida) es bienvenida para aquellos que no solo tienen dinero suficiente, sino que gustan ostentar explícita o implícitamente, solo por el trivial pavoneo entre “su fauna” (como muchos de ellos la llaman, incluidos “cazadores”, “vampiros” y otros tipos sociales dentro de ella) o por competir y “restregárselo al rostro” a aquellos otros con menos potencialidades económicas para ello, convencidos de que todo el que no compra favores sexuales es porque carece de dinero y, por ende, de seguro le envidian; entre ellos, sobre todo, para quienes carecen de la gracia y el atractivo físico necesario para atraerse relaciones sexuales de su agrado y ahora pueden escogerlas por el dinero del que disponen, a veces con el secreto (casi siempre frustrado y casi nunca confeso) afán de comprar igualmente una relación más afectiva y hasta amorosa.

Grandes similitudes con la nacional tiene la clientela extranjera; las particularidades se dan para aquellos en cuyos países la prostitución resulta mucho más cara o que buscan (ostentan entre ellos y luego en sus países) el excentricismo del “sexo tropical” que, en su imagen racista eurocentrista (que no quiere decir europeo: no todo europeo es eurocentrista, y abundan los eurocentristas no europeos, al margen de que no se descartan tendencias afrocentristas, latinoamericanistas, etc.) de “macho man” latino, ha de ser con preferencia de lo más trigueño hacia lo negro (no por casualidad, lo que escasea en sus respectivos países, sobre todo, desde un imaginario popular que garantiza en nuestra cultura fálica, penes más grandes en la raza negra, absolutización mítica bien discutible además de falicista al reducir el sexo

y el amor al tamaño de un falo) y marginan así al rubio y más claro que, a su vez, es preferido por el turista latinoamericano en Cuba, que sigue siendo la más blanca de las Antillas.

Entre estos clientes extranjeros (los más codiciados por ser supuestamente los que más pueden pagar aunque también hay regateos) abunda como es lógico, aquel que carece de atractivo para conquistar a otra persona si no es por su dinero y, en no pocas ocasiones, se reconoce como un verdadero sacrificio ir a la cama con ellos, por lo que se les exigen las más altas tarifas, tolerados (ahora sí, con toda la connotación peyorativa de la palabra) tan solo por sus posibilidades económicas.

Los pingüeros (como en toda prostitución) también compiten entre sí, pero nunca de modo agresivo debido a que la marginalidad los incita más a la unión que a la riña; al menos no se han detectado tales en ningún caso ni momento estudiado y lo que ocasionalmente se encuentra es, por el contrario, solidaridad entre ellos y todos los grupos a su alrededor. La violencia detectada y que ha llegado lamentablemente al asesinato, se debe más a los prejuicios homofóbicos contra sus clientes o al mayor pago que esperaban de ellos.

Homosexualidad¹⁰³ y homofobia: espacios sin espacios y más allá

Son, en esencia, formas de prostitución de ambos sexos que antes vestían de una manera y usaban alguna for-

¹⁰³ Ante la dudosa definición entre opciones sexuales, es preferible no clasificar en homosexuales ni heterosexuales, sino según tales instintos y necesidades, entre los que a la homosexualidad (disfrute erótico o sexual de personas de igual sexo, lo que no implica en lo absoluto ni ser, ni desear ser, ni parecer

del sexo opuesto) es la sociedad la que le crea insatisfacción, que no es tal, con su propio sexo, y lo confunde con travestis y transexuales. La heterosexualidad se define igual, pero con el sexo contrario, y el heterosexualismo es su exacerbación impuesta que ha marginado por definición en una sociedad educada y orientada en dogma heterosexualista desde el Medioevo, lejos del respeto al otro y a su intimidad. Solo hoy revoluciona, contra el facilismo hipócrita de represión y autorrepresión. Las encuestas aplicadas según homosexuales y heterosexuales (incluso bisexuales) pierden científicidad: todo el que la asume como homosexual, confiesa esta preferencia y de ahí derivó el término de homosexual confeso, que dista mucho de implicar crítica por ello, sino todo lo contrario: reconoce la honestidad y valentía; es muy raro que una persona que se presente como homosexual no lo sea, a menos que lo haga por esnobismo o razones muy puntuales; algo similar ocurre con el bisexual, aunque muchos prefieren presentarse como bisexuales para disfrazar una preferencia homosexual, si bien la naturaleza sexuada es bisexual, mucho más allá de la reproducción biológica heterosexual. Pero no todo el que asume contestar como heterosexual lo es, dada la represión y prejuicios; como tal contestarán también los que están “dentro del closet”, los que se autorreprimen, y similares, que muy probablemente, son muchos más de los que las sociedades heterosexualistas gustan reconocer, pero las investigaciones más profundas y actuales demuestran. De aquí que prefiero considerar estas respuestas como presuntos heterosexuales, que tampoco implica ofensa alguna toda vez que se entiende el margen científico de la duda, y que la opción implícita no apunta a ningún antivalor ni defecto ni enfermedad ni inmoralidad ni perversión. Es puro rigor científico si por esta vía se pretende clasificar encuestas como estas según orientación sexual, esto es, en homosexuales confesos y presuntos heterosexuales, sin absolutizarlos como homosexuales y heterosexuales. No obstante, se ratifica mi opción por no clasificar a la persona sino a las relaciones sexuales y afectivas, motivaciones y deseos e intereses reprimidos o no, ni siquiera de la persona, sino de cada circunstancia, de cada momento sexual o erótico, en hombre-sexo-hombre, hombre-sexo-mujer, mujer-sexo-mujer, y las tantas variantes del sexo grupal (Couceiro y Perera, 1999a).

ma para comunicarse, más clandestina por más perseguida siempre en la homosexualidad: es muy interesante el estudio de cómo en una sociedad heterossexualista, logra pervivir y realizarse la homosexualidad; cómo dos hombres desconocidos con motivaciones amorosas entre sí o al menos, sexuales, logran contactar: el código de la mirada se mantiene, tal vez más explícito hoy que antes, pero hace apenas veinte años, mostrar la llave entre los dedos de la mano se interpretaba como tener un lugar adonde ir para compartir, lo que nos remite a la difícil situación de vivienda y a la carencia de espacios para estas necesidades que la sociedad reprimía y reprime.

Otra forma de darse a conocer era tocándose de manera insinuante el pene a través del pantalón o rozándose en ómnibus y otros sitios con el pretexto de la multitud, encuentros fortuitos en baños, playas, etc., que, según el individuo lo hiciera más discreta o groseramente, podía ser o no del agrado del otro sujeto, en dependencia, por supuesto, también de sus gustos e inclinaciones; no falta iniciar conversaciones, casi siempre de manera trivial y en apariencia fortuita, sobre la guagua que demora o preguntar la hora; en la actualidad se ha ganado en osadía, también por la rapidez con que se vive. Como en otras áreas objeto de estudio cada una con su instrumental, esta exige del investigador profunda formación metodológica para combinar la observación participante con otros métodos y técnicas de investigación explotando al máximo su inteligencia y su talento, y sistémicamente, valentía y solidez en su cultura integral, que lejos de mermar, fortalece y eleva el sistema

de principios de cada cual,¹⁰⁴ particularmente vulnerables en cuanto a la sexualidad.

Enfatizo sexualidad más que homosexualidad, puesto que está implícita y, a la postre, privilegiar el estudio de esta última suele enmascarar homofobias al destacar siempre un otro que queremos distinguir muy bien de la mismidad. Por supuesto que, en tanto marginada, la homosexualidad requiere especificidades

¹⁰⁴ Son ejemplos que demuestran que la relación mismidad-otredad-alteridad, en tanto método del investigador, trasciende la mera empatía personal para alcanzar problemáticas mucho más sociales e, incluso, universales. Todavía en nuestra cultura sexual tan lacerada por tradición, hay quien acepta mejor que para investigar a los carteristas haya que convivir entre ellos, participar de sus atracos sin más escrúpulos por la víctima, y tal vez hasta de un crimen, siempre será mejor visto que si se participa de un hecho sexual. Sin dudas, ¿qué mejor método para detectar las técnicas carteristas, desarticular la banda y prevenir a la sociedad de sus daños? Al margen de que en el sistema de principios y cultura del investigador pueda de alguna manera y, a la vez, minimizar los daños sin perder sus escrúpulos y valores morales, y sin frustrar investigación tan necesaria, lo que se adapta al instrumental de cada objeto de estudio: ¿podría alcoholizarse o devenir drogadicto o colocar una bomba si estudia a los terroristas, sin poder evitar sus consecuencias? Es el conflicto del investigador ambientalista ante un sacrificio religioso de animales que, además, hoy involuciona como matanza, contra sus raíces incluso totémicas. Pero es “menos vergüenza” si se es apresado en una campaña antidrogas o contra los carteristas, que en un hecho de “dudosa moralidad” (sexual, lo que excluye de la moral lo que no sea sexual) sobre todo en campañas homofóbicas, aun cuando salve (siempre relativamente) su situación personal como investigador y desaproveche tan elocuente experiencia, desentendido además, y sobre todo “bien diferente”, de su objeto de estudio.

para lograr sus propios espacios, pero nunca será bien comprendida si se sigue aislando de la heterosexualidad, no menos afectada por el heterosexualismo y con sus propios códigos y problemáticas, al margen de la homofobia.

No exceptuemos al investigador, fundamental objeto de estudio, aunque su ego lo rechace, heredero de todos los prejuicios sociales, aun cuando su cientificidad haya logrado o no, sobrepasarlos o al menos recontextualizarlos: la sexualidad sigue entendiéndose como lo peor, y pervive aquella antigua máxima popular: “prefiero que mi hijo sea delincuente o ladrón o asesino antes que maricón”, y lo mismo con la sexualidad femenina, en tal caso puta o tortillera... (pero, claro, primero puta que tortillera), aunque, afortunadamente, cada vez se oye menos, pues deja en cuestionamiento la moralidad sobre la que se levanta la sociedad, en que el crimen por excelencia, es el sexual. Para muchos, es más reparable el delito de robo y hasta de asesinato, que el ¿delito? ¿pecado? de sexo, lo que evidencia el sustrato «religiosista».

Aún hoy, en algo tan avanzado y necesario como las campañas que realiza el Proyecto Hombre-Sexo-Hombre en sus tantos radios de acción por toda Cuba, aunque se limite contra el sida, y en lo que tienen la virtud de llevar condones gratis a los llamados lugares de encuentro gay, por clandestinos y perseguidos que sean, excepto a aquellos de mayor peligrosidad por la delincuencia oportunista, se estimula que si durante su promoción en pares algún sujeto se interesa por uno de los promotores, este debe ser sustituido por el otro: no debe establecer ningún tipo de relación aunque el interés sea recíproco; ni siquiera

puede dejar abierta la opción de futuros contactos personales. Recuerda aquella ética que condenaba cualquier relación amorosa entre profesores y estudiantes, médicos y pacientes, jefes y subordinados, con los clientes, etc. ¿Por qué? Es cierto que lo personal no puede afectar lo profesional... pero no se entiende el viceversa. Un buen profesional, lejos de dejarse afectar, podría potenciar más su obra en situaciones así. ¿Acaso la mejor manera de enseñar el uso del condón, no es la misma práctica?

Mientras tanto, estos promotores continúan llevando condones gratis en su “Carrito por la Vida” a los más distintos y distantes lugares de encuentro gay con pulóveres que los identifican del Centro Nacional de Prevención de ITS/VIH-sida, a veces víctimas también de todo tipo de homofobia, contra la que inevitablemente su lucha se está ampliando, en tanto el sida espiritual se ha demostrado peor que el retrovirus, cuya mejor aliada es, sin dudas, la homofobia, por ser fuente de la vulnerabilidad a la que somete a toda sexualidad.

Con el prejuicio (aun cuando sea subconsciente) de la homosexualidad como algo negativo o, por lo menos, extraño o ajeno, hay quien trata de estudiarla desde el buró o lo primero que enfatizan al llegar a los sujetos objeto de estudio es la supuesta diferencia, palabra que se ha entronizado en el tema de la homosexualidad, incluso, sustituyéndola (sigue siendo más cuestionable pronunciar “homosexual” en las tribunas públicas, incluso en las antihomofóbicas) como para fortalecer tales diferencias, bien polemizables y basadas, sobre todo, en nuestra cultura occidental, en la Sagrada Familia, como si las diferencias fueran esas nada más.

Hoy, la homosexualidad se recontextualiza en una comunidad donde la novedad reina con su correspondiente impacto en el imaginario popular, que añade el morbo de la milenaria represión cuando de sexo se trata, aunque este no implique necesaria ni exclusivamente morbo (al menos no en el sentido patológico que se le suele impregnar al vocablo “morbo”), ni solo al sexo compete el morbo.

El tema homosexual trasciende en mucho a la prostitución, aunque sin dudas esta última ha complicado aún más la ya compleja homosexualidad en una sociedad que es heterosexualista, al margen de las polémicas.¹⁰⁵

Sin ningún tipo de moralismo (¿qué hay más inmoral que imponerse a la moralidad ajena?), la prostitución es muy bienvenida por los potenciales clientes y por aquellos que encuentran, bajo la máscara de la necesidad económica, una vía de justificar placeres sexuales, hasta entonces reprimidos, sobre todo, en dependencia de la diversidad de contextos de los que provienen: los propios pingüeros, como toda prostitución, no son tan felices como muchos pudieran creer, pues sus necesidades afectivas casi nunca se satisfa-

¹⁰⁵ Los que se regocijan del nuevo contexto, se autoproclaman paladines de una diversidad a la que hay que respetar, no sin razones suficientes y, sin embargo, de alguna manera excluyen (a veces explícita, incluso agresivamente, entremezclado como es usual con todo otro tipo de “miseria humanoide”) por definición a los menos afortunados económicamente, y también a quienes ven cada vez más complicada y retorcida la satisfacción de sus necesidades amorosas, sin transacciones comerciales, cuando la prostitución invade casi todos sus espacios y agrega nuevos equívocos y prejuicios a menudo frustrantes para establecer relaciones entre desconocidos.

cen (al contrario, suelen deteriorarse aún más) dada la diversidad de todo tipo en la clientela (que ya por sí es una limitación) y los mayores prejuicios y dificultades en la prostitución homosexual, de muy irregular rentabilidad y enormes riesgos por algunos clientes, las enfermedades, la policía, su propia familia y otros.

No obstante, es muy mal contexto (aunque no lo recriminen y hasta lo entiendan o compartan en ocasiones) para quienes simplemente carecen de posibilidades económicas (la inmensa mayoría); refuerza las diferencias sociales entre la homosexualidad y, sobre todo (pues los anteriores no están exentos de “realizarse” en alguna ocasión al menos con algún ahorro o suerte temporal), para quienes prefieren (también simplemente) el amor e, incluso, el sexo sin transacción comercial ninguna.

Los espacios de encuentro son mucho más retorcidos ahora que antes, con una relativa y supuesta apertura y consenso social; pero mediatizados por intereses comerciales que no es tan perceptible definir quién y cuánto dinero exigen a cambio o quién busca una relación para compartir la vida, opción esta última que, en la ética social que se impone, suele ser recriminada como aburrida, como tantos otros valores, incluso de una supuesta autoestima baja, término lamentablemente aportado por un psicologismo simplista a inicios del siglo **xxi**, y que conlleva a la incompreensión de valores tradicionalmente positivos como la entrega al otro, la bondad y la preocupación por el prójimo, y hasta la ayuda desinteresada y gratuita, que ahora se malinterpretan como baja autoestima, a lo que se agrega que la homofobia subvalora el amor homosexual con respecto al heterosexual.

Como ley, en una complejidad normalizada, lo sencillo pasa a sentirse complejo, y lo calificado de simple llega a ser mal visto por ser difícilmente comprendido en un entorno que se retuerce con todas estas transacciones.

Tal contexto potencia la vulnerabilidad ante la delincuencia, que no solo acude a tales espacios de encuentros para delinquir abiertamente, en velada (o no) complicidad con el resto del contexto homofóbico (ha habido policías desentendidos y hasta más hostiles con el homosexual agredido que con el delincuente como, entre otras fuentes, evidencian audiovisuales al estilo del filme *Habana Libre* —Elieser Peangueira— que inauguró el IX Fórum Municipal en marzo del 2006, en la Casa de la A, casco histórico del barrio La Timba) y también, dentro de la propia prostitución y sus aliados: en estos casos, una vez que establecen contacto, los clientes pasan a ser víctimas mayores, a merced de diversos tipos de crímenes incluido el asesinato, y pueden devenir víctimas también aquellos otros con quienes puedan compartir sus hogares, lo que ya es mucho más inusual dado el ambiente clandestino en que todo eso se relaciona; similares peligros corren los pingüeros, a veces por los clientes y otras, con ellos, según cada situación que compartan.

A tan difícil contexto hay que agregar la fatal coyuntura del sida, así como todas las limitaciones previas: el heterosexualismo social, las difíciles condiciones sociales y económicas para todos y en todos los sentidos; la sola presencia de policías para chequear allí donde saben (a menudo, absolutizan hasta el más lamentable equívoco) que se reúnen homosexuales

basta para ser en sí misma y por definición represión psicológica con la solicitud continua del carné de identidad, multas de diversas cuantías si su lugar de residencia no es la capital —por conocerse que muchos pingueros vienen a “luchar” (prostituirse) a esta zona y muchos homosexuales a realizar sus necesidades— y dificulta la vida local tradicional, de paseo y las descargas en los muros y otros focos locales.

Desplazados desde la Rampa al parque Maceo en el aledaño municipio de Centro Habana, y luego, la misma policía los desplazaba nuevamente hacia la Rampa, hasta el amanecer; de pronto, al retirarse los carros policiales a las 12 de la noche, como convenio sin firmar emergían todos: pingueros, jineteras, clientes, travestis, vendedores, músicos... sin saberse siquiera de dónde; muchos de ellos, cuyo sueño de vida es salir de Cuba (aunque no en todos los casos), ven la prostitución solo con extranjeros como una vía de escape o se desmotivan para vivir, según sus historias de vida.

Del ambiente comercial generado por los pingueros y sus clientes como centro y en torno a ellos, homosexuales, travestis y algunos con vocación de transexuales, no se eximen amigos, curiosos (en ocasiones morbosos) y transeúntes que pueden mostrar repulsión o atracción y simpatía o, en la mayoría de los casos, indiferencia; así como los policías (sector de sumo interés a estudiar también por la Antropología, en este y en otros casos, en su identidad diversa, en sus motivaciones y proyecciones hacia los demás, con los restantes miembros del propio cuerpo y consigo mismo) y sus afines. Pero más allá, otros tipos se nuclean, fundamentalmente en torno

a un comercio que aprovecha los centros estatales (sobre todo gastronómicos) que hay en el área: La Arcada, en M entre 23 y 21; La Pecera (nombre popular, donde se exhiben tras los cristales hacia la calle y se puede “pescar”), en 23 y P; El Bimbón, en 23 e Infanta y otros.

Abundan los músicos (cantantes y guitarristas, casi siempre en dúos o tríos) que entonan, a solicitud de sus clientes y a veces gratis para su promoción, obras musicales conocidas popularmente, cobran según la cantidad de piezas interpretadas, y aceptan, incluso, “contratas” para fiestas y descargas particulares; fotógrafos; vendedores de flores artificiales y sobre todo de diversos fiambres: papitas fritas, chicharritas, “chupa-chupa”, maní y otros; casi siempre mujeres de la tercera edad y de todos los colores de piel pregonan sus productos, y un hombre de manera peculiar va pregonando “el buen vino” ... a decir de algunos, no tan “bueno”.

La Rampa y el barrio del Coppelia, casi desde los orígenes de esta heladería en 1966, se han esquematizado en el imaginario popular como focos de reunión de todos los extremos del país,¹⁰⁶ y también de la homosexualidad, al punto de graves equívocos. Las necesidades homosexuales requieren de su propio espacio urbano de comunicación, que ellos se agencian por sí mismos al carecer de instituciones y comunidades que

¹⁰⁶ Dada su ubicación y su alto valor como punto referencial en área capitalina tan importante, se le concibe como espacio de encuentro (casi obligado) para quien visite a La Habana, similar al papel que el Capitolio desempeña en Centro Habana: el “guajiro” (más que el campesino) que aquí pretende mostrar sus mejores prendas, al punto del desentono, lo que ya se

disminuirían los equívocos, aunque podrían incubar nuevas formas de marginación.

El Coppelia, con sus “tendederas” (así llamadas popularmente las cercas metálicas que guardan sus áreas verdes, al recostarse —tenderse— sobre ellas toda la población que espera un ómnibus o su turno para entrar a tomar helado en las interminables y tradicionales colas, y también, por supuesto, los que simplemente pasean, toman fresco, conversan... y buscan pareja, o dicho popularmente, “zorrear” o “fletean”) para el *flirt* (transculturado como “flete”) y la Rampa han sido tales espacios urbanos, como en otros años lo fueron en las mismas comunidades, el club de 21 y N, El Gato Tuerto, Amanecer, El Karachi o El Atelier, la Casa del Té, en G y 23... Nótese que la mayoría están o se acercan a la Rampa. Aun cuando en algún momento tiendan a enquistarse y marginarse como guetos, constituyen una necesidad mientras públicamente no se acepte como natural dentro del mismo sexo, la invitación, el beso, la caricia y toda otra expresión de relación aceptada entre distintos sexos en los espacios públicos, con más y mejores opciones para desarrollar su sexualidad. Recientemente se está aceptando e imponiendo el saludo con un beso en la mejilla entre varones, lo que proviene de los más

había introducido en el caso de los pingueros de tal extracción y revalida el carácter sistémico de este análisis; el “cheo” más “cheo”, el pepillo más pepillo, el intelectual más intelectualoide, el artista más excéntrico y el homosexual más ostentoso, condición para la que al imaginario popular le ha bastado (simplista y peligrosamente) su nivel de amaneramiento.

jóvenes sin implicar orientación sexual pero que solo se aceptaba entre mujeres o entre representantes de distintos sexos y se condenaba entre varones desde la infancia, aun cuando fueran familiares, lo cual es un logro.

Las históricas (e histéricas) oleadas homofóbicas, casi por definición, han dirigido sus dudosos “campos de batalla” contra el visitante de Coppelía, como también arremetían en otros tiempos contra los “peludos” y los “pantalones apretados”, así como contra las minifaldas, sobre todo, en las escuelas y la calle,¹⁰⁷ como antes se veía mal una mujer en pantalones y más reciente, un hombre en short, lo que evidencia la supuesta paradoja del perenne prejuicio y rechazo reaccionario (más que tradicionalista y conservador) contra lo nuevo y más cómodo y orgánico, en esta comunidad donde la modernidad ha sido identidad tradicional constantemente actualizada y, por tanto, ha sido espacio de continuas luchas al respecto; esto es, no exclusivamente se ha agredido a homosexuales, con los que se han entremezclado muchos otros.

En los tristes años de la UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción, entre finales de la década del sesenta al setenta), estos perseguidos, en general, se nucleaban y buscaban refugio y lugares de encuentros en los parques cercanos, como el Víctor Hugo en H y 21. No por casualidad el filme *Fresa y Chocolate* (1994, el primero cubano en representar a un personaje homosexual confeso y los prejuicios en

¹⁰⁷ Contra esta supuesta inmoralidad no faltó el profesor e, incluso, el director de escuela que personalmente bajaba la saya de la chica, como sucedía en los años setenta en el preuniversitario “Antonio Guiterras”, en la esquina de las calles 23 y A.

su contra, más allá de la polémica y desde la novela original de Senel Paz) otorga en este tema a Coppelia un protagonismo como espacio público, reconocido luego en las versiones teatrales como la “catedral del helado”. En otra aparente paradoja, la homofobia se burla del homosexual y, para ridiculizarlo, le atribuye (entre otras acusaciones) histeria; sin embargo, el histerismo de los homofóbicos resulta proverbial y altamente sospechoso de su propia psiquis sexual, como se demuestra en las redadas citadas y otras manifestaciones.

Una anticientífica cultura milenaria impone patrones de género heterosexualistas, por los cuales equipara la homosexualidad masculina con el dogma “mujer” y, por tanto, con toda moda, con el arte y todo disfrute estético, la educación formal y la cultura, pero también con la debilidad, la superficialidad, la histeria y el brete; y la femenina con el dogma “hombre” y, por ende, rudeza e insensibilidad ajena a los afectos, violencia agresiva y torpeza en su inteligencia, y en ambos casos con frustración de identidad sexual y de género. Así se educa a todos y, al margen de la orientación sexual, se asimila o no según cada contexto y cada individuo. Artistas y jóvenes modernos han sido víctimas equívocas (y no tan equívocas, pero no menos injustas) de la homofobia, durante la bohemía vida nocturna que otrora enriquecía la Rampa. De tal suerte, los represores atentan contra esta y otras raíces y tradiciones locales, algunas genuinamente patrimoniales, e impiden el descanso temporal en cualquier muro rampero.

Tales espacios urbanos revelan los códigos secretos de lo mejor y lo peor no solo de la homosexualidad,

sino de toda la diversidad humana que los frecuenta por sus atractivos recreativos y culturales en general. Pero en el imaginario popular, esta homosexualidad es fundamentalmente masculina y confundida con el amaneramiento, travestismo y transexualismo, por esquemas simplistas y peyorativos. Se la reconoce más fácil en un joven blanco, sobre todo rubio, que debe extremar su vulgar rudeza para no ser confundido como homosexual, en cambio el negro ha de lindar lo grotesco en el amaneramiento para ser reconocido homosexual (y entonces, es más objeto de burla) por el mito que lo erige símbolo de virilidad, mientras en la mujer se fijan menos y su rudeza se suaviza en la interpretación como fortaleza de carácter.

El machismo educa que el hombre es para la calle y sin mayores emociones, ni menos aún estabilidad de pareja ni igual concepto ni deber de fidelidad, se educa así incluso en los prostíbulos; en cambio la mujer —como si las prostitutas no fueran mujeres— para la casa y a soportar con la máxima pasividad, estabilidad y fidelidad obligadas, todo lo que su único y eterno marido decida. Por ello, las parejas femeninas suelen ser más estables y caseras, menos rebeldes y, por tanto, menos ostentosas, salvo excepciones, dadas bien por errada ansia de masculinidad, principios o temperamento, en el mejor o peor sentido. Además, determinados contextos como el militar, según los testimoniantes, tienden a ser menos agresivos contra la homosexualidad femenina, de ahí que además de prestarle menor atención, suelen preferir interpretarla como fortaleza de carácter, quizás con ¿buenas? intenciones... lo que, en realidad, en tanto dogma y conflicto de identidad, no es posible soste-

ner seriamente. Se esconden así otros espacios urbanos de homosexualidad...

Los baños públicos generan ambientaciones homoeróticas y hasta pornográficas, con los letreros y gráficas sobre todo en paredes y puertas, dignos de una monografía que también refleja la homofobia (Couceiro, 2008b). Tal ambiente no es el más adecuado para una relación amorosa y son agredidos entonces con el polemizable concepto de la promiscuidad¹⁰⁸ en un contexto en sí agresivo,¹⁰⁹ pero al que queda

¹⁰⁸ Promiscuos llamaron los colonizadores a los pueblos cuya cultura sexual no estaba minada de sus frustraciones e hipocresías morales de todo tipo; cabría analizar quién portaba en realidad la promiscuidad (por no ir más allá de la promiscuidad sexual) acorde con sus propias normas morales que traicionaban de manera cotidiana. El simplismo (y la maldad en tanto excluyente imposición agresiva) de la “lógica” social heterosexualista machista establece que el hombre heterosexual mientras más parejas femeninas tenga, es más exitoso, educado para ser un “pipi riqui” o, como también se le llama en un lenguaje vulgar, “pinga dulce”, en franco falicismo en nuestra cultura que paradójicamente cultiva el propio macho heterosexual, intrínseco al debate en cuestión; la mujer heterosexual, en cambio, mientras más parejas masculinas tenga... es más inmoral, más puta, con toda la carga peyorativa de tal vocablo, y ningún hombre “bien” debe escogerla seriamente, pero sí aprovecharse de ella; el hombre homosexual, mientras más parejas masculinas tenga... es más promiscuo. Y de la mujer lesbiana... ni se habla, como si no se concibiera, lindando entre el “éxito macho” al que (equivocadamente) se supone que aspire, o la promiscuidad y la prostitución. Como reza la sabiduría popular, “lo que importa no es lo que se haga, sino quien lo haga”.

¹⁰⁹ Es realmente cruel y profundamente reaccionario hasta el cinismo que desdice de humanidad, que no solo educamos al varón para el cambio frecuente de pareja, y en el caso del homosexual le privamos de las más elementales condiciones de realización existencial; incluso la familia suele agredirle y desestabilizarle toda compañía (si bien es difícil para todos lograr

confinada la homosexualidad frente a la combinación de tantos prejuicios, las dificultades de vivienda y los alquileres inaccesibles. También incide el papel de vigilantes de la moral pública al que se consideran elegidos muchos cuidadores de baño e instituciones de alguna manera involucrados, a menudo por directiva de la administración y escaso nivel, hasta la continua impertinencia contra todo usuario, cuya privacidad invaden una y otra vez en plena satisfacción de sus necesidades fisiológicas.

Muchos de estos represores abusan de la vulnerabilidad a que la marginación somete estas necesidades por su falta de espacios y proponen o propician ser sobornados a manera de chantaje, bien sea para no perjudicarlos más allá o para “hacerse los de la vista gorda” y cobrarles su “perdón” al descubrirlos o, si el soborno es mayor, dejarles unos minutos para su necesario placer.

Algo similar acontece con los vecinos escandalizados ante una fiesta *gay*, y cuya “rectitud moral” es calmada por una tajada económica que, de pronto, los “civiliza” y les hace “comprender al otro”... y en no pocas ocasiones, hasta “compartir” de cualquier forma con “el otro”; o el caso de muchos hombres casa-

una buena pareja, por lo que exige de compatibilidad, gustos, caracteres, etc., mucho más difícil es para la homosexualidad, por los impedimentos lógicos de conocerse en una sociedad heterosexualista y pro homofóbica), sin hogar para ello casi nunca y sin espacios urbanos, en consecuencia de todo lo cual quedan, por supuesto, mucho más vulnerables al sida y otras enfermedades similares, y lo peor es que, al enfermar, vuelven a ser culpados en su desgracia, ahora por promiscuos.

dos que pregonan su heterosexualidad de manera homofóbica, pero en la más inescrupulosa hipocresía sexual, a escondidas, comparten su lecho con otros hombres (o en baños públicos u otras muchas opciones) por supuesto, siempre “dentro del closet”, caso de muchos padres y abuelos de familia, que abunda más de lo que la sociedad está dispuesta a aceptar y no los cuentan en las conservadoras cifras de homosexuales; la situación de mujeres casadas con relaciones lésbicas, que condenan a otras lesbianas y a hombres homosexuales, etc. Se introduce así la polémica de la bisexualidad como el estado natural de toda sexualidad o como la máscara heterosexual con que se disfrazan muchos homosexuales bajo la represión heterosexualista, muchos de los cuales apelan a la homofobia para mayor enmascaramiento a menudo frente a sí mismos, mientras otros —los más honestos y valientes— se proyectan antihomofóbicos: hay de todo, sin duda.

En la diversidad de la homofobia, el hombre la muestra más contra los varones homosexuales para evitar confusiones de su imagen pública (el qué dirán) y a un hombre heterosexual “civilizado” le es más fácil serlo con lesbianas que con varones homosexuales; de la misma manera que a una mujer heterosexual civilizada le es más fácil serlo con varones homosexuales que con lesbianas, siempre por el riesgo social y el temor al “qué dirán”, que suele pesar mucho más que la homofobia. Particular interés ofrece el disfrute que hombres (supuestamente) heterosexuales hacen de la homosexualidad femenina, lo que también ocurre con mujeres (supuestamente) heterosexuales con la homosexualidad masculina, más confeso y hasta motivo

de orgullo en ellos que en ellas, aunque ellas no suelen alardear de su imagen homofóbica excepto, en ocasiones, contra lesbianas, y lo fundamentan en que los hombres heterosexuales no saben o no se preocupan por satisfacerlas, quizás en inconsciente venganza de la redención que ha logrado la mujer en la cultura occidental, en su lucha por la igualdad; lo que también sirve de argumento al incremento de las relaciones lésbicas en estas áreas del mundo.

Es hora de destacar también la gran diversidad dentro de la propia homosexualidad confesa, sin que ello permita encasillar: hay travestis e, incluso, transexuales, que no son homosexuales, y no falta quien se asume homosexual por esnobismo, modismo o excentricidad; están los reconocidos (con frecuencia, autorreconocidos) “pájaras de carroza” (en algunos casos, “pájaras tontas” que copian el dogma de la supuesta tontería y superficialidad femeninas, a pesar de los avances sociales contra estos prejuicios de género), entre los que no falta vulgaridad y franca ostentación (en el caso de las lesbianas, les llaman tuerca o torta, cuando copian el dogma de la supuesta tosquedad, brutalidad, insensibilidad y violencia masculina, con mayor vida social, etc.), lo que tampoco puede degenerar fundamento para la represión, marginación y, menos aún, agresión, a las que responden estas reacciones que a menudo constituyen actos conscientes o inconscientes de rebeldía, incluidos los que desarrollan maledicencia contra todos y contra todo, al margen del grado de solución que avisten o no con ello, antivalor que entre ellos, muchos no tienen.

Hay quienes simplemente portan algún amaneramiento por el que, de forma simplista, el imaginario incluye erróneamente numerosos heterosexuales, y en el caso de heterosexuales ostentosos (que también existen, aunque no por ello los critica una sociedad heterosexualista), el sujeto colectivo no les reconoce el amaneramiento, aun cuando lo tengan; hay asimismo quienes, sin ninguna de las características previas, han tenido la valentía de realizar su homosexualidad frente a todo prejuicio sin hacer concesiones imperdonables a la opinión ajena y, por lo general, son los más rechazados, debido a la tranquila osadía y el peligro que representan para la “sagrada familia” pues sin aparentarlo, pueden serlo y quebrar el hipócrita canon.

Sin embargo, probablemente la gran mayoría de los que sienten e, incluso, realizan su homosexualidad no lo confiesan, muchos ni siquiera a sí mismos, y disfrutan de una imagen heterosexual con la que una sociedad heterosexualista les abre muchas puertas. No se excluye la envidia a quienes han enfrentado los prejuicios y, por ello, logran en esta esfera una felicidad por la que muchos “dentro del closet” (y sobre todo, los frustrados) no son capaces de luchar y que constituye un germen de homofobia. También subsiste el prejuicio de que al homosexual le gustan todos los ejemplares de su propio sexo, lo que es tan equivocado como suponer que al heterosexual le gustan todos los ejemplares del sexo contrario; pero el imaginario reduce la personalidad del homosexual a su sexualidad, no así la del heterosexual.

Con menos impacto urbano pero más plenos, las más oscuras lunetas de los cines asumen toda opción sexual; hasta allí también llegan quienes los persiguen para castigarlos mucho más severamente que a los heterosexuales por el mismo acto y en el mismo lugar, aunque estos últimos cuentan con muchos más espacios, opciones y oportunidades, y son siempre mejor vistos y, en ocasiones, hasta aplaudidos. No es de extrañar cuando se descubren entre los perseguidores homosexuales de ambos sexos que así desvían la atención de sí mismos sin el menor escrúpulo; el refrán popular “no hay peor astilla que la del propio palo” pueden extenderse a todos los grupos marginados en cualquier contexto, lo que, claro está, los hace mucho más vulnerables. La histeria de las persecuciones homofóbicas llega incluso al ciberespacio y el chat, que a menudo hacen caer.

Algunas lesbianas llegan a manifestarse contra los varones homosexuales (las hay que confiesan no entender cómo es posible que pudiendo hacerle el sexo a mujeres, como ellas quisieran, prefieren hacérselo a hombres... evidente homofobia) y algunos varones homosexuales también se manifiestan antilésbicos; hay quienes lastran toda su vida con complejos por algún deseo o acción homosexual y, a menudo, se autolaceran por ello de las más diversas formas, degenerando valores humanos y sinsabores en su propia naturaleza que, por supuesto, de alguna manera, casi siempre negativa, repercutirá en su entorno inmediato comunitario y familiar (incluso, contra sus hijos, por los que supuestamente sacrificó su sexualidad) y en toda su obra.

Aunque cada vez es menos común la vanagloria por homofobia, las agresiones por este concepto siguen siendo más explícitas que por racismo (que también existen, pero más implícitas) y hasta confesas con cierto orgullo patológico.

Lamentables equívocos, hasta el escándalo público (basta la subjetiva interpretación de una simple mirada) en baños, cines y otros lugares muestran el curioso malestar de las “víctimas de la moral ofendida”, que se regodean ante un supuesto agravio que no suele trascender al imaginario popular por la ambientación creada y el morbo homofóbico. Sin más vergüenza riñen ante la comunidad por una simple “duda de su hombría” y, de todas formas, saben que en un entorno heterosexualista ganarán al ratificarse como “machos”... más allá de toda otra verdad. La observación participante en estos hechos confirma los testimonios.

Movidos por necesidades homosexuales de espacio urbano, acuden al Bosque de La Habana y el parque Almendares, la Quinta de los Molinos, el entorno del Castillo del Príncipe, la ladera del hospital “Calixto García” y la Feria de la Juventud (que por ello, recién se conoce como “la potajera”, en el argot popular, por todos los tipos de “frijoles” que allí acuden, también llamada Parque Jurásico por las aventuras que en ella se viven y especies que se descubren; fue reconvertida al finalizar el 2007 y desplazados sus visitantes por los alrededores y por toda la ciudad), el Parque Forestal e, incluso, la necrópolis Cristóbal Colón, con toda la vulnerabilidad que de ello deriva a expensas de operaciones policiales como la llamada “Dignidad” en

el 2005 y “Avioneta” en el 2007, a la par de todo tipo de delincuencia de alta peligrosidad,¹¹⁰ siempre mucho menos reprimidos los heterosexuales que, con más opciones de privacidad, son menos cuestionados cuando acuden a lugares semejantes y parques no necesariamente nocturnos, abusados asimismo como urinarios públicos a toda hora y sin rubor de nadie.

En la Quinta de los Molinos, a pesar de sus altos valores patrimoniales diversos, la depauperación entre siglos ha sido tal (ha afectado el Museo Histórico Municipal “Máximo Gómez”, hasta el extremo de tener que cerrarlo)¹¹¹ que popularmente se le conoce desde el 2005 como “cementerio de perros”.¹¹²

¹¹⁰ Y por toda la inestabilidad social consecuente de la marginación y el sexo secreto, perseguido y sin condiciones, que junto a la educación machista y la consecuente inestabilidad de parejas, sin concepto de emociones y fidelidad del varón, al darse la relación entre hombres se potencia esta inestabilidad, pasto fértil para el sida y otras enfermedades de transmisión sexual... y no solo sexual. Los testimonios, incluidas las citadas operaciones, fueron ratificados públicamente en la feliz tribuna del Pabellón Cuba, en la Rampa, durante la Jornada Mundial contra la Homofobia, el sábado 17 de mayo del 2008, que lamentablemente suscitó reacciones tan homofóbicas como las publicadas en *Palabra Nueva*, órgano de la arquidiócesis de La Habana, y que fueron enfrentadas en la polémica mediante textos como “Homilía antihomofóbica a favor de la dignidad cristiana” (Couceiro, digital, 17 de julio del 2008a) y en el espacio periódico de debate Criterios, en el último piso del Icaic.

¹¹¹ El Generalísimo Máximo Gómez, de origen dominicano, residió aquí durante dos meses en 1899, lo que motivó el nombre del museo, cuando este se fundó el 18 de noviembre de 1986 especializado en esta figura, pero la institución acuna otros muchos valores que, por sí solos, la acreditan igualmente como

Nótese que generalmente son lugares relegados al abandono, los que la homosexualidad intenta (hostigada por policías, delincuentes, homofóbicos y enfermedades de transmisión sexual) copar al menos por

patrimonio nacional. Acogió en el 2000 al Museo Histórico Municipal, que hasta entonces sesionaba en 13 y 8, pero ya deteriorado, se fundió con este, solución que nunca gozó del visto bueno de los especialistas municipales toda vez que aumentaba la concentración de museos en estas áreas pero se desproveía al centro noroccidental y toda su vasta población, donde ya el de 13 y 8, aun sin condiciones, había generado una cultura de museo; tampoco se fusionarían las psicologías de ambos equipos y el de la Quinta también exigía atención, por lo que se argumentaron otras propuestas en torno a 13 y 8, que fueron desoídas; hacia el 2006, y a pesar de las protestas, el municipio ha llegado a perder su museo municipal, pues ninguno otro de los tantos que existen, pueden abarcar la historia e identidad de estas comunidades, so pena de perder su propia identidad, que sería otro golpe al patrimonio local y nacional. La valoración acerca de lo que más debe promoverse en una institución o comunidad no suele trascender el formalismo, otra problemática que requiere ser estudiada.

¹¹² Pues allí se tiran los cuerpos de animales muertos, lo que ha sido propiciado en este caso por la cercanía de la Escuela de Veterinaria, sin que se busquen mejores soluciones para dichos cadáveres; este tipo de centro médico requiere ser multiplicado por todas las comunidades capitalinas, lo que parece estar aconteciendo actualmente por municipios, aun insuficientemente, pues tales necesidades son en extremo difíciles casi hasta lo imposible de resolver en la ciudad, por la gran dificultad del transporte, peor aún con animales que requieren ser atendidos clínicamente, lo que ha propiciado su falta de atención con todo el daño consecuente a ellos y a la cultura ecológica, la proliferación de particulares, muchos de ellos improvisados, remedios caseros a menudo infelices, etc.; también se botan aquí cartuchos con heces fecales y todo tipo de desechos.

minutos como sus necesarios espacios, lo cual es deplorable tanto por la marginación que implica contra la homosexualidad, como por el abandono (otra forma de marginalidad, ahora entre espacios urbanos) a que están sometidas las áreas citadas, que, tal vez paradoja simbólica, centró esta cultura genuinamente popular y clandestina frente a la Plaza de la Revolución, máximo símbolo de poder político y de cultura oficial en el país.

El público (más allá de toda opción y orientación sexual) reclama el tema como urgencia insatisfecha. Esto se demuestra en las mismas comunidades durante exposiciones plásticas y escénicas, en los cines y salas de videos, cuando alguna alusión implican. Todavía se asume prejuiciado y no de frente, y alguien, a menudo, necesita ostentar su oposición heterosexualista mientras disfruta en secreto la obra, pues el “qué dirán” suele ser superior a la homofobia, de donde se explica también que en la familia se acepte (o al menos tolere) con mayor recelo y en mucho menor grado y apoyo, que entre vecinos, colegas y amigos.

*Las fiestas gay*¹³

Público variado reanimó la vida nocturna local deteriorada por el dólar, la retirada de los servicios de 24

¹³ El término gay entra en Cuba en la década de los años noventa, por la internacionalización de este desde Estados Unidos como fruto de la revolución sexual de los sesenta, con la intención de proponer una designación menos lacerante contra la homosexualidad; sabemos que *gay* en inglés (gai, gaie, en francés) es adjetivo que significa alegre, lo que remeda a aquella nada feliz

denominación de mujeres de la vida alegre referida a las prostitutas, cuya vida casi nunca, por demás y justo por la marginación, era así de alegre. Tampoco tiene que identificar a la homosexualidad, que puede (o no) ser alegre, aunque en tanto sector marginado no suele ser la alegría lo que más identifica, menos en la época del sida y al margen de su espíritu de lucha (sobre todo en estas últimas décadas) y sobrevivencia. De alguna manera se esconde decir “homosexualidad” por estimarla históricamente ofensiva, término decimonónico que si bien es de raíz muy biologicista, no obstante, se acerca más que gay. Ciertamente, la mejor propuesta es la que —ya en vísperas del siglo *xxi*— reconoce el Ministerio de Salud Pública en sus campañas contra el sida en un sector tan vulnerable al respecto y que, justamente, se refiere a la relación y no a la persona (hombre-sexo-hombre, que eso sí, en buena medida para disminuir la marginación, faltaría por incorporar hombre-sexo-mujer, y mujer-sexo-mujer, y más allá las infinitas variantes que ofrece el sexo grupal) puesto que designar a una persona según su sexualidad no puede ser tan simplista ni dogmático: la variedad cada vez mayor que en materia sexual se reconoce (no es simplemente heterosexual, homosexual y bisexual, sino como instrumento clasificatorio no demasiado genérico) y su carácter tan individual, nos invita a concluir que existen tantas sexualidades como seres sexuados hay en el universo, y aún más: podríamos hipotetizar, al menos, ya que tan circunstancial es, que existen tantas sexualidades (o al menos su manifestación según las circunstancias) como momentos de motivación sexual tienen todos y cada uno de estos seres sexuados, pues a lo largo de su vida también son muchas las variantes, contra la educación heterosexualista y monogámica heredada e impuesta, y contra clasificaciones simplistas que buscan, en última instancia, parapetar nuevas fundamentaciones marginatorias en pos de la “sagrada familia”, modelo eternizado, impuesto pero que difícilmente funciona ni siquiera para la heterosexualidad pues entre otras tantas limitantes sexuales y de todo tipo, el hombre se limita y disminuye a la mujer sus potencialidades activas en el sexo, como en tantas otras facetas de la vida.

horas y la escasez de otras opciones, las dificultades del transporte crecientes durante el referido período especial, las incomprensiones antes señaladas, sobre todo, por parte de policías y funcionarios, y la violencia callejera, y fue atraído por las fiestas gay (lo que invita a analizar los cambios en el autorreconocimiento de estos grupos) y, sobre todo, por su menor compromiso, los shows de travesti. Estas fiestas se hicieron sentir en múltiples puntos de todas las comunidades en estudio con el lógico choque de valores que implica todo lo novedoso, diverso entre cada vecindario, no condenado legalmente pero con múltiples pretextos para su hostigamiento.

Nótese que este texto solo aplica gay como nombre popular de tales fiestas y, por supuesto, es un tema no agotado, puesto que no menos interesante resulta cómo muchos, entre las nuevas generaciones, han preferido recontextualizar los antes considerados insultos y entre ellos mismos se reconocen como “maricón” y “pájara” (incluso prefieren estos apelativos que el término “homosexual”, históricamente más propio de los sectores intelectuales y, sin ánimo de ofensa, más que el que se le atribuía por definición implícita; también puede ser por reacción populista antintelectual) y algunos se tratan en femenino: hace dos décadas se autorreconocían “entendidos” y su pareja era “su compromiso”, que hoy el varón homosexual presenta de manera mucho más desenfadada como su novio o simplemente, su pareja. Habría que estudiar si es una forma masoquista de disfrutar y con ello desarmar lo que tradicionalmente ha tenido una carga de ofensa aguda y cruel, quizás a manera de burla o de rebelión velada e inconsciente, sin mucho mayor encauzamiento ni madurez, o es que prefieren de tal suerte vaciar tales in-

sultos de su significado oprobioso, como para que no quede agravio alguno ni siquiera en el pasado histórico de la homosexualidad, sobre todo, cuando ya se lograba redefinir maricón como mala persona, sin alusión sexual alguna, según una moral en revolución y un nuevo argot popular, generalizado mucho más allá de toda tendencia sexual: “se puede ser maricón de culo, pero no de alma”. Se conserva dentro del argot homosexual, el apelativo cheo para los homofóbicos, vinculado con el mal gusto, y civilizado para los heterosexuales no homofóbicos, sobre todo aquellos con los que pueden establecer relaciones amistosas, en ocasiones hasta confiar su intimidad; entre ellos, designan pepillo sobre todo a los varones jóvenes de buen gusto y preferiblemente, de buena presencia, y putón (incluso puta) en el caso de las muchachas o mujeres de mayor edad que se conservan bien y con buen ánimo, con lo que de paso, resignifican la palabra puta al desproveerla de la connotación sexual que implicaba y del significado peyorativo y discriminatorio con que la tradición la ha sellado en nuestra cultura.

El primer período de tales fiestas fue de 1994 a 1997, a raíz del ya citado filme *Fresa y Chocolate* y de la relativa apertura, con la visita al país de organizaciones gay-lésbicas desde la década anterior,¹¹⁴ y sus conversaciones con el mayor carácter oficial posible —Vilma Espín Guillois, entonces presidenta de la

¹¹⁴ Otro motivo de que se prefiera el apelativo gay en la década siguiente en Cuba, era que así se llamaban las organizaciones extranjeras que, con esta identidad y preocupaciones de justicia social en esta esfera, fueron admitidas entonces como visitas oficiales en nuestro país, cuando comenzaba a temblar el llamado campo socialista y Cuba requería de la mayor solidaridad posible.

Federación de Mujeres Cubanas (FMC), si bien, por supuesto, este no es un tema privativo de dicha organización pero la privilegia en esta avanzada genuinamente revolucionaria—, que condujeron a la filmación de *Gay Cuba* (1986), documental norteamericano sobre esa parte de la realidad cubana. Fue esa su época de oro por la autenticidad y espacio para la satisfacción de sus más genuinas necesidades, sobre todo, en las comunidades objeto de estudio, incluso, con eco local estatal efímero y relativo en el club Saturno de Línea y 8, ahora Joker's (en cuyas afueras no faltó la amenaza homofóbica ante los policías), en Línea y F, y en 17 y E. Reprimidas, las fiestas gay pronto desaparecieron hacia la periferia.

No obstante, han resurgido muy tímidas, esporádicas y aisladas tanto en el tiempo como en el espacio, siempre acechadas y vulnerables, hacia los años 2004 y 2005, cuando, además, una nueva modalidad se ofrece en este territorio: las organizadas por lesbianas, a las que acuden pocos varones, situación contraria a la que prima en las restantes fiestas gay (que han sido siempre las mayoritarias, sobre todo en el área en estudio) donde, por otra parte, puede haber (como en cualquier otro contexto y, por cierto, menos que en muchos otros) hostilidades y broncas al ritmo del alcohol y, en ocasiones, de alguna droga, pero nada de esto las marca y son identificadas casi exclusivamente, eso sí, sobre todo las del primer período en los años noventa, por su alto (y muy sano y hasta respetuoso) nivel de erotismo y sensualidad, y en otros casos (sobre todo las más caras y recientes) por la ostentación de poder económico con la frivolidad consecuente, y en algunas ocasiones, con cierta vulgaridad relacionada a veces con algunos shows de

travesti o con discusiones de pareja, sobre todo, entre lesbianas de vocación viril (y a su juicio, por ende, agresiva) al ritmo del alcohol.¹¹⁵

Las actuales fiestas gay difieren de las precedentes salvo excepciones, por los shows de travestis casi obligados como supuesta aunque equívoca “identidad gay”, y una menor organicidad y satisfacción de sus necesidades sexuales marginadas, excepto quizás para conocerse, también relativamente; el comercio sexual, incitado por la carestía de las fiestas y, por ende, mayor frialdad que, según sus propios participantes, devienen pasarelas a competir en la ostentación de vestuario y posibilidades económicas, menor erotismo y sensualidad, y dificultades para acceder a ellas, no solo económicas sino también por las distancias y la irregularidad impuestas, de donde emergen nuevas figuras como los taxistas.

Así se satisfacían los homosexuales, pero también curiosos y estudiosos cubanos y extranjeros, además de haber sido negocio de interés económico, con el atractivo de lo casi clandestino, en tanto fiestas de privacidad muy relativa.¹¹⁶

¹¹⁵ Las historias de vida y la observación participante sustentan todo el tema, aunque, por lo general, exigen el anonimato, lo cual deviene información a analizar.

¹¹⁶ La histórica fluctuación local entre liberalidad y moralismo que abarca todo renglón cultural, abrió el abanico de tantas reacciones como inquilinos, modificadas en el tiempo en cada comunidad urbana: la indiferencia absoluta, el disfrute total y participación o aporte o aprovechamiento económico u otra variante de complicidad; la sospechosa sensación de amenaza a su propia sexualidad y moral o la de su familia, o la envidia y maledicencia, en ocasiones de “nuevo rico”, contra el progreso económico del vecino; el apoyo solidario con protección, asimilación e integración más que tolerancia, con o sin límites inclusive, y el odio y provocación agresivos y constantes.

Mención especial merece el estudio de los taxistas dedicados a estas fiestas que, en medio de la persecución y hostigamiento oficial, en no pocas ocasiones con sobornos, normalmente cambian de sede y resulta muy difícil saber de antemano, dónde se efectuarán. Sin embargo, suelen llenarse con un público fiel, que se entera por teléfonos que entre ellos habilitan con ese fin, por la voz popular y por estos taxistas ilegales que parquean justo por los espacios de encuentro más connotados, como puede ser la Rampa, y proponen ir la fiesta que, previamente, han averiguado dónde es o son contactados por sus organizadores para garantizar su público y por tanto, sus ganancias; cierto que es un riesgo ante la proximidad policial, pero cobran un dólar por cada viajero y luego otro por devolverlos al mismo lugar y, por lo general, se niegan a parar antes en ningún otro punto. Además, entrar a estas fiestas, que en 1995 empezaron a cinco pesos en moneda nacional y luego a diez, cuesta hoy a dólar (CUC) o su equivalente, 25 pesos cubanos, y algunas son apreciablemente más caras, cinco dólares o más, con mesas reservadas, shows, etc. Estos precios en ningún caso incluyen otros consumos dentro de la fiesta, donde se puede comprar, sobre todo, bebidas y cigarros.

Estos taxistas cobran auge al haber sido desplazadas estas fiestas hacia las zonas más periféricas de la ciudad, y ser más reprimidas, clandestinas y cambiantes de sede, mucho menos abundantes, casi inexistentes (lo que además explica la carestía, acorde por otra parte a cada entorno comunitario); acuden a los lugares de encuentro para contactar con los posibles viajeros y, al detectarlos según les dicta

el imaginario, basta con susurrarles “taxi pa’ la fiesta” o, simplemente, “fiesta”.

¿Una nueva moral más abierta... la fuerza de la costumbre... o la participación en las ganancias económicas que muchos asumen con sus paladares, taxis e, incluso, su renta de alquileres para el comercio sexual? La respuesta descansa en los misterios de cada alma humana. No mejor suerte han corrido otros grupos de la contracultura, como los *free kiss*.¹¹⁷

Otros espacios en la marginalidad: los frikis y los discapacitados

En el Carnaval del 2000, los *frikis* hallaron espacio en G y 23 con puntos de reunión en el parque “Víctor Hugo”, en 21 y H (en cuya oscuridad, alguno que otro aprovechó por un breve instante alguna droga menor, como la marihuana, o un sexo rápido, y cuyo césped, al igual que el de G, devenía asiento natural) y otras veces en el socorrido Coppelia. Sí los han cobijado con sus tatuajes los rockeros del Patio de María en su prevención social y contra el sida, en San Antonio Chiquito, de donde atravesaban el espacio donde estuvo la Feria de la Juventud para bajar por G. Entre ellos había matrimonios con hijos pequeños,

¹¹⁷ Aún se debate si al beso libre deben su denominación o al también anglófono *freak* (raro), estos grupos casi siempre juveniles que en la contracultura fluctúan entre marginales y marginados, con su aspecto de escasa higiene según el imaginario, actitudes y modos de vida que, en general, difieren del resto social y de sus propias familias, con todas las consecuencias pertinentes. Ya se identificaban como tales al iniciar el siglo XXI.

seropositivos de VIH, seguidores de Marilyn Mason, etc. Cuatro años después, habían sido desplazados por la policía hacia Malecón, zonas de E y J, indistintamente. Entre otros elementos irreverentes a las normas sociales establecidas (escatología, un concepto propio del “amor libre”, de donde deriva el “beso libre” o *free kiss*, etc.), el aspecto de suciedad y abandono en su identidad general llegó a ser asumido por otros, en ocasiones, como suerte de moda considerada atractiva (a veces, posturas esnobistas pretendidamente contestatarias) e, incluso, por la prostitución, sobre todo, masculina, en un nuevo dogma de supuesta estética masculina vinculada a esta imagen de suciedad y abandono que ha motivado a hablar de tribus urbanas, punk, emo, miquis, repas... según cada caso y lo que cada cual conceptúe en todas y cada una de estas denominaciones, y que algunos vecinos identifican con los jóvenes que escandalizan las noches tirando botellas por la calle G.

Otro problema es el que se refiere a los limitados físico y motores: aun cuando no haya sido obra de estas comunidades en sí, orgullo pueden sentir por ser pioneros en sus vías rápidas de comunicación, de un urbanismo contra las barreras arquitectónicas, pues no son pocas las calles con rampitas para el acceso de estas personas. En general, abundan diversas acciones por la integración de los más diversos tipos de impedidos, más allá de la connotación urbana de las rampitas: se observa en las calles, a nivel de comunidad y en diversas actividades de distintas instituciones y sectores, una cultura más integrativa con sordomudos, ciegos y débiles visuales e, incluso, con los que padecen síndrome de Down, entre otros. En este

sentido la televisión ha desempeñado un papel positivo mediante algunos spots y determinados programas con *captions* para sordos, al margen de algunas dificultades para recibir las señales en los telerreceptores según el canal (incluido el Canal Habana), horario, programación, comunidad e, incluso, lugar que dentro de la casa ocupa cada telerreceptor.

Las escuelas especiales y asociaciones como la Aclifim (Asociación Cubana de Limitados Físicos y Motores), la ANCI (Asociación Nacional de Ciegos y Débiles Visuales) y la Ansoc (Asociación Nacional de Sordos) tienen sede y amplia vida en estas comunidades, incluso, con talleres como el de 19 y 18, y vale destacar el auge que desde aquí ha alcanzado para otros países la Asociación Latinoamericana de Psicoballet, dirigido por Georgina Fariñas durante casi 30 años, en coordinación con el Hospital Psiquiátrico de La Habana, con vasta obra encaminada a diversas discapacidades (Down, embarazadas de riesgo, adultos mayores y otras vulnerabilidades) y reconocimientos.

Los espacios deportivos: un gimnasio de barrio

Para los más afortunados se han generado otros espacios urbanos, como los deportivos, más allá de las grandes instituciones y los gimnasios habilitados en diversos puntos; los parques, empleados por los adultos mayores para su actividad física de manera distintiva y sistemática, aunque no exclusiva (también se llevan niños y mascotas a su necesario recreo, además de otros aficionados al deporte, parejas, amigos, solitarios...) y el Malecón, por ejemplo, que han sido asumidos por quienes corren para mantenerse en forma

y muestran lo mejor de nuestra cultura física popular, fuente del prestigio internacional en la esfera.

Los espacios institucionales con áreas públicas deportivas abren un horizonte interesantísimo para fomentar una antropología del deporte en Cuba, nunca enajenada del resto de las áreas antropológicas ni del sistema cultural. El gimnasio cubre el espacio que en un momento tuvieron las barberías (hoy menos frecuentadas y a menudo vacías, por las nuevas modas y sistemas de vida, pues se pelan entre amigos), como foco comunitario para comentar acerca del barrio y la sociedad; pero recontextualizados con una identidad que ofrece muchas más opciones a partir del ejercicio físico y la mayor y más sistemática (excepto aquellos que iban a la barbería a diario para afeitarse, y los tantos que hoy no pueden ir todos los días al gimnasio por el ritmo cotidiano de vida) confluencia e interacción de la diversidad humana en cada comunidad, mientras deviene marco para satisfacer las necesidades, consciente o inconscientemente, de nuevas relaciones de todo tipo.

Su análisis propicia la comprensión del mundo, de toda la sociedad y sus más diferentes grupos, y del alma humana; el estudio de caso seleccionado (en los bajos del edificio de 17 y 24, en la Extensión del Carmelo al reparto Rebollo) muestra la impronta de un líder institucional idóneo por sus conocimientos técnicos y prestigio (no solamente por lo que sabe, sino por cómo lo enseña a cada cual) para la orientación adecuada a partir de su ciencia pertinente, de los ejercicios que cada interesado debe realizar y cómo realizarlos según sus capacidades personales; pero que, a la vez, dado su carisma y tacto para con cada cual y el

colectivo en su conjunto, deviene líder natural; es el caso de la instructora fundadora Olara Aguiar Arango (sin menosprecio del resto del colectivo), quien desde 1992 (más de 15 años) ha logrado mantener, en torno a una cultura física y deportiva científicamente orientada (razón de ser de estas instituciones) con la calidad resultante que supervisa según la variedad y riqueza que exigen las características de cada cual en su público a pesar de la humildad y sencillez del local y de sus implementos, un ambiente de armonía o convivencia pacífica o, al menos, supuesta indiferencia, entre grupos humanos bien diversos y ante problemáticas sociales bien difíciles sin descartar algún (al menos posible y hasta contenido) altercado ocasional y la necesaria vigilancia contra los robos de sus escasos implementos, desviados así de esta función comunitaria hacia gimnasios particulares o intereses aún más individualistas.

Llama la atención el precio asequible a toda la comunidad (tres pesos cubanos al mes) hecho lamentablemente atípico en el contexto cubano contemporáneo, al compararlo con otros gimnasios mucho más caros (incluso en divisas), donde predomina la ostentación económica y falta el calor humano que identifica a este sencillo gimnasio sin que, por ello, pierda atención ni rigor técnico: como en otros aspectos, no siempre lo más caro es lo mejor; confluyen o no (según horarios) ambos géneros y toda orientación sexual, racialidad y etnicidad, distintos grupos de edades, creos y opiniones acerca de todo tema, niveles académicos y culturales, especializaciones y ocupaciones (sin excluir desocupados, que aquí tienen una excelente manera de ocuparse) y, sobre todo, diversas aptitudes

y actitudes para el ejercicio físico que define la misión social de este espacio, hacia la cual se inclina casi absolutamente, eso sí, la actitud general; tal vez, la única o al menos, más significativa confluencia de todos. Inseparable de la ejercitación se enlaza la cultura de salud e higiene y cierta sensualidad (en ocasiones, el más sano y respetuoso erotismo, no menos imprescindible y necesario en la identidad) a partir de la estética del cuerpo humano, por las propias herramientas de todo ejercicio físico, con particular vestuario, movimiento y ambiente general.

Por ello, se aprecian mejor que en otros espacios las nuevas tendencias de cierta ambigüedad que a veces coquetea con la metrosexualidad aun en el más recalcitrante heterosexualismo (sin excluir otras tendencias) en que algunas mujeres levantan pesas (bien orientadas, valor positivo y necesario) y jóvenes varones se afeitan y hasta depilan su cuerpo o partes de él para negar esta naturaleza de la estética masculina, lo que, además de tan polemizable concepto de belleza (previamente asumido por zonas de la pornografía y de los modelos masculinos en otros países y así introducidos en Cuba, donde algún artista plástico la centró como tema de sus obras, como es el caso de Lino Fernández García), justifican por el calor, la higiene y la comodidad, lo cual es peligrosamente imitado por niños que, por supuesto, carecen de vello corporal.

Como suele suceder con otros espacios, el gimnasio implica asimismo su propia identidad sonora ocasional, aunque algunos son más perennes que otros: ora la música para los ejercicios aerobios en que el sexismo se impone y predominan las féminas, aunque hay varones que vencen los prejuicios y se

enriquecen con estos momentos que, según el monitor (casi siempre, monitora) pueden alcanzar genuinos valores artísticos en tanto coreografía; ora la sonoridad paralela del conjunto de esfuerzos físicos, movimientos y respiros desiguales, por momentos rítmicos según el ejercicio de cada cual, ora los metales en juego...

Mientras tanto, también por momentos y casi con un ritmo propio, se debaten las más encontradas opiniones pero siempre en interacción participativa que tiende a la comprensión y superación colectiva sin represiones ni subvaloraciones discriminatorias, al menos no explícitamente, gracias al tacto y la inteligencia en que han sido educados por la instructora y aun en su ausencia. No hay tabúes para hablar relajadamente (parte del beneficio psicológico que se encuentra en estos espacios) de artes, política, economía, religión, diversas ciencias, nutrición y otras costumbres y hábitos, entre otros tópicos en que no faltan el chiste, la gracia, y el buen humor (Couceiro y Perera, 1993).

Los espacios artísticos en el trabajo comunitario

No faltan tampoco los espacios artísticos, generados consciente o inconscientemente, desde los mosaicos de la mejor plástica cubana en las aceras de 23 hacia la Rampa (tradicionales, desde los años sesenta) hasta los *graffitis* por Zapata y 12 y en Línea y 24; las esculturas ambientales en los parques, todo el cementerio y la arquitectura que identifica cada comunidad..., el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (Icaic) se enseña en 12 y 23 hasta

legar el nombre a la vecina pizzería Cinecittà (dada la impronta del neorrealismo italiano para el nuevo cine cubano) y luego su Proyecto 23 con los cinco cines en esta avenida, o el Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT) en la Rampa o los jardines de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac) en 17 y H, los del teatro Mella en el casco histórico del Vedado, la Casa de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), abierta a la comunidad aunque con entrada selectiva... Sobre todo en instituciones consideradas de mayor categoría, no falta la seudocultura o *kitsch* tradicional de quienes acuden por esnobismo intelectualoide, por vestir, por pasar el tiempo y por curiosidad; no obstante, cada vez parecen ser más quienes asisten por genuina motivación cultural también diversa, todo lo cual se refleja no solo en estos espacios institucionales, sino también en cada comunidad inmediata.

No por casualidad en comunidades que, según el diagnóstico municipal (Couceiro, 2007c), se quejan de la escasez de instituciones y espacios dedicados a satisfacer estas necesidades —como El Carmelo, donde, en efecto, para ello tienen que trasladarse normalmente al Vedado, al este cercano—, pues en sus comunidades no los hay (recuérdense las dificultades del transporte y el ágil ritmo de vida cotidiana, las dificultades de adultos mayores, niños y otros para su traslado, etc.), al avanzar el siglo *xxi*, bajo el amparo (o no) de instituciones estatales, comienzan a surgir y a proliferar proyectos y peñas cada una con su propia identidad y desde la misma comunidad, como desde el 26 de junio del 2005, el Proyecto Casiguagua de teatro, música y danza de Julio Quintanilla Corróns,

en la calle 17 entre 28 y 30, en Las Canteras hacia El Fanguito (el primer proyecto con este nombre era ecoturístico en torno al río inmediato de tal nombre precolombino, hoy Almendares, y data de 1993, por la Dirección Municipal de Cultura: (Couceiro y col., 1994); Los Vecinos Cantan, desde julio del 2002, en el edificio de 17 y 24 con Rogenardo Cabrera Pérez y Félix Zaldívar cada cuarto domingo; Naranjo en Flor, en calle 14 no. 359 entre 21 y 23 cada tarde de segundo domingo (Miriam Casals Fernández, desde junio del 2004); y la del Consejo Asesor Nacional de Escultura Monumental y Ambiental (Codema) en 15 y 14, por su relacionista pública, la escultora venezolana cubana Nilda Mercedes Mijares Poyer, con Tomás Mena Reyes para el proyecto culinario y Celia María Aguilera González desde el Centro de Recreación del Adulto Mayor “Celia Sánchez Manduley” en 13 entre 12 y 14, integrados en el Proyecto Alegría de Vivir, que en el 2008 se extendió al Museo “Servando Cabrera Moreno” hacia los límites con el Vedado, en 13 y Paseo, por medio de su promotor Nicolai Estrada, y quien fuera promotor en El Carmelo y antes en Príncipe, Manuel Enrique Castillo.

Algo similar acontece en las barriadas centrales Nuevo Vedado y La Plaza, con la biblioteca comunitaria y el Proyecto Ismaelillo (Lombillo y Tulipán), con Florencio Hernández, presentado en el IX Fórum (2006) por Margarita Arias y Juan Ernesto Pérez; antecedido por el proyecto Munanzo Munanzo, de Rigoberto Mitjans (miembro de la Uneac por Cine, Radio y Televisión) y su compañera Nancy Sánchez Marlotica (en Boyeros y La Rosa, 1993), con su mural

pedagógico y el evento de identidad y tradiciones habaneras “José Luciano Franco”; el Rincón de los Milagros de Manuel Semanat en Tulipán y Marino y la Peña de Fabelo en 37 y 6; Alegrías de España y La Semilla está en el barrio, en Nuevo Vedado, por su promotora Mercedes Arango con colaboradores (entre ellos artistas profesionales como María Ester Monteluz, su compañero Guillermo Figueroa Filgueira, así como Judit Martínez y la bailarina y coreógrafa Bárbara Santana) a los que se ha vinculado hasta la actualidad, el cine Acapulco; más al sur, en Aldecoa, la peña Aguas del Guaso (2006). Son algunas de las vías por las que la misma comunidad, además de satisfacer necesidades locales y vencer zonas denominadas “de silencio” por su aparente inactividad cultural, enfrenta otras problemáticas locales como pueden ser el alcoholismo, la droga, la violencia y diversas actitudes delictivas.

Tan amplia diversidad registra gustos tan aparentemente distintos como el tango, los charros mexicanos, casi toda la cultura española —excepto las corridas de toros— y las tradiciones campesinas cubanas, la décima que transcultura a cada contexto urbano con la poesía oral y escrita citadina, improvisaciones y controversias también en otros géneros musicales —por ejemplo, actualmente el reguetón— más allá del lirismo de la literatura a las restantes artes y cultura general. Gustan la música, la danza y otros valores de la más variadas épocas y culturas del mundo a partir de su difusión por los medios (fundamentalmente, en los últimos 30 años, desde el programa de televisión Para bailar), así como por las migraciones y, en el caso del vals, por nuestras tradicionales fiestas de quince.

Surgen otros proyectos similares en pleno Vedado en áreas tal vez menos urgidas (lo que demuestra la necesidad de cada comunidad de manifestarse a sí misma, al margen de otras opciones) como Espacio Abierto, en Calzada y A (1998, Yamisel Tristán); la peña itinerante de Juanita Conejero, la literaria de Marilyn Bobes por la Uneac y el proyecto titiritero Tropa Trapos de Ángel Guilarte (coordinador municipal de la Uneac por Artes Escénicas) en 21 y J; las Peñas de Danzón (Sara Vicente) en la Casa Balear, en G y 23; el proyecto del museo “Abel Santamaría” en 25 y O, la Rampa, desde 1998; el Proyecto del Libro y la Literatura que inició Isis Leyva en el 2001, entre otras acciones y proyectos en diversas instituciones, y antecedentes como el Proyecto de Transformación Integral (PTI) del Barrio en el Príncipe con Armando Sagrado y Xiomara González de la Hoz; luego, en vísperas del siglo XXI, el PTI en el consejo Vedado-Malecón, con José Manuel González y desde los antecedentes de investigaciones municipales que rescataron el Día del Árbol (1999), entre otros valores locales (Couceiro y Perera, 1995; Milián, 2001 y 2004).

Y en primer lugar, pionero de esta hornada, se destaca por su originalidad, aportes e impacto, el Banco de Ideas Zeta, que promovió todo un proyecto de proyectos bajo la dirección de Eugenio Blanco Rodríguez, *Ludovico* (miembro de la Uneac en Artes Plásticas), desde 1992 y desde su apartamento en 19 y 26 (reparto Rebollo) con Esperanza Estrada, *Pachy*; Abelardo Mena Chicuri y otros colaboradores, hasta el proyecto Eureka de Tona Barroso y el actual Haciendo Almas; y aun antes, el grupo de aficionados al cine que desde su apartamento en 19 y 28 y entre los años sesenta y setenta,

encabezó Jesús Jorge Fernández Neda, antecedente legítimo de los Cine Plaza y de donde emanaron no pocos nombres para el cine cubano actual; por no hablar al inicio de la Revolución, de los conversatorios que sobre patrimonio y arte llevaba el pintor Manuel Couceiro Prado (del entonces Consejo Nacional de Cultura, fundador de la Uneac y de las previas galería de arte Cinema Rampa y de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo a la que dedica su Semana de la Cultura el municipio Plaza de la Revolución en marzo), a los trabajadores de los astilleros Chullima y de la necrópolis Cristóbal Colón para que ellos mismos preservaran sus valores patrimoniales, y otros antecedentes de proyectos comunitarios mucho más allá (Couceiro, 2007a), todo lo cual apunta a toda una tradición que se rastrea al menos en 1887, con la enseñanza gratuita a los niños de la comunidad y educación nocturna a los adultos (tan revolucionarias entonces) por Eloísa V. Halloran y su esposo en el cementerio bautista, hoy Nuevo Vedado.

Pero claro que ni instituciones, ni estos y otros proyectos, por mucho y muy bien que trabajen, cubren (felizmente) toda la riquísima cultura comunitaria, incluso, tradicional; según las circunstancias, se revalidan tradiciones artesanales que solo en apariencia habían sucumbido frente a la industria, tales como vasos de papel en su función utilitaria, pero también barcos y aviones de papel para jugar, animaciones y otros juegos en papel y de grafito sobre papel y sobre el pavimento, así como sombras chinescas, adivinanzas, trabalenguas y muchas más.

Y lógicamente, el teatro calle (según algunos, callejero) que halló espacio en la heladería Coppelia y

en el portal del cine Yara, filmaciones de películas (espacios más ocasionales), galerías que se han improvisado o abierto para la calle, al igual que recitales y conciertos, librerías, teatros y cines; desde el 2007 se destacan las ocasionales Noches de los Libros y las de las Artes Escénicas en la calle 23, promovidas por la Unión de Jóvenes Comunistas; así como discotecas y algunos hoteles más que otros, que propician entornos particulares al arte como la proyección sobre pantallas gigantes. También las tres casas de Cultura (Calzada y 8, 37 y Paseo y desde marzo del 2002, la Casa de la A,¹¹⁸ en Zapata y A); Escuelas de Arte (Ballet, en L y 19; Artes Plásticas, en 23 y C, y Música, en 29 y F, y en 6 entre 13 y 15) y otros que, en mayor o menor grado, interactúan con el entorno comunitario, sobre todo, desde que en la última década del

¹¹⁸ El nombre propuesto por el autor de este texto a esta nueva institución, a partir de las investigaciones, fue el de Casa Timber, al ubicarse en el mismo casco histórico de La Timba, a fin de acentuar el dañado sentido de pertenencia local y apuntar en la definición de identidades con respecto al vecino reparto San Antonio Chiquito y toda la confusión en torno a la identidad entre ambos barrios. No obstante, el nombre aprobado por la dirección de la institución naciente fue Casa de la A, por encontrarse en la calle A; se agregó que su primera directora fue Amparo Sorís y la segunda, Amparo Parra; pero la tercera es María Teresa Vega... Sin más fundamento, se argumentó haberlo sometido y aprobado por encuesta con la comunidad, aunque esta encuesta nunca fue consultada para su valoración con el investigador municipal, designado para la asesoría científica en el territorio. Todo esto, por supuesto, invita para este y otros casos, al estudio de tales procedimientos por la impronta que tienen los nombres de las instituciones con sus respectivas comunidades, lo que igualmente compete al interés de la Antropología Urbana en su impacto social.

siglo xx, este ha devenido tema central, aunque no siempre acertado.

No falta el efectismo en algunas de estas exteriorizaciones desde las instituciones artísticas, incluso en colectivos ya antológicos para la cultura cubana; tal es el caso del grupo de teatro El Público, con su excelente versión de un clásico como *La ramera respetuosa*, cuyo título cambió por *La puta respetuosa*, pero sin la transculturación en la puesta que fundamentara tal cambio, más allá que su provocadora exhibición al contexto urbano inmediato.

Como un ejemplo entre tantos para analizar los resortes que sustentan la compleja dialéctica institución-comunidad sirva el otrora espacio de rock que era el Patio de María,¹¹⁹ contra el que se erigieron campañas de imagen de “rechazado por su comunidad”, pero que, en verdad, satisfacía a esa comunidad flotante, lo cual deja muchas más interrogantes, al comprobar que lo mismo ocurre contra los ensayos de comparsas, los bailables, la música de hoteles tradicionales y prestigiosos, contra homosexuales y enfermos de sida en su Centro Nacional de Prevención e, incluso, contra el público que asiste al más silencioso teatro.

Sucede que la insatisfacción manifiesta de algún vecino (incluido a veces el delegado del Poder Popu-

¹¹⁹ Nombre popular que sus seguidores le dieron por su promotora institucional María Gattorno, especialista y alma de esta institución, inaugurada el 4 de abril de 1980, donde hasta entonces había radicado la Sociedad Cultural del Príncipe, representativa de este reparto de San Antonio Chiquito cuando ya La Timba se extendía por él. Espacio pionero de su tipo en Cuba con todo el valor patrimonial que ello le confiere.

lar) suele tramitarse como “de la comunidad” cuando, en verdad, muchas personas sueñan venir a vivir frente a los hoteles, pero luego quieren cerrarlos; o donde imperan las áreas verdes, pero luego pagan diez pesos cubanos para cortar el árbol; o donde hay más “vida”, pero luego, generan auténticas riadas contra la población flotante. He aquí otro objeto de estudio en estos espacios para tomar las medidas necesarias, que, lógicamente, no han de ser fulminar la identidad ni las raíces de cada comunidad en populista complacencia de todo lo que pidan algunos vecinos que se erigen como la voz de todos, ni cerrar los espacios artísticos ni otras instituciones de urgencia social y, por ende, comunitaria; necesidades que también claman otros sectores (probablemente mayoritarios y, sin dudas, más representativos, participativos, aportativos y constructivos) de las mismas comunidades.

Espacios ocasionales: estudio de caso desde las artes

Pero la dinámica de estas comunidades urbanas va mucho más allá y se impone proponer el concepto de “espacios ocasionales”: aquellos que se generan con una identidad ocasional durante un tiempo mucho más preciso; en el caso de los espacios artísticos¹²⁰ suelen extenderse ocasionalmente verdaderos fenómenos

¹²⁰ Aunque los espacios ocasionales no tienen que ser exclusivamente artísticos: también pueden ser religiosos (como los que algunos grupos a veces hasta el fanatismo proselitista, han improvisado en la cascada del hotel Nacional, 23 hacia Malecón e Infanta, en estos primeros años del siglo XXI, con el supuesto objetivo de “redimir almas descarriadas”), comerciales, eróticos y de todo tipo.

dignos de interés tanto para la Antropología Urbana como para la Antropología del Arte (no menos necesaria y deficitaria en nuestro país: sirvan aquí algunos apuntes), los Estudios de Comunicación Social (Comunicología) y los Estudios Culturales, disciplinas todas que al ritmo de la postmodernidad se entrelazan de la interdisciplinariedad hacia la transdisciplinariedad, en auténticos eventos que marcan hitos en sus respectivas comunidades,¹²¹ además, para el arte cubano y toda la cultura, y para ello es preciso detenernos en algún ejemplo concreto, en virtud de que más que en otros estudios, aquí se exige del análisis casuístico.

Así, por ejemplo, vale la pena seleccionar por todas sus aristas y potencialidades de análisis, la exposición *Recursos Humanos* que protagonizó el colectivo Enema¹²² entre el 10 y el 28 de mayo del 2002 en

¹²¹ Como los Festivales Internacionales del Nuevo Cine Latinoamericano y otros festivales y eventos en general.

¹²² Este colectivo nació en el año 2000 en la Facultad de Artes Plásticas del Instituto Superior de Arte (ISA), bajo los auspicios de su profesor Lázaro Armando Saavedra González, y su membresía se mantuvo relativamente estable hasta el 2003, con pocas bajas y altas; en el momento que nos ocupa eran trece inquietos chicos todos de veintitantos años, que casi todos estudiaban el 4to. Año de la Licenciatura en Artes Plásticas: Lino Fernández García, Zhenia Couso, Nadieshda [Nadia] Inda, Hanoi Pérez, David Beltrán, Adrián Soca, Fabián Peña, Alejandro Cordovés, Janler Méndez, Edgar Hechavarría, Pável Acosta Proenza, Rubert Quintana y James Bonachea. Vale agregar que si bien el ISA es nacional y radica en el municipio Playa, más de la mitad de ellos, habían egresado de la Escuela de Artes Plásticas que radica en 23 y C, en pleno reparto Medina, es decir, una de las comunidades objeto de estudio, con las que su contacto por tanto, no era el primero.

y desde la Galería Habana en Línea y F, cuyo espacio fue extendido mucho más allá y de forma desigual cada día y a cada momento, en (con y mediante) la comunidad inmediata y por su más auténtico sistema de comunicación comunitaria. Más allá de la Mención Nacional de Curaduría que recibió en el 2002, constituyó todo un hito para la cultura cubana, sin que, sin embargo, se le prestara toda la atención que merecía.

La comunidad era la periferia sur de los Baños del Vedado al casco histórico del Vedado con su población flotante, sobre todo trabajadores y estudiantes; era una ingeniosa exposición de performances sucesivos y cambiantes día a día, en que cada uno de los 13 jóvenes improvisaba una nueva versión muy personal del que otro de sus colegas había realizado el día antes, y ello invitaba al público (exigía, en el mejor sentido, si es que quería apreciar la exposición completa y todo su rico sentido, de lo que era imposible abstraerse al cambiar de un día al otro y durante cada día y espacio) “marcar la tarjeta” diariamente, pues cada día eran 13 performances nuevos, que en cada espacio definían nuevos puntos de giro y ritmos en una exposición con vida propia y con una comunidad y espacios (extra e intragalerísticos) ocasionales dentro de lo ocasional, en una dinámica especialmente ágil y acelerada. De aquí que el público, tan diverso, era difícilmente contenido ya en la primera semana, con una respuesta y participación creativa comunitaria sin precedentes y todo un discurso cultural integral, que invitaría a escribir libros de reflexión sobre la sociedad cubana contemporánea, y sobre las manifestaciones en rigor.

Hubo que limitar la entrada en turnos, con cola en espera, pues el público no cabía en la instalación, y en su afluencia masiva y constante, hubo que velar porque los adolescentes no faltaran a clases en virtud de su cita diaria en la galería, todo lo cual es bien extraño en estas instituciones, aquejadas de soledad. Sin promoción apenas en los medios, el poder comunicativo en diario cambio de los 169 performances (en apariencia inocentes) de estos chicos ahora devenidos sujeto-objeto-arte en coqueteo con la cultura lúdica, reproducía y sistematizaba el más diverso público y lo incorporaba como copartícipe en la creación del hecho artístico, por lo que fue promovido casi exclusivamente por la voz popular, lo que propició un excelente ejemplo de la mejor y más eficaz comunicación comunitaria.

Trascendían al interés de otras disciplinas como la sociología del trabajo en Cuba, desde el propio título y la concepción general de la exposición pero mucho más allá de sus propósitos artísticos iniciales, en franco proceso retroalimentario (típico paradigma participativo de la comunicación), mientras revolucionaban conceptos galerísticos en continua interacción con el exterior comunitario cuya suciedad callejera (incluso al “limpiar” el garaje de la esquina y sus carros como “trabajo voluntario comunitario”), ayudó a conformar la pared mural, no por gusto la primera al entrar a la institución, en juego entre la vida ágil de los espacios públicos exteriores y la de la galería relativamente abierta, en tanto espacios institucionales para recibir público que incluyó de modo ocasional la sala de baño con una elasticidad y plasticidad nunca antes alcanzada, incluidos ocasionales juegos de luces y espacios “ciegos” a palpar con ojos vendados, y al exte-

rior mediante “vasos comunicantes”, filmación de videos, un “carrito mendicante”, pregones del periodiquero en función de la exposición, el bañarse en la vía pública, un tren de lavado de ropas amarillas como sus uniformes en el portal para toda la comunidad, y medios de transportación como carros, barquitos y aviones de cartón.

Los espacios se diluyeron, también ocasionalmente, internos y externos a un tiempo, desde una galería que se multiplicó en disímiles espacios, y tal vez por todo ello produjo la empatía consecuente: ora hubo adivinanzas, refranes populares y diversidad lúdica y deportiva, barreras del tráfico y cohetes voladores de papel, espacios sonoros distintos, incluido el erótico y sexual, referencias a la higiene, la salud y otras ciencias, al medio ambiente, al suicidio, la momificación y la muerte en general, costumbres del regalo, guardabolsos, formas parapsicológicas y religiosas, talento de artista, música, literatura, danza, audiovisual, cultura laboral, lo escatológico y toda iniciativa del público que, en resumen, proponía una reconformación (operacional, si no conceptual) de una suerte de comunidad propia generada por los artistas y su equipo de apoyo¹²³ entremezclados con la comunidad residente, estudiantil y laboral de las cercanías... y también el más heterogéneo “otro flotante”, simple transeúnte por los más diversos motivos, peatón o en cualquier vehículo que por la acción extragalerística al espacio

¹²³ Personal de la galería, prensa, profesores, expertos, intelectuales, colegas, amigos, familiares, parejas, vecinos de sus —otras— diversas comunidades de origen, desempeño y residencia, interesados y diletantes en general...

urbano inmediato, era atraído y luego cautivado, para integrarse a esta nueva “comunidad ocasional” atrapada por las más diversas e ingeniosas formas de interacción y sistematizada desde esta galería.

Los espacios ocasionales festivos

Los puntos de giro de estos performances nos invitan a pensar en una dramaturgia interna que el público protagonizaba de la mano de los chicos de Enema en una auténtica fiesta, en tanto genuino complejo cultural eminentemente alegre y, en apariencia, ingenuo, pero muy reflexivo (lo que no lo invalidaba como fiesta). Ello permite polemizar acerca del propio concepto tradicional (a veces, tradicionalista) de fiesta (entendida asimismo como complejo cultural alegre) para introducirnos en ese otro universo de espacios ocasionales (y en este caso, urbanos) que son las fiestas, y tratar de entender al menos, una igualmente difícil clasificación de fiestas populares y privadas.

Un excelente ejemplo de espacios ocasionales por fiestas son los carnavales en Malecón (anteriormente se extendían por toda la ciudad, pues las comparsas ensayaban y tenían como punto de partida y de regreso, sus mismos barrios) que, en el primer lustro de los ochenta, relativamente ocasionales, llegaban hasta la Fuente de la Juventud con la verbena del Riviera, aún añorada por la comunidad.

Entonces casi toda la población congueaba tras las comparsas y los diversos grupos sociales se entremezclaban despreocupada y felizmente: allí hicieron sede entonces desde toda La Habana y desde otras provincias diversos grupos sociales, entre ellos los

homosexuales (luego desplazados al parque Maceo en Centro Habana hasta que fue cercado), con los que después, en los baños de los carnavales, aún suelen intimar muchos supuestos heterosexuales. También eran famosas todas las opciones de juegos y de bailes de la verbenas del Rivera, así como comestibles y bebidas.

El carnaval se ha ido alejando hasta limitar con Centro Habana y finalmente perder la sede local en el 2005, recuperada hacia el 2008; pero aún nos distinguen otras festividades populares como las verbenas de El Carmelo todos los 5 de mayo desde 1994; eventualmente, ha sido “Plaza del Mar” en la calle 17 y en su homenaje, o en los jardines de La Tropical antaño pululaban las romerías, o la semana de la cultura en marzo, además del impacto local de fiestas y celebraciones particulares de diversos tipos, o la rumba popular en solares y cómo no, edificios, entre muchas otras.

Si vamos a definir la fiesta popular como aquella para la que no se precisa ninguna invitación, entonces pueden quedar en tela de juicio numerosas fiestas de santería, por ejemplo, a las que, realizadas por devotos y en sus casas y ambientes particulares, no asiste nadie que no sea afín con los habitantes de la casa en cuestión o, al menos, con otros afines. Recordemos que, en primer lugar, no todas las fiestas populares son tradicionales y, lógicamente, hay fiestas tradicionales que no son populares... al menos, no en el sentido en que acabamos de definir las.

En segundo lugar, las que pudiéramos considerar como fiestas privadas o particulares, para invitados, son bien populares; a menudo, más que las que hemos llamado así, en tanto son mucho más cotidianas y, no pocas veces, más del gusto y la práctica popular,

lo cual, por supuesto, también se matiza e identifica por comunidades; algunas llegan a ser prácticamente comunitarias, casi populares, sin requerir de mayores invitaciones, como en determinados contextos sucede con algunas fiestas de 15 o bodas.

¿Cómo entender las fiestas de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) que, aun cuando no suelen rechazar a personas ajenas, son más bien para sus propios miembros? Algo semejante ocurre con las fiestas sindicales y las de determinados sectores laborales, que no necesariamente son laborales y con las que sucede algo similar a las de santería.

Existen otras fiestas cuyo análisis es más complejo aún para este intento de clasificación. ¿Cómo clasificar, por ejemplo, las ya referidas y semiclandestinas fiestas gay o las “fiestas house”, nueva modalidad —siglo XXI— también clandestinas, en las que “hay de todo” ... hasta droga? Cualquiera puede entrar, basta con pagar la entrada; aunque es cierto que el clandestinaje y los prejuicios evitan que muchos las conozcan y asistan.

Queda tema para la polémica con respecto a la definición de fiestas populares; pero en ningún caso, con dogmas resultantes para imponer después. Para concluir este acápite es necesario agregar que la cultura conmemorativa es celebracional, pues incluye fechas históricas, por ejemplo, y que va más allá de la cultura festiva, pues no todas las conmemoraciones son festivas y también generan sus propios espacios, a veces, con impacto urbano.

Las fiestas populares han sido temporal y mecánicamente suplantadas por las ferias populares que retomaremos como espacios comerciales. Destaca por

su pretensión artística el carnaval de la calle, antecedente de los actuales festivales Arte en la Rampa. Promovía artesanías y la preservación de la Avenida de los Presidentes, cuya función de comunicación no podía afectarse y repararía sus bancos, según proyecto inicial de la Dirección Municipal de Cultura. Sin embargo, pronto degeneró al comercialismo con animales disecados (incluso ardillas) y venta de especies protegidas por la ley, en condiciones infraanimales, lo cual amparaban los policías que desconocían tales leyes. Esta actividad no arregló la avenida ni rescató las retretas, sino que dañó más el área verde y los bancos que quedaban y, además, interrumpía el tráfico... Para salvar sus mejores valores, se trasladó al cercano parque Víctor Hugo, la feria de artesanía en la Rampa, y paralelamente, la feria de Malecón y D.

Las fiestas privadas, a menudo concebidas como descargas íntimas con familiares y allegados, tienen un impacto urbano mucho menor e incluyen celebraciones familiares y de amistades muy cercanas: cumpleaños, que, sobre todo los infantiles, suelen ser menos privados y, por ejemplo, el Parque Zoológico de La Habana ha devenido sede casi tradicional como espacio institucional público con un microurbanismo que lo identifica; además, las familias alquilan para estos fines y costean payasos y otras atracciones para los más pequeños y, cómo no, a menudo para ellos mismos y su propio ego; los Días de las Madres y de los Padres (segundo domingo de mayo y tercero de junio, respectivamente), el simple deseo de festejar, y las tertulias, según sectores sociales e intereses, a veces con cierta sistematicidad, no siempre en instituciones, y también, probablemente las más íntimas,

el Día de los Enamorados (14 de febrero) y fechas similares que se desean celebrar. Otro tipo de fiestas privadas alcanza mayor impacto urbano según la familia y su comunidad: así están las tradicionales fiestas de 15 y las bodas en primero y segundo lugares, aunque hay otras importantes como las despedidas de soltero o soltera, por ejemplo. En todos los casos, la fiesta es un complejo cultural que incluye arte, a menudo popular, y otras manifestaciones con diverso impacto urbano.

La Madriguera, sede de la dirección provincial de la Asociación “Hermanos Saíz” —agrupación de jóvenes artistas cubanos—, dadas sus celebraciones y su arte, fue ubicada en un contexto donde su osadía en todo sentido (recordemos los tres Festivales de Arte Homoerótico entre el año 1998 y el 2000, y las festividades que propiciaban, entre otras) y las posturas contestatarias que han distinguido tradicionalmente al arte joven, no alcanzaran más trascendencia urbana, como la que lograron a finales de la década del ochenta. En aquella ocasión, entre otras acciones, extrapolaron los espacios de las galerías, que tan estrechos quedaban a sus preocupaciones sociales, para inundar las calles con el mobiliario y desarticular la galería en sí, hasta retomar en irónica crítica, los letreros de todo tipo con que la peor seudocultura popular ha lacerado paredes y puertas de baños, monumentos públicos y otros bienes, a menudo patrimoniales. En las comunidades en estudio, ello se vivenció en Línea y F desde la galería Habana con la consecuente interrupción del tráfico, en la Casa de Cultura Municipal en Calzada y 8, y cuando decidieron jugar pelota, porque

decían que era lo único que podían hacer para evitar las reacciones que sus obras suscitaban.

Este arte, válido en sus mejores acepciones, alcanzó exponentes antológicos, aunque a veces se desorientaba, con trascendencia urbana y profundas motivaciones sociales. Al reducirse a La Madriguera, en un contexto tan patrimonial como la Quinta de los Molinos, ha chocado con el patrimonio y, en particular, con el Jardín Botánico más antiguo que queda en Cuba, cuyos valores ya estaban altamente dañados; a las actividades lógicas y a menudo muy positivas y enriquecedoras de La Madriguera, pero sin inserción armónica en el contexto, se añaden las ferias populares e intentos de verbenas para mayor amenaza, y el concepto reduccionista, populista y comercialista de “actividad cultural”, cuya música suele ser la peor y más facilista, y suele degenerar ruido contaminante y agresor.

De diversos tipos de espacios ocasionales a los espacios andantes

Los espacios sonoros, casi siempre ocasionales, no dados por el entorno tangible, sino por la sonoridad con que dicho entorno es inundado, bien pueden ser antivalores, en el caso de los ruidos contaminantes y agresivos, por ejemplo de construcciones o personas que hablan muy alto, vehículos o instalaciones u hogares que elevan los decibeles de una música desacerpada o, por el contrario, valores positivos, en el caso de una música adecuadamente seleccionada y con los decibeles debidos, según cada contexto.

Otro tanto son los espacios olfatorios, también se aprecian antivalores allí donde proliferan desechos y materia orgánica en descomposición, baños sobre todo públicos e institucionales sin la atención imprescindible, o el que portan determinadas personas sin el aseo necesario o que no controlan (o no pueden controlar) sus gases en áreas cerradas y, por supuesto, con valores positivos donde hay ambientadores o se siente el olor agradable de un perfume o de una buena comida.

Esta última nos relaciona con los espacios culinarios (comerciales o no, estatales o privados) que abundan más, son más visibles y devienen espacios andantes en el carrito del helado con su impronta sonora, o en los fiambres y otros que se suelen consumir durante el camino; no obstante; muchas recetas originarias, raigales o identificativas de múltiples comunidades e instituciones del territorio se conservan tradicionales, pero en otras comunidades e instituciones y en la cocina doméstica, como consecuencia de la ágil dinámica que identifica a estas áreas metropolitanas, lo cual exige una política de educación y preservación de este patrimonio y valores locales para que, al margen de que se generalicen, constituyan ofertas especiales allí donde tanta impronta tuvieron antaño.

Los espacios de estudio son mucho más universales y ocasionales que los espacios escolares, los cuales se identifican con impacto urbano por algunas edificaciones, el ambiente de libros y libretas, algunas señalizaciones, conversaciones y expresiones y, sobre todo, los uniformes allí donde están implanta-

dos (que no son todos) con los que devienen espacios andantes, incluidos los focos dados por los puntos de recogida de becarios. Los espacios científicos, más estables y de menos impacto urbano, son mucho más restringidos y localizados que otros espacios laborales (que difieren según cada sector con su propia cultura y tradiciones, incluso, por institución y hasta instalación, departamentos, ocupaciones concretas, etc., entrelazados con otras afinidades), si consideramos que la ciudad es, en sí misma, fruto laboral, y la gran diversidad de labores que se realizan continuamente, incluidas las tareas domésticas, si bien el imaginario reconoce como tales básicamente las obras de construcción y similares, y no tanto así, por ejemplo, el trabajo de artistas y otros muchos, sobre todo de los servicios que relacionan con el necesario esparcimiento.

Los uniformes suelen devenir espacios andantes de los centros laborales donde están impuestos, a manera de promoción de estos, y es el caso de policlínicos y hospitales (a veces con servicio de piqueras y ambulancias, también espacios andantes y contextualmente, sonoros) que, al igual que los escolares, se identifican en menor grado por las edificaciones, conversaciones, expresiones y señales en la vía pública. Los uniformes se agradecen en tanto es acceso a otra ropa y a veces calzado, aunque a menudo el diseño o el color no son del gusto de quienes tienen que usarlo, o no son lo suficientemente funcionales.

Todo lo anterior demuestra una vez más, la necesidad de rigurosos estudios integrales comunitarios antes de ubicar cualquier institución, estudios

en los que la Antropología Urbana también ha de cumplir un importante papel.

Por otra parte, además, un mismo espacio puede conocer los peores y mejores ejemplos de espacios artísticos ocasionales. Así, los Festivales de la Trova (finales de los ochenta) en el parque “Mariana Grajales” —otrota parque Medina— en 23 y C, al no instalarse baños públicos (no se define si por falta de previsión, por facilismo, por moralismo o por razones económicas) todo el parque devenía un gigantesco servicio público extendido hacia la vía en tan céntrico lugar.

Pero el análisis de los espacios ocasionales ha de ser tan casuístico como lo son dichos espacios: en el mismo parque “Mariana Grajales”, un excelente ejemplo de espacio ocasional artístico son los Festivales de Escultura Efímera, generados ya en el tercer milenio por el Centro Experimental de las Artes Visuales “José Antonio Díaz Peláez”, desde 23 y C, frente por frente al parque, el cual, tanto por la escultura de Teodoro Ramos Blanco que le da nombre, como por otras obras (los leones, por solo citar una) y su diseño ambiental, al que se integra el entorno arquitectónico y urbanístico, implica valores artísticos que siempre conviven y subyacen entre los restantes. Sin embargo, estos festivales, que se realizan de mayo a junio desde el 2003, imponen todo un espacio eminentemente artístico que impacta y fluye por 23 a ambos lados, en la memoria visual y el sistema perceptivo y sensorial de cuanto transeúnte viaje a pie o en cualquier tipo de vehículo y luego vuelve a ser el espacio ya habitual, hasta el próximo festival... Tal vez por

definición, los espacios ocasionales (artísticos, en este caso) constituyen fuente constante de nuevas propuestas.¹²⁴

En contraposición a las fiestas, los “espacios de miedo” son igualmente diversos: por su peligrosidad social (ocasionales según el horario, algunos simplemente por haber sido escenario previo de desgracias) y los que pueden imponer, por ejemplo, la superstición a las escaleras u otros tantos fenómenos, así como la oscuridad: algunas vías públicas, instituciones y viviendas iluminan parcialmente su entorno nocturno, unos más oscuros que otros, muchos ni eso, y según cada contexto, los transeúntes y, sobre todo, los caminantes, temen que los asaltantes se amparen bajo el cobijo de las sombras y exploten el factor sorpresa para sus fechorías, a pesar de la vigilancia nocturna que se orienta pero es irregular y no siempre efectiva. Otros son generados por un accidente, un posible derrumbe, una cárcel, una estación de policía, un hospital, un cementerio, una funeraria o una morgue, con la consecuente inspiración para las leyendas locales a partir de la

¹²⁴ El teatro de *play back* (a mi juicio, un tipo de teatro participativo y reflexivo de valor antropológico que improvisa las escenificaciones sobre las vivencias y preocupaciones de los espectadores) iniciado por Jonathan Fox, en Nueva York, entre los años 1970 y 1980, en el siglo XXI, fue introducido en La Habana Vieja y Marianao, ya se expande por toda la capital y sirvió para que en la Casa de la A, en el casco histórico del barrio Pan con Timba, el propio público diera las conclusiones del IX Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura, Plaza de la Revolución, el 16 de marzo del 2006, por medio del grupo de teatro de *play back* de Lourdes Zayón Jomolka.

fertilidad del imaginario popular; así como aquellos heredados tradicionalmente en la memoria histórica local que suelen mezclarse con leyendas previas o el respeto que a veces linda con el miedo y que suele imponer el uniforme militar desde sus espacios, incluido el que denomino espacio andante, pues se porta dondequiera que vayan; personas temibles o temidas por motivos tan diversos como la propia reputación de peligrosidad o deformaciones y enfermedades visibles contagiosas; gatos negros... todo lo cual se potencia aún más con las fobias de cada individuo hasta lo inimaginable, y con las vivencias, psicología y formación de cada cual, aunque funcionan a nivel social y por comunidades.

Los espacios comerciales en la economía y en cada comunidad

Los espacios comerciales en 12 y 23; mercados como los de 19 y B, 15 y 24, Tulipán y Marino, y 17 y K; las tiendas, y las ocasionales ferias de Línea, 17 o la Plaza, provocan diversas reacciones de la comunidad ante tal población flotante y el deterioro local. El comercialismo amenaza el patrimonio urbano, y se imponen las *shoppings* y Di tú hasta el cotidiano habitual, análisis en que la promoción del producto merece espacio particular.

Lo que Martín Barbero (1981) refiere con respecto al supermercado es, en este caso y salvando distancias, relativamente aplicable a nuestras *shoppings*, pero más a las grandes tiendas en divisas (el Mol de Paseo) y, sobre todo, a las de los hoteles (en particular el Meliá Cohiba, aunque ningún hotel ni ninguno de

los servicios —que no son solamente tiendas— en divisas, son desestimables de este análisis; más impersonales y “narcisistas” a decir de Barbero, pues en efecto, hasta el empaque media y remultiplica las mediaciones), donde imperan la racionalidad y funcionalidad, hasta cierto grado, del “fetiche del objeto”, en una moneda que no es la básica ni mayoritaria para el trabajador cubano.

Resulta un divorcio entre el trabajo para satisfacer el consumo y las opciones reales de consumo, y el trabajo disminuye su función de sostén económico mientras la canasta “básica” no llega a ser mínima. Lo que Martín Barbero define como “economía de abstracción mercantil”, aquí se podría definir como “consumo de abstracción laboral”. La ética tradicional del cubano humilde se siente al menos confundida: “el trabajo honrado nos debe sostener”, y se resiente en un mayor desinterés laboral y, a veces, corrupción, frente a los mejores casos de realización profesional y amor a su trabajo con los beneficios sociales.

La “lógica de equivalencia” de los supermercados de Martín Barbero aquí se distorsiona en esencia, desde la propia equivalencia que no se da regularmente con el trabajo del cliente nacional, salvo excepciones. No obstante, el ambiente de las “plazas” que refiere el citado autor (“intercambio simbólico” según Barbero, aplicable también a nuestros Di tú y Rapiditos —al margen del dólar y hoy el CUC, que reclaman por sus servicios— hasta nuestros supermercados, plazas, ferias y otros comercios menores en moneda nacional, a veces con carestía casi proporcional o menor calidad), en que predomina una comunicación no tan racional con un espacio sonoro

igualmente disfuncional, de alguna manera amenaza (cuando no se hace sentir también) en las grandes tiendas en divisas.

Claro, aquí tampoco hay la “positiva emisión” que refiere el colombiano, excepto cuando venden sus propias mercancías, no las del Estado. Esta “positiva emisión” suele hallarse mejor en los vendedores clandestinos, temerosos por la hostilidad oficial, pero constantes y relativamente variados.

En Cuba, donde solo a finales del siglo xx se revaloran los estudios de mercado, la publicidad de productos no llega a través de los medios de difusión masiva, ni siquiera en el caso de las *shoppings*, como sucede en los supermercados de Martín Barbero; pero sí ocurre en todos, incluso en las *shoppings* (menos aun en los hoteles y Mol por la presión de las autoridades públicas), que las “plazas” (“a medio camino entre las plazas del mercado campesino [...] y el supermercado”, en nuestro caso más cerca del primero por lo general, y al margen de una visión exotizada y dogmatizada por definición de ambos, al menos para nuestra realidad) salen al encuentro del consumidor en la calle, sobre todo, con el comercio clandestino en las comunidades objeto de estudio.¹²⁵

En particular, en mercados como el de 17 y K y el de Tulipán y Marino (atendidos por el Ejército Juvenil del Trabajo, famoso por su mayor acceso a la economía familiar cubana y su mayor variedad), o el de

¹²⁵ En los comercios legalizados, estas salidas al encuentro del consumidor son notables en el llamado Barrio Chino de La Habana, pero este no se encuentra entre las comunidades objeto de estudio, sino en el aldeaño municipio de Centro Habana.

19 y B, cada uno “conjunto de puestos” (Martín Barbero, 1981), lo interesante es ver dentro de cada puesto, cómo se impone la personalidad del vendedor y sus allegados. Cuando se concibieron los Mercados Libres Campesinos (19 y B, 15 y 24) y algunas ferias ocasionales (en la Plaza de la Revolución, 17, Línea), así como las artesanales (la Rampa, Malecón y D, G), el objeto devino espacio de encuentro y constitución de los sujetos, inscrito en la lógica de la ambivalencia y el deseo, como refiere Barbero en lo que llama “plazas”.

El populismo en los medios de comunicación masiva, que durante décadas desatendieron la publicidad en justa y necesaria lucha contra el comercialismo, en contraposición a sus campañas connotadamente educativas, acelera la reversión. Los códigos del comercio clandestino, sobre todo de comestibles y a domicilio, molestan, pero fijan clientes y áreas, y al igual que los ambulantes, apuntan a espacios comerciales andantes. Los precios determinan a los compradores y pese a las restricciones por contaminación marina, la pesca, desplazada por una cultura urbana en la que se reabsorbe, degenera en daño al medio ambiente y a sus consumidores, y accidenta a los tradicionales paseantes del Malecón. Pero el pregón, incluso clandestino, aún indica la salud y gracia del ingenio cubano y nuestro cosmopolitismo.

Se revitalizan los antiguos vendedores ambulantes del Malecón y, cerca de escuelas y centros de trabajo, de golosinas escolares, así como refrigerios para trabajadores. La libreta de productos industriales pierde funcionalidad por la dudosa calidad de los escasos rubros a que permite opción y solo queda adquirir

estos productos en tiendas en divisa o algunos en su equivalente nacional, no por ello con calidad garantizada; en cambio, la libreta de productos alimenticios mantiene total vigencia, uso e, incluso, urgencia para evitar el acaparamiento, reventa y encarecimiento de los escasos productos que ella garantiza a precios accesibles, incluidos aquellos que el individuo no consume o prefiere sacrificar para satisfacer necesidades financieras, cuando la política de precios le hace competencia y los encarece también mediante el acceso de la libreta racionalizadora; productos que en el comercialismo (más que el comercio) llegan a ser adulterados sin escrúpulos (lo que ha producido consecuencias fatales) por particulares y estatales; en el caso de estos últimos se apropian del sobrante y, a menudo, estafan a los clientes, a quienes restan mercancías, y a la propiedad social.

La nueva coyuntura de la doble moneda (mediada por el peso cubano convertible) propicia un determinado público para las tiendas en divisas. El cambio ilícito compite con las casas de cambio estatales, que luchan por evitar los desenfrenados valores que el dólar estadounidense alcanzó durante su liberación inicial (momento que condujo a serias crisis éticas pues luego de haber sido causa de condenas a presidio, su tenencia se convertía en urgencia para la supervivencia y de antivalor pasaba a ser valor positivo de primera línea) en detrimento de la economía nacional y de los salarios estatales.

A todo lo anterior se suma el mal servicio no solo por la escasez y calidad de la mercancía, sino básicamente por la mala atención que con frecuencia se ofrece a los clientes, a veces hasta el maltrato, sobre todo

en establecimientos estatales, a menudo enajenados por el resultado de su labor, a pesar de los altos precios, incluso en divisas, lo que agrava la insatisfacción de necesidades elementales y el descontento consecuente con todo el impacto en la vida de cada comunidad, problemática de la que no escapa ningún sector en peligroso círculo interconectado de maltratos.

Otros espacios urbanos denotan diversos rasgos de la vida económica municipal: la nueva modalidad que implica la agricultura urbana trata de enfrentar las insuficiencias del período especial, si bien cuenta con antecedentes raigales que nunca se perdieron en determinados focos como en San Antonio Chiquito y Puentes Grandes, con raíces rurales o semirurales más frescas, al margen del urbanismo tardío y singular.

Los espacios en las vías públicas y de transportación

Igualmente impacta el transporte, principal renglón económico del municipio, a partir, por ejemplo, de las oficinas de Cubana de Aviación en la Rampa, el paradero ferroviario de Tulipán en el reparto Hidalgo, la Terminal Nacional de Ómnibus y sus agencias, como la de 21 y 4 (donde tampoco faltan la reventa y el comercio clandestino), adonde acuden los interesados en viajar, y todas las vías rápidas de comunicación, en espera de guaguas, taxis y botellas o aventones.

Estos contextos se agravan pues las condiciones para esperar un ómnibus o el necesario descanso han sido eliminadas o se han hecho costosa e innecesariamente más difíciles: a muchas paradas de guaguas se les han retirado los asientos y demolido los

techos, lo que junto a la deforestación expone a todos al sol cada vez más dañino, lo que se une a los cambios de rutas y de paradas, a menudo absurdos, sin aviso, y la desinformación en los propios ómnibus; todo ello empeora las largas esperas y aun cuando se percibe alguna mejoría en el transporte (como en los restantes problemas) suele durar poco o involucionar, lo que mina el credo y la esperanza. Ha comenzado el 2008 con una sensible y más duradera mejoría del transporte, y una certera música antiestrés que depende, sin embargo, de la voluntad, prejuicios y cultura del chofer. Numerosos muros que servían para que el transeúnte tomara un descanso han sido cubiertos con pinchos para evitarlo, tanto por particulares como por instituciones, en franca hostilidad hacia la población flotante, lo que degenera en una imagen de inhospitalidad capitalina, pero son sus nuevos inquilinos (abundan los inmigrantes) los que así lo deciden, generalmente también para ostentar su poder de “nuevos ricos” y una supuesta distinción consecuente.

La cultura vial y toda la trama urbana une, orienta, advierte e identifica otros espacios y llega a constituirlos en sí mismos con su propio paisaje identitario por focos a partir de semáforos y cebras y otras señalizaciones, todo tipo de vehículos en cantidad y cualidades según la vía concreta, aun cuando se modifique con la contemporaneidad o momentos particulares como el llamado período especial. Eso incluye el grado de cumplimiento de las regulaciones del tránsito y los accidentes, así como el código moral de los conductores que protegen o destruyen los *parterries* y aceras, cuidan o atropellan la fauna de la

calle, dejando focos infecciosos urbanos y, lo que es peor aún, que denigran de los más elementales valores humanos; esto se hace extensivo a los peatones, que cuidan o deterioran los jardines públicos y el arbolado, y a los promotores de actividades en las que se cierran las calles atentando contra su más elemental función o destruyendo el entorno urbano, porque las leyes ambientalistas son insuficientes y poco aplicadas (Couceiro, 2001a).

En tal paisaje está la acción constructiva, destructiva o reparadora de instituciones, individuos y comunidades con respecto al estado de las calles y el sistema de alcantarillado (que denigra el paisaje y la salud comunitarios); las cloacas y vertederos, y el uso tradicional y actual con que los parques han devenido protagonistas en tales comunidades; así como un sistema de vida identitario en que, por ejemplo, quienes residen en vías rápidas de comunicación o bajo la gran masa de población flotante, cuidan más su imagen personal y su protección para cualquier gestión cotidiana en el vecindario o para abrir la puerta al visitante y, en resumen, tienen que vivir más a puertas cerradas (incluidos edificios que cierran con llave pero sin sistema interno de comunicación con el exterior, lo que resulta molesto para el visitante y hasta para el residente que ha de estar más al tanto de sus visitas e, incluso, para el resto del vecindario por la contaminación sonora consecuente, cuando el recién llegado tiene que gritar desde la vía pública y entre vehículos, lo que además implica otros peligros) que quienes viven en calles más intrincadas y tranquilas, donde también se han cerrado edificios con similares afectaciones según cada contexto. Con ello pretenden

mayor seguridad ante una población flotante diversa y desconocida, que ha usado los locales internos de la edificación para sus necesidades fisiológicas y sexuales debido a la falta de espacios para ello, y otros, incluso, para delinquir, con no pocos resultados fatales.

Espacios recreativos y otros espacios públicos

Escasean los espacios urbanos para juegos y diversión, sobre todo para adultos; el más significativo y tradicional es el Jalisco Park en 23 y 18 con todo el impacto urbano inmediato (visual, sonoro, emotivo, culinario, etc.), genuino patrimonio local al que el cantautor Carlos Varela dedicó su disco en 1989. Llama la atención su ubicación para niños en medio de tan peligroso tránsito, sin que nunca haya habido un problema; este espacio es muy añorado por su comunidad. Le sucede el parque recreativo infantil del Jardín Zoológico de La Habana, con menor impacto urbano, no más allá del que impregna al microurbano interno de dicha institución hacia el sur municipal, origen de Nuevo Vedado.¹²⁶

¹²⁶ En menor grado hay varios parques recreativos para niños, también en círculos infantiles y jardines de la infancia, así como el parque Almendares allende el río, al entrar en el inmediato municipio Playa, para diversas edades y que se divisa desde el puente, incluido el campo del golfito que sienten suyo nuestras comunidades noroccidentales. La contemporaneidad ha introducido las salas de computación, cuya impronta urbana se limita al exterior inmediato de estas instalaciones y las expresiones y comportamiento ulterior de sus asiduos. Los jóvenes y los adultos cuentan sobre todo con centros nocturnos, de pronto devenidos discotecas, discotembas y discofiñes, con alto reclamo; entre las más famosas actualmente, el tradicional Turf, y más recientemente, una ludoteca en La Pera.

Tampoco hay espacios urbanos para las mascotas, que implican valores afectivos y contrarrestan tensiones; pero sin una cultura encaminada a aprovechar que sus excretas sirvan como abono orgánico en las áreas verdes, así como otras insuficiencias de un programa de educación ambiental en nuestras ciudades, las relaciones entre vecinos suelen lacerarse por intolerancia contra otras especies, además del alto grado de contaminación del césped y el ambiente, en general, que enferma a la fauna doméstica y silvestre, y exige para ellas mayor atención;

No obstante, es en las fiestas de cualquier edad, donde más se evidencian los juegos, según la identidad y creatividad de sus participantes, así como en los planes de la calle infantiles con el impacto urbano consecuente, en ocasiones calles cerradas y las secuelas pertinentes, además de otros momentos, sobre todo, en juegos que exigen espacios abiertos y, por ende, se realizan en aceras, portales, calles y parques. Es notable la urgencia de combinar adecuadamente con los mejores juegos contemporáneos, y revitalizar los tradicionales de alto valor que aún rezan en la memoria histórica local, que además de divertir, incentivaban la creatividad, la fantasía y los mejores valores humanos en general, desplazados por modismos, por la seudocultura de la violencia por la violencia, y por la cultura de los adultos copiada por los niños, a quienes se la inducen de diversas formas, casi siempre sus peores valores, descontextualizados y degenerantes, sobre todo para las primeras edades, en todo lo cual los medios de comunicación masiva y una inadecuada actitud familiar ante sus diversos espacios, son protagonistas. Aún subsisten juegos degenerantes como el tirapiedras contra gorriones, lagartijas y otros seres como las mariposas, que tanto embellecían nuestra ciudad y han desaparecido, además de provocar daños a menudo irreparables, sobre todo, entre los valores de sus practicantes. Tristemente, el verbo “mataperrear”, como forma de recreación de muchos niños, jóvenes y hasta adultos, se acerca demasiado literalmente a la realidad.

mientras tanto, hay quienes exigen un supuesto derecho a transitar por céspedes y *parterries* (que según ellos no deben cerrarse para jardines como raigal y tradicionalmente se identifican estas comunidades) y a que sus hijos jueguen en esas áreas hasta su deterioro y con peligro para su salud. La indolencia ante el abandono de mascotas empeora todo el ecosistema urbano, agredido de muy diversas formas, lo que resulta agravado por el criminal facilismo de la seudoeutanasia.

El turismo de solidaridad (que algunos llaman “turismo civilizatorio”, pero que no necesariamente debe confundirse como tal y sería menester definir cada uno de ellos) ha logrado un impacto urbano al mejorar ciudadelas, viviendas, instalaciones, calles y aceras: algunos, focos infecciosos; otros, peligros de accidentes a veces irreparables; sin embargo, las rejillas de alcantarillas violentadas no requieren en lo absoluto de apoyo económico, sino de la sensibilidad de la comunidad y de las entidades. Lo mismo sucede con los hitos kilométricos o mojones que en las esquinas orientan al visitante y que por diversas razones (según los testimoniantes y corroborado por la observación participante: temor, indolencia, falta de visión, no querer asumir el pago económico o el pequeño trabajo que implicaría devolverlo a su función...) son arrancados en medio de la tolerancia de muchos, como también ocurre con los teléfonos públicos, los contenedores de basura (maltratados, hurtados y hasta quemados), lo que propicia focos de infección pública y deteriora (además de los hábitos de la población, tanto residente como flotante, cuando no encuentra dónde botar los desechos cotidianos) nuestras costas, el río, las áreas verdes, los parques... en fin, la urbe toda.

Los espacios religiosos y de fraternidades

Los espacios religiosos, originados a partir de iglesias, templos y casas templos con sus parques y santos patronos, minimizados al prohibirse las procesiones, durante y, desde la década finisecular, han recuperado y recontextualizado parte de su auge, sobre todo, como espacios andantes, tras la relativa apertura oficial con el Consejo de Iglesias de Cuba y los Pastores por la Paz, y con el catolicismo papal y sus prédicas tras la visita del Papa Juan Pablo II y su misa en la Plaza de la Revolución el domingo 21 de enero de 1997.

Con mayor tolerancia por parte del Estado, la crisis ha incentivado la religiosidad y se evidencian sus manifestaciones, aunque también se ha develado la tradición hasta entonces oculta, más visible ahora pero que existía igualmente tanto antes como después de dicha apertura relativa, solo que con sus diferencias prácticas al contextualizarse en cada momento y, por supuesto, con la respetable excepción de los valientes consecuentes consigo mismos; así como morbo, modismos,¹²⁷ curiosidad, oportunismo económico por sus recursos, medicinas, vínculos con el extranjero y opciones de viajes, y hasta refrigerios y almuerzos ocasionales a módicos precios, además de otras necesidades materiales y espirituales, con impacto urbano en el cuidado y atención a estas construcciones y a la

¹²⁷ Seudocultura o kitsch de la moda: aquella que se asume acríticamente, se importa o se prefabrica y deviene esencia por la cual el individuo vive, aplicable a cualquier aspecto de la vida, y no solo al vestuario, pelado y peinado o maquillaje y accesorios; en todos los casos refleja insuficiencia cultural.

población diversa que a ellas acude, sobre todo, en las tradicionales celebraciones cristianas. Se ha mantenido la triste tradición de máscaras políticas y religiosas, que denunciara el presbítero habanero Félix Varela hace doscientos años.

El esqueleto judeocristiano de nuestra cultura occidental se evidencia en multitud de topónimos, pero en la toponimia popular las fortalezas militares han perdido sus raíces religiosas salvo rara excepción, lo que sustenta la hipótesis de una nueva época que contrapone objetivos militares y cristianos para dejar atrás definitivamente lamentables momentos de la cristiandad. Se conserva, sin embargo, en casi todas las comunidades que nos ocupan (como es común en nuestra cultura) la regencia de una iglesia que recuerda su origen y casco histórico local (Couceiro, 1998a y 1998b); caso típico es la del Carmelo o “del Derrumbe” con su parque, su historia y su cultura identitaria en plena revitalización cada 5 de mayo. La parroquia del Vedado completa el casco histórico de este barrio: su ausencia inicial atrasó la aprobación oficial del reparto. La iglesia de Jesús Obrero, atendida primero por las monjas de Santa Teresa de Calcuta y hoy por los dominicos, se dedicó a la prevención social en El Fanguito, y en cada comunidad los espacios religiosos cumplen funciones distintivas, con diversos grados de aceptación o, al menos, tolerancia, y en ocasiones, franca hostilidad al otro religioso, ambiental, de diferente orientación sexual..

Así, por ejemplo, de Medina a Príncipe, reinan Santa Catalina de Siena y las Siervas de María; en Nuevo Vedado Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en Kohly, con monjas mexicanas, y en otras comuni-

dades de la misma barriada, las catalinas, la inconclusa capilla de Conill, La Salle y los jesuitas, que la Revolución convirtió en escuela con espacio deportivo; en La Julia, la iglesia greco-rusa ortodoxa; San José en La Pera; en Peñalver la escuela de los Hermanos Maristas, hoy politécnico; el Centro Teosófico con mucho menor impacto urbano por su perfil, y la capilla de Cristo Rey, probablemente la única construida durante la Revolución en Cuba y que atendía el sacerdote del Ejército Rebelde Guillermo Sardiñas, con su festividad de Cristo Rey; el templo pentecostal y los evangélicos en el Rebollo del Carmelo, donde hay que puntualizar el auge con que los pentecostales, en torno a su templo de 17 y 26, están dominando las comunidades de la Extensión del Carmelo, Rebollo y Las Canteras desde finales del siglo xx.

Hacia la Rampa se enseñorean desde el Vedado inmediato San Juan de Letrán, la iglesia metodista y la iglesia bautista William Carey. No por gusto la de San Juan de Letrán, con sus tradiciones en la educación superior, se ubica aquí en 1927, durante el llamado proceso de restauración de La Habana Vieja, en las proximidades de la Universidad a cuyos fieles sirve (y que siempre atendió por siglos en La Habana Vieja de hoy), así como a artistas e intelectuales, sobre todo en estas comunidades donde este sector halla sede nacional principal, aunque no faltan solares y marginales no reconocidos por la imagen social sobre esta comunidad. Esto, por quedarnos en el impacto urbano a partir de la identidad arquitectónica que domina y por la que fluye toda su cultura y su impronta, y no remitir al resto del complejo abanico religioso local que ya hemos señalado antes, en espacios andantes y demás.

Los dominicos dominan estas barriadas norteñas hasta convivir con los carmelitas originales, ya no tan absolutos en comunidades de tan rica diversidad histórica intrínseca al cosmopolitismo local, donde las sinagogas hebreas ostentan su esplendor: la asquenazi, con la Comunidad Hebrea de Cuba, impera en su barrio desde Línea a 13 e I y sus inmediaciones hacia el sur; la sefardí en 17 y E, y otra ya desaparecida en 21 y G, donde antes radicó la Sociedad Cultural de Medina y Príncipe. La Asociación de Autorrealización (yoga) en la Estancia del Carmelo, principal templo hinduista, apenas sin impacto urbano por su propia introspección, trasciende sin embargo a los Ba'hai, de origen iraní decimonónico, en los Baños del Vedado. La bandera del vodú, de raíz haitiana, radica en el reparto Hidalgo, y los Testigos de Jehová sellaron el solar de los Chala o del Blúmer Caliente, El Fanguito y el lamentable deterioro de la antigua casa jardín de los Loynaz.

Espacio urbano más discreto lograron las logias masónicas y fraternidades con bustos y monumentos a sus figuras relevantes: tradicionalmente marginados por la religión oficial católica papal, en territorio tan "oficial" carecen de sede y se ubican en las cercanías, al igual que los ñáñigos, quienes por su economía e instrumental apenas dejan huella urbana a pesar de haberse detectado una potencia en el Vedado hacia el segundo cuarto del siglo xx, como ocurre por sus prácticas más "a puertas cerradas" con el espiritismo en numerosas casas particulares de casi todo el municipio, sobre todo, de mesa, pero también cruzado y de cordón, al que se le atribuyen raíces precolombinas y que se desarrolla por ejemplo, entre el barrio del Coppelia y la Rampa, donde menos lo concibe el imaginario.

El catolicismo popular y los santeros con diversos orichas en La Timba, solares y edificios del Carmelo, casas de inquilinato y rascacielos del Vedado, casi indistintamente alcanzan impacto urbano con sus festividades, su vestuario ocasional o aditamentos característicos de sus practicantes y la gran heterogeneidad identitaria y, como suele suceder, en una misma persona y hasta en una misma acción, transculturán la santería, el palo y el espiritismo, con sus remanentes judeocristianos y otros. El complejo cemen-terial, las fiestas, celebraciones, hábitos, costumbres y vestimentas particulares,¹²⁸ incluida la gesticulación y la religiosidad más allá de los fieles, explicitan

¹²⁸ El tema de la vestimenta trasciende en mucho a la religiosidad y propicia un perenne choque en que sobresale la dinámica local entre tradición y contemporaneidad, degenerada entre conservadurismo, a menudo reaccionario, y liberalidad acorde con los nuevos tiempos, lo que también identifica a estas comunidades y sus focos del resto de la ciudad y del país, y entre sí. Tal es el caso de instituciones diversas que prohíben la entrada masculina en short y desmangados, aunque las mujeres sí pueden entrar con sayas cortas y escotes pronunciados, lo que a todas luces margina al varón y lo suele enfrentar a situaciones difíciles; mientras otras instituciones de igual tipo y categoría admiten tal vestimenta. Así hay mayor liberalidad para los estudiantes en la Colina Universitaria, que en algunas sedes universitarias municipales, sin mayor explicación, aunque estas últimas luchan, con toda justicia y razón, por la misma valoración, mas estas restricciones impuestas, como si a ello se redujera la ética y el respeto, no las acompañan. Algo similar ocurre en instituciones artísticas, religiosas, etc. y en determinadas zonas y focos comunitarios, con el consecuente impacto en la visibilidad urbana, que se nutre de personas vestidas y ataviadas más por exigencias dogmáticas del lugar al que se dirigen (lo que no implica mayor calidad ni menos aún, autenticidad, a menudo de forma incongruente con el transporte que utilizan y el momento, sobre todo, cuando el ritmo cotidiano no les da tiempo para cambiarse de ropa), que por sus propios convencionalismos, motivaciones, credos y posibilidades.

asimismo el riquísimo complejo religioso de estas comunidades urbanas, al menos en fechas concretas que propician, por supuesto, espacios ocasionales de celebración.

Tal es el caso de la Navidad y la Semana Santa, o el San Juan con la quema del muñecón del 23 al 24 de junio en La Casilda y en Aldecoa, o en la Catedral Episcopal en la Estancia del Carmelo, la Fiesta de las Luces, el Halloween (cuya revitalización fue inducida por esta investigación mediante su Grupo juvenil de Teatro en 1995) y el Día de la Abolición de la Esclavitud (o de la Independencia, en agosto), sobre todo, por los anglocaribeños y sus descendientes. También la Noche de Elegguá y el Día de San Lázaro han identificado los focos de 25 y 10, 15 y 22, 17 y 24, 28 y 19 y muchos más, al margen de identidad física o cultural, y en sus fechas, los abundantes iniciados en Obbatalá, Ochún, Yemayá, Changó, Oggún y otros.

La magia de los paleros aprovecha el arbolado, sobre todo en los parques (El Carmelo), *parterries* (Paseo) y jardines públicos, en el Bosque de la Habana y el Jardín Botánico de la Quinta de los Molinos, donde este fenómeno ocurre durante la Revolución y no, como se ha mitificado (García y col., 1999) durante las restricciones previas, dadas por el carácter oficial y elitista al máximo grado que siempre había tenido la quinta, custodiada además por el aledaño Castillo del Príncipe; sin embargo, La Pelusa inmediata ofrecía mejores posibilidades para ello. Paradójicamente, la historia ecológica local condiciona que se evidencie la magia palera, con la que, sin proponérselo, estas comunidades urbanas establecen interesante relación, que se extiende con los despojos

y dedicaciones en el río Almendares y la costa.¹²⁹

Los mitos y leyendas definen comunidades: entre ellos, el de la iglesia “del Derrumbe” en El Carmelo o el fantasma del haitiano en la Catedral Episcopal; aunque también los hay no religiosos, como definir el nombre del Vedado por exclusivo elitismo (Couceiro, 2000). Los patakíes de ascendencia yoruba transculturán con mitos de raíces europeas, árabes o hebreas, y con los de origen precolombino cubano, religiosos o de enseñanza en la tradición familiar, a menudo importados de toda Cuba y transculturados en estas comunidades con todas las influencias foráneas y la modernidad.

En tal madeja, la más sana cultura del yoga se aplica a menudo gratis, al menos las primeras clases, como control de tensiones y terapia; otro tanto ocurre con el control mental, método Silva; el Reiki (este último en el centro deportivo-recreativo “Camilo Cienfuegos”; en 3^{ra} y 10, además de casas particulares) y otras tendencias del *New Age*, que asumen diversas entidades religiosas o de las artes y la comunidad, como el Teatro Nacional. San Antonio Chiquito, sobre San Nicolás

¹²⁹ Ochún o la Caridad (del Cobre), santa patrona nacional que rige las aguas dulces del río, donde son más frecuentes los despojos, por la mayor privacidad y el bosque; Yemayá o la Virgen de Regla, oricha de los mares, y por la que en nuestras costas, suelen flotar las ofrendas. Ciertamente, ello no quiere decir que tales ofrendas hayan sido vertidas siempre por los residentes, pero sí hemos comprobado que las depositan, al margen de que algunos vengan de otros municipios sin costas o que floten hasta aquí. Especial interés asume la desembocadura del río en la costa, por representar las Dos Aguas (Yemayá y Ochún) a las que a menudo tributan al mismo tiempo sus hijos, fieles y devotos, privilegio que se concentra exclusivamente en la comunidad de La Chorrera.

y Santa Rosa de Lima, es la raíz más tradicional y de más evidente impacto urbano contra toda imagen mítica de La Timba extendida, y colinda con el complejo cementerial, fuente inagotable de mitos y leyendas. Al fondo, la iglesia del catolicismo ortodoxo greco-ruso en La Portuguesa, objeto de mitos y leyendas por su aspecto, fue abandonada por el cura cuando Girón, lo que también ha propiciado la fabulación.

Los espacios funerarios

En esta identidad local se destaca La Dionisia sobre el cementerio bautista con sus mitos de *poltergeist* e invitaciones a la *ouija*, que por supuesto trasciende el espacio; el cementerio chino (único lugar de Cuba que mantiene el culto budista a cielo abierto) apela a sus difuntos con monedas, plantas y comidas, y la necrópolis Cristóbal Colón, cuya tierra y restos humanos codician las *ngangas* paleras, con el mito de su arquitecto primer enterrado, que lo fue pero en la Galería Tobías; “la Milagrosa”, el amor en vida y muerte (generado desde su casa en 17 y Paseo) entre Juan Pedro Baró y Catalina Lasa, de la más prominente sociedad vedadista; la perra Rinti que siguió el sepelio de Jeannette Ryder, la fundadora del Bando de Piedad en Cuba, y por la que surge la celebración del Día del Perro en nuestro país;¹³⁰ la singular tumba del dominó; el obrero que murió al colocarse la fachada en 1904...

¹³⁰ Luego Día de los Animales, 10 de abril (día en que murió la Ryder) o segundo domingo de abril, al revitalizarse hacia la última década del siglo xx, con procesiones en torno a los restos de la Ryder y entre las comunidades inmediatas.

Es menester apuntar que los espacios funerarios van mucho más allá de los cementerios: las funerarias, en primer lugar, la Rivero en Calzada y K, cuyo ambiente impone serena y majestuosa en su comunidad, y luego la de Zapata y 2, con su propia historia e identidad local, no en balde en la calle Zapata, camino al cementerio de Colón; pero también otras, aun cuando hace décadas cumplen funciones bien distintas, como la Caballero en 23 y M, cuya concepción y arquitectura se yergue como presencia funeraria a pesar de su distinto destino: hoy es sede de los Estudios Fílmicos de Animación de la Televisión Cubana.

De la misma forma hay que considerar la entrada a cementerios y funerarias, sus servicios alledaños de florería, cafetería, marmolería...; los que se generan ocasionalmente en los hospitales, donde se entabla una lucha perenne entre la vida y la muerte, y de manera similar, múltiples espacios religiosos de todo tipo, además de las calles por las que transitan los carros mortuorios y sus cortejos (“espacios andantes”, en este caso motorizados) ante la mirada de los transeúntes, muchos de los cuales se persignan o cruzan los dedos; unos muestran indiferencia, otros, pena o curiosidad; algunos calculan su próximo turno; otros se remiten a sus propios recuerdos y temores por sus allegados... No es casual que en estas vías de acceso, y justamente por ellas, se hayan derivado comunidades urbanas como el barrio de Pan con Timba, y 12 y 23 le debe su apogeo; tanto y tal es su impronta para la Antropología Urbana, en las raíces e identidad de las comunidades, y habría que incluir las banderas luctuosas con sentido político frente a la Oficina de

Intereses de Estados Unidos de América, inauguradas a las 6 p. m. del 6 de febrero de 2007.

En este sistema no faltan los espacios ocasionales: antiguamente, los mortuorios eran rituales en los mismos hogares, los cuales devenían entonces espacios funerarios ocasionales, que, de pronto, vuelven a imponerse por los accidentes en las vías públicas o cualquier lugar (incluso, dentro de las casas, a menudo con impacto al entorno comunitario) y los animales muertos de cualquier forma; de menor comunicación con el ser humano, pero no menos muerte, las plantas truncadas, auténticas “naturalezas muertas” proliferan en múltiples esquinas y aceras, y permanecen caracterizadas en su raíz justo por el arbolado.

En el caso de los cadáveres de animales (ante los cuales no pocos transeúntes se persignan y duelen por la pérdida de una vida, en demostración de humanismo superior), muchos entierran a sus mascotas en sus jardines y patios cercanos, pero los que quedan abandonados en áreas públicas, propician espacios ocasionales visuales pero también olfatorios (particularmente fétidos), que de no atenderse a tiempo, degeneran peligrosa fuente de contaminación urbana local y de antivalores.

No debemos pasar por alto el hecho de que a menudo las funerarias, al igual que las terminales de ómnibus y otras entidades similares (incluidos parques y el Malecón), han servido y sirven para pernocar y dormir a quienes por los más diversos motivos no disponen de un hogar por una o varias noches, con lo cual reconstruyen su significado, al menos, durante estos “espacios ocasionales”.

Los espacios militares

Tampoco faltan los espacios militares, que el análisis diacrónico explicitó mucho más en sus más antiguas raíces. Más discretos en las alejadas unidades militares del Bosque de La Habana al centro y sur, y apenas perceptibles en el Castillo del Príncipe por su altura, son más evidentes en las dispersas estaciones de policía y, según el momento histórico y características locales, en todas las comunidades y en actividades concretas donde no son ya espacios militares en sí, aunque en ocasiones han copado parques y otras áreas, como en las movilizaciones de la Defensa Civil ante desastres diversos. Impronta particular alcanzó la brigada especial del Ministerio del Interior (sede del IX Simposio y VIII Fórum 2005) en la atención a El Fanguito (donde se encuentra enclavada) durante los años ochenta, donde el teniente Roque López introdujo el taekwondo coreano en Cuba, entre otras formas útiles y provechosas de vida comunitaria, defensa personal adecuada al entorno con imagen tan insegura. No se pueden obviar los campos de tiro en condiciones propicias para esta práctica que exige ciertos cuidados: el “2 de diciembre” en el Hueco en 23 y 22, y el “26 de julio” en 23 y 30, además del que tiene la Universidad de La Habana concebido como tal en su Centro Deportivo Recreativo (Ceder), así como un foco de bomberos en 23 y 6, cuyo impacto más allá como espacio andante (incluso sonoro), por fortuna, es muy ocasional.

Mayor impacto urbano han tenido los refugios abiertos en parques y otras áreas, y las edificaciones para albergar a militares y sus familias con toda la

impronta comunitaria explícita (aun cuando luego emigren), y en particular, en torno a punto tan estratégico como la Plaza de la Revolución, cuya significación política fundamenta la presencia militar, más allá de los Ministerios del Interior y de las Fuerzas Armadas, así como las sedes de los Consejos de Estado y de Ministros, y del Partido Comunista. No en balde, a partir de estas instituciones, se ha identificado el antiguo reparto Hidalgo aledaño por los altos edificios de microbrigadas construidos para vivienda de estos sectores militares inmigrantes de todo el país, aunque no solo para ellos; no obstante, el movimiento migratorio ya desdibuja esta identidad actual de esta comunidad. Igualmente se evidencia por focos tan puntuales como algunas embajadas, bancos y, de manera ocasional, al proteger el cambio de efectivo monetario en determinados puntos de transacción financiera, al preverse el paso de algún alto dirigente, en áreas donde el imaginario retoza con la identidad que señala la vivienda de algún dirigente, o un hecho militar o político relevante, a veces ocasional.

Como en toda cultura, en la militar coexisten valores y antivalores que suelen trascender al sector: abundan, por ejemplo, los civiles militaristas que obscurcen con el secreteo, censura y supuesta heroicidad casi más que cualquier militar; la sensación de militarismo e intimidación que a veces provoca el exceso ocasional de uniformes (y aquellos sin uniformes), o cuando interceptan sin causa evidente, sobre todo por áreas y horas (como en el carnaval y focos de esparcimiento, homosexualidad, etcétera), y algunas maneras incorrectas, que por momentos propician que el

agredido se sienta más cuestionado que el agresor; o su ausencia ocasional en urgencias.

El humor del imaginario se ha ensañado en una casi proverbial escasez de policías con capacidad de diálogo comprensivo y culto, probable venganza por la función represora de este sector del que, sin embargo, no es identidad privativa, ni solo de Cuba; se les induce la educación formal, pero el respeto no se limita a dar las buenas noches, mientras en estas comunidades que nos ocupan se han irrespetado valores de tradicional identidad local como descargar en los muros de la Rampa o del Malecón o en un parque, las modas, la cultura bohemia y sus artistas, sobre todo, jóvenes no reconocidos en los medios de difusión; todo lo cual se ha interpretado en los testimonios entre lo arbitrario, lo absurdo y lo autoritario.

La llamada prevención social organiza campañas contra la prostitución que no es figura delictiva (no así el proxeneta, en su concepto polemizable) por supuestas implicaciones que en otros contextos se evidencian sin estas campañas, mientras en el imaginario de la capital se debate la procedencia del sector eminentemente de otras provincias, tan regular en su sistematicidad como irregular en su permanencia y preparación; regionalismos y simplismos lo fundamentan porque en la capital nadie quiere ser policía, en vez de (si fuera así) investigar la causa, y si los que vienen de otras provincias como policías, lo hacen por tan loable y necesaria vocación.

Para evitar corrupción y otros problemas de diversa índole, la Antropología Urbana también se ocupa de investigar (como en todo otro grupo, a fin de su mayor realización humana y social, aciertos y alcance,

reconocimiento social y futuros ingresos a tan importantes filas) su extracción, formación y conformación, realizaciones y frustraciones, sueños y aspiraciones, vocaciones y objetivos, relaciones internas e interacción con los civiles, su visión y versión del ordenamiento jurídico establecido para las comunidades a las que deben servir y en qué coincide o no con sus juicios y prejuicios personales que superan o no y en qué grado, al margen de las contradicciones a menudo antagónicas en dicho ordenamiento a rectificar continuamente, a veces hasta con redacción ambigua, confusa o imprecisa o sin actualidad científica ni social en diversos aspectos, además de ser ley universal que no siempre legalidad y justicia coinciden.

Para la cultura militar, cuyos riesgos e impronta se le reconoce más en la cultura oficial, pero también en cada comunidad durante cada demostración práctica de su utilidad social, la Antropología Urbana es la mejor aliada en su lucha contra el delito, para poder comprender mejor a los grupos delincuenciales a fin de su desarticulación, reeducación y reinserción social, así como para ello, preparar a cada comunidad.

Símbolos y espacios políticos

Los grandes símbolos políticos urbanos definen espacios, a los que, por supuesto, no puede reducirse el interés de la Antropología Política y la Politología con la Antropología Urbana: sobre todo, en áreas como las que nos ocupan, históricamente sede de espacios gubernamentales y de encuentros y desencuentros (antagónicos y no antagónicos) de las más diversas clases y sectores sociales de toda índole, la An-

tropología Política exige especial minuciosidad y profundidad al interactuar con la Antropología Urbana: por definición, todo movimiento político de oposición y toda contracultura logran en comunidades tan metropolitanas, máximos exponentes para el patrimonio político local, nacional y universal (en este caso concreto, de ello emana el nombre actual del municipio y sus valores simbólicos universales), pero también la mayor censura, y han tenido que enfrentar riesgos de todo tipo y las más difíciles condiciones de supervivencia: es donde más “a contracorriente” se nada.

La cultura política ha de entenderse también como identidad tradicional: en estas comunidades que nos ocupan, ya antes de la Revolución (por no remontarnos siglos atrás) se ejemplifica con las luchas estudiantiles y obreras en nuestras calles, los distintos centros de tortura y una “batalla de ideas” que en realidad no es nueva, pues subyace y se explicita en la cultura cubana desde sus mismos gérmenes, según cada momento histórico; el movimiento clandestino y el extenso martirologio también nos identifica y honra nuestro más legítimo orgullo de pertenencia. Con la Revolución, la politización ha alcanzado niveles sin precedentes que se reflejan en los debates, acciones y reacciones a nivel de calle, aula, equipo de trabajo, familia, vocación casi individual más que de comunidad incluso, especialmente impulsada por la propaganda en los medios de comunicación masiva y por la proliferación de organizaciones de masas de todo tipo y a todo nivel, y el papel de las políticas, que al ser selectivas, implica menor cuantía de miembros, aunque su alcance se potencia mucho más por lo que simbolizan y por su misma acción y dirección.

También todo análisis de la cultura política se complica por la interacción de valores y antivalores; estos últimos conforman el *kitsch* o seudocultura política, que degenera en la tan lamentablemente universalizada politiquería, y emanan, por ejemplo, quienes asumen la participación como obligación y no como necesidad o derecho, peor aún al imponérsela a los demás mediante presiones psicológicas o, incluso, chantaje de cualquier tipo, para malinterpretar supuestas actitudes; los que votan por la primera propuesta o por el primero en una lista, no por el mejor; el exceso de orientaciones hasta degenerar seudocredo, seudoideología, seudoconvicciones e, incluso, seudoafectos; los eslóganes, los dogmas facilistas, el extremismo y la intolerancia, la demagogia y el oportunismo de los escaladores, la hipocresía como norma y los discursos vacíos de significado; la censura y su consecuencia y mejor aliada, la autocensura; el abuso de poder, la lucha por el protagonismo, mercenarismo al mejor postor, ostentación de prebendas y dádivas a veces como compra de servicios, absolutismos y verticalismos sordos, rasgos de chovinismo, xenofobia y regionalismo; el acriticismo y la cobardía, el comentario de pasillo que elude el enfrentamiento, el sobredimensionamiento de la política sobre el resto de la cultura, el egocentrismo, el hipercriticismo destructivo, la blandenguería cómplice con funcionarios dañinos (que ya en el caso que nos ocupa, cuando ha pasado, el pueblo sentencia que “se caen para arriba”), todo lo cual se reproduce en el poder dentro de cada grupo y entre grupos e, incluso, en el seno familiar.

Entre los valores en la cultura política (tampoco exclusivos de ella) se destacan la valentía, la crítica

constructiva y el enfrentamiento a los antivalores aun cuando no predominen, siempre los más genuinamente revolucionarios aunque no se evalúen como tales y, a veces, hasta sean cuestionados y acosados; el auténtico patrimonio político, la solidaridad, las expresiones populares en asambleas para ello o no, a veces catárticas, pero siempre positivas, al margen de que se perciban avances y respuestas, o se generen círculos viciosos en los que la confianza peligra; valores y antivalores en las relaciones entre los elegidos y aquellos a quienes deben representar, cuyos derechos deben defender y necesidades satisfacer, a todo nivel; en el sistema de trabajo, estímulos, crítica y autocrítica, de cada organización, aun irregular en sus aciertos, recontextualización y tono de acuerdo con los nuevos tiempos, sus funciones y proyecciones.

En el estudio de caso que nos ocupa, es loable el empeño actual de la escuela municipal del Partido, para educar a su militancia en los valores de identidad de estas comunidades (Videaux, 2007); entre los antivalores, ya hoy se reconocen momentos climáticos que fueron cíclicos de espacios ocasionales: tal vez los más representativos fueron el llamado “quinquenio gris” hoy en debate, durante la época de la UMAP y los valores y antivalores en las respuestas de 1980 a los sucesos de la embajada de Perú, en instituciones y calles, con especial impacto en cada comunidad cuando la justa reacción revolucionaria se vio traicionada por los excesos, casos de histeria colectiva, purgas personales, competencias desleales, ambición de escaladores, errores y horrores por agresiones, tensiones y exilios casi forzosos con todas sus consecuencias negativas contra los genuinos valores del

proceso revolucionario, talentos, familias, individuos, la salud ética, física y psíquica de agredidos y agresores, estos en involución por sus más bajos instintos... incluidas patologías sociales mediante eslóganes como “que se vaya la escoria” y entre ellos, “que se vayan los homosexuales”, que llegó a absolutizar a religiosos y todo otro, como a otro político. La historia contemporánea, por definición siempre difícil de ser escrita, los estudia como momentos irrepetibles para el presente y futuro de la Humanidad, destacando los valores contra tales antivalores.

Dos símbolos políticos sobresalen para toda Cuba desde estas comunidades urbanas: uno es la Tribuna Antimperialista “José Martí”, frente a la Oficina de Intereses de Estados Unidos de América, aunque esta última desde décadas anteriores sustentaba un alto valor como símbolo político de confrontaciones, tanto por la política desde allí entendida en relación con nuestro Estado como por la propaganda, marchas populares y manifestaciones diversas hacia allí encaminadas, por las que la tribuna se convirtió en exponente constante, ya no ocasional.

El otro gran símbolo político a escala internacional, ¿qué duda cabe? Es aquel que incluso da nombre a todo el municipio: la Plaza de la Revolución “José Martí” (Couceiro, 1999), la cual identifica el máximo poder político del país y, a la vez, las más trascendentes concentraciones del pueblo cubano en el último medio siglo, ya tradicionales.

En menor escala, habría que cualificar el complejo de casi medio centenar de tarjetas y otros acontecimientos en la memoria de la historia política en estas

comunidades, incluida la lucha ideológica más actual con todas sus tendencias, aunque descuellan 12 y 23 —sitio donde se declaró el carácter socialista de la Revolución— y el Parque del Framboyán, donde se señala que otrora radicó el BRAC, lo cual cabalga entre la historia y la leyenda.

Más allá, los símbolos políticos asumen espacios ocasionales (a veces casi permanentes) en vallas y distintos puntos de la vía pública mediante frases e imágenes de líderes cubanos, sobre todo de Fidel Castro y José Martí; se universalizan mediante los medios de comunicación masiva, Olimpiadas y otros eventos internacionales, como es el caso del escudo, el himno y la bandera nacional (en mucho menor grado, los escudos y banderas locales e institucionales y otras de sus identidades locales); y devienen espacios andantes mediante las imágenes de Fidel y Camilo y, sobre todo, del Che y Martí, quizás con alguna frase corta, según cada instrumental requiera, en la vestimenta (sobre todo, pulóveres), el nombre e imagen de Cuba, el escudo, la bandera y paisajes tipicistas hasta el estereotipo, entre otras identidades nacionales y del proceso histórico que vive Cuba, en artesanías y otros accesorios, más allá del implícito (y a menudo explícito) en condecoraciones y otros reconocimientos del Estado cubano a nacionales y extranjeros.

Perspectivas cubanas

La Antropología Urbana se adapta a cada contexto urbano; no es posible dogmatizar fórmulas universales para todas las comunidades urbanas, puesto que su composición, distribución y grado de interrelación entre ellas y su propia conformación histórica desde sus raíces, por inmediatas que estén para su mayor complejidad al ser más metropolitanas, suelen ser sensiblemente diversas, como se ha demostrado al por menorizar en uno solo de los quince municipios capitalinos. Eso sí: los estudios de caso permiten deducir regularidades y nexos generales para su probable confrontación, valoración y readecuación en otros contextos, fundamentalmente desde el punto de vista metodológico, aunque a aplicarse siempre de modo casuístico.

Ello es válido no solo para ciudades de países notoriamente distintos y distantes, sino también para diversas ciudades dentro de un mismo país y para las barriadas de una misma ciudad con su multiplicidad de zonas y focos, al considerar la relación y divergencias entre el llamado centro y la periferia. Aun cuando tales contradicciones disten del antagonismo en determinadas sociedades, no es posible aplicar mecánicamente los resultados de este municipio a los de otros también capitalinos, ni los de la capital a las

capitales de provincias, ni los de estas a las capitales municipales u otros núcleos urbanos, ni de las capitales provinciales entre sí, por las marcadas diferencias regionales.

El estudio ha de partir del origen y devenir histórico-cultural (que incluye lo político-administrativo, pero lo trasciende al incluir o compartir comunidades) de la comunidad urbana, de su etnogénesis y de su estructura citadina, de su conformación e identidad, de su proyección en todas sus dimensiones y sistema relacional más integral y completo.

Por comparación podríamos muy someramente recordar otras comunidades capitalinas inmediatas en su relación con las aquí estudiadas, lo que demuestra la forma de aplicar de manera casuística las regularidades detectadas por la Antropología Urbana. Así, por ejemplo, en nuestro desarrollo colonial ya pululaban los gérmenes de aquellas otras comunidades urbanas extramuros que también fomentaban los sectores más marginados en diversas zonas del actual municipio centrohabanero, Jesús del Monte con su vínculo histórico con los vegueros, y otros más que se reiteran distintivos en toda Ciudad de La Habana que, aunque no de forma exclusiva, sirven como antecedente, paralelo y consecuente directo del auge urbano de las que han sido objeto de este trabajo.

El actual municipio de La Habana Vieja se desarrolló urbanísticamente por el sistema de plazas y fue la primera sede de la más rancia aristocracia colonial y nacional, continuado por el esplendor de la calzada del Cerro, adonde se extendió la sacarocracia criolla durante la primera mitad del siglo XIX, antes que fijara sus ojos en las costas de El Carmelo y del

Vedado, que heredaron el sistema resultante de parques con avenidas.

El 80% de las cinco plazas que marcaron pauta en tal devenir urbanístico, estuvieron vinculadas a diferentes iglesias desde su concepción y origen: la Plaza de Armas (primero llamada Plaza de la Iglesia por la que allí radicó hasta la explosión en 1741 del navío *El Invencible*); la Plaza de San Francisco; la del Cristo del Buen Viaje, y la de la Catedral. Solo se exceptúa la del Mercado de Cristina, primero Plaza Nueva y hoy, Plaza Vieja.

En nuestro estudio de caso, recordemos la iglesia del Derrumbe junto a su parque de El Carmelo, la parroquia del Vedado con su parque, el “Víctor Hugo” acotado a la iglesia de San Juan de Letrán, etc. Aunque de otras épocas, hay instituciones religiosas sin tales parques y viceversa, como también acontece, aunque más ocasionalmente, en La Habana Vieja.

Llama la atención que desde finales del siglo xviii comienza a despuntar en La Habana el desarrollo urbanístico a partir ya no de las plazas, sino de las calzadas, paseos o alamedas: desde la Alameda de Paula y el Paseo del Prado, hasta la Calzada del Cerro y la Avenida de Carlos III, la cual delimita en nuestro actual municipio el barrio La Pera en la barriada de La Plaza, de la Quinta en el barrio de la Universidad, precedida por el que ya en el siglo xviii era el camino de San Antonio Chiquito debido al central y reparto homónimos, y que después fue camino militar por el Castillo del Príncipe. Es una arteria cuya identidad (más allá de su historia) une relativamente barriadas diversas, que hoy quedan en dos municipios (Plaza de la Revolución y Centro Habana) y tangencialmente el

Cerro, además de conducir de forma mediata y a la vez histórica, a La Habana Vieja.

Por esta misma época en nuestras barriadas noroceanas costeras se definía cada vez más la calle Línea. Ello corresponde a la expansión territorial de la ciudad más allá de la muralla que ya resultaba obsoleta y definía nuevas comunidades. La sacarocracia criolla del Cerro competía con la aristocracia colonial de La Habana intramuros, hacia una identidad cubana cada vez más distintiva, en la que nuestras culturas urbanas fueron protagonistas.

Por Antropología Comparada podríamos establecer los nexos entre la Virgen del Carmen como santa patrona del Carmelo y su similar de Casablanca en la bahía y, más al este, con Guanabo... todos barrios costeros, por las peregrinaciones marinas que este culto implica, así como el cienfueguero pueblo de Rodas agrega perspectivas nacionales para la comparación. Por otra parte, si El Carmelo y el Vedado son hijos legítimos del Cerro y nietos de La Habana Vieja, de ellos hereda Miramar en el siglo xx, como su sucesor diferenciado en su identidad, para extender la ciudad por la costa occidental.

El estudio de cada comunidad no puede obviar la enorme riqueza del imaginario popular y la creatividad y talento populares que portan; esto es, la cultura popular que las identifica unas de otras, con su multiplicidad de raíces de todo tipo y que, en consecuencia, son exponentes fundamentales de valores patrios. Exige asimismo de todas las organizaciones vinculadas a la comunidad: instituciones, centros laborales, escuelas y cada familia, en tanto célula básica de dicha comunidad.

Es innegable el papel que para bien y para mal, alcanzan los medios de comunicación masiva en cada cultura comunitaria. El ingenio y la creatividad se ponen de manifiesto y marcan las comunidades; las telenovelas por su alta aceptación y su instrumental se convierten en protagonistas, aunque en la práctica lo es todo producto audiovisual en la medida de su popularidad, y abundan ejemplos: de la telenovela brasileña *Doña Beija*, exhibida en Cuba en 1988 (una de las tantas que dignifica a la mujer, sin excluir a las prostitutas), un terrible asesino llamado Quarentinha inspiró a nuestro pueblo a llamar “cuarentiñas” a los ómnibus que (además de sus difíciles situaciones de todo tipo para ser abordados) comenzaban a cobrar a cuarenta centavos cubanos el pasaje, que antes había subido a tres a cinco y luego, a veinte centavos. Otro de los elementos a que han contribuido varias de estas telenovelas es a la creación de una cultura ambientalista y ecológica y a una mejor valoración de la mujer, incluidas las prostitutas, y de la homosexualidad.

Subvalorados en todas sus potencialidades, los medios han demostrado su capacidad para educar e interactuar en temas aún tabúes que competen a la Antropología Urbana: la telenovela *Vale todo* exhibió en nuestras pequeñas pantallas por primera vez y mucho antes y más profundamente que *Fresa y chocolate*, todos los valores que también existen en el amor homosexual, en este caso, de una pareja femenina. Nuestro pueblo demostró una alta capacidad y receptividad con el tema y mostró una franca simpatía para con estos dos personajes, tratados entonces con una sostenida transparencia que casi nunca se

les otorga (incluso en *La cara oculta de la luna*) por nuestros propios medios, cuando a nivel social se logra vencer la antigua preferencia por la invisibilidad de la homosexualidad, que propiciaba esa sensación de no existencia; pero, en realidad, aún las producciones cubanas no cumplen su papel de educar a la sociedad en lo que a esta temática se refiere y, a veces, sus intentos han sido más nocivos que el silencio. Las telenovelas brasileñas (y otras extranjeras) han insertado el tema con acierto en las comunidades cubanas. Recuérdese, entre otras tantas, la pareja interracial masculina de *La próxima víctima*, retrasmitida sin cortes en el 2008; ello constituye un valor cada vez más generalizado y casi siempre con acierto, en las producciones extranjeras exhibidas en Cuba, aun cuando no falta la sensación de cortes en la exhibición, omisiones elocuentes del espacio transmitido con similar impacto al de las figuras públicas que, de pronto, han dejado de salir o no se han mostrado en los medios, para propiciar infinitos comentarios y como en muchos otros casos, el rumor distorsiona aceleradamente la identidad.

También han definido espacios urbanos: tal es el caso de las “paladares”, nombre popular aún vigente casi quince años después de la telenovela brasileña *Vale todo*; aun estos pequeños comercios particulares al estilo del que la protagonista dio a su negocio, en el nuevo contexto económico y político-legal que se producía en nuestro país para los cuentapropistas autorizados (bajo las condiciones y reglamentos estatales), definen algunas comunidades entre las estudiadas, como lo logró por años *La Kakatúa* en 15 y 18 o *El Hueco* en 23 y 22, y un extenso etcétera por todo el municipio, en

dependencia de la fama alcanzada por su calidad u otras distinciones que las singularizan.

Particular impacto deben tener aquellos medios de difusión masiva más locales como los telecentros y emisoras radiales zonales, incluidas las radio base y cadenas provinciales.

El sábado 28 de enero del 2006 comenzó a funcionar el canal Habana (27), que se supone ha de complementar la labor que por más de una década, había desempeñado el telecentro capitalino, el cual, obviamente, no daba abasto a todas las necesidades de las comunidades habaneras; un año después aún se hablaba de firmar un convenio con la Dirección Provincial de Cultura de Ciudad de La Habana; el Proyecto Identidad del Comité Provincial del Partido se estrenó el domingo 9 de septiembre del 2007 en el Canal Educativo 2, sin desdorar otras filmaciones y muestras paralelas en el Canal Habana, con programación variada y atractiva, pero aún distante del alma de las diversas comunidades habaneras.

Más allá de sus potencialidades para todo contexto urbano, el presente estudio incluye lo rural en lo urbano casuística e históricamente, en toda su integralidad, y es extensible asimismo a las influencias exteriores e impactos de culturas urbanas en las rurales y otras no urbanas, lo cual sucede de manera muy diferente y raramente raigal (tal vez una excepción sea el Instituto de Ciencia Animal entre San José de las Lajas y Güines, La Habana: comunidad científica rural de diversas raíces urbanas), más bien con alto valor de atracción y hasta absorción por la ciudad; para los no urbanos trascienden los resultados de estos estudios de Antropología Urbana en la medida en

que inciden en y desde tales contextos y las formas de transculturación que se verifican, de modo casuístico y comparativo, en la evolución de su interacción con las urbanas por los más diversos medios, modos, contenidos y grados.

Los resultados de esta investigación han validado sus perspectivas, al menos parcialmente, en estas mismas comunidades mediante la preservación y revitalización de los valores patrimoniales estudiados, y su educación como protagonistas de su propia vida cultural, mediante el sistema institucional y comunitario de la Dirección Municipal de Cultura con otras instituciones en el territorio, como el teatro Mella, la Asociación Culinaria de Cuba, las Direcciones Provinciales de Cine, y de Planificación Física y Urbanismo, la Asamblea Municipal del Poder Popular y los Comités Municipal y Provincial del Partido Comunista de Cuba por medio de su Comisión de Historia y el Proyecto Identidad.

Lógicamente es el primer municipio en beneficiarse... pero no el único. Perspectivas inmediatas y urgentes son los estudios de caso a implementar en todas y cada una de las comunidades aquí introducidas, así como aspectos concretos a tratar con mayor profundidad en monografías, a las que ya se aportan para todas en mayor o menor grado, valores raigales de identidad patrimonial de todo tipo revitalizados en esta primera experiencia, como sus valores naturales y la cultura ambiental en torno, y en todas las artes, culinaria, religiosidad, sexualidad, funeraria, ciencias, lúdica, política y estética, entre otras, con logros en una cultura de convivencia y respeto a la diversidad, y en el sentido y sentimiento de pertenencia en cada

una al incentivar el protagonismo comunitario, por ejemplo al revitalizarse los nombres, fechas, cascos históricos y símbolos locales, comparsas como Los Payasos, Las Naciones, Los Vedadistas, Los Mosqueteros del Rey, Los Embajadores, Los Cocineros del Vedado... y readecuar fronteras entre consejos más cerca de la identidad comunitaria, distintivamente, entre otros, en zonas y focos de El Carmelo, Nuevo Vedado, barrio del cementerio o de Colón, 12 y 23, reparto Trotcha, la Estancia del Carmelo, los Baños del Vedado, el casco histórico del Vedado, El Fanguito, Las Canteras, La Timba, San Antonio Chiquito, la Rampa, Aldecoa, Puentes Grandes, frente a las insuficiencias de la división político-administrativa, con fuerte impacto a nivel de toda la ciudad, sobre todo, en el caso puentegrandino por compartirse con otros tres municipios.

Un aporte fundamental ha sido el terreno difícilmente ganado contra el institucionalismo y el sectorialismo en tan complejo territorio, especialmente, por el carácter sistémico de estos estudios y en la relación institución-comunidad, así como una mayor efectividad en las necesarias campañas en las que dicha relación debe ser protagonista y motor impulsor esencial, como la protección ecológica y del patrimonio urbano a partir de un mayor sentido de pertenencia, la lucha contra el sida y por una educación sexual científica, así como contra el alcoholismo y la droga, por una mejor prevención social, contra toda manifestación racista o de intolerancia y marginación de cualquier índole.

No menos importante es haber echado por tierra tesis tan peligrosas como la falta de identidad, de tradiciones, de valores culturales y de sentimiento de

pertenencia en nuestra capital. Ello emana del regionalismo de inmigrantes inadaptados, a menudo con desinterés expreso por el nuevo contexto y por quienes no ven en nuestra capital más perspectiva que la emigración al exterior (Guanche, 1996), y la falta de visión, soportes esenciales en retroalimentación con el desconocimiento sobre dichas comunidades urbanas, que carecen (y requieren más que otras por su complejidad y continuos flujos migratorios) de una sistemática educación científica sobre sus valores comunitarios, tanto para los inmigrantes y las nuevas generaciones como para aquellos cuyo conocimiento es empírico, y sobre todo, para quienes generan imágenes.

La acientificidad en los estudios acerca de estas comunidades ha propiciado que la promoción cultural haya marchado al margen absoluto de las ciencias hasta casi finales de siglo, cuando se ha ganado aún muy relativa e insuficientemente en el carácter científico que debe tener esta promoción por la realización plena del “otro”. Es un proceso bien complejo y difícil; pero urgente e impostergable.

Estos estudios, casi inexistentes hasta el último quinto del pasado siglo, y su integralidad y rigor científico, se han hecho notar solo en la última década, a partir de su sistematización y logros de todo tipo. A pesar de algunos antecedentes muy felices, el institucionalismo y el sectorialismo, así como la acrítica espera de orientaciones sin promoción de lo que se genera en su entorno y desde la base, a lo que se agrega la falta de una cultura auténticamente científica e, incluso, el regionalismo inconfeso, pero explícito de algunos sujetos responsables, indolentes ante los problemas de nuestras comunidades, dificulta, por

ejemplo, que asignaturas que mucho pudieran apoyar en los estudios primarios como la historia de la localidad no trasciendan el cumplimiento dogmático, a menudo subvaloradas las potencialidades en todos sus componentes y en su cotidianidad.

Tampoco se estimula suficientemente para su aprovechamiento el infinito potencial que representan los adultos mayores, que junto a los niños de las primarias y, ahora, los trabajadores sociales, podrían multiplicar los soportes para estudios más profundos y aportes en cada comunidad.

Es de lamentar la casi nula participación de estudiantes y profesores de la sede universitaria municipal de Plaza de la Revolución, entre otras entidades que se suponen que aporten, en los eventos científicos del municipio (en el 2006, por primera vez participaron un estudiante y una profesora, por gestión desde la Dirección Municipal de Cultura, no por la sede), a pesar de las continuas invitaciones y de la participación exitosa de otras como las de Playa y Centro Habana e, incluso, de otras entidades del resto de la capital, del país y hasta extranjeros en Cuba: otro objeto de estudio en cuanto a los factores que dificultan la integración en función de la localidad está dado por la presencia de muchos ajenos a nuestras comunidades con poder de dirección; por la psicología “nacional” que subvalora lo local; por el acomodamiento de algunos conquistadores de su meta en el territorio; por la disposición de trabajar solo por orientaciones que ahogan las iniciativas de la base; por la falta de educación en los valores locales a funcionarios y dirigentes, artistas e intelectuales, inmigrantes y nuevas generaciones, con visión científica para los conocedores empíricos y tradicionales.

Claro está que la formación de los promotores es capital y, sin embargo, muy insuficiente; sobre todo, al considerar el carácter integral de la cultura y, por ende, de los diversos promotores, en los que, a menudo, el frío cumplimiento de planes de trabajo, generalizados sin una perspectiva comunitaria, se alía a gustos personales no siempre científica ni integralmente educados, para sumergir estas comunidades urbanas en la generalidad de lo cubano y perder la complejidad propia que las ha identificado casuística y tradicionalmente hasta la actualidad. Por su condición capitalina, se les impone el impagable precio de desdibujar su propia identidad con todo su riquísimo patrimonio y otros tantos valores, perjuicio directo a toda la cultura nacional.

La lucha hoy cuenta entre sus primeras trincheras con la difícilísima educación científica de tales promotores, entre los que no siempre pasa de ser un eslogan el sano propósito de estimular el protagonismo de cada comunidad en develar sus raíces e identidad, en lo cual no todos estos promotores (naturales o formales, nativos o inmigrantes) se interesan, parapetados tras esquemas facilistas de que la capital ha de responder al país, de donde deriva una imagen falsa y acientífica de que carece de identidad. No acudamos a ejemplos tan evidentes como otras capitales del mundo aun con mayor complejidad, y donde las tradiciones, la identidad cultural y hasta el sentido de pertenencia, les son ampliamente reconocidos, lo cual habla muy bien de la cultura nacional en cada caso, al margen de cualquier análisis de otra índole.

En el estudio de caso se valoraban los peligros de estas imágenes generadas de espaldas al acercamiento

científico a la identidad, contra lo que como otras ciencias sociales, avanza la Antropología Urbana con su imagen científica, base para otras imágenes a generar; lo que no se puede reducir al inmigrante o nativo, sino a los apáticos y a quienes no valoran la trascendencia de lo cotidiano; o se han dejado influir más por lo peor de la inmigración masiva y, a menudo, indiscriminada; o no han sido educados por sus mayores en los valores locales; o no han sabido asimilarlos lo suficiente como para transmitirlos a sus sucesores en una adecuada dinámica con la contemporaneidad que también, por tradición, ha identificado a estas comunidades, lo que nos invita a reflexiones intergeneracionales.

A propósito de este tema generacional, Cuba —y en particular el estudio de caso emprendido— tiene índices generacionales que la identifican a países con un nivel de desarrollo que no es el nuestro y, por tanto, nos impone nuevos retos. Es menester romper dogmas como los que, por ejemplo, equiparan mecánicamente edad, experiencia, conocimientos y madurez, pues esta última depende de cómo se hayan sabido aprovechar las experiencias para la vida cotidiana y no de la simple experiencia. Las justas luchas por los derechos de la tercera (ya se habla de cuarta) edad han logrado que antes que estos, aún demasiado arraigados, la identificación dogmática de conceptos como el de jovialidad y vitalidad asociados a determinadas edades, se haya cuestionado y esté socialmente minada.

Tampoco ha de estigmatizarse como pérdida de valores la justa rebelión de los más jóvenes a las imposiciones muchas veces absurdas, autoritarias y abusivas de sus mayores, solo por tener más edad y con frecuencia con el más burdo abuso de la fuerza física, psicológica e, incluso, chantajes con respecto, por

ejemplo, al techo, en franco abuso por la difícil situación de la vivienda en el país.

No son casuales las alarmantes cifras que se manejan sobre el deterioro del patrimonio urbano en la capital; en particular, en los 11,82 km² del municipio objeto de estudio, hasta 1998, existían un total de 42 declaraciones con grados de patrimonio que oscilan del 1 (no se le puede hacer absolutamente ninguna modificación sin autorización de la Comisión Nacional de Patrimonio) hasta el 3 (solo acepta modificaciones parciales) y que incluye sitios, lugares, construcciones, tarjas, bustos, etc. Habían sido notificados 133 monumentos en mal estado, cifra que se considera muy conservadora.

Ya en el 2000, fundamentamos la propuesta del municipio en su conjunto según barriadas como patrimonio, al estilo de la Habana Vieja, lo que de alguna manera intentábamos desde 1989 con el primer Programa de Desarrollo Cultural; que se reconociera en tanto sitios urbanos de relativa homogeneidad interna, la riqueza de nuestra diversidad cultural como ejemplo típico de lo cosmopolita y metropolitano en Cuba, lo que de aprobarse, ha de salvar (o restaurar en alguna medida) con carácter emergente e inmediato el estado crítico de nuestros bienes patrimoniales, incluso, los que aún no se han reconocido oficialmente como tales. Esas cifras de deterioro crecerían mucho más si se incluyera tanto el patrimonio construido como el vivo, el cultural como el natural... los cuales conforman el objeto de estudio imprescindible para la antropología de ciudad que nos proponemos encauzar en Cuba como urgencia demostrada.

El 12 de marzo de 1999, la Comisión Nacional de Monumentos, en su Resolución no. 154, declaró zona

de protección la región de valor histórico-cultural del Vedado —que incluye El Carmelo, el Vedado y la Rampa— lo que se acerca más a nuestras propuestas iniciales, y aun cuando estos pioneros nunca fueron notificados de tan feliz decisión; trabajos más recientes coinciden en que se le declare Monumento Nacional, a partir del reconocimiento de sus valores como conjunto urbano histórico (Otero, 2004).

En virtud de lo anterior, no es posible desdeñar esfuerzo alguno, y estimulamos todo talento local que de alguna manera brinde soluciones; por ejemplo, el proyecto de Bauta y Rondón (2000) para ganar el protagonismo de las comunidades en la restauración y preservación de su propio patrimonio, incluida, por supuesto, su educación en ello.

Estudios de campo antropológicos más profundos han demostrado que no solo existen familias tradicionales en estas comunidades en los más diversos contextos (edificios, solares, casas de inquilinato, áreas marginadas o insalubres, viviendas y repartos antes elitistas...), sino que lo más importante desde el punto de vista cultural, es que al hurgar casos en los más humildes y anónimos vecinos, y en otros de interés,¹³¹ y que al reconstruir sus respectivas historias de vida en un adecuado trabajo de campo, emerge ante nuestros ojos todo un crisol infinito que nos devela un maravilloso patrimonio tanto en la identidad objetiva como en el imaginario popular, y en

¹³¹ No solo nativos tradicionales, sino incluso jóvenes e inmigrantes que se han incorporado a enriquecer tales contextos urbanos en un singular, complejo y muy curioso proceso de transculturación que potencia al infinito los valores locales, sin dejar de ser tales comunidades, caracterizadas por una dinámica de evolución mucho más acelerada.

consecuencia, un mosaico riquísimo aunque muy complejo, de tradiciones y de identidad cultural e, incluso, un profundo amor (a veces no consciente) por dicha comunidad, por lo que para ellos representa.

El carácter científico con que nació el nuevo sistema de Programas y Proyectos de Desarrollo Cultural en 1989 es un punto de partida básico para enfrentar estos problemas en estas comunidades, más centrado con la división ulterior de cada municipio en consejos populares, pues ello permitiría supuestamente develar y preservar mejor los valores identitarios de las comunidades en estudio, ya no diluidas en todo el municipio. Dos males, sin embargo, lastran tan nobles y necesarios empeños: el primero, que la propia división de 1976 en municipios y esta de 1990 en consejos populares obviaron absolutamente la raíz e identidad de las comunidades¹³² y de modo muy acientífico, se limitaron a tener en cuenta el número de electores, con un estrecho espíritu administrativo y “cuantitativista”. Entre otros valores afectados, los topónimos con que luego se designaron no fueron adecuados ni felices y, a menudo, desgarraban en su totalidad la raíz identitaria de la comunidad en sí.¹³³

El segundo mal que ha atentado contra los propósitos iniciales es que con el objetivo de simplificar para

¹³² A pesar de que, al menos en el municipio Plaza de la Revolución, ya había estudios de rigor científico sobre tales génesis y valores identitarios.

¹³³ Algo similar a lo que había acontecido años atrás al desgarrar las comparsas de sus comunidades de origen, lo cual no pocas veces ha sido motivo de lamento para el carnaval capitalino, con la consecuente afectación contra la cultura de las respectivas comunidades urbanas.

masificar, dicho sistema de programas y proyectos, médula espinal para obtener una promoción científica de la cultura en cada comunidad y especificidad cultural en su sentido más amplio, ha ido perdiendo su esencia científica de forma, en ocasiones, muy simplista, y no faltan ejemplos en que la fundamentación que ha de sustentarla no constituye sino un punto más del esquema a escribir,¹³⁴ y que luego no se considera al trazar los lineamientos y, menos, al ejecutarlos.

Cierto que todo objeto de estudio tiene su complicación, pero hay comunidades menos complejas por ser mucho menos heterogéneas y afectadas por el movimiento migratorio con todas sus consecuencias vitales para la cultura; y menos complejas también porque las comunidades se limitan por evidentes y muy visibles extensiones de tierra deshabitada, y no por el ancho de diez metros (a menudo menos) que puede tener alguna de nuestras calles limítrofes entre barrios. Las afectaciones por desaciertos en la división

¹³⁴ Aspecto que a menudo ya ni se incluye, mecánicamente repetitivo sin distinguir la identidad de cada comunidad y de cada proyecto, en comunidades aparentemente similares por la inmediatez; o llega a ser engorroso y hasta molesto, subvalorado como “teórico” y “no práctico” y por tanto, burocrático, por quienes insisten en divorciar la teoría de la práctica. De igual suerte, la diferencia inicial entre programa (territorial, no importa la extensión) y proyecto (perfil especializado dentro de la cultura, sin importar tampoco la extensión), que en su triangulación lograban su objetivo sistémico, se ha “simplificado”: programa para los territorios grandes y proyecto, para los pequeños, traicionando la génesis del sistema y su rigor científico, más allá del elitismo y populismo implícitos en su verticalismo anticientífico, afectaciones simplistas que laceran a todo el país.

político-administrativa, que a su vez generan imágenes sociales, laceran a todas las comunidades... , pero en mayor grado, por la complejidad referida, a las que constituyen objeto para el presente estudio.

Las problemáticas estudiadas se dan con especial énfasis en estas comunidades y se reflejan en su patrimonio cultural construido; pero de forma aún más pronunciada en el patrimonio cultural vivo, al margen de las polémicas entre uno u otro. La ciencia estudia sus orígenes y devenir, mas también toda la fantasía que han generado y que constituye, sin duda, parte de su creatividad y de los valores de su imaginación y del imaginario popular, y (¿por qué no?) de su propia identidad, sobre todo, cuando se refiere casuísticamente a aspectos concretos, con el instrumental brindado por la Antropología, y con las especificidades de la Antropología Urbana.

El paisaje urbano trasciende la arquitectura y el urbanismo al medio ambiente con todo su valor sistémico, lo que implica además la propia acción constructiva y destructiva (huellas en general) de las complejas masas humanas que lo habitan y visitan, más allá de su mera presencia; a la vez que para analizar la arquitectura y el urbanismo en función del paisaje es menester que hagamos abstracción de las especificidades técnicas requeridas para concentrarnos en la identidad visual y orgánica que aportan.

Otras perspectivas que inician los resultados obtenidos por el presente estudio e invitan a continuar trabajando la Antropología Urbana como necesidad del desarrollo en Cuba, son las propuestas de museos especializados que preserven la cultura popular de cada

comunidad en su modo de vida raigal e identitario, para que las generaciones futuras no pierdan la memoria de sus ancestros.

Al instrumentar tales estudios de forma casuística en otras comunidades tanto capitalinas como de otras provincias cubanas, se han destacado el Consejo Científico de Cultura de Ciudad de La Habana y su Centro Provincial de Superación para la preparación metodológica de los especialistas provinciales y de los municipios capitalinos, así como el cuerpo de asesores del sistema de Programas y Proyectos de Desarrollo Cultural en la capital (desde 1999, de manera integral y por áreas concretas como antecedentes históricos, identidad, patrimonio, investigaciones, turismo y relaciones internacionales), la acción directa o indirecta de otros centros provinciales como Cultura Comunitaria, Patrimonio o Cine, y el gobierno de la ciudad que lo asumió para pilotaje y diversas consultas.

A partir de lo anterior, eventos nacionales e internacionales, diversas facultades de la Universidad de La Habana y, en particular, las tres ediciones de la Maestría en Antropología de la Facultad de Filosofía e Historia (de donde han emanado otros estudios de caso en el Barrio Chino de La Habana, la indigencia según determinados contextos urbanos, etc.), el Archivo Nacional, el Instituto de Geografía Tropical e instituciones relacionadas con turismo, recreación, sistema patrimonial, y diversas asociaciones y entidades de todo tipo, sobre todo el Instituto Cubano de Antropología, y entre las publicaciones, *Catauro*, *Revista Cubana de Antropología*, de la Fundación “Fernando Ortiz” (que propició además una aplicación en el Mercado de Cuatro Caminos en otro contexto

habanero, y una mirada antropológica a toda la capital) y la Biblioteca Científico-Técnica de la Academia de Ciencias de Cuba, han coadyuvado en su generalización a estas perspectivas en el resto del país mediante docencia, monografías y publicaciones en y sobre la vecina provincia de La Habana y cada una de sus comunidades, por su Dirección Provincial de Cultura radicada en el barrio La Pera, del municipio Plaza de la Revolución, así como la labor docente de pregrado y cuarta enseñanza en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas de la Universidad Agraria de La Habana (UNAH) en tanto sujeto y objeto de estudio, y por esta vía, la Isla de la Juventud y Pinar del Río; o para los municipios camagüeyanos y cuarta enseñanza —o enseñanza posgraduada— para Guantánamo, Matanzas y otros, de forma integral o por esferas, en nutritiva relación con estudiantes y expertos de España, islas Guadalupe (Francia), México, Ecuador, Suiza, Inglaterra, Finlandia, Italia, Venezuela, Colombia, Perú y otros países.

Los resultados de la Antropología Urbana constituyen material de consulta de primer valor para todo el que se propone acometer cualquier tipo de acción en cada comunidad, si bien como suele suceder con los resultados científicos, sobre todo en las Ciencias Sociales, su aprovechamiento no siempre es inmediato, sino gradual y relativo... pero obvio e imprescindible.

Diversos espacios televisivos y radiales han sido importantes promotores de estos resultados, con sus respectivas consecuencias en la educación social, imágenes más cercanas a nuestra identidad y un mejor sentido de pertenencia, entre otras.

El boletín cultural *El Almendares*,¹³⁵ (y en todo el 2008 *Cubarte*, *el Portal de la Cultura Cubana*, sitio web del Ministerio de Cultura de la República de Cuba), ha fungido como el principal órgano que coloca los resultados de estos estudios en los fundamentales centros municipales, provinciales, nacionales e internacionales, y rescata la publicación más antigua de referencia local en todos los renglones culturales. Reconocido “el primero de su tipo”, abrió el camino para *Phvs Ultra*, *Boletín Cubano de Simbología*, que se publica desde agosto del 2005, como órgano de la sección de base municipal de la Unión de Historiadores de Cuba por iniciativa de Maikel Arista-Salado y Hernández, su director fundador y precursor de los estudios de simbología cubana con impronta internacional. En enero del 2007 se sumó *El Guardabosques*, de perfil ambientalista, iniciativa y dirección de Isbel Díaz Torres, informático municipal. Todo ello ramifica y especializa a un tiempo los frutos alcanzados en diversas áreas, y los potencia a gran escala, pero también nos trae el polemizable tema del ciberespacio entre los intereses de la Antropología Urbana: la llamada “guerrita de los e-mails” con que nació el 2007, alcanzó impacto urbano el 30 de enero frente a la Casa de las Américas, donde se realizó el primer gran encuentro provocado por el debate, sin poder entrar el resto del público interesado.

¹³⁵ Entre julio de 1997 y el 2002, con frecuencia mensual, órgano (digital) de la Dirección Municipal de Cultura. Sus cientos de artículos constituyen riqueza documental sobre las más diversas comunidades, instituciones, creadores y aspectos de la cultura en el municipio Plaza de la Revolución, incluido el devenir histórico caso por caso. Continúa saliendo, mas su perfil ha sido modificado; no obstante, comenzó el 2007 con una saludable revitalización de su objetivo inicial: la promoción científica de la cultura, desde nuestro municipio.

La intimidad digital es una competencia contra las relaciones públicas, aunque el chat es al mismo tiempo una invitación, de especial connotación e impacto, por ejemplo, en época del sida, a favor y en contra (el sexo digital es absolutamente seguro contra toda enfermedad de transmisión sexual), presto para todo tipo de campañas (las mejores y las peores) e, incluso, proselitismo; es como otras, una nueva vía a, aprovechar, con potencialidades infinitas también para el bienestar humano y de su entorno. Mientras tanto, no es menos cierto que, como las malas traducciones en los medios de comunicación masiva, depaupera el idioma el inventar palabras que no responden a nuevas realidades y que terminan siendo aceptadas por la Academia de la Lengua con el paso del tiempo; frases impostadas sin sentido; involuciona la ortografía, etc. aunque también resalta el ingenio, la creatividad y el humor popular, en contextos urbanos más fértiles aun para todo ello por su gran diversidad, entre otras características, positivas (por ejemplo: el acceso a tanta información que así se universaliza y luego se puede procesar) y negativas (por ejemplo: la propia información, como todo, puede ser engañosa); no obstante, además del difícil acceso digital a intranet y, sobre todo, a internet, los chats sufren de mucha irregularidad y a menudo dejan de existir, por todo lo cual en nuestro contexto, aún distan mucho del protagonismo necesario para nuestras culturas urbanas, aunque tampoco puede excluirse del análisis, sobre todo, por sus perspectivas; otros ejemplos podrían tenerse en cuenta. Finalmente, no es posible obviar tampoco las perspectivas que ya en el siglo XXI abren el Proyecto Identidad y los nacientes estudios de simbología en Cuba.

Promovido desde la Comisión de Asuntos Históricos del Comité Provincial del Partido Comunista de

Cuba en Ciudad de La Habana, el Proyecto Identidad (atendido por el M. Sc. Rolando Julio Rensoli Medina y Haydée Laborí Ripoll) ha incentivado los trabajos y en el 2006 lograba publicar las historias integrales actualizadas (con disímiles resultados, por supuesto) de todos y cada uno de los quince municipios capitalinos y de toda la capital, a lo que se agregan, además, otros rubros de identidad local, tales como sus patriotas insignes y representativos, sus personalidades en todas las esferas culturales y sociales en general, sus símbolos de identidad, como hasta entonces se definían a este nivel, resultado de las investigaciones previas. Todo ello constituye un aporte esencial, básico e ineludible, para profundizar, sobre todo, en la dimensión diacrónica y, quizás en menor medida, también en la sincrónica, para los estudios de Antropología Urbana que requieran las diversas comunidades y espacios urbanos implícitos.

Entendamos como simbología (Arista-Salado, 2006a) ese conjunto (¿sistema?) de disciplinas y subdisciplinas en distintos grados de desarrollo epistemológico, que se especializan en los diversos aspectos que resumen la identidad mediante símbolos gráficos concretos (que ya trasciende a todo símbolo), a menudo de comunidades y espacios específicos. Tal es el caso de la heráldica (escudos), vexilología (banderas), numismática (monedas), honorística (condecoraciones), falerística (medallas), uniformología (uniformes), esfragística o sigilografía (sellos o cuños), filatelia (sellos de correo), diplomática (fuentes formales de la Historia), paleografía (letras), protocolo, etc. Todas, en un sentido u otro, aportan emblemas que explicitan identidad y en sí mismas lo son.

No obstante, la débil e irregular base de estudios al respecto nos ha dejado vulnerables a una heráldica

cívica muy cuestionable que, sin embargo, ha proliferado por todo el país, con escudos realizados y aprobados a espaldas de las leyes heráldicas y de identidad, más polemizables que lo permisible por el rigor (Arista-Salado, 2006b). Es conveniente destacar que, no obstante, ha sido la heráldica de las más afortunadas en estos estudios, por su tradicionalidad y significación social aun en el imaginario popular; las restantes esferas suelen estar peor. La carencia aún de una entidad especializada para ello (la falerística todavía está diluida en la numismática) no estimula la urgente sistematización y mayor especialización de cada una de estas disciplinas, con distintos grados de desarrollo no solo en Cuba, sino a nivel mundial.

El ya referido *Plvs Vltra*, *Boletín Cubano de Simbología*, ha explicitado y se ha pronunciado por una Sociedad Cubana de Simbología que, por supuesto, podría canalizar las soluciones para las tantas problemáticas detectadas en este rango epistemológico de cada una de esas disciplinas y subdisciplinas, y que, indudablemente, importan de forma determinante a todo estudio de identidad, incluida la Antropología Urbana.

En particular, la simbología exige devenir materia de estudio básica en la formación de profesionales tanto de los Estudios Culturales como de la Antropología, entre otros. La Antropología Urbana, en su interacción indisoluble con la identidad local, urge sin duda alguna de esta retroalimentación.

Con todo lo anterior, no se logra sino una muy breve síntesis de las perspectivas que abre a nuestro país la sistematización de una Antropología Urbana de rigor, más allá de la repercusión y validez internacional de semejante experiencia con la que aportar y retroalimentarnos con otras culturas.

A manera de epílogo

Ya al final, es menester reconocer a la Antropología Urbana el fundamento científico imprescindible que aporta al éxito de todo trabajo comunitario a realizar en las ciudades y que, metodológicamente, toda comunidad debe definirse a partir del estudio de cinco aspectos concatenados entre sí, a saber: entorno ecológico integral; población humana en todos sus sectores, grupos, indicaciones y movimientos; sustento económico; devenir histórico, y cultura en su acepción sistémica más amplia. Esta metodología es válida para todas, aunque se hace particularmente indispensable en las comunidades mientras más urbanas sean, ya que suelen estar limitadas entre sí por calles y, con tal inmediatez, que cuentan con una mucho mayor interrelación, la cual tiende a la confusión de la simple vista y requiere de estudios más profundos, pues más que en otras comunidades (a veces *encontradas*) transculturán en un mismo foco familiar e, incluso, individuos en diferentes momentos de su devenir, y a un mismo tiempo también.

De igual modo, ha de entenderse como parte esencial de la metodología para la Antropología Urbana, y con carácter universal de aplicación casuística, una adecuada combinación del análisis de las dimensiones diacrónica y sincrónica por períodos y sobre la

actualidad concreta, así como la integralidad sistémica de cada cultura urbana, por lo que requiere de la interacción con otras áreas antropológicas e, incluso, con otras disciplinas de las ciencias sociales, para profundizar y definir científicamente (y por tanto más veraces y eficaces) respuestas y soluciones a las diversas problemáticas de cada cultura urbana que puedan ser de interés: además de las pormenorizadas en este texto, pueden derivarse monografías sobre un sinnúmero de temas: diversidad de violencias, indigencia, drogadicción, alcoholismo y tabaquismo, en este último caso, por ejemplo, en “no lugares” como el transporte público y otros muchos.

Mientras más metropolitanas son, las comunidades urbanas requieren de una adecuada metodología para el imprescindible análisis de la población flotante según sus motivaciones y vivencias, etnogénesis, comunidades y culturas de origen, que aun cuando no sea residente, no puede obviarse como comunidad protagonista e indispensable objeto de estudio en sus diversos grados de interacción con la población residente con la que comparte espacios temporalmente; y otro tanto debe hacerse con la población residente, siempre de modo casuístico, según vivencias y aspiraciones, raíces étnicas locales, culturales y de otras comunidades.

Conceptual y operacionalmente, en tanto antropología de ciudad, la urbana aprovecha los aportes de la antropología en la ciudad, pero reinterpreta y asimila la comunidad y el espacio urbanos concretos como entes vivos con personalidades propias muy complejas.

Por su parte, toda antropología que estudie componentes de un contexto urbano (en la ciudad) se

potencia mucho más si acude previamente a los resultados integrales que aportaría la antropología urbana en dicho contexto. Es importante volver a enfatizar que el objeto de estudio de la Antropología Urbana no es la ciudad sino la vida en ella y sus procesos sociales analizados de manera integral y que, por tanto, hablamos de una “antropología de ciudad”, (no “de la ciudad”), pues se enfocan espacios urbanos concretos (barrios, comunidades, otros espacios y “no lugares” urbanos incluso) en su interrelación, de donde pueden derivar otros estudios, pero no suele ser toda la ciudad la que se abarca en ellos, aunque no se excluyen resultados generales de sus diversos barrios.

Al aplicar tales métodos y conceptos en las comunidades costeras noroccidentales habaneras como estudio de caso, se argumenta desde los antecedentes y por comparación con el resto de la capital, el máximo grado de cosmopolitismo y de carácter metropolitano que identifica al municipio Plaza de la Revolución y, sobre todo, en orden creciente, a El Carmelo, el Vedado y la Rampa, que en tan breve territorio y en nueva cualidad de alta diversidad y complejidad de múltiples comunidades que viven en interacción constante y cotidiana, sintetizan toda Cuba y la vasta variedad de culturas de todo el orbe.

Estas y otras consideraciones casi siempre convergentes, como la singular concentración histórica ya centenaria de instituciones de todo tipo y, sobre todo, de organismos de dirección y proyección nacional e internacional en todas las esferas, así como su cosmopolitismo vecinal y cultural en confluencia sistémica de meras identidades tradicionales y contemporáneas a un tiempo apunta a definir el territorio, al avanzar el

siglo xx, como “capital de la capital”, toda vez que se reconozca La Habana Vieja como su antecedente (sin minimizar las interinfluencias restantes), y capital histórica de Ciudad de La Habana, en un tránsito durante las primeras décadas del siglo xx de La Habana Vieja al Vedado y sus inmediaciones, que es el llamado proceso de “restauración” extensible de la culinaria a toda la cultura, en lo que el análisis diacrónico de esta investigación abunda.

Al aplicar el método comparativo entre sí y, sobre todo, con las barriadas centrales de Nuevo Vedado y La Plaza (y más aún con las sureñas de Aldecoa y Puentes Grandes), se destacan las diferencias de una mayor heterogeneidad en el norte y hacia el este, que también se explican en sus condicionantes históricas y sociales para cada comunidad, y que alcanzan al individuo y la propia familia en su modo de vida, proyección, inquietudes, preocupaciones y ocupaciones, a la vez que demuestran la alta complejidad sustancial de la interrelación polidireccional diacrónica y sincrónica entre tales barriadas y el profundo sustrato de toda la cultura nacional (y sus tantas raíces e influencias foráneas) que en la cultura popular (en sus relaciones de por sí complejas dentro del sistema de la cultura) en y de y desde estas comunidades se devela.

Esta primera experiencia realizada durante veinte años en el municipio Plaza de la Revolución pormenoriza la gran cantidad y complejidad de problemas a resolver y retos que debe vencer la Antropología Urbana en Cuba, y por tanto, su urgencia en estas y otras comunidades urbanas (y no solo urbanas). Así, por ejemplo, el punto de vista antropológico fue fundamental en los estudios de caso comparados, al

permitir más que describir, explicar las causas de las diferencias culturales entre una comunidad urbana y otra, y las historias de vida con muestra intencional fueron el medio idóneo para el rescate de la memoria histórica colectiva que reclaman los antropólogos urbanos en Iberoamérica.

Tampoco los estudios de identidad se sustentarían sin el método comparativo casuístico y la observación antropológica participante (sobre todo encubierta) con un trabajo de campo prolongado, que logre comprender mejor los aspectos no explicitados (insuficientemente explicitados o tergiversados por diversos motivos) por los informantes; métodos que requirieron ser contextualizados en cada ámbito urbano y retroalimentados con otras áreas antropológicas y disciplinas de las ciencias sociales, de manera consecuente con las exigencias de la Antropología Urbana. Más allá, queda entendida la comunidad como un ente vivo con algún elemento en común en una reconceptuación sin más ataduras ni limitantes, como otra novedad científica para una metodología que aporta la historia de vida de cada comunidad y de cada espacio comunitario en sí mismo.

En la medida en que se urbanizan, las comunidades adquieren caracteres más complejos, sobre todo aquellas que reflejan los grados más metropolitanos y cosmopolitas de una nacionalidad o de varias. Ello fundamenta la urgencia de implementar la Antropología Urbana, con las especificidades propias de tales contextos urbanos, que cada vez aumentan su protagonismo en las diversas sociedades del mundo que nace al tercer milenio. Dichas comunidades urbanas suelen asimilar y reflejar en un nuevo contexto en

que transculturán, los valores culturales de comunidades rurales, urbanas y suburbanas que les preceden y de aquellas con las que en alguna medida se interrelacionan, bien sea por su inmediatez geográfica, histórica, social y cultural o por las imágenes que de cualquier forma les llegan, lo cual las convierte en valiosas portadoras del patrimonio transculturado de tal región concreta, a estudiarse por cada comunidad y valor cultural.

Las más metropolitanas funcionan de forma similar como portadoras de las comunidades precedentes transculturadas, pero con respecto también y en nuevas dimensiones, a las diversas regiones del país que suelen funcionarle como comunidades exportadoras de valores, de forma distintiva y con disímiles grados de transculturación, lo cual requiere de estudios más casuísticos por comunidad, por región concreta del país y por cada valor que transcultura; estos últimos en las diversas comunidades urbanas requieren de seguimiento científico mediante la misma Antropología Urbana, puesto que pueden ser valores positivos pero también negativos o antivalores e, incluso, coexistir y evolucionar o involucionar según la transculturación concreta en que vive el valor en sí, y al recontextualizarse, uno positivo puede llegar a ser negativo y viceversa, según el criterio valorativo.

En estas comunidades urbanas, las acciones que ignoran la visión y el instrumental de la Antropología Urbana tienden a peligros tales como la liminalidad e identidades construidas, que desarraigan tales comunidades y atentan directamente, por tanto, contra el patrimonio tanto cultural como natural (agreguemos que lo social tiene su propia naturaleza),

sobre todo, contra el patrimonio urbano en general, riqueza insoslayable dentro del patrimonio cultural de todo pueblo.

La Antropología Urbana devela nexos propios de las comunidades urbanas, que deben examinarse casuísticamente en todas y cada una de ellas, tales como, por ejemplo, una mucho mayor y más compleja interrelación con las restantes comunidades urbanas dentro de la misma ciudad y con otras comunidades urbanas y no urbanas del mismo país, y en la medida en que son más metropolitanas, un mayor cosmopolitismo por una mayor, y más directa y compleja interrelación histórica con las culturas (cruzadas incluso y con distintas dimensiones de interinfluencias o no) de otros países; en lo que también inciden y, por tanto, no pueden obviarse del estudio, el turismo (todo tipo de visitante nacional o extranjero) y los medios de comunicación masiva cada uno según su propio instrumental y en cada comunidad.

Otro de los nexos implícitos en estas comunidades urbanas es la dinámica histórica que se da entre lo rural (no urbano en general), lo suburbano y lo urbano, y, dentro de este último, las peculiaridades de lo metropolitano, que según cada cultura nacional, tiende al cosmopolitismo en mayor o menor grado, dinámica que vive y desarrolla según transcultura cada comunidad urbana. El movimiento migratorio interno protagoniza el desarrollo de esta dinámica rural-suburbano-urbano nacional hacia el carácter metropolitano de cada comunidad, y el externo, en el caso positivo del cosmopolitismo, y negativo con respecto al abuso que pueda hacerse de la capital solo para emigrar al exterior o aprovechar sus presuntas

ventajas en beneficio personal sin mayor valoración, entre otros.

En todo ello también desempeñan un papel protagónico los medios de comunicación, todas las vías de educación y, por supuesto, la familia y la comunidad en sí, con incidencias directas para los tantos valores de estas comunidades urbanas, y en concreto el sentido de pertenencia con un mayor conocimiento de causa de su emotivo e imprescindible sentimiento, que de tal suerte se refuerza y hasta se genera cuando no existe, lo cual tampoco puede asumirse mecánicamente.

Otro aspecto son los espacios urbanos que se generan a partir de las características propias de cada comunidad y que logran núcleos centrales con personalidad propia reconocida y recreada por el imaginario popular como espacios comerciales, raciales, étnicos, religiosos, erótico-sexuales, políticos, de miedo y otros, espacios que los mismos individuos suelen portar más allá e interactuar con otros distantes, en lo que pudiéramos definir con el término de “espacios andantes”, sin olvidar los “ocasionales” (y las comunidades ocasionales metaestables pero imponentes) y hasta los sonoros y los olfatorios, elementos todos clave en la transculturación y la identidad. La dinámica entre espacios públicos y privados, entre institución y comunidad, y la relatividad del espacio institucional, entre otros, no pueden quedar a la zaga.

Estos criterios pueden y deben ser aplicados casuísticamente en el resto de Ciudad de La Habana y del país, con vistas a efectuar el trabajo comunitario en las ciudades sobre bases científicas, además de continuar desarrollándose en las comunidades urbanas

usadas como pilotaje y que hoy conforman el municipio Plaza de la Revolución, lo cual, sin duda, brindará felices experiencias para todo el trabajo comunitario y para los especialistas de otros países que en tan importantes temáticas se interesen.

Asimismo, se han de aprovechar las potencialidades que la Antropología Urbana brinda como complemento necesario en las culturas rurales (no urbanas en general o con diversos grados de urbanización), cada una en su interrelación con las culturas urbanas con que interactúan de forma casuística. El desarrollo de proyectos como el Identidad, en Ciudad de La Habana, y el estímulo a las disciplinas simbólicas devienen protagonistas para esclarecer científicamente los valores que identifican a nuestras comunidades y, por ende, constituyen retroalimentación urgente con la Antropología Urbana y, a su vez, con los Estudios Culturales y con todo el resto de las ciencias, sobre todo sociales.

Con todo lo anterior, la Antropología Urbana, lejos de la subvaloración sufrida por dogmas epidérmicos y simplistas, enfrenta uno de los retos más complejos del devenir epistemológico de la ciencia antropológica, por la integralidad que exige y la complejidad propia del objeto de estudio; pero también asume una de las funciones más importantes y hermosas, en cuanto al salvamento del patrimonio urbano representativo (a través de cada cultura comunitaria en sus especificidades) de cada cultura popular y nacional, una de las áreas más afectadas del patrimonio por su propio devenir y que requiere de mayor profundidad, rigor y sistematicidad en las investigaciones científicas.

Anexos

Anexo 1

Glosario

ANTROPOLOGÍA URBANA: Antropología de ciudad. Su objetivo reside en la interacción entre el espacio urbano y el crisol de problemáticas y caracteres identitarios de las comunidades que en él se desenvuelven, por lo que dicho espacio no queda reducido a un mero escenario sino que concibe la ciudad como ente vivo en desarrollo orgánico, con sus regularidades propias, a aplicar casuísticamente en cada una y en cada comunidad dentro de la ciudad. Recordemos que es “antropología de ciudad” y no “de la ciudad”, toda vez que su objeto de estudio no es toda la ciudad y ni siquiera, la ciudad, con la que, eso sí, se interrelaciona sustancialmente y define el patrimonio urbano. No necesariamente ha de entenderse en contraposición con la Antropología rural, porque ello limita metodológicamente y puede hasta enajenarnos de la realidad objeto de estudio, y porque teórica y conceptualmente, las comunidades (ni siquiera de modo exclusivo residenciales) no pueden dividirse solo en urbanas y rurales: su realidad es mucho más diversa y compleja (Couceiro, 2007a).

BARRIADA: Comunidad que incluye determinada área geográfica de una ciudad dada a partir de un origen

y devenir que permite detectar relativa homogeneidad en sus valores identitarios.

BARRIO: Comunidad que dentro de su barriada muestra valores identitarios propios a partir de su origen y evolución con respecto a otros de la misma barriada.

CIUDAD: Población grande, con grado de urbanización (trazado y toda su red) y tendencia hacia la modernidad industrial en relativa contraposición con la vida campestre y rural.

COMUNIDAD: Grupo humano con algún interés o problemática común, que puede estar dado por un área de residencia con determinadas características de relativa homogeneidad; pero puede también que la comunión esté dada por otros intereses a pesar de que, por supuesto, siempre se desenvuelve en un espacio y en un tiempo dado. Toda comunidad es un ente vivo en constante transformación, incluso de comunidades previas y hacia nuevas comunidades. Pueden ser por residencia (urbanas, rurales, costeras, de montaña, desérticas, polares, de selvas y otras, incluidas las que se caracterizan por su nomadismo y por tanto “no residenciales”, como las de los gitanos), pero también por afinidades diversas: científicas, artísticas, étnicas, religiosas, ambientalistas y otras, incluso, por marginación, como los guetos, la comunidad negra en Estados Unidos, la comunidad gay o las reservas indias y demás. Toda comunidad, como es lógico, se desenvuelve en espacio y tiempo; pero solo las residenciales son definidas por el espacio excepto en el nomadismo. En las restantes, el espacio es mucho más relativo y, a menudo, dinámico. Comuni-

dad residencial es tanto un barrio como una zona o un foco, y lógicamente, la dinámica entre focos-zonas-barrios es muy rica, compleja y variada, sobre todo, en las comunidades más metropolitanas y cosmopolitas, con alta incidencia por (y en) los flujos migratorios.

CONTEMPORANEIDAD: Valor representativo de la época actual (se puede operacionalizar, lo que llevamos de siglo XXI), marco actual al que se adaptan en mayor o menor grado las tradiciones y que conforma igualmente un elemento propio de la identidad, entendida cada época como factor de su contemporaneidad. Siempre surge de alguna tradición y las tradiciones (sobre todo, en las comunidades urbanas, y mientras más urbanas son) no pueden pervivir, sino en la contemporaneidad de cada época, lo que no permite dogmas en su reconocimiento, sino estudios más profundos y análisis muy dialécticos. Solo en la contemporaneidad se conserva el patrimonio.

CONURBACIÓN: Encuentro espacial de varias ciudades en expansión.

COSMOPOLITISMO: Universalidad de un fenómeno concreto, más allá de la propia metrópoli incluso.

CULTURA: Sistema de valores. Es, sin dudas, un sistema, en que cada elemento (valor, incluidas las acciones humanas) incide en los restantes en mayor o menor grado, en una u otra dimensión. En este concepto y con toda intención, como valor puede entenderse cada componente, pero también valoración, ambas acepciones en su integración. Como acción se hace referencia a la actividad transformadora y autotransformadora de los seres humanos en sociedad.

ESPACIO ANDANTE: Se refiere a la cultura representativa de un espacio dado, pero que es explícitamente (de una forma u otra) portada por uno o varios individuos a otros espacios, distantes o no.

ESPACIO INSTITUCIONAL: Espacio que compete exclusivamente a una institución. Su relatividad como espacio público, depende del perfil de dicha institución: una galería de arte es un espacio mucho más público que una fábrica, aunque ambos son institucionales.

ESPACIO OCASIONAL: Se refiere al que cobra esta identidad temporal sobre la cotidiana, exclusivamente en determinadas ocasiones.

ESPACIO OLFATORIO: Aquel dado por olores que lo identifican, entre ellos los odoríferos, caracterizados por los buenos olores.

ESPACIO PRIVADO: Aquel que solo compete a la intimidad de un sujeto o de un núcleo familiar y sus allegados.

ESPACIO PÚBLICO: Aquel al que nadie necesita estar autorizado para acceder, pues no es propiedad privada de nadie.

ESPACIO SONORO: Aquel que no se identifica visual sino acústicamente.

ESPACIO URBANO: Contexto microlocalizado dentro de la ciudad, con una identidad relativamente homogénea y propia que lo distingue del resto de los contextos. A su vez siempre porta caracteres que deben estudiarse integralmente en todo el sistema que es, así como otros elementos que lo emparentan con otros espacios.

FOCO: Comunidad dentro de una zona con características peculiares que la identifican del resto de aquella por determinadas razones históricas, culturales,

económicas y otras identitarias. Comúnmente poseen menos de 20 viviendas y, como ejemplo distintivo, se pueden citar múltiples solares o ciudadelas, casas de inquilinato y determinados edificios u otras viviendas atípicas en su contexto y según cada caso particular.

IDENTIDAD: Valor o conjunto de valores que nos permiten identificar un fenómeno (en este caso, una comunidad, pero es mucho más universal) de otro en determinados aspectos, de aquí su relatividad. Su carácter sistémico es también muy relativo (aunque no desechable), pues al variar algún componente de la identidad no necesariamente se modifican los restantes, como es característico de los sistemas. La identidad existe objetivamente (incluido el sujeto) al margen de las imágenes que de ella perciba y de la que luego proyecte cada sujeto; es lo que muchos expertos llaman identidad exterior objetiva. La identidad se evidencia en la relación mismidad/otredad, en que puede llegar a concientizarse.

IDENTIFICACIÓN: Es el grado de identidad que cada sujeto alcanza con respecto a alguna comunidad (u otro valor concreto): se identifica o no con ella. Es lo que muchos expertos llaman identidad interior subjetiva, y que lamentablemente muchos no expertos (también algunos expertos, pero no tanto en estas especializaciones) confunden como “identidad”, y dicen: no hay identidad, cuando un sujeto (o más) no se identifica, con lo que obvian la identidad exterior objetiva.

IMAGEN: Valor subjetivo que cada cual se crea a propósito de algún fenómeno concreto. Toda imagen, a

fuerza de promoverse, puede llegar a devenir identidad, aun cuando sea falsa, pues el imaginario ve el fenómeno como no es; de aquí la importancia de que la promoción beba en las fuentes de la ciencia, que permite generar imágenes más veraces por ser más cercanas a la identidad exterior objetiva. En cambio, de la identidad se forman inevitablemente (parte de su riqueza) tantas imágenes como sujetos la perciban; la identidad que no es percibida por ningún sujeto, no llega a ser imagen y para algunos, incluso, no existe, lo cual conduce al subjetivismo. (Aunque no comparto este criterio, lo expreso porque ofrece una medida de lo decisiva que es la imagen.) Es la valoración (elaborada o no) de la identidad. Es la promoción (consciente o inconsciente, formal o natural y, sobre todo, la promoción popular) la que engrosa el imaginario popular, en el que no participa la identidad que no se haya promovido: lo que apunta de nuevo a la importancia del promotor (artista, dirigente, promotor en general) formado científicamente y, por tanto, más en la identidad que en las imágenes.

KITSCH (del alemán *verskitchen*, comprar barato, data del comercialismo tras el apogeo industrial de los “nuevos ricos” del siglo XIX para crear una imagen de opulencia). Seudocultura, esto es: degeneración de la cultura. No alude a mayor o menor (siempre tan relativo) desarrollo cultural, sino a antivalores: facilismo, falsedad, miserias humanoides y otros.

LIMINALIDAD: Nueva identidad surgida en la extensión de otras identidades concluyentes; a menudo carece de topónimo, a no ser algún punto de referencia que, como suele suceder, es escogido por la cultu-

ra popular dada su significación o ancestro. (Concepto elaborado a partir de estudios con el profesor Sudah Yahuda Shaleb, de la Universidad Brusel, de Londres, 1999.)

MEGALÓPOLIS O REGIÓN URBANA: Conjunto de actividades interpretadas y difundidas en el espacio con independencia de sus núcleos iniciales. Es la región urbana donde se realiza un conjunto de actividades a gran escala, desde un centro que ejerce la hegemonía de poder, la cual se difunde en el espacio urbano con independencia del núcleo original. Los medios de comunicación masiva ejercen un papel especial en ello.

METROPOLITANO: Relativo a la metrópoli o ciudad principal en su conjunto; implica mayor desarrollo del trazado urbano. Área originada por la expansión de la ciudad que constituye el núcleo metropolitano desde el que se produce la expansión. Estado o ciudad en relación con sus colonias: así, por ejemplo, durante todo el siglo XIX, España era la metrópoli y Cuba una colonia española de ultramar. Ciudad principal de una provincia, región o estado. Todo ello inserta el concepto de ciudad y, sobre todo, de metrópoli, en el discurso centro/periferia; pero sin prejuicios dogmáticos ni simplistas, pues va más allá del espacio físico y suelen hallarse dentro de cada espacio urbano. También es relativo: aun cuando hubo una comunidad previa a la rada, las estudiadas en esta investigación son producto de la expansión desde la bahía y, a su vez, sirven de punto de partida para la expansión al oeste y sur, por lo que la reversibilidad, al menos parcial, no es descartable, como tampoco lo es en el par centro-periferia.

MISERIAS HUMANOIDES: Sentimientos o cargas negativas contra el prójimo: envidias, maledicencias, ambiciones negativas desmedidas, competencias desleales, subvaloraciones contra el otro, etc. No las reconozco propiamente humanas, aunque sean portadas por los humanos, toda vez que no son valores humanos, sino antivalores que desdichan precisamente de su humanidad y remedan la vigencia del planteamiento de Marx, de que aun vivimos la prehistoria de la humanidad, en cuyo futuro se espera queden depuradas.

MODERNIDAD: Cultura de la época moderna de consolidación y expansión de la burguesía (modernidad burguesa, antropocentrista con el dogma de la razón, fundamentalmente urbana e industrial con nuevas ciudades, entre otros rasgos) que sustituye al medioevo feudal (rural, teocentrista con el dogma de la fe) esto es, desde el Renacimiento y el descubrimiento o encontronazo con el continente hoy americano. Aún vigente en esta época de posmodernidad (ver).

PATRIMONIO: Valores heredados, con especial significación por sus características.

PATRIMONIO CULTURAL: Valores generados por el ser humano, que heredamos, con especial significación por sus características.

PATRIMONIO CULTURAL VIVO Propuesto en *La Cultura Popular Tradicional: conceptos y términos básicos* (Mejuto y Guancho, 2008) para sustituir el concepto de “patrimonio cultural inmaterial” ya que este se asienta más en la terminología jurídica que le origina a partir del idealismo filosófico de espaldas a la antropología y al concepto de cultura que envuelve

tanto a los objetos como a las ideas y habilidades para crearlos y usarlos. Queda definido como “los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas —junto con las habilidades para el manejo de los instrumentos, objetos, artefactos y el empleo de los espacios culturales que les son inherentes— que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural”. Es instrumento esencial para promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana. Como tesoro humano vivo define las personas o grupos con tales conocimientos, habilidades y técnicas.

PATRIMONIO NATURAL: Valores heredados del entorno ecológico sin la impronta humana, con especial significación por sus características. En la medida en que el ser humano los modifica devienen, además, patrimonio cultural, y en un mismo valor pueden coexistir e, incluso, complementarse el patrimonio natural y el cultural.

POSMODERNIDAD: Cultura de la época que se cuestiona los valores de la modernidad burguesa: despunta en el romanticismo tras el neoclasicismo de la Revolución Francesa (1789) y cada vez más hasta la actualidad (lo cual no excluye la absoluta vigencia de la modernidad burguesa en múltiples valores y antivalores), si bien el término data de los arquitectos de los años sesenta del siglo xx parisino, por la obra realizada junto al moderno Louvre. Cada vez más, se pronuncia por “el otro”, por lo que va dejando atrás al antropocentrismo e incorpora el papel de la intuición y la imaginación

en las ciencias para una razón más polémica, como base del conocimiento científico y del desarrollo; la “totalidad perdida” tiende a la integralidad y, por ende, a la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad que, lejos de obstruir, potencian la disciplinariedad, las apropiaciones que reinterpretan la cultura previa, etc.

PROMOCIÓN: Acción y efecto de promover; adelantar una cosa, instigar. Sinónimos: fomento, desarrollo, protección, organización, apoyo, generación, iniciación, inspiración. Ello incluye el concepto de animación, entendido este como movimiento, agitación, vitalidad; animar es “dar la vida. Excitar, alentar, enardecer, incitar, exhortar, confortar, impulsar, estimular, dar fuerza y vigor, dar movimiento, alegría y vida”; cobrar ánimo y esfuerzo, atreverse (Toro y Gisbert, 1968). Todo animador es promotor, aunque no viceversa. El promotor anuncia, informa, divulga, estimula; es un generador de imágenes (Couceiro, 2007a: 92-96), al margen de su calidad y alcance. El promotor puede ser institucional o “natural” (más allá de que un promotor institucional integra también la naturaleza de la institución). Si atendemos a los conceptos de IMAGEN e IDENTIDAD, se comprende el protagonismo del promotor en la IMAGEN que se genere, y la importancia de su formación científica en los estudios de la IDENTIDAD de su objeto de promoción, para que dicha IMAGEN sea lo más veraz y cercana posible a dicha IDENTIDAD OBJETIVA, lo que despunta en Cuba con los Estudios Culturales y el Sistema de Programas y Proyectos Culturales, en vísperas de la década finisecular. De un buen pro-

motor se exige sensibilidad y comprensión, respeto y amor a su objeto de promoción, identificación y participación; sencillez, altruismo y alteridad, antitelitismo y antipopulismo a un tiempo; capacidad, buena comunicación, cultura... El animador, además, requiere el talento especial de saber inducir e insuflar alma como medio de promoción. Una buena promoción, formada científicamente, es la que puede aplicar de forma adecuada, según cada caso, los resultados de esta y otras investigaciones.

REPARTO: Barrio cuyo origen fue preconcebido urbanísticamente y que en determinado momento correspondió a determinada elite (o exclusividad) de la ciudad con cierto distanciamiento del resto del contexto ciudadano.

SENTIDO DE PERTENENCIA: Indisoluble, aunque no mecánicamente vinculado al sentimiento de pertenencia, pero en su elaboración consciente y racional. Cuando más y mejor se conoce el fenómeno, el sentido de pertenencia suele cobrar más fundamento, pero también el sentimiento de pertenencia suele crecer y, a veces, es el sentido de pertenencia el que genera al sentimiento, proceso que sucede mucho, por ejemplo, con los inmigrantes que devienen auténticos hijos adoptivos.

SENTIMIENTO DE PERTENENCIA: Desde la cultura afectiva y el subconsciente humano y del grupo social concreto, refleja el grado de sensibilidad con respecto al entorno concreto en que se vive o que se visita. Es fundamentalmente emotivo, se siente y la intuición es protagonista. Puede ser base para el sentido de pertenencia, pero no necesariamente.

TRADICIÓN: Valor que ha demostrado su trasmisión de generación a generación, esto es en un período mínimo aproximado de 50 años (según algunos expertos bastan 25 años) que permita evaluar la asimilación de la tradición al menos hasta la tercera generación según el ciclo reproductivo humano. Las tradiciones han sido clasificadas como históricas o vigentes, pero, en todos los casos, la fuerza que imprime su inercia social sella valores de identidad patrimoniales y en la psicología social así como la fuerza e impronta de la trascendencia con el impacto consecuente no solo para la identidad, sino también para el imaginario, en cuyo subconsciente penetra. En la tradición (aunque no exclusivamente) se define el patrimonio. Lejos de aplicaciones mecánicas, nótese que el período que determinaría una tradición en otras especies depende del promedio de vida y maduración de cada especie; y en la cultura humana el arte joven, por ejemplo, cada vez se acelera más, y tal vez basten diez años para hablar de tres generaciones de arte joven y determinar su tradición.

URBANIDAD: (Del latín urbanitas, -ātis) Actitud, comportamiento en el trato social con el que se demuestra buena educación (*DRAE*, 2008 y Pequeño Larousse Ilustrado, 1999). Es esa cultura específicamente ética de buenas relaciones entre las personas, más allá de lo que de manera estrecha se entiende como "educación formal", cuyo nombre se deriva al condicionarse por las exigencias de convivencia particulares de las urbes; pero que, por supuesto, como toda cultura, se porta dondequiera que vaya el individuo, y transcultura también.

URBE: Ciudad grande y populosa. Históricamente ha germinado por razones económicas y comerciales con toda una cultura propia. El concepto de urbe halla su raíz etimológica en la antigua cultura latina desde los orígenes de Roma, aunque su identidad contemporánea se define, sobre todo, desde inicios de la Revolución Industrial hasta el siglo XIX con una proyección durante el XX que se asegura, cada vez más, como protagonista del futuro inmediato. Desde entonces, y aun cuando al técnico especializado resulte demasiado simple, no es simplista resumir que el proceso de construcción física y palpable que identifica a la urbe se denomina “urbanización”, y sus resultados constructivos, “urbanismo”. El adjetivo que corresponde a la urbe, es “urbano”.

VALOR:¹ Expresión de los intereses del sujeto portador de la ideología; es objetivo, sin existir al margen de

¹ Desde que los estoicos definieron en el siglo III a.n.e. el valor como objetopreciado por el ser humano, mucho ha avanzado la Humanidad al respecto. También en Cuba, en las últimas décadas, se han hecho muy profundas reflexiones al respecto. Tal es el caso de Fabelo (1986) quien señala que los valores espirituales como proyectos ideales surgen sobre la base de las necesidades y la práctica humana, y contienen qué hay que transformar en la realidad y en el propio hombre, y enfatiza la naturaleza ideal del valor, su condicionamiento objetivo histórico-concreto por la práctica y las necesidades humanas de cada época y sociedad, y los elementos proyectivos que contienen anticipaciones pues el valor es siempre un fin de disímil alcance que el ser humano porta en su tiempo. En 1985, Zaida Rodríguez en *Filosofía, ciencia y valor* aportaba sus argumentos, y Rigoberto Pupo le dedica un capítulo a la actividad valorativa en *La actividad como categoría filosófica*. Particular importancia ha tenido la experiencia

las necesidades humanas, y siempre supone un elemento progresivo en el sentido amplio del desarrollo, pues conduce al enriquecimiento y realización del ser humano, y es por oposición justo ante este último aspecto, que se define el antivalor. Operacionalmente, por tanto, definimos valores en una doble acepción, ambas necesarias y complementarias, como los diversos componentes de la cultura, distintivos entre sí aunque interconectados sistemáticamente y, a la vez, como las valoraciones (llamadas o no, conscientes o no) sobre cada fenómeno; y antivalores, como los definidos por el saldo negativo con que dañan la formación de la personalidad y el medio, contrapuestos a los valores aunque coexistentes.²

ZONA: Comunidad dentro de un barrio o reparto que se diferencia cualitativamente del resto de este por determinadas razones históricas, culturales, eco-

y el análisis de la profesora Lissette Mendoza Portales, acuciosa investigadora del tema. Resultado de tales estudios, los diversos criterios convergen en definir valores como los componentes de la ideología en su acepción más integral de sistema de ideas y formaciones espirituales complejas con sus diferentes determinaciones; componentes atomísticos de ideas estéticas, éticas, filosóficas, políticas, etc., como una particularidad dentro de la ideología, la cual siempre tiene su componente valorativo.

² El Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas sintetiza todas las reflexiones previas al reiterar que el valor conduce al enriquecimiento y realización del ser humano, en tanto que los antivalores constituyen el saldo negativo en tal desarrollo y en la personalidad, su empobrecimiento material o espiritual y, en suma, atentan contra el progreso humano en su integridad y cualquiera de sus componentes, incluidos, por supuesto, los valores urbanos.

nómicas y otras, con identidad propia que, por supuesto, queda dentro de la relativa homogeneidad del barrio. Como razón operacional en un momento determinado ha sido tomado un promedio de entre 20 y cien viviendas. Según el caso puede corresponder aproximadamente a determinadas cuadras o hasta manzanas, pero cuando la densidad poblacional es mayor, en una misma cuadra puede haber más de una zona, pues no predomina lo cuantitativo, sino la identidad general.

Referencia bibliográfica

- Aguilera González, Celia María y col.: *El barrio de los sueños*. VI Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1999.
- Arista-Salado Hernández, Maikel: *Introducción a la Simbología Cubana: Boletín Plus Ultra*. IX Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura Plaza de la Revolución, marzo del 2006a.
- _____ : *Los escudos cívicos de Cuba*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”, Ciudad de La Habana, 2006b.
- Augé, Marc: *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una Antropología de la sobremodernidad*. Editorial Gedisa, Barcelona, 2000.
- Bauta, Carlos y Luis Rondón: *Proyecto de educación comunitaria en la preservación de su propio patrimonio*. III Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura Plaza de la Revolución, 2000.
- Bueno, Gustavo: *Nosotros y ellos*. Editorial Pentalfa, Oviedo, 1990.
- Couceiro Rodríguez, Avelino Víctor: *Programa de Desarrollo Cultural del municipio Plaza de la Revolución*. Dirección Municipal de Cultura Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana, 1989.
- _____ : *La religión: evaluaciones para una Antropología Urbana. Estudio de caso en comunidades*

- metropolitanas cubanas*. Maestría en Antropología, Universidad de La Habana, 1998a.
- : *La Antropología lingüística: su importancia en los estudios de identidad en el municipio Plaza de la Revolución*. Maestría de Antropología, 1998b.
- : *Símbolos políticos urbanos: enfoque antropológico*. Maestría de Antropología, Universidad de La Habana, 1999.
- : *Mito... magia... religión... valor de identidad en las comunidades urbanas*. Maestría en Antropología, Universidad de La Habana, 2000.
- : *La cultura ecológica en la identidad de las comunidades*. Tesis en Opción al Grado Científico de Doctor en Ciencias sobre el Arte, Instituto Superior de Arte; Premio Anual Nacional de Investigación Cultural, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana (mención), 2001a.
- : *La Antropología Urbana: instrumento científico del trabajo comunitario en el rescate del patrimonio*. Conferencia Magistral. Simposio de la Ciudad de La Habana, noviembre 2001b.
- : *Los pingueros y sus clientes*. Memorias de la VII y VIII Conferencias Internacionales de Antropología, Instituto Cubano de Antropología, Génesis Multimedia, División de Prensa Latina, 2006.
- : *Ciencia y Comunidad: propuesta metodológica para el trabajo comunitario*. Ministerio de Educación Superior, noviembre 2007a.
- : "La identidad en la provincia La Habana". En: *Angerona*, revista digital de la Dirección Provincial de Cultura de La Habana y revista *Ha-*

bana al Sur, de la Dirección Provincial de Patrimonio de la provincia La Habana, 2007b. (<http://www.angerona.cult.cu>)

-----: *Diagnóstico Municipal Plaza de la Revolución*. Dirección Municipal de Cultura Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana, 2007c.

-----: *Homilía antihomofóbica a favor de la dignidad cristiana*, 17 de julio del 2008a. (versión digital)

-----: *Apropiación homosexual de espacios heterosexuales en Cuba*. IX Conferencia Internacional Antropología 2008b. COSUDE, Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación. Instituto Cubano de Antropología. (Multimedia)

----- y Jorge M. Perera Fernández: *El gimnasio del barrio: su caracterización*. III Simposio Territorial de Estudios Culturales, 1993.

-----: *Ecología y folklore: análisis culturalológico*. VIII Conferencia Internacional de Investigaciones Científicas sobre Arte y Cultura, Instituto Superior de Arte, 1995

-----: *La cultura culinaria en la identidad de las comunidades*. Simposio de la Ciudad 1996; I Festival de Identidad Ciudad de La Habana 1997; Comunidad '97 Ciudad Habana.

-----: "¿Cultura homosexual?". III Simposio Internacional de Antropología, 1998. Biblioteca Científico-Técnica, Academia de Ciencias de Cuba, 27 de abril de 1999a.

-----: *Las fiestas populares: raíz e identidad comunitaria*. 1999b. (inédito)

-----: *Trascendencia precolombina para la cultura ecológica cubana contemporánea*. 1999c.

- y María Elena González Delgado: *Bases para la promoción cultural en las diversas barriadas del municipio Plaza de la Revolución*. I Encuentro Provincial de Innovadores y Racionalizadores de la Cultura, Ciudad de La Habana, 1992a.
- : *Estudio de las vías para un mejor estímulo y aprovechamiento del potencial artístico y científico del municipio Plaza de la Revolución*. Dirección Municipal de Cultura Plaza de la Revolución, 1992b.
- y Teresita Domínguez Vidal: *Proyecto de turismo del municipio Plaza de la Revolución: el ecoturismo*. IV Simposio Iberoamericano de Turismo, 1994.
- Cruz Cajígal, Alexis; Agustín Cruz Cajígal y Reinaldo Castillo Rodríguez: *Proyecto Cultural Comunitario "Espacio Abierto"*. Memorias del VI Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1999.
- Fabelo, José Ramón: *Práctica, conocimiento y valoración*. Editorial de Ciencias Sociales, 1986.
- Furé Davis, Samuel: *Una visión de la juventud y la cultura popular en Cuba contemporánea*. Memorias del VI Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1999.
- García Canclini, Néstor: *Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica*. Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2001.
- García Ramos, Armando S.; Xiomara González de la Hoz y Vladimir Leonardo Gómez Vale: *Consejo de cultura comunitaria de la barriada de la Universidad (Consejo Popular Príncipe)*. Memorias del VI Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1999.

- Gil de la Madrid Pesant, Katia y Odalys González González: *Relación entre el estado del medio ambiente y la salud de la población en el municipio Plaza de la Revolución*. Memorias del II Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1991.
- González Alcantud, José A.: "Temas de Antropología Urbana". *Gazeta de Antropología, Asociación Granadina de Antropología* (02) 1983. (Tomado de: http://www.ugr.es/~pwlac/G02_02JoseAntonio_Gonzalez_Alcantud.html)
- González Delgado, María Elena: *Atlas de la Cultura Popular Local de la Dirección Municipal de Cultura Plaza de la Revolución: Rubros de Música, Fiestas, Literatura Oral, Danza, Artesanía* (1976-1986).
- González Medina, Jorge Andrés: *Antropología Urbana "El Rincón del Antropólogo"*. Universidad de los Andes, Bogotá, 2001 (Google.com).
- Gravano, Ariel: *Miradas Urbanas. Visiones Barriales*. Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo, 1995.
- y Rosana Güber: *Barrio sí, villa también*. Centro Editor de América Latina S.A., Buenos Aires. 1991.
- Guanche, Jesús: *Componentes étnicos de la nación cubana*. Colección La Fuente Viva, Fundación "Fernando Ortiz", 1996.
- Guilarte, Ángel: *Proyecto Comunitario "La Puerta del Titiritero"*. Memorias del V Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución y Puentes Grandes, 1997.
- Gutiérrez Cuervo, Alberto: *Vedado Tennis Club, 1902-1952: Libro de Oro*. Tipografía Ponciano S.A., La Habana, 1952.
- Izquierdo, Teresa y Manuel Quevedo: *El Vedado: elementos para la historia de un barrio residencial*

- habanero*. Tesis de Grado de la Facultad de Arquitectura, 1972.
- Jané Lara, Irma y Mayra Fernández-Calienes Ysla: *Proyecto Tablao*. Memorias del VI Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1999.
- La Pezuela, Jacobo de: *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba*. Madrid, 1866.
- Lara Pérez, Niuvis Mildreis: *Estudios de comunidades: orígenes de la Antropología Urbana*. Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas de la Universidad Agraria de La Habana, 2004 (inédito).
- López Pujols, Amparo: *Nuestro entorno inmediato: Aspectos negativos y cómo transformarlos*. Memorias del VI Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1999.
- Magaz Cáceres, María de Jesús y Gisleda Estela: *Un acercamiento a la cultura popular tradicional en Medicina*. Tesis en Opción al título académico de Maestría en Antropología. Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, 2006 (inédito).
- Martín Barbero, Jesús: "Prácticas de comunicación en la cultura popular". En: Máximo Simpson Grimberg: *Comunicación alternativa y cambio social*. Editorial UNAM, México, 1981, pp. 237-251.
- : "Dinámicas urbanas de la cultura". En: *Gaceta de Colcultura* (12), Instituto Colombiano de Cultura, diciembre de 1991. (Tomado de <http://www.naya.org>)
- Martín Zequeira, María Elena: *Un recorrido por las principales obras arquitectónicas del municipio Plaza de la Revolución*. Memorias del V Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución y Puentes Grandes, 1997.

- Medina Fernández, Antonio Isaac: "La quinta del Obispo o barrio de Peñalver". En *Boletín Cultural El Almendares*, no. 57, Dirección Municipal de Cultura, Plaza de la Revolución, marzo del 2002.
- Mejuto, Margarita y Jesús Guancho (comp.): *La cultura popular tradicional: conceptos y términos básicos*. Consejo Nacional de Casas de Cultura, La Habana, 2008.
- Milián Pérez, Luz: "Teatro Mella". En: *Boletín Cultural El Almendares*, no. 51, Dirección Municipal de Cultura Plaza de la Revolución, septiembre de 2001.
- _____: *50 Aniversario de la Sala Hubert de Blanck. Cronología de 1955-2003*. Memorias del VII Fórum Municipal de Ciencia y Técnica de la Cultura, Plaza de la Revolución, 2004
- Otero Naranjo, Concepción: *El Vedado, sus valores patrimoniales*. Tesis en Opción al Grado Científico de Doctor en Ciencias del Arte, 2004.
- Paz Barada, Francisco L.: *Proyecto comunitario "Conozcamos nuestro entorno"*. Memorias del VI Simposio Territorial de Estudios Culturales, Plaza de la Revolución, 1999.
- RAE: *Diccionario de la Real Academia Española*, 2008 (digital).
- Rodríguez, Zaida: *Filosofía, ciencia y valor*. Universidad de La Habana, 1985.
- Toro y Gisbert, Miguel: *Pequeño Larousse Ilustrado*. Edición Revolucionaria, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- Videaux Sola, Pura: *Hacia un mejor conocimiento de la historia local en la militancia del Partido*. Tesis de Maestría (inédito), 2007.

Del autor

AVELINO VÍCTOR COUCEIRO RODRÍGUEZ (La Habana, 1957), licenciado en Historia del Arte (1982) y en Historia General (1986), Diplomado en Historia General Contemporánea (2006). Ha cursado más de 70 postgrados y domina seis idiomas. Se desempeña como Investigador y Profesor Titular de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana (2002), y como especialista de la Dirección de Cultura del municipio Plaza de la Revolución. Con sus aportes para una Antropología Urbana cubana, venció la Maestría en Antropología (2001) —Mención Nacional de Ensayo (2000) y Premio Anual de Investigación (2006)— y con la cultura ambiental y la cultura ecológica, el Doctorado en Ciencias sobre el Arte. Ha recibido múltiples reconocimientos, entre otros como museólogo (Melena del Sur, 1983-1986) y técnico en Arqueología (Academia de Ciencias de Cuba, 1985). Con su vasta experiencia ha brindado servicios a otras facultades y universidades de Cuba y otros países, y ha representado a nuestra patria en España 2003, Islas Guadalupe 2005 y Venezuela 2009. Ha participado en numerosos eventos nacionales e internacionales. Tiene casi 300 publicaciones (incluidos ocho libros en diversos géneros de literatura de ficción) en Cuba y en otros países. Es miembro de la Uneac y de otras asociaciones científicas, artísticas y ambientalistas.

Índice

Prólogo / 5
Agradecimientos / 13
Introducción / 15
Del método de la Antropología Urbana / 33
Un paseo al interior / 77
Dimensión diacrónica / 77
Dimensión sincrónica contemporánea / 109
Dinámica poblacional comunitaria actual / 109
La transportación urbana / 112
Focos por servicios estatales y cuentapropistas / 115
La divisa y otros “nuevos ricos”: impacto en los valores, focos y “creyentes” / 118
Impacto en los sectores vulnerables / 123
Lo no urbano en lo urbano: las migraciones y otras interacciones / 126
La familia y la vida doméstica en cada comunidad / 127
Racialidad y raíces étnicas en cada comunidad / 134
Algunos sectores sociales en cada comunidad / 142
Relaciones de respeto: la llamada “pérdida de valores” / 147
El piropo y la relación entre géneros / 152
Deambulantes / 154

- Vivir la calle y vivir en la calle / 156
- Imagen visual y ambiental / 161
- Dinámica de la población flotante: vida nocturna y vida bohemia / 164
- Problemática de identidad en estas comunidades / 167
- Marginalidad e insalubridad en comunidades por residencia / 168
- Otras áreas en comparación: la liminalidad / 173
- Sentimientos de pertenencia y sentidos de pertenencia / 182
- Las escuelas en el estudio de la pertenencia comunitaria y la no Habana en La Habana / 188
- Espacios urbanos / 194
- Comunidades en el imaginario / 196
- La prostitución: diversidad, clientela y ambientación / 198
- Homosexualidad y homofobia: espacios sin espacios y más allá / 208
- Las fiestas gay / 232
- Otros espacios en la marginalidad: los frikis y los discapacitados / 239
- Los espacios deportivos: un gimnasio de barrio / 241
- Los espacios artísticos en el trabajo comunitario / 245
- Espacios ocasionales: estudio de caso desde las artes / 253
- Los espacios ocasionales festivos / 258
- De diversos tipos de espacios ocasionales a los espacios andantes / 263
- Los espacios comerciales en la economía y en cada comunidad / 268

Los espacios en las vías públicas y de transportación / 273
Espacios recreativos y otros espacios públicos / 276
Los espacios religiosos y de fraternidades / 279
Los espacios funerarios / 286
Los espacios militares / 289
Símbolos y espacios políticos / 292
Perspectivas cubanas / 298
A manera de epílogo / 322
Anexos
Anexo 1. Glosario / 333
Referencia bibliográfica / 349
Del autor / 356

